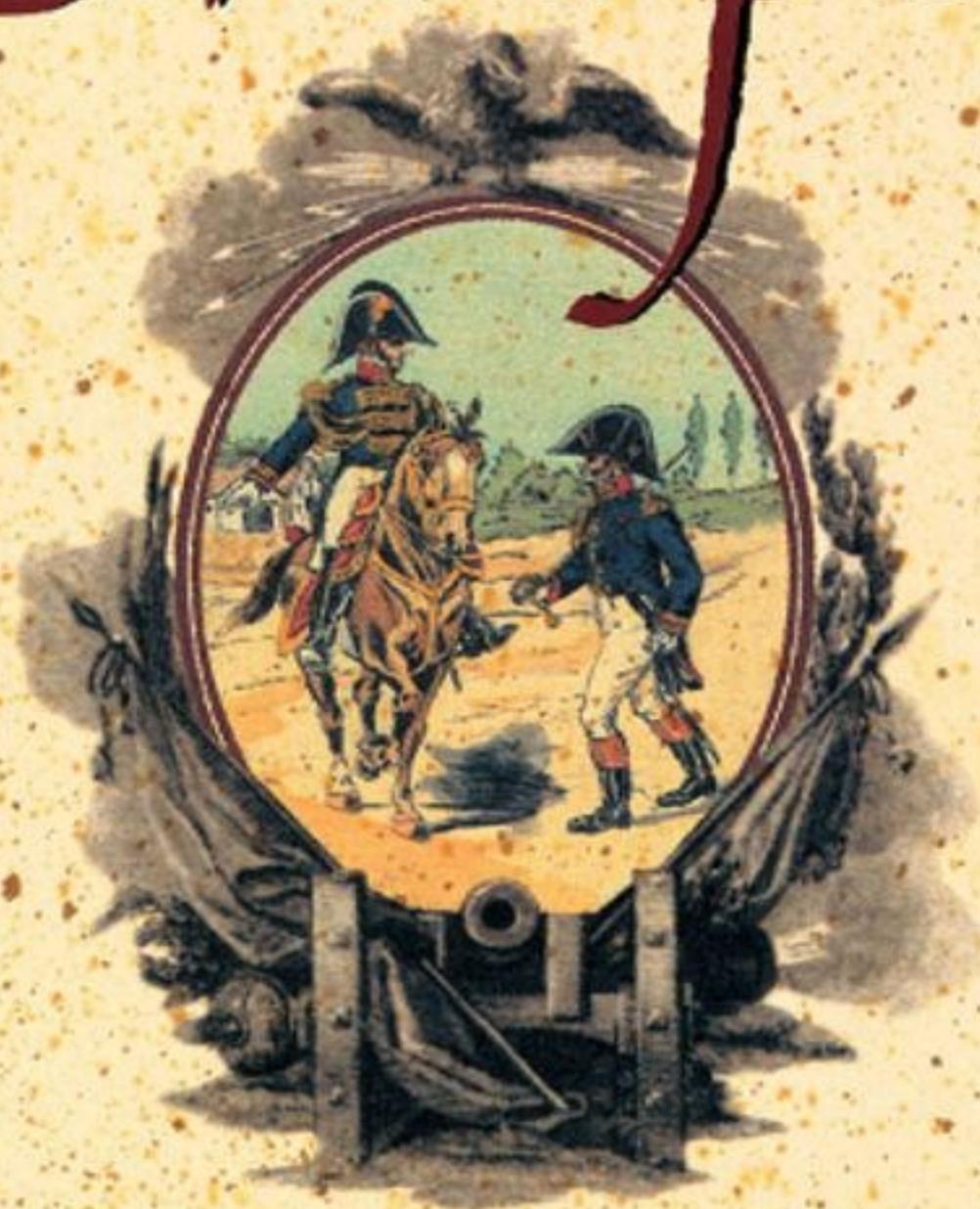


Sharpe



y la campaña de Salamanca

Bernard Cornwell

Lectulandia

En los días previos a la batalla de los Arapiles (julio de 1812), el espía más valiosos y sanguinario de Napoleón, el coronel Leroux, ha fracasado en su primer intento de acabar con la vida de Richard Sharpe; pero no es un hombre que renuncie fácilmente a cumplir las misiones que se le encomiendan. Los mejores hombres del servicio secreto británico están cayendo a manos de Leroux, y Sharpe ya tiene un buen motivo para desear pararle los pies.

Atrapado en un laberinto de secretos, rumores y sospechas, Sharpe perseguirá sin descanso a Leroux, decidido a cobrarse su venganza con el frío acero de su espada. Sólo en el terreno que le es propio, en el campo de batalla, Sharpe conseguirá imponerse a los sucios trucos de su rival.

Lectulandia

Bernard Cornwell

Sharpe y la campaña de Salamanca

Richard Sharpe - 14

ePub r1.0

viejo_oso 24.06.13

Título original: *Sharpe's Sword*
Bernard Cornwell, 1983
Traducción: Carmen Soler Rodríguez

Editor digital: viejo_oso
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

A Peggy Blackburn, con cariño.

Caballero aventurero es una cosa que en dos palabras se ve apaleado y
emperador.

Quijote, I, XVI

LA BATALLA DE SALAMANCA

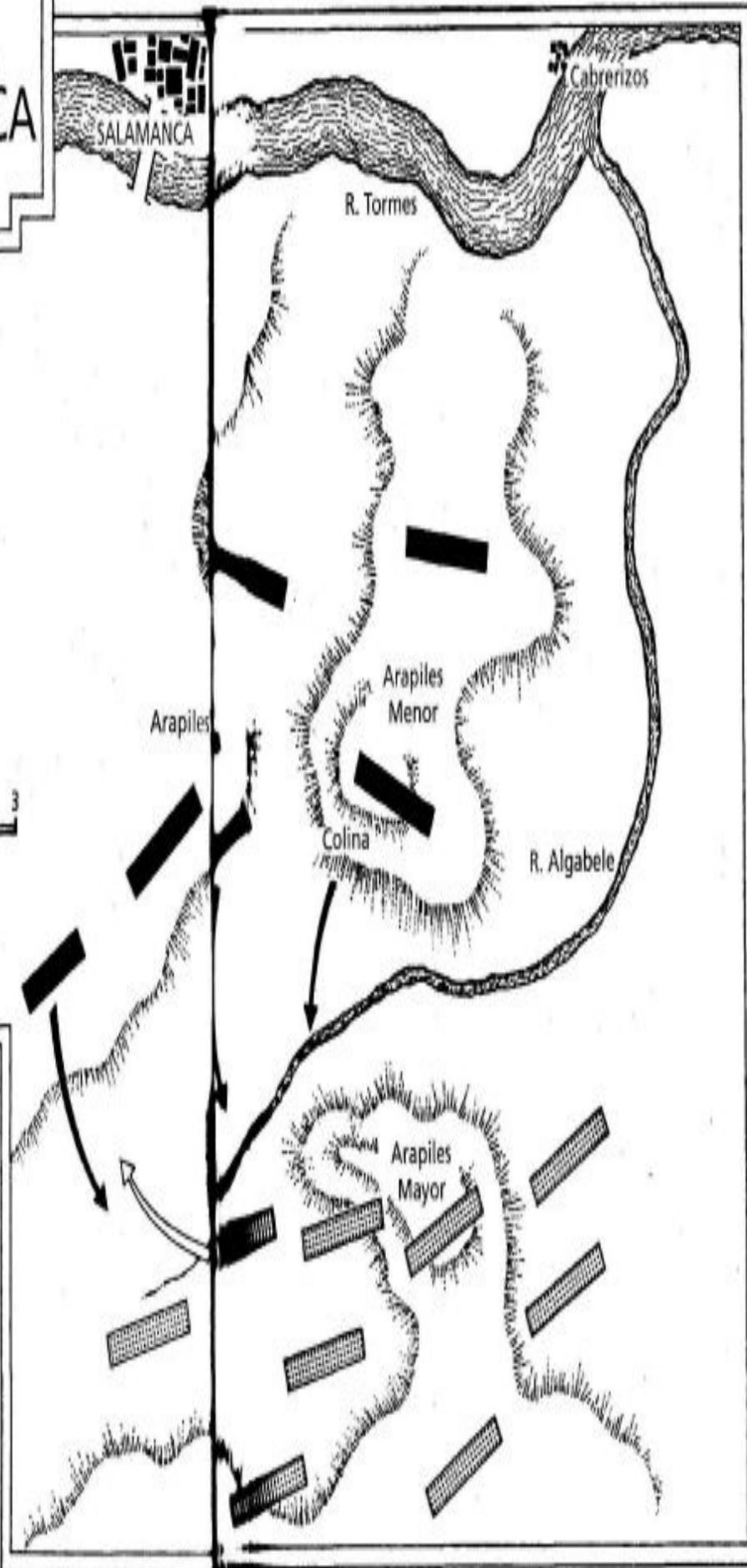
Julio de 1812

■ Ingleses

▨ Franceses



0 1 2 3
millas



PRIMERA PARTE

Del domingo 14 de junio al martes 23 de junio de 1812

Prólogo

El hombre alto que iba a caballo era un asesino.

Era fuerte, de aspecto saludable, y cruel. Algunos opinaban que era demasiado joven para ser todo un coronel de la Guardia Imperial de Napoleón, pero nadie intentaba aprovecharse de su juventud. Una simple ojeada a sus extraños ojos pálidos, unos ojos de pestañas pálidas, unos ojos que conferían a su rostro fuerte y elegante la frialdad de la muerte, era suficiente para que los hombres mostraran respeto al coronel Leroux.

Leroux era el hombre del emperador. Iba allí donde Napoleón lo enviaba y llevaba a cabo los encargos de su amo con una destreza y una eficiencia despiadadas. Ahora se encontraba en España, lo había enviado el mismísimo emperador, y el coronel Leroux acababa de cometer un error. Era consciente de ello y se había maldecido a sí mismo, pero también estaba planeando la manera de escapar del apuro en que se había metido él solo.

Había caído en una trampa.

Había cabalgado con una escolta de caballería hasta un pueblo mísero enclavado en el borde de las extensas llanuras de León y allí encontró a su hombre, un sacerdote. Lo torturó arrancándole la piel pulgada a pulgada, y finalmente, por supuesto, el sacerdote habló. Todos acababan hablándole, al coronel Leroux. Sin embargo esta vez había tardado demasiado. En el momento de la victoria, en el momento exacto en que el sacerdote no pudo aguantar más el dolor y gritó el nombre que Leroux había venido a oír, la caballería alemana irrumpió en el pueblo. Los hombres de la Legión Alemana del rey, que luchaban al lado de Gran Bretaña en esta guerra, masacraron a los dragones franceses, levantando sus espadas y dejándolas caer al tiempo que los cascos de sus caballos martilleaban bajo los gritos de dolor. Pero el coronel Leroux había huido.

Huyó con un oficial de menor graduación, un capitán de la escolta de caballería, y juntos cabalaron desesperadamente hacia el norte, abriéndose paso por entre un grupo de alemanes, y luego, una hora más tarde, se detuvieron en el extremo de un bosque próximo a un arroyo que discurría con viveza hacia el río Tormes.

El capitán de dragones miró hacia atrás.

—Los hemos perdido.

—No —contestó el coronel.

El caballo de Leroux mostraba líneas de sudor blanco, tenía las ijadas estiradas hacia atrás mientras que el coronel sentía que el terrible calor del sol lo fundía dentro de su vistoso uniforme; una casaca roja con ribetes dorados, pantalones verdes con refuerzos de cuero y con botones de plata a lo largo de cada pernera. Su gran sombrero de piel negra, tan grueso que podía frenar un golpe de sable dado contra la

cabeza, le colgaba de la perilla de la silla. La leve brisa no conseguía agitarle el cabello rubio y pegado por el sudor. De repente le dirigió una sonrisa a su compañero.

—¿Cómo se llama?

El capitán se sintió aliviado al percibir la sonrisa. Le tenía miedo a Leroux, y esta repentina e inesperada amabilidad resultaba un cambio agradable.

—Delmas, mi coronel. Paul Delmas.

La sonrisa de Leroux estaba llena de encanto.

—Bien, Paul Delmas. ¡Hasta aquí hemos hecho grandes cosas! Veamos si podemos perderlos de verdad.

Delmas se sintió halagado por esa familiaridad y le devolvió la sonrisa.

—Sí, mi coronel.

Volvió a mirar atrás y tampoco vio nada, salvo la hierba blanquecina, que permanecía en silencio bajo el calor. No se veía ningún movimiento excepto las ondulaciones de la hierba provocadas por el viento y un halcón solitario y amenazador que con las alas inmóviles surcaba el despejado cielo azul.

Al coronel Leroux no le engañaba aquel vacío. Había ido reconociendo el terreno mientras cabalgaban y sabía que los alemanes, como buenos profesionales, andaban por la llanura acordonándola para hacer que los fugitivos se dirigieran hacia el río. También sabía que los británicos marchaban hacia el este y que algunos de sus hombres irían siguiendo el curso del río, y supuso que él y su compañero se encaminaban hacia una emboscada. Así era. Estaba atrapado y en desventaja numérica, pero no vencido.

No podían vencerlo. Nunca lo habían vencido y ahora, mucho más que otras veces, tenía que llegar hasta donde estaba el ejército francés para ponerse a salvo. Se había acercado mucho al éxito, y cuando concluyera su misión heriría al ejército británico, que no había sufrido muchas heridas en esta guerra. Sintió que el placer le invadía ante tal pensamiento. ¡Por Dios que los heriría! A él lo habían enviado a España para que descubriera la identidad de El Mirador, y esta tarde lo había conseguido; ahora lo único que faltaba era llevar a El Mirador a alguna cámara de tortura y exprimirlo hasta que el espía británico soltara los nombres de todos los corresponsales que había en España, Italia y Francia, que eran quienes le enviaban los mensajes a El Mirador a Salamanca. El Mirador recogía información de todo el imperio de Napoleón y, aunque los franceses hacía tiempo que conocían el nombre en clave, no habían conseguido descubrir su identidad. Leroux sí lo había conseguido y por ello debía escapar de esa trampa, tenía que llevarse a su cautivo de vuelta a Francia y allí destruiría la red de espías británicos que trabajaba para El Mirador. Pero primero debía sortear esa trampa.

Dejó que su caballo se adentrara en el denso fresco verdor del bosque.

—¡Venga, Delmas! ¡Aún no estamos acabados!

Encontró lo que quería justo a unas pocas yardas bosque adentro. Había un haya caída y con el tronco podrido frente a una maraña de zarzas y hojas que el viento había arrastrado el otoño anterior. Leroux desmontó.

—¡A trabajar, Delmas! —dijo con voz optimista y alegre.

Delmas no entendía lo que estaban haciendo, le daba miedo preguntar, pero siguió el ejemplo de Leroux y se quitó la casaca. Ayudó al coronel a limpiar la zona detrás del tronco, un escondite, y Delmas se preguntó si tendrían que quedarse así en cuclillas en tan espinosa e incómoda posición hasta que los alemanes abandonaran la persecución. Le dirigió una sonrisa tímida a Leroux.

—¿Dónde ocultamos a los caballos?

—Un momento —contestó Leroux sin contestar a lo que le preguntaba. Parecía que el coronel estuviera midiendo el escondrijo. Desenvainó la espada y la clavó entre los zarzales. Delmas observó la espada. Era un arma de excelente artesanía, una espada pesada de caballería, de hoja recta hecha por Kligenthal, como la mayoría de espadas de la caballería francesa. Pero ésta la había hecho el mejor artesano de Kligenthal especialmente para Leroux. Era más larga que la mayoría de espadas y también más pesada, pues Leroux era un hombre alto y fuerte. La hoja era hermosa, un resplandor de acero entre la luz moteada de verde del bosque, y la empuñadura y el guardamano estaban hechos del mismo acero. Un hilo de plata envolvía la empuñadura y esa era su única ornamentación, pero a pesar de su sencillez, el arma se revelaba como una hoja bella, exquisitamente equilibrada y mortífera. Sostener esa espada, pensaba Delmas, debía ser como saber lo que sentía el rey Arturo cuando extrajo a Excalibur, suave como la seda gris, de la piedra del patio de la iglesia. Leroux se enderezó, parecía contento.

—¿Tenemos algo detrás de nosotros, Delmas?

—No, coronel.

—No deje de observar. No andan muy lejos.

Leroux supuso que le quedaban diez minutos, y eso era más que suficiente. Sonrió al mirar la espalda de Delmas, calculó la distancia y embistió.

Quería que esa muerte fuera rápida, indolora y con el mínimo de sangre. No quería que Delmas gritara y sobresaltara a cualquiera que pudiera hallarse en el interior del bosque. La hoja, tan dura como el día en que se había separado de las manos del artesano, atravesó la base de la cabeza de Delmas. La fuerza de Leroux, la tremenda fuerza de Leroux, hizo que atravesara hueso, la médula espinal, hasta el cerebro. Se oyó un suspiro suave y Delmas se derrumbó hacia adelante.

Silencio.

Leroux suponía que lo capturarían y también sabía que los británicos no dejarían que se intercambiara al coronel Leroux por un coronel británico capturado por los franceses. Leroux era un hombre buscado por sus propios méritos. Obraba mediante

el miedo, sembraba el horror sólo con su nombre y en todas sus víctimas, una vez muertas, quedaba inscrito su nombre. Dejaría un trozo de piel intacto y en ese trozo cortarían dos palabras. *Leroux fecit*. Como si fuera la vanagloria de un escultor que alardea ante una obra hermosa, dejaría su marca. «Lo hizo Leroux.» Si Leroux fuese capturado no podía esperar clemencia. Sin embargo, los británicos no darían nada por el capitán Paul Delmas.

Se cambió el uniforme con el del cadáver, moviéndose con su rapidez y eficiencia habituales, y cuando terminó arrastró su uniforme, junto con el cadáver de Delmas, hacia el escondrijo. Los cubrió rápidamente con hojas y zarzas y dejó el cuerpo a merced de las bestias. Hizo que el caballo de Delmas se alejara sin importarle dónde iba y luego montó su propio caballo, se colocó el casco alto de bronce de Delmas en la cabeza y giró al norte, hacia el río donde esperaba ser capturado. Iba silbando mientras llevaba el caballo al paso, no intentaba ocultar su presencia, al costado le colgaba la espada perfecta y en su cabeza albergaba el secreto que dejaría ciegos a los británicos. A Leroux no se le podía vencer.

Lo capturaron veinte minutos más tarde. Los casacas verdes británicos, los fusileros, surgieron de repente de sus escondrijos en el interior del bosque y lo rodearon. Por un momento Leroux creyó que había cometido un gran error. El sabía que el ejército británico estaba al mando de caballeros, hombres que se tomaban el honor en serio, pero el oficial que lo capturó parecía tan rudo y fuerte como él mismo. Era un oficial alto, curtido, de pelo castaño que le caía rebelde por una cara marcada con una cicatriz. No hizo caso de los intentos de Leroux por ser amable y ordenó que registraran al francés, y Leroux se alarmó cuando un sargento enorme, más aún que el oficial, encontró el papel doblado entre la silla y la manta sudadera. Leroux simuló no saber hablar inglés, pero trajeron a un fusilero que hablaba mal el francés y el oficial lo interrogó con respecto al papel. Era una lista de nombres, todos ellos españoles, y junto a cada nombre había una suma de dinero.

—Tratantes en caballos —dijo Leroux encogiéndose de hombros—. Compramos caballos. Somos de la caballería.

El alto oficial de fusileros oyó la traducción y miró el papel. Podía ser verdad. Se encogió de hombros y se metió el papel en la mochila. Le cogió al enorme sargento la espada de Leroux y el francés percibió una repentina codicia en los ojos del oficial de fusileros. Aunque resultara extraño para un soldado de infantería, el fusilero también llevaba una pesada espada de caballería, pero así como la de Leroux era hermosa y cara, la del oficial de fusileros era barata y tosca. El oficial británico empuñó la espada y comprobó su perfecto equilibrio. Le gustaba.

—Pregúntele cómo se llama.

El fusilero que actuaba como intérprete hizo la pregunta y el francés contestó:

—Paul Delmas, señor. Capitán del Quinto de dragones.

Leroux vio cómo los ojos castaños se posaban en él. La cicatriz que tenía el fusilero en la cara le daba un aspecto jocoso. Leroux reconoció la dureza y aptitud del hombre, también captó la tentación del fusilero de matarlo allí mismo y quedarse la espada. Leroux echó una mirada al claro del bosque. El otro fusilero parecía igual de despiadado e igual de duro. Leroux volvió a hablar.

—Quiere dar su palabra, señor —tradujo el fusilero.

El oficial de fusileros se quedó callado un momento. Caminaba lentamente alrededor del prisionero, con la hermosa espada todavía en su mano, y cuando habló lo hizo lentamente y con claridad.

—¿Y qué hace el capitán Delmas solo? Los oficiales franceses no viajan solos, les tienen demasiado miedo a los guerrilleros.

Se había vuelto a situar delante de Leroux y el francés, con sus ojos pálidos, observaba al oficial de la cicatriz.

—Y usted es un maldito engréido, Delmas. Debería estar más asustado. No nos sirve para nada. —Se hallaba detrás de Leroux ahora—. Me parece que lo voy a matar.

Leroux no reaccionó. No parpadeó, no se movió, tan sólo esperó hasta que el oficial de fusileros estuviera de nuevo frente a él. El alto oficial de fusileros miró fijamente los ojos pálidos como si fueran a proporcionarle la clave del enigma que planteaba la súbita aparición del oficial.

—Tráigalo, sargento. Pero vigile a este cabrón.

—¡Sí, señor!

El sargento Patrick Harper empujó al francés hacia el sendero y siguió al capitán Richard Sharpe hasta fuera del bosque.

Leroux se relajó. El momento de la captura era siempre el de mayor peligro, pero el alto fusilero lo ponía a salvo y con él iba el secreto que esperaba Napoleón. El Mirador.

Capítulo 1

—¡Maldita sea, Sharpe! ¡Dese prisa, hombre!

—Sí, señor.

Sharpe no hizo ademán de apresurarse. Leía cuidadosamente el trozo de papel a sabiendas que su lentitud irritaba al teniente coronel Windham. El coronel se dio un golpe en la bota con la fusta.

—¡No tenemos todo el día, Sharpe! Hay que ganar una guerra.

—Sí, señor.

Sharpe repitió las palabras con tono paciente y tenaz. No iba a apresurarse. Esa era su manera de vengarse de que Windham hubiera permitido que el capitán Delmas diera su palabra. Ladeó el papel para que la luz del fuego iluminara la tinta negra.

Yo, el abajo firmante, Paul Delmas, capitán del Quinto Regimiento de dragones, hecho prisionero por las fuerzas inglesas el 14 de junio de 1812, prometo por mi honor que no trataré de escapar ni abandonaré la cautividad sin permiso y que no pasaré ninguna información a las fuerzas francesas o a sus aliados, hasta que me hayan intercambiado, rango por rango, o quede liberado de este compromiso.

Firmado, Paul Delmas

Actúa como testigo, servidor, Joseph Forrest, comandante del Regimiento South Essex de su Majestad Británica.

El coronel Windham dio otro golpe seco con la fusta y el ruido resonó con fuerza bajo el frío helado anterior al amanecer.

—¡Maldita sea, Sharpe!

—Parece que está en regla, señor.

—¡En regla! ¡Rayos y centellas, Sharpe! ¡Quién es usted para decir lo que está en regla! ¡Santo Dios! ¡Yo digo que está en regla! ¡Yo! ¿Se acuerda de mí, Sharpe? ¿Su comandante?

Sharpe sonrió burlón.

—Sí, señor.

Le entregó la promesa a Windham quien la cogió con gran cortesía.

—Gracias, señor Sharpe. ¿Nos da usted su permiso para irnos de una maldita vez?

—Adelante, señor.

Sharpe volvió a sonreír irónicamente. En los seis meses que el coronel llevaba al mando del South Essex, Windham había llegado a gustarle, aprecio que era correspondido por el coronel para con su brillante y obstinado capitán de la Compañía Ligera. Ahora sin embargo, a Windham le quemaba la impaciencia.

—¡Su espada, Sharpe! ¡Por Dios, hombre! ¡Dése prisa!

—Sí, señor.

Sharpe se volvió hacia una de las casas del pueblo donde había acampado el South Essex. El amanecer era como una línea gris al este.

—¡Sargento!

—¡Señor!

—¡La espada del maldito franchute!

—¡Sharpe! —protestó el coronel Windham con aire de resignación.

Patrick Harper se giró y dio voces en el interior de una de las casas.

—¡El señor McDonald, señor! ¡La espada del caballero francés, señor, si se diera un poco de prisa, señor!

McDonald, el nuevo alférez de Sharpe, con tan sólo dieciséis años y unas ansias enormes por complacer a su famoso capitán, salió a toda prisa con una hermosa espada envainada. Con las prisas, dio un tropezón, Harper lo sujetó y llegó hasta Sharpe y le dio la espada.

¡Dios, cuánto la deseaba! Había estado manejando el arma durante la noche, había comprobado su equilibrio, había percibido el poder del acero brillante, liso y Sharpe codiciaba aquella espada. Aquello era algo de una belleza letal, hecho por un maestro, digno de un gran luchador.

—¿*Monsieur*? —dijo Delmas con voz suave y educada.

Por detrás de Delmas, Sharpe veía a Lossow, el capitán de la caballería alemana y amigo suyo, que había conducido a Delmas hasta la trampa. Lossow también había empuñado la espada y había sacudido la cabeza sin decir nada, pero asombrado por el arma. Ahora observaba cómo Sharpe se la entregaba al francés, símbolo de que había dado su palabra y que se le podía confiar su arma.

Windham suspiró profundamente.

—¿Ahora tal vez podemos empezar?

La compañía ligera marchaba al frente, tras la cobertura de la caballería de Lossow, adentrándose por las llanuras antes de que el calor del día aumentara y los cegara con el sudor y los sofocara con el polvo caliente y arenoso. Sharpe iba a pie, a diferencia de la mayoría de oficiales, porque siempre había ido a pie. Se había alistado en el ejército como soldado raso, había llevado la casaca roja de los regimientos de línea y marchaba con un mosquete pesado colgado al hombro. Después, mucho después, había realizado el salto imposible de sargento a oficial y se había unido a los fusileros de élite con su característica casaca verde, pero Sharpe seguía marchando a pie. Era un hombre de infantería y marchaba igual que lo hacían sus hombres, y cargaba un fusil tal como ellos cargaban sus fusiles o mosquetes. El South Essex era un batallón de casacas rojas, pero Sharpe, el sargento Harper y el núcleo de la compañía ligera eran todos fusileros que estaban accidentalmente

destinados en el batallón y conservaban con orgullo sus casacas de color verde oscuro.

La luz gris inundaba la llanura, el sol anunciaba al este, con una franja de color rojo pálido, el calor que iba a hacer, y Sharpe veía las sombras oscuras de la caballería perfilarse contra el amanecer. Los británicos marchaban hacia el este invadiendo la España ocupada por los franceses, en dirección a la gran ciudad de Salamanca. La mayoría del ejército estaba lejos, al sur, e iba marchando por una docena de rutas, mientras que el South Essex, con los hombres de Lossow y un puñado de ingenieros, había sido enviado hacia el norte para destruir una pequeña fortaleza de los franceses que defendía un vado al otro lado del Tormes. Ya habían realizado ese trabajo, el enemigo había abandonado el fuerte y ahora el South Essex marchaba para unirse a las tropas de Wellington. Tardarían dos días antes de volver con el ejército y Sharpe sabía que serían días de calor implacable, pues atravesaban la llanura seca.

El capitán Lossow se quedó rezagado para situarse junto a Sharpe. Le hizo una señal con la cabeza al fusilero.

—No confío en el francés, Richard.

—Yo tampoco.

Lossow no se sintió desalentado por el tono seco de Sharpe. Estaba acostumbrado al malhumor matutino de Sharpe.

—Me parece extraño, a mí, que un dragón tenga una espada recta. Habría de tener un sable curvo, ¿no?

—Así es —contestó Sharpe haciendo un esfuerzo para parecer más sociable—. Teníamos que haber matado a ese cabrón en el bosque.

—Es verdad. Es lo único que se puede hacer con los franceses. Matarlos.

Lossow se echó a reír. Como la mayoría de los alemanes que había en el ejército británico, provenía de un país que había sido invadido por las tropas de Napoleón.

—Me pregunto qué le pasó al segundo hombre.

—Usted lo perdió.

Lossow sonrió irónicamente ante esa descortesía.

—Ni hablar. Se escondió. Espero que los guerrilleros lo cojan.

El alemán trazó con el dedo una línea que le atravesaba el cuello, insinuando el modo en que los guerrilleros españoles trataban a los franceses cautivos. Después sonrió a Sharpe.

—Quería su espada, *ja*?

Sharpe se encogió de hombros y dijo la verdad.

—*Ja*.

—¡La conseguirá, amigo! ¡La conseguirá! —contestó Lossow riendo, y luego avanzó al trote hasta donde estaban sus hombres.

Él, ciertamente, creía que Sharpe conseguiría la espada; ahora bien, si esa espada lo haría feliz era otra cuestión. Lossow conocía a Sharpe. Sabía del espíritu inquieto que lo empujaba en esta guerra, un espíritu que lo llevaba de una hazaña a otra. En una ocasión, Sharpe quiso capturar un estandarte francés, un águila^[1], algo que nunca había hecho antes un británico, y lo consiguió en Talavera. Luego había desafiado a los guerrilleros, a los franceses, incluso a los de su propio bando, atravesando España con el oro, y al hacer esto había conocido a Teresa y la había deseado^[2]. También la había conseguido, se había casado con ella hacía justo dos meses, después de ser el primer hombre que atravesara la brecha mortal de Badajoz^[3]. Sharpe, sospechaba Lossow, a menudo conseguía lo que quería, pero parecía que las proezas no lo dejaban nunca satisfecho. Su amigo, concluyó el alemán, era como un hombre que, buscando una vasija con oro, había encontrado diez y las había rechazado todas porque no tenían la forma adecuada. Se echó a reír al pensarlo.

Marcharon durante dos días, acampaban pronto y se ponían en marcha antes del amanecer y, a la mañana del tercer día, el amanecer mostró una mancha de fino polvo en el cielo, un gran penacho que indicaba el lugar donde la fuerza principal de Wellington cubría las rutas que conducían hacia Salamanca. El capitán Paul Delmas, llamativo con sus extraños pantalones color de orín y con el casco alto de bronce en la cabeza, adelantó a Sharpe espoleando su caballo para mirar fijamente la nube de polvo, como si esperara ver debajo de ella las masas de infantería, caballería y artillería que marchaban para enfrentarse a las mayores Tuerzas de Francia. El coronel Windham siguió al francés pero se detuvo junto a Sharpe.

—¡Un jinete excelente el maldito, Sharpe!

—Sí, señor.

Windham se echó atrás el bicornio y se rascó la calva.

—Parece un tipo bastante decente, Sharpe.

—¿Ha hablado con él, señor?

—¡Santo cielo, no! Yo no hablo en franchute. ¡Snap! ¡Ven aquí! ¡Snap! — Windham le gritaba a uno de sus perros raposeros, eternos compañeros del coronel. La mayor parte de la jauría se había quedado en Portugal, en el cuartel de verano, pero media docena de aquellos perros mimados de manera escandalosa iban con el coronel—. No, Leroy ha charlado con él.

Windham se las había arreglado para sugerir que el comandante le americano estaba obligado a hablar francés, puesto que era extranjero. Los americanos eran raros, cualquiera era raro para Windham, si no llevaba auténtica sangre inglesa.

—Ya sabe que caza, ¿no?

—¿El comandante Leroy, señor?

—No, Sharpe. Delmas. La verdad es que cazan de una manera bien extraña en Francia. Jaurías de perros de lanas. Supongo que intentan copiarnos y no saben cómo

hacerlo.

—Probablemente, señor.

Windham echó una mirada a Sharpe para ver si le estaba tomando el pelo, pero el rostro del fusilero no revelaba nada. El coronel se tocó el sombrero cortésmente.

—No le distraigo más, Sharpe. —Se volvió hacia la compañía ligera—. ¡Bien hecho, bribones! ¿Dura la marcha, eh? ¡Pronto habrá acabado!

Se acabó a mediodía, cuando el batallón alcanzó las colinas Minadas junto al río. Había llegado un mensajero del ejército y le había asignado al South Essex ese lugar, mientras que el resto del ejército marchó más al este, hacia los vados que los llevarían a la orilla norte. Los franceses habían dejado una guarnición en Salamanca que dominaba el largo puente romano, y el trabajo del South Essex era asegurarse de que nadie de la guarnición intentara escapar atravesando el río. La tarde se presentaba fácil y tranquila. La guarnición pensaba quedarse; la guardia en el puente no era más que una formalidad.

Sharpe había estado en Salamanca cuatro años atrás con el desdichado ejército de sir John Moore. Entonces conoció la ciudad en invierno, bajo un agua nieve fría y un futuro incierto, pero no la había olvidado nunca. Ahora permanecía en la cima de la colina, a doscientas yardas del extremo sur del puente romano, y miraba fijamente la ciudad elevada sobre el agua. El resto del batallón estaba detrás de él, alejados de la mirada de los cañones franceses situados en los fuertes, y tan sólo estaban con él la compañía ligera y Windham. El coronel había venido a ver la ciudad.

Era un lugar de piedra de color miel, un derroche de campanarios y torres, iglesias y plazas, todo ello empequeñecido por las dos catedrales que había sobre la colina más alta. La catedral nueva, con tres siglos de historia y dos torres cubiertas con cúpula, se erguía enorme y serena bajo la luz del sol. Esta ciudad no era un lugar de comercio, como Londres, tampoco una fortaleza de granito, como Badajoz, sino un lugar de erudición, de oración, de gracia y de belleza que no tenía más propósito que el de agradar. Era una ciudad de oro sobre un río de plata, y Sharpe estaba contento de haber regresado.

Sin embargo, la ciudad había sufrido daños. Los franceses habían arrasado el ángulo sudoeste de Salamanca y tan sólo habían dejado tres edificaciones. Las tres las habían convertido en fortalezas, proveyéndolas de fosos y murallas, troneras y cañoneras, y las casas e iglesias antiguas, escuelas y monasterios habían sido derribados despiadadamente para proporcionar a los tres fuertes un amplio campo de fuego. Dos de ellos dominaban el puente, lo que impedía a los británicos hacer uso de él, el tercero estaba más cerca del centro de la ciudad. Sharpe sabía que los tres habrían de ser tomados antes de que los británicos abandonaran la ciudad y persiguieran al ejército francés que se retiraría hacia el norte.

Miró hacia abajo, desde las fortalezas hacia el río, que corría lentamente bajo el

punte, entre árboles verdes. Halcones de las marismas, con los extremos de sus alas elevados, planeaban entre islas verdes. Sharpe volvió a mirar la magnificencia de la catedral de piedra dorada y deseó entrar en la ciudad. No sabía cuándo ocurriría eso. Una vez el lejano extremo del puente estuviera protegido por la Sexta División, el South Essex marcharía dos millas hacia el este, hasta el vado más cercano, y luego iría al norte para unirse con el resto del ejército. Pocos hombres de las fuerzas de Wellington verían Salamanca hasta que el ejército de Marmont hubiera sido derrotado, pero de momento Sharpe tenía bastante con admirar la serena y compleja belleza del otro lado del río y desear que pronto, muy pronto, tendría la oportunidad de explorar las calles una vez más.

El coronel Windham esbozó una sonrisa.

—¡Extraordinario!

—¿Extraordinario, señor?

Windham señaló con su fusta hacia la catedral, luego al río.

—Catedral, Sharpe. Río. Igual que Gloucester.

—Yo creía que Gloucester era llano, señor.

Windham sorbió al oír el comentario.

—Río y catedral. Realmente viene a ser lo mismo.

—Es una ciudad bonita, señor.

—¿Gloucester? ¡Por supuesto! Es inglesa. Calles limpias. No como ese maldito sitio.

Probablemente Windham no se había aventurado a salir de la calle mayor de cualquier ciudad inglesa para explorar los callejones y tugurios llenos de porquería. El coronel era un hombre de campo, con las virtudes del campo y a quien todo lo extranjero le resultaba sospechoso. No era tonto, aunque Sharpe sospechaba que al teniente coronel Windham algunas veces le gustaba hacerse el tonto para evitar el más hiriente de todos los reproches ingleses: pasarse de listo. Windham se retorció sobre su silla y miró hacia atrás al resto del batallón.

—Ahí viene ese francés.

Delmas saludó a Windham. El comandante Leroy iba con él y traducía para el coronel.

—El capitán Delmas pregunta cuándo se le puede mandar al cuartel general, señor.

—Parece tener prisa, ¿no? —Windham frunció el entrecejo de su cara curtida, luego se encogió de hombros—. Supongo que quiere que lo intercambiamos antes de que los franchutes de mierda se vayan corriendo hasta París.

Delmas estaba bien echado hacia atrás en su silla para que uno de los perros del coronel pudiera lamerle los dedos. Leroy habló con él mientras Windham se impacientaba. El comandante se volvió hacia el coronel.

—Nos agradecería que lo intercambiáramos pronto, señor. Dice que su madre está enferma y está deseoso de tener noticias suyas.

Sharpe dejó ir un ruido compasivo y Windham lo hizo callar. El coronel observaba con aprobación al francés, que alborotaba a sus perros.

—No tengo inconveniente, Leroy. No tengo la menor idea de quién lo va a escoltar hasta el cuartel general.

Windham se volvió a girar y echó una rápida mirada hacia el batallón.

—Supongo que se lo podemos pedir a Butler. Suele estar dispuesto.

Divisó entonces al alférez McDonald, mucho más cerca.

—¿Su hombre sabe montar, Sharpe?

—Sí, señor. Pero no tiene caballo.

—Tiene usted ideas bien raras, Sharpe.

Windham desaprobaba bastante la idea de Sharpe de que un oficial de infantería debía caminar, como sus hombres. El que algunos oficiales fueran a caballo tenía su sentido. Podían tener mayor visión en batalla y podían ser vistos por sus hombres, pero una compañía ligera luchaba a pie en la línea de tiradores, y un hombre a caballo era un blanco perfecto. Los oficiales de Sharpe gastaban las botas. McDonald había oído la conversación entre Sharpe y Windham y se acercó; parecía impaciente. El comandante Leroy se descolgó de su propio caballo.

—Puede coger el mío. ¡Móntelo con cuidado!

Leroy abrió su bolsa y sacó un trozo de papel doblado.

—Aquí está la promesa del capitán Delmas. Le da esto al oficial de servicio en el cuartel general, ¿entendido?

—Sí, señor —contestó McDonald excitado.

Leroy ayudó al alférez a subir al caballo.

—¿Sabe dónde está el cuartel general?

—No, señor.

—No lo sabe nadie —refunfuñó Windham señalando hacia el sur—. Vaya por aquí hasta que encuentre el ejército, luego vaya al este hasta que encuentre el cuartel general. Le quiero de vuelta aquí al atardecer, y si Wellington le dice que se quede a cenar, dígame que ya está comprometido.

—Sí, señor —contestó McDonald haciendo una sonrisa burlona, pero al tiempo encantado—. ¿Cree que cabe esa posibilidad?

—¡Lárguese ya!

Windham le devolvió el saludo a Delmas. El francés se volvió una vez más para mirar hacia Salamanca, miraba fija y atentamente como si intentara ver si algunas de las tropas británicas ya habían regresado de los vados y entraban por las calles de la ciudad. Luego los ojos pálidos se volvieron hacia Sharpe. Delmas sonrió.

—*Au revoir, monsieur.*

Sharpe le devolvió la sonrisa.

—Espero que su madre se mejore, cabrón.

Windham se erizó.

—¡Eso era innecesario, Sharpe! ¡El tipo ha sido agradable! ¡Francés, por supuesto, pero agradable!

Delmas iba al trote obedientemente detrás del alférez de dieciséis años y Sharpe los miró marchar y luego se volvió de nuevo hacia la magnífica ciudad al otro lado del río. Salamanca. Sería la primera victoria sin sangre de la campaña de verano de Wellington, y luego Sharpe recordó que no iba a ser tan incruenta. Las fortalezas provisionales que quedaban en la ciudad deberían ser reducidas para que Wellington pudiera hacer que sus provisiones y sus refuerzos atravesaran el largo puente romano. Deberían luchar por la ciudad de oro de manera que el puente, construido hacía tanto tiempo por los romanos, pudiera ayudar a un nuevo ejército en una guerra moderna.

Sharpe se sorprendía de que un puente tan viejo se mantuviera en pie. Los parapetos de la calzada estaban almenados, como los muros de un castillo, y casi en medio del puente había una fortaleza pequeña y elegante, con arcos, construida sobre la carretera. Los franceses no tenían una guarnición en el diminuto fuerte, lo habían dejado al cuidado de una estatua de un toro. El coronel Windham también miró hacia el puente y meneó la cabeza.

—Realmente terrible, ¿eh, Sharpe?

—Terrible, señor.

—¡Hay más malditos arcos que huesos tiene un conejo! Un puente inglés no tendría más que dos arcos, ¿no es así? ¡No esa manera de malgastar la piedra! Además, supongo que los españoles se debían creer muy listos por haberlo construido, ¿no?

Leroy, con el rostro marcado con las terribles cicatrices de Badajoz, respondió con voz lacónica.

—Lo construyeron los romanos, señor.

—¡Los romanos! —exclamó Windham con una gran sonrisa burlona—. Todos los malditos puentes de este país los construyeron los romanos. Si no hubieran estado aquí, ¡los españoles no hubieran cruzado un río en su vida! —Se echó a reír ante esa ocurrencia—. ¡Buena, ésta! Tengo que escribirle a Jessica. —Dejó caer las riendas sobre el pescuezo del caballo—. Menuda pérdida de tiempo esto. Ningún maldito franchute va a intentar cruzar el puente. Sin embargo, creo que a los chicos les iría bien un descanso. —Bostezó y luego miró a Sharpe—. Su compañía puede vigilar, Sharpe.

Sharpe no respondió. El coronel frunció el ceño.

—¿Sharpe?

Pero Sharpe le estaba volviendo la espalda al coronel y se descolgaba el fusil.

—¡Compañía ligera!

¡Por Dios! ¿No había que hacerle siempre caso al instinto? Sharpe estaba tirando del pedernal de su fusil, se colocó delante del caballo de Windham, mientras que a su derecha, abajo en el vallecito que se acercaba al extremo sur del puente, estaba Delmas.

Sharpe había visto el movimiento por el rabillo del ojo y luego, con gran sobresalto, reconoció los pantalones holgados, el casco de bronce y sólo un fusil podía ya detener al francés. Sólo un fusil tenía el alcance para matar al fugitivo en quien el instinto de Sharpe había dicho que no se confiara. ¡Maldita palabra!

—¡Santo Dios! —exclamó el coronel Windham al ver a Delmas—. ¡Santo Dios! ¡Su palabra! ¡Maldito sea!

Dios ya podía ir maldiciendo a Delmas, pero sólo un fusilero podía evitar que alcanzara el puente y llegara a salvo a los Inertes franceses que estaban al otro lado. Delmas, inclinado sobre el pescuezo del caballo, estaba a unas cien yardas del fusilero, a la misma distancia del inicio del puente. Sharpe apuntó al gran caballo, siguió a la bestia al galope por el punto de mira, apretó su dedo contra el gatillo y entonces el caballo del coronel Windham le tapó la visión.

—¡Allá vaaa!

Windham, con el sable desenvainado, espoleó a su caballo para ir tras el francés con sus perros ladrando a ambos lados.

Sharpe levantó de golpe el fusil y maldijo a Windham por haberle tapado la visión, miró fijamente y con desesperación mientras el francés, habiendo perdido el honor, se precipitaba hacia el puente y en busca de refugio.

Capítulo 2

El caballo de Windham impidió que todos los fusileros dispararan durante unos segundos cruciales, pero luego el coronel se adentró en la concavidad de la ladera de la colina y Sharpe volvió a apuntar, disparó y fue descendiendo la colina antes de poder ver dónde había ido a parar su bala. La pólvora que había salido de la cazoleta le escocía en la cara, Sharpe iba oliendo el humo acre mientras se abría paso corriendo entre él, y entonces oyó una descarga de disparos que provenía de su puñado de fusileros.

Sharpe había errado, pero uno de sus hombres, probablemente Hagman, le había dado al caballo de Delmas. El francés salió disparado hacia adelante, pues el caballo cayó de rodillas, mientras el polvo se elevaba como espuma y ocultaba al caballo moribundo y al jinete caído.

—¡Orden de escaramuza! —gritó Sharpe.

No quería que sus hombres se agruparan y fuesen un blanco fácil para la artillería francesa situada en las fortalezas, al otro lado del río. Ahora corría con fuerza, movía los brazos a derecha e izquierda para indicar a sus hombres que se separaran, mientras que al frente el teniente coronel Windham subía corriendo hacia Delmas, que había caído.

El francés se puso en pie, echó una mirada atrás y empezó a correr. Los sabuesos que iban ladrando se separaron mientras Windham, con el sable levantado, vociferaba detrás.

El primer cañón francés disparó desde la fortaleza más cercana al río. Un sonido sordo al pasar por encima del río, un estruendo que resonaba triste por encima de la belleza del río y del puente, y entonces el disparo cayó cerca de Windham, rebotó y se fue colina arriba. Los cañones franceses estarían fríos y eso hacía que los primeros disparos se quedaran cortos, pero incluso un rebote era peligroso.

—¡Ábranse! —gritaba Sharpe—, ¡ábranse!

Más cañones dispararon, sus detonaciones sonaban como truenos y el aire levantado por un disparo que había rebotado casi arranca a Windham del caballo. El animal se apartó y tan sólo el perfecto dominio del caballo que tenía el coronel lo salvó. Volvió a darle a las espuelas, volvió a levantar el sable y Sharpe observó cómo el francés que corría se detuvo y se volvió para enfrentarse a su perseguidor.

Otro cañón de la fortaleza, otra nota entre los disparos y parecía que la ladera saltara en pequeñas explosiones de tierra allí donde la metralla, que salía a chorro de las latas que explotaban en la boca del cañón, picoteaban la tierra.

—¡Ábranse! ¡Ábranse!

Sharpe iba corriendo con imprudencia, saltando por el terreno desigual, tiró su fusil descargado, sabiendo que alguno de sus hombres lo recogería, y con torpeza

empuñó su enorme espada.

Windham estaba furioso. El honor había sido pisoteado al romper Delmas con su palabra, y el coronel no estaba de humor para otorgarle clemencia al francés. Windham oía los botes de metralla que golpeaban el suelo, oía el gáñido agonizante de uno de sus perros al ser herido y luego se olvidó de todo porque Delmas estaba cerca, frente a él, y el coronel británico extendió su sable curvo de forma que la punta le atravesara salvajemente el pecho al fugitivo.

A Windham le pareció que Delmas atacaba con su espada demasiado pronto. Vio la hoja que se acercaba y preparó el brazo para recibir el golpe de su sable contra el de su enemigo, pero entonces la hermosa espada de Delmas penetró de golpe y con furia en la boca del caballo de Windham.

El animal gritó, se apartó, se encabritó mientras Windham luchaba por mantener el control. Dejó el sable colgando de la muñequera mientras él cortaba las riendas; mientras veía la sangre brotando de la boca de su caballo herido y mientras forcejeaba, no vio que el hombre retrocedía, se giraba; y nunca llegó a saber qué era lo que lo había matado.

Sharpe lo vio. Gritaba inútilmente, en vano, y vio la gran espada afilada golpear contra la espalda del coronel. Pareció que Windham se doblaba a causa del golpe. Incluso muerto apretaba sus rodillas contra el caballo, aunque su cabeza se cayera, sus brazos quedaran flácidos y el sable pendiera inútilmente. El caballo volvió a relinchar, intentaba sacudirse de encima de la silla al hombre muerto. Huía del hombre que lo había herido, aún corcoveando y haciéndole daño y luego, casi como por compasión, un barril cargado de metralla lanzó a hombre y caballo contra la hierba, convertidos ambos en un revoltijo ensangrentado.

Los perros olfatearon al muerto y al caballo moribundo. Sus cascos repiquetearon contra la tierra seca durante un instante, los sabuesos gimotearon y entonces el caballo dejó caer la cabeza. La sangre empapó con rapidez la tierra reseca.

Delmas iba cojeando. La caída debía haberlo herido, pero seguía apresurándose, haciendo rechinar los dientes de dolor, pero ahora Sharpe iba ganando terreno. Había unas casas en el extremo sur del puente, un pequeño puesto avanzado de la ciudad universitaria al otro lado del río, y Sharpe vio que el francés desaparecía detrás de un muro. Delmas ya casi estaba en el puente.

Otra descarga de botes de metralla cargados con balas de mosquete penetró en la hierba, desollándola, y llenó el aire veraniego de su azote mortal. Entonces Sharpe vio a Patrick Harper, el sargento gigante, que subía corriendo por su derecha blandiendo su arma de siete cañones. Sharpe y Harper se aproximaban a las casas, se aproximaban a la seguridad que ofrecían sus muros frente a los cañones franceses de las fortalezas, pero Sharpe tuvo un repentino presentimiento de peligro.

—¡Allá, Patrick! ¡Allá!

Se desviaron hacia la derecha, siguieron corriendo y cuando doblaron la esquina de la casa y vislumbraron por primera vez la carretera que iba a dar directamente al otro lado del ancho río, Sharpe también vio al francés arrodillado, apuntando con un par de pistolas hacia el lugar por donde sospechaba que aparecerían sus perseguidores.

—¡Al suelo!

Sharpe se lanzó sobre Harper y ambos cayeron sobre la tierra y en ese momento las pistolas detonaron y oyeron las dos balas sibilantes y malvadas por encima de sus cabezas.

—¡Dios!

Harper se puso en pie con esfuerzo. Delmas ya se había girado e iba cojeando hacia el puente, se aproximaba a la orilla norte, por debajo de las tres fortalezas.

Los dos fusileros avanzaron corriendo. Durante un tiempo estuvieron a salvo, protegidos de los cañones por las casas, pero Sharpe sabía que tan pronto como aparecieran sobre el puente, los botes de metralla empezarían a repiquetear sobre las antiguas piedras. Condujo a Harper hacia la izquierda, hacia la escasa protección que el pretil, bajo y almenado, pudiera ofrecer; pero en el instante preciso en que pisaron el puente, instintivamente, ambos se echaron a la carretera cubriéndose las cabezas, aterrados por la repentina tormenta de metralla que se arremolinaba en el aire por encima del puente.

—¡Dios salve Irlanda! —murmuró Harper.

—Dios mate a ese cabrón. ¡Venga!

Fueron arrastrándose siempre por debajo del pretil, su paso era tremendamente lento, así que Sharpe veía cómo Delmas aumentaba la distancia que los separaba. Parecía que a su paso el francés fuera dejando un torbellino de disparos, de fragmentos de piedra provenientes de la carretera que gritaban al saberse tocadas por los disparos, del sonido del metal contra la piedra; sin embargo el francés estaba ileso gracias a la precisión de los artilleros. Sharpe se dio cuenta de que Delmas se escapaba.

—¡Al suelo, señor!

Harper empujó sin miramientos a Sharpe con su mano inmensa y Sharpe entendió que iba a apuntar con el terrible fusil de siete cañones por encima de su cabeza. Se tapó los oídos con las manos, abandonó la espada durante un segundo y esperó a oír la explosión por encima de su cabeza.

Era un arma horrible, un obsequio de Sharpe a su sargento y un fusil que tan sólo podía sostener un hombre enorme. Había sido fabricada para la Marina Real, con la intención de que se disparara con ella en dirección hacia abajo, a las cubiertas abarrotadas de los barcos enemigos, pero el terrible retroceso de los siete cañones de media pulgada había despejado a los marineros del aparejo y los había lanzado sobre

las cubiertas de sus barcos, donde caían con los hombros fracturados. Patrick Harper, el irlandés enorme, era uno de los pocos hombres con la fuerza bruta necesaria para utilizar uno de ellos, y ahora apuntaba hacia los cañones rechonchos que estaban agrupados cerca de aquella silueta con pantalones que iba cojeando por debajo del arco de la pequeña fortaleza.

Apretó el gatillo y el arma vomitó humo, balas y taco ardiendo que le cayó a Sharpe en el cuello. Era un arma mortífera de cerca, pero a cincuenta yardas, la distancia que les sacaba Delmas, sería una suerte que le diera. Una sola palabra sobre la cabeza de Sharpe le indicó a éste que el irlandés había fallado.

—¡Venga!

Media docena de fusileros habían ido arrastrándose por el puente tras Sharpe y Harper, los demás permanecían al abrigo de las construcciones y cargaban frenéticamente sus armas con la esperanza de poder disparar con precisión. Sharpe avanzaba maldiciendo la metralla que gritaba al golpear contra la carretera. Una bala, que rebotó inesperadamente del lejano pretil, le golpeó en el tacón de la bota y Sharpe soltó un taco.

—Vamos a tener que correr, Patrick.

—¡Santo Dios!

El acento de Donegal no ocultaba sus sentimientos respecto al hecho de tener que atravesar corriendo aquella tormenta de tiros. Harper se tocó el crucifijo que llevaba en el cuello. Desde que había conocido a Isabella, la muchacha española a la que había salvado de ser violada en Badajoz, se había vuelto más religioso. Los dos podían vivir en pecado mortal, pero Isabella se aseguraba de que aquel enorme hombre fuera respetuoso con la Iglesia a la que pertenecían.

—Diga la palabra, señor.

Sharpe esperó a que otra demoledora descarga de metralla se estrellara contra la carretera.

—¡Ahora!

Corrieron a toda velocidad; Sharpe llevaba la pesada espada procurando que no se moviera. Parecía que el aire estuviera lleno del sonido de la muerte y el miedo se apoderó de él, el miedo a morir de esta forma espantosa, golpeado por la metralla y sin poder responder. Se deslizó hacia la cobertura que le ofrecía la arcada pequeña bajo la fortaleza y se dio contra el muro.

—¡Dios!

Habían sobrevivido, tan sólo Dios sabía cómo, pero no iba a volver a intentarlo. El aire le había parecido cuajado de disparos.

—Vamos a tener que gatear, Patrick.

—Lo que usted diga, señor.

Daniel Hagman, el mayor de los hombres de la compañía de Sharpe y el mejor

tirador del batallón, cargó metódicamente el fusil. Había sido cazador furtivo en su Cheshire natal, lo habían cogido una noche oscura y había dejado mujer y familia para alistarse en el ejército antes que tener que enfrentarse a la terrible justicia que repartían las audiencias. No usaba un cartucho de pólvora gruesa, sino que medía la carga de la pólvora fina que guardaba en su cuerno de fusilero, y luego escogía una bala y la atacaba a fondo en el cañón. Había envuelto la bala en un trocito de piel grasienta, un trocito que agarraría el rayado cuando disparara el arma y haría girar la bala, su arma resultaría entonces mucho más precisa que el mosquete de ánima lisa. Cebó el arma, apuntó y le vino a la mente el recuerdo del fusilero Plunkett que, hacía cuatro años, había disparado una bala a ochocientas yardas de distancia para matar a un general francés. Plunkett era una leyenda en su regimiento, el 95, porque se suponía que el fusil Baker no era realmente preciso más allá de doscientas yardas, pero ahora Hagman tenía una visión clara de su objetivo, justo a un centenar de yardas de distancia. Sonrió. A esta distancia podía escoger el sitio, y escogió la parte inferior de la columna, dejando que el punto de mira estuviera un poco por encima, soltó aire, contuvo la respiración, y entonces estrujó el gatillo. No podía fallar a esa distancia. El fusil le golpeó en el hombro, el humo salió a chorro de la cazoleta y la boca, la pólvora quemada le picó en la mejilla. La metralla gritaba sobre el puente, cuatro cargas de cañón disparadas a la vez, y Hagman no llegó a saber nunca qué le pasó a su bala. No llegó a alcanzar a Delmas. En algún lugar de la terrible grava que había sobre el puente se perdió la bala, una probabilidad inesperada, pero Delmas seguía con vida, seguía cojeando hacia la seguridad que le ofrecía la ribera opuesta.

Sin embargo, aún quedaba otra oportunidad. Las fortalezas estaban construidas en la cima de la colina que se erguía sobre el río y en cuanto el puente se acercaba a la orilla norte los cañones no podían ver la carretera. Unas cuantas yardas más y Sharpe sabía que podría ponerse en pie y correr a salvo, pero Delmas también lo sabía. El francés se esforzaba por seguir, sin hacer caso del dolor, resistiéndose a verse vencido, y consiguió forzar su cuerpo herido y hacerlo correr lentamente, lo que lo alejó aún más.

Entonces pareció que todo estaba perdido. Se oyeron gritos al frente y Sharpe miró hacia arriba y vio unos uniformes azules que bajaban corriendo por la colina hacia el puente. *Voltigeurs!* La infantería ligera francesa con sus charreteras rojas que destacaban bajo el sol, y Sharpe renegó pues sabía que estas tropas habían sido enviadas al exterior de las fortalezas para asegurar que Delmas llegara a ponerse a salvo. Una docena de franceses descendían la colina mientras que otros esperaban en la cima.

Sharpe gateaba, avanzaba sintiendo la ronca respiración de Harper tras él. Ahora parecía realmente inútil. Los *voltigeurs* alcanzarían a Delmas mucho antes que Sharpe o Harper, pero no iba a abandonar. Un fragmento de piedra desportillado por

un golpe de metralla resonó contra la vaina metálica de su espada, mientras que otro le arañó los nudillos y le hizo salir una sangre brillante.

Los *voltigeurs* estaban en el extremo del puente, lo bordeaban, estaban preparando sus fusiles para disparar y Delmas tan sólo estaba a unos pasos de distancia. Una bala de fusil le pasó a Sharpe chasqueando, vio a un *voltigeur* francés que esquivaba la trayectoria de la bala y luego a otro francés que caía derribado hacia adelante. ¡Hacia adelante! Sharpe miró hacia arriba. Había humo de mosquetes que provenía de las casas de la ciudad, que rodeaban el terreno baldío que los franceses habían despejado alrededor de las fortalezas.

—¡Mire! —señaló hacia arriba—. ¡La Sexta debe haber llegado hasta allí!

No era la Sexta División. Los que disparaban con mosquetes eran los habitantes de Salamanca que desahogaban su ira contra aquellos franceses que llevaban tanto tiempo ocupando la ciudad. Los *voltigeurs* se encontraron cogidos entre los dos fuegos; los fusileros que disparaban del otro lado del puente y los españoles que apuntaban desde atrás.

—¡Venga!

Habían alcanzado la parte segura del puente, aquella parte que no podían alcanzar los cañones, pero al mismo tiempo Delmas había caído en brazos de sus rescatadores, que ya se retiraban y se llevaban al fugitivo hacia los fuertes.

Sharpe y Harper seguían corriendo, sin tener en cuenta las posibilidades, y el oficial de los *voltigeurs* franceses hizo dar media vuelta a seis de sus hombres, los hizo formar y les apuntaron.

Sharpe y Harper se separaron automáticamente, Harper se fue hacia la derecha del puente, Sharpe hacia la izquierda, de manera que el enemigo tuviera que elegir entre dos blancos más pequeños. Sharpe estaba gritando ahora, un grito incoherente de rabia que asustaría al enemigo, y oía a Harper chillando a su derecha.

Otra bala de fusil les pasó chasqueando, le dio a un francés en la rodilla y el repentino grito de dolor que soltó puso a los demás nerviosos. Dos de ellos estaban heridos, ambos hombres retrocedían arrastrándose hacia la colina. Detrás de ellos disparaban los mosquetes españoles, ante ellos los fusileros disparaban hacia abajo, al largo tramo del puente entre los dos hombres enormes que los desafiaban a gritos. Los otros cuatro *voltigeurs* apretaban los gatillos tan sólo con el deseo de retirarse a salvo hacia las fortalezas.

Sharpe notaba en el aire las balas de mosquete, sabía que no le habían dado y tenía la enorme espada preparada para el primer golpe. Los tiradores enemigos retrocedían, se retiraban detrás de Delmas, pero el oficial intentó detenerlos. Les gritó, tiró de uno de ellos y, cuando vio que era inútil, se giró él mismo con su espada larga y delgada y esperó a Sharpe.

Fue la valentía del oficial francés lo que hizo que los cuatro hombres se volvieran.

No tenían los mosquetes cargados, pero enroscaron en ellos las bayonetas; demasiado tarde para salvar a su teniente.

Sharpe percibió el miedo en los ojos de aquellos hombres; deseó que el hombre se diera la vuelta y corriera, pero insistió en quedarse. Se movió para bloquear a Sharpe, levantó su espada para atacar a fondo, pero la enorme espada de caballería lo apartó a un lado con un golpe sonoro y paralizante y luego Sharpe, que no deseaba matarlo, cargó al hombro y envió al oficial volando hacia atrás, contra la calzada de la entrada del puente.

Los cuatro *voltigeurs* volvieron con las bayonetas preparadas. Sharpe se volvió hacia ellos, les mostró los dientes, la espada preparada, pero de repente no pudo moverse. El teniente francés le había agarrado el tobillo, lo sujetaba desesperadamente y los *voltigeurs*, al verlo, se apresuraron repentinamente, aprovechándose de la pérdida de equilibrio de Sharpe.

Fue un error fatal. Patrick Harper, el irlandés, se tenía por amigo de Sharpe, a pesar de la diferencia de graduación. Harper era enormemente fuerte, pero, como muchos hombres fuertes, tenía una gentileza e incluso una placidez conmovedoras. Harper en general se contentaba con dejar que el mundo siguiera su curso, observándolo con un humor irónico, pero no era así en la batalla. Había crecido con las canciones y las historias de los grandes guerreros irlandeses. Para Patrick Harper, Cuchulain no era un héroe imaginario del pasado remoto, sino un hombre real, un irlandés, un guerrero al que emular. Cuchulain murió a los veintisiete años, la edad que tenía Harper en este momento y había luchado como luchaba Harper, embriagado por una salvaje canción de guerra. Harper también conocía esa alegría loca, la sentía mientras cargaba contra los cuatro hombres y les gritaba en su propia lengua antigua.

Blandía el pesado fusil de siete cañones como un garrote. El primer golpe derribó un mosquete con bayoneta, dio contra la cabeza de un francés, y el segundo golpe derribó a dos hombres. Ahora Harper iba dando patadas, pisándolos, utilizaba el arma como una maza en la que ponía toda su fuerza. El cuarto hombre arremetió con su bayoneta y Harper, sacando una mano del garrote, tiró del mosquete hacia sí con rabia y le dio un rodillazo en la balbuceante cara del enemigo. Los cuatro estaban vencidos.

El oficial francés, tumbado en el suelo, observaba horrorizado. Su mano nerviosa soltó el tobillo de Sharpe, librándose del golpe descendente de la enorme espada. Ahora iban llegando más fusileros, a salvo en aquella parte del puente que no podían alcanzar los artilleros enemigos.

Harper quería más. Iba subiendo por la ladera de la colina, salvando los cascotes de las casas que los franceses habían hecho volar para proporcionar a sus fuertes un amplio terreno baldío. Pasó por delante de los dos heridos que, al igual que sus compañeros que estaban más abajo, iban a ser tomados prisioneros, y Sharpe siguió al

sargento.

—¡A la derecha! ¡Patrick! ¡A la derecha!

Sharpe no lo entendía. Delmas, a salvo con los otros *voltigeurs*, no se dirigía hacia la fortaleza. Iba cojeando directo hacia la ciudad, hacia las casas con balcones desde donde disparaban los españoles. Un oficial *voltigeur* discutía con él, pero Sharpe vio que el gran oficial de dragones lo hacía callar. Otros dos *voltigeurs* fueron destacados para ayudar a Leroux, casi para llevar al cojo cuesta arriba, y Sharpe no entendía por qué Delmas se dirigía hacia el fuego disperso de mosquete que disparaban los civiles. ¡Era una locura! Delmas estaba en las yardas de seguridad que le ofrecían los fuertes, y sin embargo iba directo a zambullirse en el interior de una ciudad hostil por la cual en cualquier momento marcharía la Sexta División del ejército de Wellington. Delmas estaba incluso exponiéndose al fuego de los mosquetes españoles, cuanto más se acercara cojeando más peligroso era.

Luego ya no había peligro. Sharpe, escalando tras el dragón, vio aparecer a un sacerdote alto, de pelo cano en uno de los balcones de las casas, y aunque Sharpe no pudo distinguir las palabras, oyó que el sacerdote gritaba. El hombre agitaba los brazos arriba y abajo, indudablemente les decía a los ciudadanos que dejaran de disparar. «¡Maldito sacerdote!» Estaba dejando que Delmas entrara en el laberinto de callejas, y los civiles obedecían al hombre de pelo cano. Sharpe renegó y redobló los esfuerzos por atrapar al grupo de los franceses. «¡Maldito cura de mierda!»

Luego Sharpe tuvo que olvidarse de Delmas y del sacerdote. A los otros *voltigeurs*, al ver con cuanta velocidad escalaban la ladera Sharpe y Harper, los habían enviado abajo para hacerse cargo de ellos. Las primeras balas levantaron polvo de los cascos y Sharpe tuvo que rodar para ponerse a cubierto porque el fuego de mosquete era demasiado intenso. Oyó a Harper que renegaba, lo buscó con la mirada, y vio al irlandés frotándose el muslo donde tenía una contusión que se había hecho él mismo al caer tras un bloque de piedra. El sargento sonrió irónicamente.

—¿Alguien dijo que esta iba a ser una tarde fácil?

Sharpe miró tras él. Supuso que estaba a medio camino cuesta arriba, a unos cien pies encima del río, y vio a tres de sus fusileros que agrupaban a los prisioneros. Cuatro más subían hacia ellos y uno de ellos, Parry Jenkins, gritaba con incoherencia y señalaba más allá de Sharpe. En ese mismo instante Harper gritó.

—¡Enfrente, señor!

Los *voltigeurs*, preocupados tal vez por la imprudencia de la carga de los fusileros, estaban decididos a que los dos hombres quedaran aislados en la ladera. Habían disparado su descarga y ahora una docena de ellos descendía con bayonetas para hacerlos prisioneros o acabar con Sharpe y Harper.

La frustración hizo que a Sharpe le invadiera la ira. Se culpó de que Delmas escapara. Tenía que haberle insistido al coronel Windham de que no se podía confiar

en ese hombre, y ahora Windham estaba muerto. Sharpe suponía que el pobre joven McDonald también estaría muerto, muerto a los dieciséis años por un cabrón que había faltado a su palabra y que ahora huía colina arriba. Sharpe surgió de su escondrijo con una ira tremenda, con la enorme y pesada espada mal equilibrada en su mano, y cuando se dirigía al encuentro de los franceses le pareció, como a menudo le sucedía en la batalla, que el tiempo se demoraba. Vio claramente la cara del primer hombre, vio los dientes amarillentos y escasos bajo un bigote descuidado, le vio el cuello y supo dónde iría su espada, y atacó. El acero silbó, la punta afilada tajó la garganta del enemigo y Sharpe la retiró con un movimiento hacia arriba que se estrelló de lado contra el mosquete de un segundo hombre, le penetró en el antebrazo de manera que soltó el arma y se encontró indefenso cuando el golpe descendente chocó atravesándole el chacó y el cráneo.

Harper observó durante un instante con una sonrisa burlona, porque estaba acostumbrado al espectáculo temible que ofrecía Richard Sharpe cuando se enfurecía en la batalla, y luego se unió a él. Dejó atrás el fusil de siete cañones y usó un trozo de madera ennegrecido por el fuego con el que azotó al enemigo de charreteras rojas hasta que, agotados, volvieron a rastras colina arriba. Harper miró a su capitán, cuya espada enrojecida había derrotado a cuatro hombres en menos de medio minuto. Se agachó para recuperar el arma enorme.

—¿Ha pensado alguna vez en alistarse en el ejército, señor Sharpe?

Sharpe no escuchaba. Miraba fijamente a las casas donde el sacerdote había hecho que los civiles dejaran de disparar, y ahora Sharpe sonreía porque el sacerdote podría dar órdenes a los civiles, pero no a los soldados británicos. ¡La Sexta División había llegado! Veía los uniformes rojos en la cima de la colina, oía el chasquido de los mosquetes y Sharpe fue avanzando ladera arriba para ver si podía averiguar dónde estaba Delmas. Harper le seguía.

Al llegar a la cima se desplomaron. A su derecha las casas se veían moteadas de uniformes rojos, a su izquierda estaban los tres fuertes hacia los que se iban retirando los *voltigeurs* ¡y Delmas iba con ellos! La Sexta División les había cortado el paso y les había obligado a dirigirse hacia las fortalezas. Esto constituía en cierto modo una victoria, supuso Sharpe, porque ahora el francés traidor se encontraba atrapado en los fuertes. Miró hacia atrás y vio la orilla del río abarrotada de tropas británicas marchando en dirección al oeste, por el camino que bordeaba el Tormes, para cerrar el cordón alrededor de las tres plazas fuertes. ¡Delmas estaba atrapado!

Los cañones franceses volvieron a disparar, la metralla explotaba por encima del terreno baldío y golpeteaba contra las casas destrozando ventanas y contraventanas, con el propósito de que las recién llegadas tropas británicas tuvieran que ponerse a cubierto.

Sharpe observó a Delmas. Vio cómo era ayudado a entrar en el foso frente al

fuerte más cercano y más pequeño. Observaba cómo el casco de bronce volvía a aparecer y el francés era introducido en una de las troneras de los cañones. Sharpe observó cómo su enemigo entraba en el fuerte. ¡El muy cabrón estaba atrapado! La espada estaba en Salamanca y todavía podría pertenecer a Sharpe.

Sharpe miró a Harper.

—Así es. El cabrón se escapó.

—La próxima vez no, señor.

Harper dio media vuelta y miró fijamente sobre el río. Un puñado de oficiales aprovechaban la protección que ofrecían las casas en la otra orilla, y otro grupo de hombres, a quienes no importunaban los cañones franceses, llevaban el cuerpo de Windham colina arriba. Harper veía a los perros que iban siguiendo el triste cortejo. Mientras observaba, los artilleros dispararon otra vez hacia el puente. Dejarían que los británicos retiraran a sus muertos pero todavía no cederían el paso del puente. Harper señaló con la cabeza hacia el puente.

—No creo que podamos volver, señor.

—No.

—No es que sea una mala ciudad en la que quedarse encerrado, señor.

—¿Qué?

Sharpe tan sólo escuchaba a medias. Estaba pensando en Delmas.

El francés había asesinado a Windham y probablemente había asesinado también a McDonald. Un hombre que mataba después de dar su palabra era un asesino.

—Digo que no es mala ciudad...

—Ya le he oído, Patrick. —Sharpe miró al sargento y recordó la batalla—. Gracias.

—¿De qué? ¿Cree que deberíamos ir con los muchachos?

—Sí.

Gatearon colina abajo para reunirse con los pocos fusileros que, al igual que ellos, se hallaban aislados en la orilla norte del río. Uno de ellos había recuperado el fusil de Sharpe y lo había acarreado mientras cruzaba todo el puente. Se lo devolvió a su capitán.

—¿Y ahora qué hacemos, señor?

—¿Ahora? —Sharpe escuchaba. Se oía débilmente un retumbar rítmico, un sonido ahogado por una ligera melodía.

—¿Lo oyen?

Todos escucharon. Parry Jenkins sonrió burlón.

—¡Es una banda!

Sharpe se colgó el fusil.

—Creo que deberíamos unirnos.

Supuso que la Sexta División estaba haciendo la entrada formal en la ciudad; las

bandas tocaban y las banderas ondeaban y señaló en dirección a la orilla del río, hacia el este.

—Por ahí, muchachos, luego arriba hacia la ciudad.

La ruta los alejaría de los cañones franceses que apuntaban al otro lado del devastado extremo sudoeste de la ciudad.

—¡Escuchen, muchachos! —Ellos lo miraron—. Quédense juntos, ¿me entienden? Se supone que no estamos aquí y a la maldita policía militar le encantaría tener ocasión de encadenar a un verdadero soldado. —Les sonrió burlón—. ¡Venga!

Se iba limpiando la sangre de su gran espada mientras los conducía por la orilla del río, y luego hacia arriba, por un callejón empinado que desembocaba en las dos catedrales que había en la cima. Estaban detrás de las casas desde las cuales los civiles españoles habían disparado a Delmas, allí donde el sacerdote les había hecho detener los disparos, y Sharpe creyó que reconocía a la figura alta y de pelo cano que subía delante de él. Apretó el paso y dejó a sus fusileros atrás, el ruido de sus botas contra la calzada empedrada hizo que el sacerdote se girara. Era un hombre alto y mayor cuyo rostro reflejaba alegría y caridad. Le sonrió a Sharpe y lanzó una mirada a la espada.

—Parece que quiera matarme, hijo mío.

Sharpe no sabía exactamente por qué había perseguido al sacerdote, tal vez para desahogar su ira contra el hombre que había interferido en la lucha de la tarde. El perfecto inglés del sacerdote le sorprendió y el tono sereno del hombre lo incomodó.

—Mato a los enemigos del rey.

El sacerdote sonrió ante el tono dramático de Sharpe.

—Está enfadado conmigo, hijo. ¿Porque he impedido que los habitantes dispararan? ¿No? —No esperó una respuesta, siguió apaciguador—. ¿Sabe usted lo que les harán los franceses en cuanto tengan ocasión? ¿Lo sabe? ¿Ha visto usted civiles colocados contra la pared a los que disparan como a perros rabiosos?

La voz de Sharpe estaba impregnada de ira.

—¡Por el amor de Dios! ¡Ahora estamos nosotros aquí, no los franceses de mierda!

—Dudo que sea por su amor, hijo. —El sacerdote irritaba a Sharpe con su sonrisa—. ¿Y cuánto se van a quedar aquí? Si no derrotan a los principales ejércitos franceses, tendrán que volver corriendo a Portugal y nosotros esperaremos a que vuelvan a circular por nuestras calles esos franceses.

Sharpe frunció el ceño.

—¿Es usted inglés?

—¡Santo cielo, no! —Era la primera vez que el sacerdote se mostraba sorprendido por algo que dijera Sharpe—. Soy irlandés, hijo mío. Soy el padre Patrick Curtis, aunque los salmantinos me llaman Don Patricio Cortes. —Curtis calló

mientras Harper tiraba de los fusileros curiosos al pasar ante ambos hombres. Harper les hizo continuar calle arriba. Curtis volvió a sonreír a Sharpe—. Ahora Salamanca es mi ciudad y esta gente es mi gente. Comprendo su odio contra los franceses, pero he de protegerlos por si alguna vez los franceses vuelven a mandar aquí. Ese hombre al que perseguía. ¿Sabe lo que les haría?

—¿Delmas? ¿Qué?

Curtis frunció el ceño. Su rostro era duro, surcado de arrugas profundas y destacaban en él dos cejas pobladas y canas.

—¿Delmas? ¡No! ¡Leroux!

Ahora era Sharpe el que estaba perplejo.

—Yo perseguía a un hombre con un casco de bronce. Un hombre que cojeaba.

—¡Así es! Leroux. —El sacerdote percibió la sorpresa en el rostro de Sharpe—. Es un coronel de la Guardia Imperial de Napoleón. Philippe Leroux. Es cruel, hijo mío, sobre todo con los civiles.

La voz suave e impasible del sacerdote no había apaciguado a Sharpe, que mantenía un tono hostil.

—Sabe mucho de él.

Curtis se echó a reír.

—¡Por supuesto! ¡Soy irlandés! Siempre nos interesan los asuntos ajenos. En mi caso, por supuesto, resulta que también es asunto de Dios saber cosas de la gente. Incluso de gente como el coronel Leroux.

—Y mi trabajo era matarlo.

—Como el centurión dijo en el Gólgota.

—¿Qué?

—Nada, hijo mío. Un comentario de mal gusto. Bien, ¿capitán? —preguntó el sacerdote adivinando el rango y Sharpe asintió con la cabeza. El sacerdote sonrió—. Es para mí un placer darle la bienvenida a Salamanca, aunque sea usted inglés. Considérese bienvenido.

—¿No le gustan los ingleses? —Sharpe estaba decidido a no agradar a ese sacerdote de mediana edad.

—¿Por qué deberían gustarme? —Curtis seguía sonriendo—. ¿Acaso le gusta al gusano el arado?

—¿He de suponer que prefiere a los franceses?

Sharpe todavía estaba convencido de que Curtis había hecho detener los disparos para salvar al hombre que se hacía llamar Delmas.

Curtis dejó ir un suspiro.

—¡Querido, oh querido! Esta conversación, si me perdona, capitán, se está haciendo aburrida. Le deseo un buen día, hijo. Espero que nos volvamos a ver pronto. Salamanca es una ciudad bastante pequeña.

Se giró y se puso a caminar delante de Sharpe y dejó al oficial de fusileros preocupado. Sharpe sabía que el sacerdote lo había vencido, que la calma de Curtis le había encendido su ira. «Bueno, maldito sacerdote y maldito coronel Philippe Leroux.» Sharpe siguió caminando, apretó el paso al pasar junto a Curtis, como si no lo reconociera, tenía la cabeza ocupada en su necesidad de venganza. Leroux. El hombre que había asesinado a Windham, había asesinado a McDonald, había faltado a su palabra, se había escapado de Sharpe y poseía una espada hecha para un gran luchador. El coronel Leroux; un enemigo digno de un verano de guerra y calor como ése.

Capítulo 3

Sharpe adelantó a sus hombres y los fue conduciendo junto a las dos catedrales, por calles que estaban abarrotadas de gente dispuesta a celebrar la liberación de la ciudad de manos francesas. Se habían colgado mantas de los balcones más pobres y banderas de los más ricos y las mujeres se reclinaban sobre los antepechos de las ventanas y de las barandillas.

—¡Viva el inglés!

—¡Viva el irlandés! —les respondía Harper a gritos.

Les obligaban a aceptar vino, les lanzaban flores y la muchedumbre, alegre y festiva, empujaba a los fusileros hacia la música y el centro de la ciudad. Harper sonrió con burla a Sharpe.

—¡El teniente debería estar aquí!

El teniente de Sharpe, Harold Price, hubiera estado excesivamente celoso. Las muchachas eran bellas, sonreían y la indecisión hubiera atormentado a Price como un terrier que no sabe que rata coger primero. Una mujer, inmensamente gorda, daba saltos de arriba abajo para plantarle un beso a Harper en la mejilla, y el irlandés la levantó entre sus brazos, la besó alegremente y la volvió a bajar. La gente vitoreaba encantada y al sargento le pasaron a una niña que él cogió, agitando unas piernas muy delgadas, y se la colocó sobre los hombros. Ella iba tamborileando sobre la parte superior del chacó siguiendo el sonido de la banda y sonriendo a sus amigos. Salamanca era una fiesta. Los franceses se habían ido, o bien al norte con Marmont o bien al interior de sus tres fortalezas rodeadas, y Salamanca era libre.

La calle daba a un patio bellamente decorado con esculturas y Sharpe recordó aquel lugar de su última visita. Salamanca era una ciudad como Oxford o Cambridge, una ciudad universitaria, y el patio formaba parte de la universidad. Las piedras de los edificios habían sido talladas con tanta delicadeza como si fueran filigranas de plata, la destreza de los maestros impresionante, y vio cómo sus hombres se quedaban mirando maravillados la piedra exuberante. No había nada igual a esto en Inglaterra, tal vez en ningún lugar del mundo, y sin embargo Sharpe sabía que lo mejor de Salamanca aún estaba por llegar.

Las campanas repicaron desde una docena de campanarios, una cacofonía de júbilo que se unía a la banda del ejército. Cientos de golondrinas revoloteaban y se abatían sobre los tejados como presagio del atardecer. Sharpe avanzó, saludando con la cabeza y sonriendo a la gente, y se fijó en que en la calle siguiente las puertas todavía tenían las marcas de tiza que habían dejado los oficiales franceses que se habían alojado allí. Esta noche estaría la Sexta División en esas casas y serían mejor recibidos, pues los británicos pagaban por las habitaciones y por la comida. Los franceses se habían marchado. Sharpe sonrió porque Leroux se encontraba atrapado

en los fuertes y se preguntó cómo podía presenciar el asalto a los fuertes de la Sexta División.

La calle daba a un espacio amplio, y Sharpe vio las puntas brillantes de las bayonetas agitarse rítmicamente por encima de las cabezas de la muchedumbre hacia unas arcadas. Harper bajó a la niñita, dejó que corriera y se uniera a la gente que bordeaba la ruta del desfile, y los hombres de la compañía ligera siguieron a Sharpe hacia la arcada. Como todos los fusileros de la compañía de Sharpe, Harper ya había estado allí con anterioridad, en el invierno de 1808, y recordaba la plaza Mayor que se extendía más allá de esa arcada. La Sexta División se reunía en la plaza Mayor para el desfile oficial que había de indicar la entrada británica en Salamanca.

Sharpe se detuvo justo en aquella especie de arcada y miró a Harper.

—Voy a buscar al comandante Hogan. Mantenga unidos a los muchachos y reúnanse conmigo aquí a las diez en punto.

—Sí, señor.

Sharpe miró a los hombres que iban con Harper, granujas en su mayoría. Eran los típicos borrachos, ladrones, asesinos y fugitivos que de alguna manera se habían convertido en la mejor infantería del mundo. Les sonrió burlón.

—Pueden beber. —Ellos lanzaron vítores irónicos y Sharpe levantó una mano—. Pero sin peleas. Se supone que no estamos aquí y la maldita policía militar estaría encantada de mandarlos al infierno. Así que manténganse alejados de los problemas y mantengan a sus parejas alejadas de los problemas, ¿entendido? No se separen. Pueden beber, pero yo no voy a llevar a nadie a casa esta noche, así que manténganse en pie.

Sharpe había reducido las normas del ejército a tres simples reglas. De sus hombres esperaba que lucharan, tal como él lo hacía, con determinación. No se les permitía robar, salvo al enemigo, a menos que estuvieran hambrientos. Y nunca podían emborracharse sin su permiso. Le sonrieron con ironía y levantaron el vino que les habían ofrecido. Les dolería la cabeza por la mañana.

Los dejó y se abrió paso a empujones por entre la muchedumbre que se alineaba en la arcada. El ya sabía lo que se iba a encontrar, pero aun así se quedó sin aliento cuando se encontró mirando fijamente lo que él consideraba la plaza más bella que había visto en su vida; la plaza Mayor de Salamanca, la gran plaza. La habían terminado hacía justo treinta años y habían tardado setenta en construirla, pero el tiempo había valido la pena. El cuadrado estaba formado por casas unas junto a otras, cada una tenía tres pisos por encima de la columnata abovedada y cada habitación que daba a la plaza tenía un balcón de hierro forjado. La severidad del diseño de los edificios se veía suavizada por volutas decoradas, escudos de armas esculpidos y una balaustrada llena de agujas que cortaban el cielo. Las casas confluían en el lado norte de la plaza en un palacio espléndido, más alto que las casas y más ornamentado, y en

el lado este, justo bajo los rayos del sol descendente, se hallaba el pabellón real. La piedra de toda la plaza era dorada al atardecer, dibujada con miles y miles de sombras que proyectaban los balcones, las contraventanas, las esculturas y las agujas. La plaza tenía dimensiones reales. Revelaba grandeza, orgullo y magnificencia; sin embargo era una plaza pública y pertenecía a los habitantes de Salamanca. La persona más mezquina podía ir a caminar y demorarse entre su gloria e imaginarse en la morada de un rey.

Ahora la inmensidad de la plaza se encontraba abarrotada de miles de personas. Se alineaban por los balcones triples y hacían ondear pañuelos y banderas, vitoreaban y lanzaban flores a la plaza pavimentada. La gente se arremolinaba en la sombra de la arcada bajo los ochenta y ocho arcos de la columnata y sus gritos de júbilo amenazaban con ahogar la banda que tocaba bajo el palacio al son de cuya música la Sexta División hacía su entrada oficial con solemnidad.

Era este un momento para saborear, un momento de gloria, el momento en que los británicos tomaban esta ciudad. La plaza Mayor había percibido la importancia de este momento, lo estaba celebrando; sin embargo, en el mismo centro del ruido y el color estaba sentado un hombre en silencio que parecía, sobre su alto caballo, casi gris. No llevaba uniforme. Un simple abrigo azul, pantalones grises y un sombrero bicornio sin adorno alguno le bastaban a Wellington. Ante el general desfilaban sus tropas, los hombres que lo habían seguido desde Portugal a través de los brutales horrores de Ciudad Rodrigo y Badajoz.

Al primer batallón del 11.º Regimiento, con las vueltas de sus casacas de un verde tan oscuro como los valles del norte de Devon, de donde provenían, le seguían los Shropshires, vueltas rojas en las casacas rojas, los abrigos de sus oficiales con galones dorados. Las espadas se elevaban para saludar al sencillo hombre de nariz aguileña que permanecía en silencio entre el alboroto. Los del 61 estaban allí, muy lejos de Gloucestershire, y al verlos Sharpe recordó la despectiva comparación que había hecho Windham de la ciudad de las dos catedrales. Al coronel le hubiera encantado esto. Iría dando golpecitos con su fusta al ritmo de la música, criticaría las casacas descoloridas de la Guardia de la Reina, azul sobre rojo, la segunda infantería de la línea tras la Guardia Escocesa, pero no hablaría en serio. Los de Cornualles del 32 entraban, luego el 36.º de Hereford, y todos ellos marchaban con las banderas desplegadas, banderas que se agitaban al leve viento y alardeaban de las cicatrices de mosquete y de cañón. Las banderas estaban rodeadas por sargentos de alabarderos con sus anchas hojas bruñidas como plata brillante.

Se oyeron cascos junto a la arcada por donde había entrado Sharpe, y Lossow, con su uniforme meticulosamente cepillado, conducía el primer escuadrón de los Dragones Ligeros de la Legión Alemana del Rey hacia la plaza. Llevaban los sables desenvainados, relucientes, y los oficiales llevaban pellizas ribeteadas de piel que

cubrían de manera informal las casacas azules con galones dorados. Parecía que la plaza estuviera abarrotada de tropas, y sin embargo iban llegando más. Aparecieron las casacas marrones de los Cazadores portugueses, tropas ligeras, cuyas plumas verdes en el chacó se agitaban al ritmo de la música. También había casacas verdes, no fusileros del 95, el antiguo regimiento de Sharpe, sino hombres del 60, los Fusileros Reales Americanos. Observó cómo iban entrando en el cuadrado y se hinchó de orgullo al ver sus uniformes descoloridos y remendados y el aspecto destrozado de sus fusiles Baker. Los fusileros eran los primeros en el campo de batalla y los últimos en abandonarlo. Eran lo mejor. Sharpe estaba orgulloso de su casaca verde.

Esto tan sólo era una división, la Sexta, mientras que más allá de la ciudad y protegiéndose del ejército de campo francés estaban las demás divisiones que constituían las fuerzas de Wellington. La primera, la tercera, la cuarta, la quinta, la séptima y las divisiones ligeras, cuarenta y cuatro mil soldados de infantería marchaban este verano. Sharpe sonrió para sí. Se acordaba de Rolica, hacía justo cuatro años, cuando la infantería británica la constituían tan sólo trece mil quinientos hombres. Nadie esperaba que ganaran. Los enviaron a Portugal con un general joven y ahora ese general saludaba a sus tropas en Salamanca. En Rolica, Wellington luchó con dieciocho cañones; en la batalla de este verano se oirían más de sesenta cañones británicos. Doscientos soldados de caballería habían desfilado en Rolica, ahora eran más de cuatro mil. La guerra iba creciendo, se extendía por la Península, subiendo hacia Europa, y corrían rumores de que los americanos amenazaban a Inglaterra mientras que Napoleón, el maestro de ceremonias de todo esto, miraba en dirección al norte, hacia los mapas vacíos de Rusia.

Sharpe no se quedó a mirar todo el desfile. En una de las ocho calles que daban a la plaza encontró una bodega y compró un odre de vino tinto que decantó, con cuidado, en su redonda cantimplora de madera. Una gitana lo observó, con ojos negros impenetrables; con una mano aguantaba a un bebé contra su pecho y con la otra bien metida en el delantal agarraba las pocas monedas que había mendigado durante el día. Sharpe dejó algunos sorbos en el odre y se lo lanzó. Ella lo cogió y echó un chorro en la boca del bebé. Un puesto bajo las arcadas de la plaza vendía comida y Sharpe compró un poco de tripa cocida con salsa picante, y mientras bebía el vino iba comiendo. Pensó en lo afortunado que era de poder vivir ese día, en ese lugar, y deseó poder compartir ese momento con Teresa. Luego pensó en el cuerpo de Windham, la sangre manchando la tierra seca, y deseó que los franceses encerrados en los fuertes estuvieran oyendo la banda y previeran el sitio. Leroux moriría.

El desfile acabó, a los soldados se les ordenó marchar o se les mandó romper filas; sin embargo la banda seguía tocando, poniendo música a la ceremonia nocturna en la que los salmantinos daban rienda suelta a su alegría. Los ciudadanos iban a la

plaza cada atardecer. Los hombres paseaban en el sentido de las agujas del reloj por el borde exterior del cuadrado, mientras que las muchachas, riéndose y cogidas del brazo, caminaban en sentido opuesto en un anillo interior. Algunos soldados británicos se unían ahora a los paseantes del exterior, clavaban la mirada en las muchachas, les gritaban, mientras los españoles, celosos, observaban con frialdad.

Sharpe no se unió al círculo. Se fue caminando por la sombra espesa de la arcada, pasando por las tiendas que vendían finas pieles, joyas, libros y sedas. Paseaba lentamente, lamiéndose el ajo de los dedos, y resultaba una figura extraña entre la muchedumbre festiva. Se había echado hacia atrás el chacó y dejaba que su cabello negro le cayera por el extremo superior de la larga cicatriz que iba de su ojo izquierdo a la mejilla. Le daba un aspecto sardónico, burlón cuando el rostro estaba quieto. Tan sólo la risa o una sonrisa suavizaban la rigidez de la cicatriz. Su uniforme estaba tan andrajoso como el de cualquier fusilero. La vaina de su larga espada estaba abollada. Parecía lo que era, un soldado combativo.

Buscaba a Michael Hogan, el comandante irlandés que servía en el estado mayor de Wellington. Sharpe y Hogan eran amigos casi desde que empezó esta guerra, y Sharpe sabía que el irlandés resultaría una buena compañía en esta noche de festejo. Sharpe tenía, además, otros motivos. Hogan estaba al mando del servicio secreto de Wellington, juntaba y examinaba cuidadosamente los informes que provenían de los espías y de los oficiales exploradores, y Sharpe esperaba que el comandante pequeño y de mediana edad pudiera contestarle a algunas preguntas referentes al coronel Philippe Leroux.

Sharpe se quedó bajo la columnata y se dirigió hacia el grupo de oficiales a caballo que se agolpaban junto al general. El fusilero se detuvo cuando estuvo lo bastante cerca para oír sus risas y sus voces recias.

No veía a Hogan. Se apoyó en una columna y observó a los hombres a caballo, magníficos con sus uniformes de gala, y no estaba dispuesto a unirse al grupo que buscaba favores y que se agolpaba alrededor del general. Sharpe sabía que si Wellington se metiera el dedo en la nariz habría un montón de oficiales deseosos de chuparle el dedo, si eso fuera a reportarles un hilo dorado más en su uniforme.

Inclinó la cantimplora, cerró los ojos y dejó que el vino áspero le lijara la garganta.

—¡Capitán! ¡Capitán!

Abrió los ojos, pero no veía a quien le había gritado y supuso que no iba dirigido a él; entonces vio al sacerdote, a Curtis, que se abría paso por entre el grupo de jinetes que rodeaban a Wellington. El maldito irlandés estaba en todas partes. Sharpe no se movió más que para poner el corcho en la cantimplora.

Curtis caminó hacia él y se detuvo.

—Volvemos a encontrarnos.

—Como usted dijo.

—Siempre se ha de confiar en un hombre de Dios. —El sacerdote de edad sonrió—. Deseaba que estuviera usted aquí.

—¿Yo?

Curtis señaló hacia los oficiales a caballo.

—Hay alguien que se sentiría aliviado, muy aliviado, si le oyera decir que Leroux está bien encerrado en las fortalezas. ¿Sería tan amable de confirmárselo?

Volvió a hacer un gesto invitando a Sharpe a que caminara con él, pero el alto fusilero no se movía.

—¿No le creen a usted?

El sacerdote sonrió.

—Yo soy un sacerdote, capitán, profesor de astronomía e historia natural y rector del Colegio Irlandés de aquí. Estas no son las credenciales adecuadas, me temo, para estos asuntos belicosos. A usted, por otro lado, lo creerán respecto a esto. ¿Le importaría?

—¿Que es qué?

Sharpe había creído que el hombre era simplemente un sacerdote entrometido.

Curtis le sonrió dulcemente.

—Soy eminente, sumamente eminente, y le estoy pidiendo que me haga un favor.

Sharpe no se movía, seguía resistiéndose a entrar en el círculo de oficiales elegantes.

—¿Quién necesita la noticia tranquilizadora?

—Un conocido. No creo que lamente la experiencia. ¿Está casado?

—Sí —contestó Sharpe asintiendo con la cabeza y sin entender.

—Por la Madre Iglesia, supongo.

—Así es.

—Me sorprende usted gratamente. —Sharpe no estaba seguro de si Curtis le estaba tomando el pelo. El sacerdote arqueó las pobladas cejas—. Eso ayuda, ¿sabe?

—¿Ayuda?

—Las tentaciones de la carne, capitán. A menudo agradezco a Dios que me haya permitido envejecer y ser inmune a ellas. Venga por favor.

Sharpe lo siguió con curiosidad y Curtis se detuvo de repente.

—No tengo el placer de saber su nombre, capitán.

—Sharpe. Richard Sharpe.

Curtis sonrió.

—¿De verdad? ¿Sharpe? ¡Bien, bien! —No le dio tiempo a Sharpe a que reaccionara al ver que lo reconocía—. ¡Venga entonces, Sharpe! ¡Y no se quede hecho un flan!

Con esta misteriosa orden Curtis se abrió camino entre los caballos con Sharpe

siguiéndole los pasos. Debía de haber docenas de oficiales, por lo menos, pero no estaban, tal como había pensado Sharpe, agolpados alrededor de Wellington. Estaban mirando un carruaje descubierto y Curtis lo condujo hasta el lateral del carruaje.

«Alguien —pensó Sharpe— indecentemente rico.» Cuatro caballos blancos permanecían pacientemente en los tirantes del carruaje, un conductor con peluca empolvada estaba sentado en un banco, un lacayo con la misma librea estaba sobre una plataforma detrás. Los tirantes de los caballos eran cadenas de plata. El carruaje estaba bruñido y resplandecía de un modo que hubiera satisfecho al más meticuloso de los sargentos. Los bordes del carruaje, que Sharpe supuso que era un *barouche* nuevísimo, resaltaban en pintura plateada sobre el azul oscuro. Un escudo de armas decoraba la puerta, un escudo tantas veces dividido en cuartos que los pequeños emblemas que contenían no se podían distinguir a menos que se inspeccionaran de cerca. La ocupante, sin embargo, hubiera asombrado a la mayor de las distancias.

Era rubia, algo excepcional en España, de piel blanca y llevaba un vestido de un blanco deslumbrante que la convertía en lo más brillante y luminoso de todo el cuadrado de oro de Salamanca. Estaba recostada sobre unos cojines, uno de sus brazos blancos reposaba descuidadamente sobre el lateral del carruaje y sus ojos parecían lánguidos y divertidos, incluso aburridos, como si estuviera acostumbrada a tal abundancia de adulaciones. Sostenía una pequeña sombrilla contra el último sol, un parasol de encaje blanco que proyectaba una sombra diáfana sobre su rostro, pero la sombra no hacía nada por ocultar la boca de labios gruesos, los ojos grandes e inteligentes, o el cuello largo y delgado que parecía, comparado con la piel curtida y oscura del ejército y sus seguidores, hecho de una sustancia de origen divino. Sharpe había conocido muchas mujeres bellas. Teresa era bella, Jane Gibbons, cuyo hermano había intentado matarlo en Talavera, era hermosa, pero esta mujer era de otro mundo. Curtis golpeó la puerta del carruaje. Sharpe apenas notó la presencia de otras personas, ni siquiera del mismo Wellington, y vio los ojos que se dirigían hacia él mientras ella escuchaba la presentación que hacía Curtis.

—Capitán Richard Sharpe, tengo el honor de presentarle a la marquesa de Casares el Grande y Melida Sadaba.

Ella lo miró. El esperaba que ella le tendiera la mano enguantada de blanco, pero ella tan sólo sonrió.

—La gente no lo recuerda nunca.

—La marquesa de Casares el Grande y Melida Sadaba.

Sharpe se asombró de haber pronunciado los nombres sin tartamudear. Entendió perfectamente lo que Curtis quería decir cuando hablaba de quedarse hecho un flan. Ella arqueó una ceja con sorpresa burlona. Curtis le iba explicando, en español, lo de Leroux. Sharpe oyó que pronunciaba el nombre y vio que ella le echaba una mirada. Cada mirada era asombrosa. Su belleza era como una fuerza física. Sharpe supuso

que otras mujeres debían odiarla. Los hombres la debían seguir como perros falderos. Había nacido bella y todo artificio que se pudiera comprar con dinero resaltaba aquella belleza. Era gloriosa, seductora, y él supuso que intocable para nadie que no fuera un verdadero señor, y, tal como hacía siempre que veía algo que quería pero no podía esperar obtener, empezó a desagradarle. Curtis paró y ella miró a Sharpe. Su voz parecía aburrida, molesta.

—¿Leroux está en las fortalezas?

El se preguntó dónde habría aprendido inglés.

—Sí, señora.

—¿Está seguro?

—Sí, señora.

Ella hizo una señal con la cabeza despidiéndolo y a Sharpe le pareció que sus palabras no habían sido bienvenidas. Entonces ella se volvió hacia él y levantó la voz.

—Usted parece mucho más soldado, capitán, que estos hombrecitos a caballo.

No se esperaba que respondiera. Sharpe sospechaba que el comentario lo hacía simplemente para molestar a sus galantes admiradores. Ella ni siquiera se molestó en ver el efecto que había tenido en ellos, pero sacó un lápiz con la punta plateada de una bolsita y empezó a escribir en un trozo de papel. Un hombre picó el anzuelo, un oficial de caballería presumido cuyo acento inglés mostraba su cuna aristocrática.

—Cualquier bruto puede ser valiente, señora, pero una almohaza siempre es mejor.

Se hizo un silencio. La marquesa levantó la vista hacia Sharpe y sonrió.

—Sir Robin Callard cree que es usted un bruto despeinado.

—Mejor eso que un perrillo faldero, señora.

Ella lo había conseguido. Miró a Callard y arqueó las cejas. El se veía obligado a ser valiente. Se quedó mirando a Sharpe con rostro furioso.

—Es usted insolente, Sharpe.

—Sí lo es —dijo una voz resuelta. Wellington se inclinó—. Siempre lo ha sido. —El general sabía qué pretendía la marquesa y lo iba a impedir—. Es su fuerza. Y su debilidad. —Se tocó el sombrero—. Buenos días, capitán Sharpe.

—Señor.

Se alejó del carruaje sin que la marquesa hiciera caso, pues seguía doblando el trozo de papel. Lo habían despedido, incluso con desprecio, y él sabía que un capitán andrajoso con una vieja espada no tenía sitio entre esa gente elegante y perfumada. Sharpe sintió que le invadía el resentimiento y la amargura. Wellington necesitaba a Sharpe cuando había que abrir una brecha en Badajoz, ¡pero no aquí! No entre sus iguales. Ellos creían que Sharpe era simplemente un bruto que necesitaba una almohaza, sin embargo era un bruto que defendía como gato panza arriba su mundo de privilegios y de despilfarro. Malditos fueran todos. Malditos en el infierno. Esta

noche bebería con sus hombres, ni uno de ellos soñaría siquiera con poseer tanto dinero como lo que valía un solo tirante de plata del coche de la marquesa. Sin embargo eran sus hombres. Maldita la zorra y malditos los hombres que iban tras ella. Sharpe les demostraría que les importaba un bledo.

—¿Sharpe?

Se giró. Un elegante oficial de caballería, con el cabello tan dorado como el de la marquesa y el uniforme tan elegante como el de Robin Callard lo estaba mirando. Llevaba el brazo izquierdo en cabestrillo, que le cubría el azul y el plateado de su casaca, y por un momento Sharpe pensó que este hombre debía de ser el segundo de Callard y que venía a proponerle un duelo. Sin embargo, la sonrisa del oficial de caballería era franca y amistosa y su voz cálida.

—¡Es para mí un honor conocerle, Sharpe! Jack Spears, capitán. —Sonrió ampliamente—. Me alegro de que le contestara a Robin. Es un cabrón presuntuoso. Tenga. —Le entregó a Sharpe un trozo de papel doblado.

Sharpe lo cogió de mala gana, no quería tener nada que ver con el círculo brillante que había alrededor del carruaje azul y plateado. Desdobló el mensaje escrito a lápiz. «Doy una pequeña recepción esta noche a las diez. Lord Spears le conducirá.» Firmado, sencillamente «H».

Sharpe miró a aquel caballero sorprendentemente elegante.

—¿«H»?

Spears se echó a reír.

—Helena, la marquesa de tarará y tarará, y el objeto de lujuria de todo un ejército. ¿Puedo decirle que vendrá? —le preguntó con voz relajada y amistosa.

—¿Es usted lord Spears?

—¡Sí! —Contestó Spears haciendo gala de todo su encanto ante Sharpe—. Por la gracia de Dios y la muerte horriblemente oportuna de mi hermano mayor. Pero puede llamarme Jack, todos lo hacen.

Sharpe volvió a mirar la nota. La caligrafía era redonda e infantil, como la suya.

—Tengo otros asuntos para esta noche.

—¡Otros asuntos! —El grito de sorpresa burlona de Spears hizo que algunos salmantinos que paseaban miraran con curiosidad al joven y elegante oficial de caballería—. ¡Otros asuntos! ¡Mi querido Sharpe! ¿Qué otra cosa podría ser más importante que intentar abrir una brecha en la bella Helena?

Sharpe estaba desconcertado. Sabía que lord Spears era amigable, pero el encuentro de Sharpe con la marquesa le había hecho sentirse andrajoso e inadecuado.

—He de ver al comandante Hogan. ¿Lo conoce?

—¿Conocerlo? —respondió Spears con una sonrisa—. Es mi amo y señor. Por supuesto que conozco a Michael, pero no lo verá esta noche, no a menos que se vaya un par de cientos de millas al sur.

—¿Trabaja para él?

—Tiene la amabilidad de llamarle trabajo. —Spears sonrió—. Soy uno de sus oficiales exploradores.

Sharpe miró al joven lord con mayor respeto. Los oficiales exploradores cabalgaban tras las líneas enemigas, con uniforme de gala para que no se les pudiera acusar de espionaje, y confiaban en sus caballos veloces y alimentados con maíz para que los sacaran de los problemas. Enviaban un flujo de información respecto a los movimientos del enemigo y confiaban sus mensajes y sus mapas a mensajeros españoles. Era una vida valiente y solitaria. Spears se echó a reír.

—¡He impresionado al gran Sharpe, qué maravilla! ¿Era importante ver a Michael?

Sharpe se encogió de hombros. En realidad había utilizado el nombre de Hogan como excusa para eludir la invitación de la marquesa.

—Quería preguntarle respecto al coronel Leroux.

—Ese cabrón de primera. —Era la primera vez que había algo que no era alegría en la voz de Spears—. Tenía que haberlo matado. —Era evidente que Spears había oído la breve conversación con la marquesa.

—¿Lo conoce?

Spears se tocó el cabestrillo.

—¿Quién cree que me hizo esto? Casi me coge una noche oscura de la semana pasada. Me lancé por una ventana para huir de él. —Volvió a sonreír—. No resulta muy galante, pero no me apetecía que la noble estirpe de los Spears terminara en un antro español. —Le golpeó a Sharpe en la espalda con la mano sana—. Michael querrá hablar con usted de Leroux, pero mientras tanto, mi querido Sharpe, vendrá usted conmigo al palacio Casares esta noche a beber el champán de la marquesa.

Sharpe sacudió la cabeza en señal de negación.

—No, mi señor.

—¡Mi señor, mi señor! ¡Llámeme Jack! ¡Ahora dígame que vendrá!

Sharpe hizo una bolita con el papel. Pensaba en Teresa y se sentía noble por rechazar la invitación.

—No iré, mi señor.

Lord Spears observó cómo Sharpe se marchaba, atravesando el círculo de paseantes en la plaza Mayor, y el caballero le sonrió.

—Diez contra una a que vendrá, amigo, diez contra una.

Capítulo 4

Sharpe hubiera querido ir a casa de la marquesa; la tentación lo rondó durante toda la noche, pero se mantuvo alejado. Se decía a sí mismo que lo hacía así porque no le importaba ir, pero la verdad era, y él lo sabía, que tenía miedo de las burlas de los amigos elegantes e ingeniosos de la marquesa. Se encontraría desplazado.

Estuvo bebiendo, escuchando las historias de sus hombres y ahuyentando al único policía militar que intentó desafiar su presencia en la ciudad. Observó cómo apostaban en peleas de gallos, cómo perdían el dinero porque las aves ganadoras habían sido alimentadas con uvas empapadas en ron, y él simulaba preferir estar con ellos que con cualquiera. Ellos estaban satisfechos, él lo sabía, y se sintió avergonzado porque era una simulación. Observó una vez más un gallito muerto que se llevaban de la pista empapada en sangre, y pensó en la mujer radiante con el cabello dorado y la piel blanca.

No había nada que retuviera al grupito de fusileros en Salamanca, así que a la mañana siguiente salieron pronto hacia el cerro de San Cristóbal, donde el grueso del ejército esperaba a los franceses. Marchaban con las cabezas pesadas y las gargantas amargas, dejando atrás la ciudad y yendo hacia el lugar al que pertenecían. Todos ellos esperaban una batalla. Se las habían arreglado para sacar a los franceses de Salamanca, pero Marmont había dejado las guarniciones detrás, en las tres fortalezas, y resultaba obvio incluso para el último soldado que una vez que el mariscal francés recibiera refuerzos del norte volvería para rescatar a sus hombres atrapados en la ciudad. Los británicos lo estaban esperando con el deseo de que atacara el gran cerro que bloqueaba el camino que iba a la ciudad, el cerro detrás del cual Sharpe se unía con sus hombres al South Essex.

McDonald estaba muerto y enterrado, muerto por una estocada de la espada de Leroux entre sus costillas. El comandante Forrest, temporalmente al mando tras la muerte de Windham, sacudió la cabeza apenado.

—Siento de verdad lo del chico, Richard.

—Lo sé, señor.

Sharpe apenas había tenido tiempo de conocer al alférez.

—¿Quiere que les escriba yo a sus padres?

—¿Lo haría? Yo le he escrito a la mujer de Windham. —Forrest se iba afeitando sobre un cubo de lona—. Una carta me parece poco adecuado. Oh, querido. —Forrest era un hombre bueno, incluso dócil y no estaba hecho para los asuntos de la guerra. Le sonrió a Sharpe—. Me alegro de tenerle aquí, Richard.

—Gracias, señor —dijo Sharpe sonriendo—. Mire aquello.

Isabella, pequeña y rechoncha, le estaba cepillando la casaca a Harper pese a haberle recibido toda llorosa. Todo el batallón vivaqueaba en el prado, las mujeres y

los hijos, y hasta donde le alcanzaba la vista al este y al oeste, otros batallones esperaban tras el cerro. Subió caminando hasta la cima y miró hacia el norte, a la gran llanura que brillaba con las amapolas y el aciano. Por el otro lado de aquellas flores, al otro lado de aquella hierba que el sol tornaba blanquecina, es por donde vendría el enemigo. Vendrían para aplastar el único ejército que Gran Bretaña tenía en España, un ejército contra los cinco de los franceses, y Sharpe fijó la mirada en el horizonte difuminado por el calor buscando la reveladora chispa de luz proveniente de una espada o de un casco que indicaría la llegada del enemigo para presentar batalla.

No llegaron aquel día, ni el siguiente, y a medida que las horas pasaban Sharpe empezó a olvidar lo sucedido en Salamanca. El coronel Leroux dejó de tener importancia, incluso la marquesa de cabellos dorados se convirtió en un sueño remoto. Sharpe cumplía con su trabajo de comandante de la compañía y ocupaba el tiempo con el rutinario ritmo de la vida militar. Tenía que tener al día los libros, había que repartir castigos, dar recompensas, apaciguar peleas, y conseguir siempre que hombres aburridos se mantuvieran en forma. Se olvidó de Leroux, se olvidó de la marquesa y al tercer día en el cerro de San Cristóbal tuvo un buen motivo para olvidar.

Era un día perfecto, el típico día de verano que un niño recordaría siempre, un día en que el sol brillaba en un cielo bruñido y derramaba luz sobre las amapolas y el aciano que se extendían con tanta generosidad entre el trigo que maduraba. Una leve brisa suavizaba aquel sol infernal y hacía ondear los cultivos, y sobre aquel escenario perfecto, aquel decorado de oro, rojo y azul, apareció el ejército del enemigo.

Casi pareció un milagro. El ejército avanzaba por docenas de caminos, con los flancos alejados uno del otro, y en las campañas de verano lo normal era no ver nunca más de media docena de regimientos diferentes. Sin embargo, y de repente, a la orden de un general las unidades dispersas se reunieron, se convirtieron en una gran formación dispuesta para la batalla y Sharpe, arriba sobre el cerro que el viento refrescaba, observó cómo Marmont realizaba el milagro.

Primero iba la caballería, con sus petrales y las hojas de las espadas reflejando el sol con destellos sorprendentes para los británicos que observaban; los caballos iban marcando senderos hollados entre el trigo salpicado de flores. La infantería iba detrás, hileras de hombres con casacas azules serpenteaban por toda la llanura, se extendían hacia el este y el oeste, con los cañones entre ellos. La artillería francesa, el negocio de Napoleón, preparaba sus baterías a la vista del cerro y elevaba los cañones ardientes de la posición de transporte a la de lucha. El comandante Forrest, que observaba con sus oficiales, sonrió burlón.

—Son bastantes.

—Suele ser así, señor —dijo Sharpe.

Húsares, dragones, lanceros, *cuirasseurs*, cazadores, guardias, granaderos,

voltigeurs, tirailleurs, infantería, artillería, músicos, ingenieros, sanitarios, cocheros, estado mayor, todos ellos siguiendo el redoble del tambor hasta este lugar en que se convertían en un ejército. Cincuenta y cinco mil hombres traídos hasta este trozo de tierra la mitad del tamaño de un municipio rural, un trozo de tierra que quedaría bien abonado con su sangre. Los granjeros españoles decían que las cosechas crecían el doble de bien al año siguiente de una batalla.

Los franceses no veían a los británicos. Veían a algunos pocos oficiales en la cima del cerro, veían el destello fortuito de un telescopio que apuntaba hacia ellos, pero Marmont debía suponer dónde estaban ocultas las tropas de Wellington tras el cerro. Tendría que intentar adivinar dónde realizar el ataque, sabiendo siempre que sus distinguidas tropas podían subir la escarpa del cerro y encontrarse de repente frente a la infantería de casacas rojas que dispararían sus mosquetes Brown Bess con más rapidez que cualquier otro ejército del mundo. Marmont tenía que intentar adivinar dónde atacar y a los generales no les gustaba adivinar.

Ese primer día no intentó adivinar, ni el siguiente y parecía que los dos ejércitos se habían reunido tan sólo para quedar paralizados. Cada noche los hombres de las compañías ligeras británicas irían colina abajo hacia los franceses para hacer de piquetes contra un ataque nocturno, pero Marmont no pondría en peligro a su ejército en la oscuridad. Sharpe fue una noche. El ruido del ejército francés era como el ruido de una ciudad, sus luces se salpicaban irregularmente y con la misma abundancia que las amapolas y el aciano. De noche hacía frío, la meseta no mantenía el calor del día y Sharpe temblaba, se había olvidado de Leroux y de la marquesa y estaba a la espera de que la batalla estallara en el alto cerro.

El lunes, después de los desayunos de madrugada, la carretera de Salamanca estaba abarrotada de gente que venía a observar a los dos ejércitos. Algunos iban a pie, otros a caballo, algunos en carruajes y la mayoría de ellos se acomodaban en una colina junto al pueblo de San Cristóbal y les fastidiaba que los ejércitos no lucharan. Tal vez porque habían llegado los espectadores, se sentía una mayor premura en las líneas británicas, y Sharpe observaba una vez más cómo sus hombres se preparaban para la batalla. Volvían a ajustar los pedernales en el trozo de cuero que se agarraba a los dientes bien ajustados de los percutores del rifle, se enjuagaban los cañones ya limpios con agua caliente, y Sharpe percibía el miedo que todos los hombres tienen antes de una batalla.

Algunos temían a la caballería y en sus mentes se iba repitiendo el estruendo de miles de cascos, el polvo que se elevaría con las cargas como una niebla marina y los golpes con las hojas brillantes que podían rebanar a un hombre hasta matarlo o, peor aún, arrancarle los ojos y dejarlo a oscuras de por vida. Otros tenían miedo al fuego de mosquete, la rifa de una bala sin apuntar proveniente de las descargas implacables que prenderían fuego en la hierba seca con tacos ardiendo y asarían a los heridos que

cayeran. Todos temían a la artillería, que tosería su muerte en forma de abanico. Lo mejor era no pensar en eso.

Unos cien mil hombres, a ambos lados del cerro, tenían miedo aquel día tan perfecto de calor, amapolas y aciano. El humo proveniente de los fuegos encendidos de noche por los franceses para cocinar se elevaba formando una neblina hacia el oeste, mientras los artilleros preparaban sus instrumentos de muerte. Seguro que hoy lucharían. Algunos hombres en ambos ejércitos esperaban la batalla, buscaban en el combate la muerte que los liberaría de los dolores que sufrían sus cuerpos enfermos. Los espectadores querían ver un combate. ¿Para qué sino habían recorrido las seis largas y calurosas millas desde Salamanca?

Sharpe esperaba la batalla. Había ido a un regimiento de dragones y había pagado al armero para que le afilara la hoja de su espada. Ahora, a mediodía, dormía. Tenía el chacó inclinado sobre la cara y soñaba que estaba tumbado, un jinete cabalgaba a su alrededor y oía claramente el sonido de cascos. No podía levantarse, aunque sabía que el caballero intentaba matarlo, y en su sueño luchaba, sintió la punta de la lanza en su cintura y se sacudió hacia los lados, retorciéndose con desesperación; de repente se despertó y había un hombre por encima que se reía.

—¡Richard!

—¡Cielos!

El caballo no había sido un sueño. Estaba a una yarda de distancia, su jinete desmontó y se rió de él. Sharpe se sentó, restregándose los ojos.

—¡Cielos, me ha asustado!

El comandante Hogan lo había despertado golpeándole en el cinturón con la bota.

Sharpe se puso en pie, bebió agua tibia de su cantimplora y tan sólo entonces le sonrió a su amigo.

—¿Cómo está, señor?

—Todo lo bien que me permiten. ¿Y usted?

—Cansado de esta espera. ¿Por qué no ataca, el muy cabrón?

Sharpe miró a su compañía, la mayoría de ellos dormitaban bajo el sol, al igual que los hombres de las otras nueve compañías del South Essex. Algunos oficiales se paseaban frente a las líneas somnolientas. La totalidad del ejército británico parecía estar dormida, salvo algunos centinelas en el horizonte.

El comandante Hogan, con el bigote gris manchado de amarillo a causa del rapé, al que era adicto, miraba de arriba abajo a Sharpe.

—Tiene buen aspecto. Espero que así sea, porque puedo necesitarlo.

—¿Necesitarme? —Sharpe se iba poniendo el chacó y cogiendo el rifle y la espada—. ¿Para qué?

—Venga a dar un paseo.

Hogan cogió a Sharpe por el codo un momento, lo separó de la compañía ligera y

lo llevó hacia arriba, por la pendiente que iba hasta la cima del cerro.

—¿Tiene noticias del coronel Leroux para mí?

—¿Leroux?

Durante un segundo Sharpe se encontró perdido. Los acontecimientos de Salamanca parecían distantes, lejanos, y tenía la mente ocupada en la batalla que iba a entablarse en el cerro de San Cristóbal. Pensaba en tiradores, fusileros, no en el alto coronel francés de ojos pálidos que estaba en los fuertes de la ciudad.

Hogan frunció el ceño.

—¿Lo conoció?

—Sí —contestó Sharpe echándose a reír rudamente—. He conocido al cabrón.

Le explicó a Hogan lo de la captura del oficial de dragones, lo de su palabra, de cómo se había escapado y finalmente cómo había ido tras él colina arriba. Hogan escuchaba atentamente.

—¿Está seguro?

—¿De que está en los fuertes? Sí.

—¿De verdad? —Hogan se había detenido, miraba fijamente a Sharpe—. ¿Está seguro de verdad?

—Yo le vi entrar trepando. Está allí.

Hogan no dijo nada mientras acababan de subir al extremo del cerro. Se quedaron allí, donde el terreno descendía profundamente hacia la gran llanura en la que estaban reunidos los franceses. Sharpe vio una carreta con municiones que avanzaba hacia la batería más cercana, y tuvo que quitarse de la cabeza la idea de que tal vez su propia muerte fuera en aquella carreta.

Hogan suspiró.

—Maldita sea, hubiera deseado que lo matara.

—También yo.

Hogan miraba fijamente al ejército francés, pero Sharpe sospechaba que no lo veía. El comandante estaba pensativo, incluso preocupado, y Sharpe esperó hasta que se sacó del bolsillo un trozo de papel. Hogan se lo pasó a Sharpe.

—Lo he llevado durante dos meses.

El papel no le decía nada a Sharpe. Tenía grupos de números escritos como palabras formando un pequeño párrafo. Hogan hizo una sonrisa forzada.

—Es una clave francesa, Richard, una clave realmente especial. —Le volvió a coger el papel a Sharpe—. Tenemos a un tipo que sabe descifrar estos códigos, un tal capitán Scovell, y bien listo que es también.

Sharpe se preguntaba qué historia habría detrás del trocito de papel. ¿Un mensajero francés que había caído en una emboscada de los guerrilleros? ¿O uno de los españoles que intentaba pasar mensajes a través de territorio enemigo con el papel oculto en el tacón de una bota o en un bastón hueco, un hombre al que habrían

capturado y matado y que de esta manera el trozo de papel le había llegado a Hogan? Sharpe sabía que los franceses enviarían cuatro o cinco mensajes idénticos porque contaban con que la mayoría serían interceptados y entregados a los británicos.

Hogan miraba fijamente los números.

—Una cosa es descifrar estos mensajes, Richard, y otra entenderlos. ¡Este es el código del mismísimo emperador! ¿Qué me dice? —Comprensiblemente, sonrió radiante ante el triunfo de Scovell—. Lo envié ese hombre al mariscal Marmont y voy a leerle lo que dice. —Fue leyendo en los números como si fueran palabras—. «Le envié al coronel Leroux, trabaja para mí. Debe proporcionarle todo lo que le pida.» ¡Eso es todo, Richard! Lo sé leer, pero no lo entiendo. Sé que un tal coronel Leroux está aquí para hacer un trabajo especial, un trabajo para el mismo emperador, ¿pero qué trabajo? Luego oigo más cosas. Algunos españoles han sido torturados, despellejados vivos, y el muy cabrón los ha marcado con su nombre. ¿Por qué? —Hogan dobló el papel—. Había algo más. Leroux cogió a Colquhoun Grant.

Esto sorprendió a Sharpe.

—¿Lo mató?

—No, lo capturó. No vamos aireando a bombo y platillo ese fracaso.

Sharpe entendía la angustia de Hogan. Colquhoun Grant era el mejor oficial explorador británico, un compañero de lord Spears que cabalgaba descaradamente por los flancos de las tropas francesas. Grant constituía una gran pérdida para Hogan y un triunfo para los franceses.

Sharpe no dijo nada. A su derecha veía, a media milla de distancia, al general y su estado mayor agolpados en la línea del horizonte. Un ayudante de campo acababa de abandonar el grupo y espoleando el caballo descendía el cerro hacia las fuerzas británicas. Sharpe se preguntó si iba a suceder algo.

Los franceses estaban realizando un movimiento, aunque no era muy enérgico. Frente a Sharpe y Hogan, al pie de la escarpa del cerro, había una lomita que rompía la uniformidad de la llanura donde estaban reunidos los franceses. Dos batallones enemigos habían avanzado lentamente y ahora bordeaban la cima de la loma. No resultaban una amenaza para el cerro y, al haber coronado la diminuta cumbre, parecían conformarse con quedarse allí. Dos cañones de campo iban con ellos.

Hogan no les hizo caso.

—Debo detener a Leroux, Richard. Ésa es mi misión. Me está cogiendo a mi mejor gente y los está matando si son españoles y capturándolos si son británicos; se pasa de listo.

A Sharpe le sorprendió la tristeza que había en la voz de su amigo. Hogan normalmente no se desmoralizaba con los reveses, pero Sharpe veía que el coronel Leroux tenía al comandante irlandés tremendamente preocupado. Hogan volvió a mirar a Sharpe.

—¿Lo cacheó?

—Sí.

—Explíqueme lo que le encontró. Cuéntemelo todo.

Sharpe se encogió de hombros. Se quitó el chacó para que la leve brisa le refrescara la frente. Le habló de aquel día en el bosque, de la aparente arrogancia del prisionero. Mencionó la espada, le habló de la sospecha de que Leroux fingiera no entender el inglés. Hogan sonrió al oír esto.

—Estaba en lo cierto. Habla inglés como si lo fuera. Siga.

—No hay nada más. ¡Se lo he explicado todo! Sharpe miró detrás del cerro para ver dónde había ido el ayudante de campo y un apremio le invadió repentinamente.

—¡Mire! ¡Nos movemos! ¡Dios! —exclamó encajándose el chacó en la cabeza—. El South Essex, junto con otro batallón, mostraba signos de actividad. Se habían puesto en pie, se habían alineado y ahora iban subiendo la colina en compañías. ¡Iban a atacar! Sharpe miró hacia el norte, a la pequeña loma, y se dio cuenta de que Wellington respondía a la acción francesa con su propia jugada. Los franceses iban a verse sacados a empujones de la pequeña elevación y el South Essex iba a ser uno de los dos batallones que iba a realizar tal acción.

—¡Debo irme!

—¡Richard! —gritó Hogan reteniéndolo por el codo—. Por el amor de Dios. ¿Nada más? ¿Ni papeles? ¿Ni libretas? Nada oculto en su casco, quiero decir, por Dios, ¡debía de haber algo!

Sharpe estaba impaciente. Quería ir con sus hombres. La compañía ligera entraría la primera en combate y Sharpe la encabezaría. Ya se estaba olvidando de Leroux y sólo pensaba en los tiradores enemigos con los que se enfrentaría en pocos minutos. Chasqueó los dedos.

—No, sí. Sí. Había una cosa. ¡Dios! Un trozo de papel, dijo que eran los tratantes en caballos o algo así. ¡Tan sólo era una lista!

—¿La tiene?

—Está en mi mochila. Allí abajo.

Señaló el lugar del que había marchado el South Essex. El batallón se encontraba ahora a medio camino cuesta arriba, la compañía ligera ya se iba adelantando.

—¡Tengo que ir, señor!

—¿Puedo buscar el papel?

—¡Sí!

Sharpe ya corría, Hogan lo había soltado y la vaina y el fusil iban aporreándole el costado mientras él se apresuraba hacia sus hombres. Las fundas de cuero se quitaban de las banderas de manera que éstas, desenrolladas, se abrían con la brisita y las borlas de un amarillo brillante destacaban junto a la bandera de la unión. Sintió que la emoción le invadía porque la bandera era el orgullo del soldado. ¡Iban a luchar!

—¿Van a combatir?

La marquesa de Casares el Grande y Melida Sadaba había ido a San Cristóbal deseando ver una batalla. Lord Spears estaba con ella, su caballo estaba cerca del elegante carruaje y la marquesa iba en compañía de una mujer de mediana edad desaliñada que se iba marchitando con el calor dentro de un grueso vestido de sarga. La marquesa iba de blanco y levantaba su sombrilla delgada contra el sol.

Lord Spears tiró de su cabestrillo para acomodarlo.

—No, querida, tan sólo es un cambio de frente.

—Espero que esté equivocado, Jack.

—Diez guineas a que no.

—Ya me debe usted el doble.

La marquesa había sacado un telescopio pequeño de plata con el que recorría los dos batallones británicos. Iban marchando hacia la cima.

—No obstante, acepto, Jack. Diez guineas.

Dejó el telescopio en el regazo y cogió un abanico de marfil con el que se refrescó la cara.

—Todo el mundo tendría que ver una batalla, Jack. Forma parte de la educación de una mujer.

—Cierto, querida. En primera línea de la matanza. Academia para señoritas Lord Spears, se conciertan batallas, las mutilaciones son nuestra especialidad.

El abanico se cerró de golpe.

—Qué pesado es usted, Jack, y tan sólo un poquito divertido. ¡Oh, mire! ¡Algunos van corriendo! ¿Los animo?

Lord Spears se dio cuenta de que acababa de perder otras diez guineas que no tenía, pero no manifestó pesar.

—¿Por qué no? Hurra, hurra...

—¡Hurra! —gritó la marquesa.

Sharpe hizo sonar el silbato y sus hombres formaron una línea de tiradores. Las otras nueve compañías lucharían en su fila, sujetos a la disciplina, pero sus hombres luchaban en parejas, con mucho cuidado y eran los primeros que se enfrentaban al enemigo. Ahora se hallaba en la cima, bajo sus pies la hierba estaba alta y su línea de tiradores descendía hacia el enemigo. Una vez más se olvidó de Leroux, de la preocupación de Hogan, pues estaba realizando el trabajo por el que el ejército le pagaba. Él era un tirador, un luchador de batallas entre ejércitos, y la pasión del combate se apoderaba de él, esa curiosa emoción que diluía el miedo y que le llevaba a imponer su voluntad al enemigo. Se sentía excitado, ansioso y conducía a sus hombres con paso rápido ladera abajo, hacia donde los tiradores enemigos, los *voltigeurs*, saldrían a su encuentro. Éste era su mundo ahora, este pequeño paso entre

la escarpa y la loma, un diminuto trozo de prado cálido bajo el sol y bellamente florido. Allí se encontraría con el enemigo y allí vencería.

—¡Dispérsense! ¡Sigán moviéndose!

Sharpe entraba en combate.

Capítulo 5

Wellington no quería atacar. Para él tenía poco sentido enviar a su ejército a la llanura, pero se sentía frustrado al ver lo reacios que eran los franceses a atacarlo. Había enviado dos batallones contra los dos batallones enemigos que había en la loma con la esperanza de provocar una reacción de Marmont. Wellington quería incitar a los franceses a subir hasta el cerro, obligarles a que su infantería ascendiera por la escarpada ladera y se dieran de frente con los cañones y los mosquetes que surgirían de repente para derribar al enemigo, cansado entre el caos y el horror, y hacerlos regresar por donde habían venido.

Tales pensamientos estaban lejos de Richard Sharpe. Su trabajo era mucho más sencillo, simplemente encargarse de una compañía ligera enemiga y derrotarla. Los británicos, a diferencia de los franceses, atacaban en línea. A los franceses les gustaba atacar en columnas, grandes grupos de hombres dirigidos como arietes hacia la línea enemiga, columnas impelidas por los apretados tambores entre ellos, que iban marchando bajo los orgullosos estandartes de águila que habían conquistado Europa, pero ésta no era la costumbre del ejército de Wellington. Los dos batallones de casacas rojas formaban una línea de dos filas de fondo que avanzaba, las filas parecían tambalearse a causa de las irregularidades del terreno y marchaban hacia la línea defensiva de los franceses, de tres filas de ancho, tan sólo rotas allí donde los cañones de campaña esperaban para disparar.

La compañía de Sharpe iba a la cabeza de la línea británica. Su misión era bastante simple. Sus hombres debían debilitar la línea enemiga antes de que estallara el ataque británico. Lo harían disparando desde posiciones de emboscada contra los oficiales, contra los artilleros, minando la moral de los franceses y, para evitar que así lo hicieran, los franceses habían enviado a sus propios tiradores. Sharpe los veía claramente, hombres con casacas azules y correas blancas cruzadas y hombros rojos, hombres que avanzaban en parejas y esperaban a la compañía ligera. El sudor le recorría la espalda a Sharpe.

Los tiradores enemigos aventajaban en número a su compañía ligera, pero él tenía una ventaja sobre los franceses. La mayoría de los hombres de Sharpe, al igual que el enemigo, llevaban mosquetes que, aunque se cargaban y disparaban con rapidez, no eran precisos salvo a poca distancia. Pero Sharpe contaba también con sus fusileros de casaca verde, los asesinos a larga distancia, cuyos rifles Baker de carga lenta decidirían esta batalla. Los tallos de la hierba eran gruesos, le tiraban de sus botas, le rozaban al pasar la vaina metálica que le pesaba al costado. Miró hacia su derecha y vio que Patrick Harper caminaba con tanta facilidad como si pasara por las colinas de su amado Donegal. Curiosamente, el sargento no miraba a los franceses sino que observaba un halcón que sobrevolaba sus cabezas. A Harper le fascinaban los pájaros.

Los artilleros franceses, calcularon el tiro, cargaron los cebadores y los dos cañones de campaña rebotaron hacia atrás en las gualderas, expulsaron humo formando una nube sucia y estrellaron sus disparos contra la ladera opuesta. Los artilleros se habían quedado cortos en el disparo intencionadamente, pues una bala de cañón podía hacer más daño si botaba a la altura de la cintura entre los enemigos. A este tipo de bote le llamaban «rasante» y Sharpe lo observó, vomitaba hierba, suciedad y piedras a su paso. La bala pasó rozando entre sus hombres, ascendió de golpe por la colina y volvió a pasar rasante antes de golpear una fila del South Essex que iba detrás.

—¡Cierren filas! ¡Cierren filas! —oía Sharpe gritar a los sargentos.

El ruido empezaría ahora. Disparos, gritos, chillidos. Sharpe no les hacía caso. Oía los cañones pero sólo miraba a su enemigo. Un oficial *voltigeur*, con un sable a un lado, hacía que sus hombres se dispersaran y señalaba hacia Sharpe. Sharpe sonrió burlón.

—¿Dan?

—¿Señor? —contestó Hagman alegre.

—¿Ve a ese cabrón?

—¡Iré a por él, señor!

El oficial francés ya podía darse por muerto. Siempre era igual. Buscar a los jefes, oficiales u hombres, y matarlos a ellos primero. Después de eso el enemigo se tambalearía.

Eso se le daba muy bien a Richard Sharpe. Llevaba haciéndolo diecinueve años, toda su vida de adulto, más, incluso, de media vida, y se preguntaba si alguna vez se le daría bien otra cosa. ¿Podría hacer cosas con sus manos? ¿Podría ganarse la vida cultivando algo, o era simplemente esto? Un asesino en el campo de batalla, legitimado por la guerra, para la cual, lo sabía, estaba dotando. Iba calculando la distancia entre los tiradores, buscando su oportunidad, pero una parte de su mente se preocupaba por la llegada de la paz. ¿Podría ser soldado en tiempo de paz? ¿Sería capaz de dirigir a sus hombres contra un alboroto de hambrientos en Inglaterra o contra los paisanos de Harper en su asolada isla? Sin embargo, no había indicios del final de esta guerra. Había durado toda su vida, Gran Bretaña contra Francia, y se preguntaba si duraría la vida de su hijita, Antonia, a quien veía tan poco. Veinte segundos para ir.

Los cañones ya habían cogido el ritmo, las balas golpeaban a los atacantes y en pocos segundos cambiarían a la metralla para rociar la ladera de muertos. La misión de Harper era detener esto. «Diez segundos», pensó Sharpe, y vio a un francés que se arrodillaba y se ponía el mosquete al hombro. El mosquete apuntaba a Sharpe, pero la distancia era demasiada para preocuparse. Durante un segundo Sharpe pensó en el pobre alférez McDonald que tanto había deseado distinguirse en la línea de tiradores.

Maldito Leroux.

Cinco segundos y Sharpe veía a su capitán adversario mirando nervioso a derecha e izquierda. El humo que provenía de los cañones era espeso, el ruido le machacaba el tímpano a Sharpe.

—¡Ahora!

Había perdido la cuenta del número de veces en que había hecho esto.

—¡Venga! ¡Venga!

Esto estaba ensayado. La compañía ligera se abrió corriendo, lo último que esperaba el enemigo, y fueron hacia la izquierda y la derecha, desconcertando la puntería del enemigo, y ellos cerraron filas para ejercer presión sobre el coraje del enemigo. Los fusileros fueron los primeros en detenerse, con las malvadas armas colgando de sus hombros, y Sharpe oyó el primer chasquido que lanzó al oficial enemigo hacia atrás, con las manos en alto; la sangre le salió a chorro repentinamente. Luego Sharpe puso una rodilla al suelo, llevaba su rifle al hombro, y vio la bocanada de humo donde había estado el hombre que le apuntaba y entendió que la bala no había dado en el blanco. Sharpe apuntó colina arriba. Buscaba al coronel enemigo, lo vio a caballo, apuntó lentamente, apretó y sonrió burlonamente al ver que el francés caía de su silla hacia atrás. Este sería el último disparo de Sharpe en esta batalla. Ahora haría de sus hombres su arma.

Se oyeron más chasquidos de rifles que disparaban dentro de la mancha de humo, alrededor del cañón más cercano. Si pudieran matar a los artilleros, estaría bien, pero al menos las balas que silbaban cerca de su arma ralentizarían el fuego y le ahorrarían al South Essex algo de aquella espantosa metralla.

—¡Sargento Huckfield! ¡Vigile a la izquierda!

—¡Señor!

Los hombres luchaban por parejas. Un hombre disparaba mientras el otro cargaba y ambos buscaban blancos para cada uno. Sharpe vio a cuatro enemigos en el suelo, dos de ellos reculaban a gatas, y vio que hombres ilesos se apresuraban para ayudar a los heridos. Eso era bueno. Cuando los ilesos van a ayudar a sus compañeros significa que buscan una excusa para abandonar la lucha.

Los mosquetes de Sharpe iban disparando deprisa y sus hombres avanzaban, al mismo paso, mientras el enemigo retrocedía. El cañón de campaña enfrente del South Essex disparaba más lentamente, y Sharpe sonrió porque no tenía nada que hacer. Sus hombres estaban luchando como él suponía que lo harían, usando su inteligencia, haciendo retroceder al enemigo, y Sharpe miró hacia atrás para ver dónde estaba el batallón principal.

El South Essex estaba a cincuenta yardas por detrás, avanzaban con firmeza y llevaban las bayonetas en los mosquetes, que brillaban bajo el sol; detrás de ellos, sobre la pendiente del cerro, estaban los cuerpos que había destrozado el cañón.

—¡Fusileros! ¡A por la línea principal! ¡Maten a los oficiales! ¡Hagan viudas en este campo!

Matar a los oficiales, desmoronar la moral del enemigo. Sharpe vio que Hagman apuntaba, disparaba y los demás fusileros le siguieron. El teniente Price dirigía el fuego de mosquete e impedía que los tiradores enemigos avanzaran al ordenar que los fusileros dispararan por encima de sus cabezas. Sharpe se sentía orgulloso de sus hombres. Eran buenos, muy buenos, y les estaban mostrando a los espectadores exactamente cómo debía luchar una compañía ligera. Se echó a reír con ganas.

Se encontraban ahora al pie de la pendiente, las tropas ligeras de los enemigos retrocedían hacia su línea y en pocos segundos el South Essex habría alcanzado a su compañía ligera. Les quedaban unas cien yardas.

Sharpe sacó el pito de la funda, esperó unos segundos y luego dio la señal de formarse en compañía. Oyó cómo los sargentos repetían la señal, observó que sus hombres se acercaban a él corriendo, pues su labor como tiradores había terminado. Ahora formarían a la izquierda de la línea de ataque y entrarían como las otras compañías. Los hombres corrían a toda velocidad hacia él, tiraban con fuerza de sus bayonetas para sacarlas, y él les daba palmaditas en la espalda, les decía lo bien que lo habían hecho. Después de formar, la compañía marchó, fueron subiendo la loma pasando por encima de la sangre de sus enemigos.

El cañón de campaña había dejado de disparar. El humo se iba dispersando.

Sharpe caminaba a la cabeza de sus hombres. Su gran espada iba restregándose contra la vaina.

La línea de franceses apuntó con sus mosquetes.

Las botas hacían crujir la hierba a su paso. Hacía calor. El polvo del humo hacía que a los hombres les picara la nariz.

—Por lo que vamos a recibir —dijo una voz.

—¡Silencio en la tropa! ¡Cállense!

—¡Mantenga la formación, Mellors! ¿Qué diablos está haciendo? ¡Póngase en fila, cabrón inútil!

Con las botas entre la hierba, la línea francesa pareció dar media vuelta a la derecha mientras los mosquetes volvían al hombro. Las bocas de los cañones, incluso a una distancia de ochenta yardas, parecían enormes.

—¡Levante la bayoneta, Smith! ¡No está arando el maldito campo!

Sharpe escuchaba a los sargentos.

—¡Despacio, chicos, despacio!

Los oficiales franceses tenían las espadas levantadas. El humo de cañón se había disipado y Sharpe vio que el cañón de campaña había desaparecido. Se lo habían llevado, lejos de la infantería.

—¡Con calma, chicos!

Setenta yardas y las espadas francesas bajaron rápidamente y Sharpe se dio cuenta de que habían disparado demasiado pronto. El humo salió ondulante de los cientos de mosquetes, el ruido era como el de estacas gigantes al caer y el aire se llenó con el tamborilear de las balas. La línea de ataque se sacudió con las balas. Algunos hombres cayeron hacia atrás, algunos tropezaron, la mayoría se mantuvo imperturbable. Sharpe sabía que el enemigo estaría recargando frenéticamente, que estaría manipulando con torpeza los cartuchos y las baquetas y él apretó el paso instintivamente para que el South Essex pudiera acortar la distancia antes de que el enemigo hubiera vuelto a cargar las armas. Los demás oficiales también se apresuraron y la línea de ataque empezó a perder la cohesión. Los sargentos chillaban.

—¡No es una carrera de obstáculos por la hierba! ¡Mantengan la formación! Cincuenta yardas, cuarenta, y el comandante Leroy, cuya voz era dos veces más potente que la de Forrest, le vociferó al South Essex que se detuviera.

Sharpe veía que algunos enemigos atacaban los mosquetes. Parecía que los franceses estuvieran nerviosos al ver tan cerca a su enemigo.

Leroy se llenó los pulmones de aire.

—¡Apunten con los mosquetes!

Sólo la compañía ligera no estaba cargada. Las demás compañías apuntaron y bajo cada una de las bocas del arma la bayoneta de diecisiete pulgadas apuntaba hacia los franceses.

—¡Fuego!

—¡Ya la carga! ¡Venga!

El estallido de aquella descarga, el humo, y luego los casacas rojas se liberaron de la disciplina de los sargentos y pudieron subir libremente las hojas colina arriba para masacrar al enemigo, que había quedado destruido por la descarga.

—Maten a esos cabrones. ¡Adelante! ¡Acaben con ellos!

Y los gritos de aliento los iban conduciendo por la pendiente, gritaban, tan sólo deseaban alcanzar a los hombres que los habían amenazado durante la larga marcha, de acercamiento, y Sharpe corrió a la cabeza de sus hombres con su larga espada preparada.

—¡Alto! ¡Formen filas! ¡Deprisa!

El enemigo se había ido. Habían huido de las bayonetas tal como preveía Sharpe. Los batallones enemigos iban corriendo de vuelta directamente hacia el grueso del ejército y los casacas rojas se quedaron ocupando la loma en la que había muertos y heridos del enemigo. El saqueo ya había comenzado, manos expertas despojaban a las víctimas de sus ropas y de su dinero. Sharpe envainó la espada sin sangre. Lo habían hecho bien, pero ahora se preguntaba qué vendría luego. Mil doscientos soldados británicos ocupaban la colinita, eran las únicas tropas británicas en una

llanura poblada por más de cincuenta mil franceses. Eso no era asunto suyo. Se acomodó para esperar.

—¡Han huido! —gritaba la marquesa con aspecto de sentirse decepcionada.

Lord Spears sonrió burlonamente.

—Eso sólo era una batalla de diez guineas, querida. Por doscientas tiene derecho al espectáculo completo, matanza, desmembramiento, pillaje e incluso alguna violación.

—¿Ahí es donde entra usted, Jack?

Spears se echó a reír.

—He esperado tanto esa invitación, Helena...

—Tendrá que esperar un poco más, querido —le dijo sonriendo—. ¿Aquel era Richard Sharpe?

—Así es. Un auténtico héroe, y todo por diez guineas.

—Que dudo mucho que vea algún día. ¿De verdad es un héroe? —preguntó clavando sus enormes ojos en Spears.

—¡Oh, cielos, sí! Totalmente auténtico. El pobre tonto debe de tener deseos de morir. Capturó un Águila, fue el primero en entrar en Badajoz y corre el rumor de que hizo explotar Almeida.

—Qué maravilla. —Abrió el abanico—. ¿Tiene celos de él, no es así?

Spears se echó a reír, porque la acusación no era cierta.

—Yo deseo una vida larga, larga, Helena, y morir en el lecho de alguna mujer muy joven y tremendamente bella.

Ella sonrió. Sus dientes parecían más blancos que nunca.

—Me gustaría conocer a un héroe de verdad. Convéncalo para que venga a palacio.

Spears se retorció en la silla de montar e hizo una mueca porque le dolía el brazo que llevaba en cabestrillo.

—¿Le apetece frecuentar los barrios bajos, Helena?

La mujer sonrió.

—Si lo hago, Jack, lo cogeré de guía. Tráigamelo sencillamente.

Él sonrió irónicamente y saludó.

—Sí, señora.

A los franceses no los iban a incitar a entrar en batalla. No hicieron ningún intento de sacar a los británicos de la loma. Marmont no podía ver lo que había más allá del cerro y temía, con gran sensatez, atacar a Wellington en la posición que escogiera el inglés.

Del cerro se elevaba un humo que se disipaba convirtiéndose en calor que brillaba débilmente sobre la hierba. Los hombres estaban tumbados en el suelo y bebían el agua salobre y templada de sus cantimploras. Algunos fuegos intermitentes ardían

provocados por los disparos de los mosquetes, pero nadie se movía para apagarlos con los pies. Algunos hombres dormían.

—¿Ya está? —preguntó el teniente Price frunciendo el ceño en dirección a los franceses.

—¿Quiere más, Harry? —le respondió Sharpe a su teniente sonriendo burlescamente.

—Digamos que esperaba más.

Price se echó a reír, dio media vuelta y miró hacia el cerro. Un oficial del estado mayor cabalgaba imprudentemente pendiente abajo.

—Ahí viene un tipo elegante.

—Probablemente nos van a decir que nos retiremos.

Harper bostezó ampliamente.

—Tal vez nos van a ofrecer entrada libre en el burdel del estado mayor para esta noche.

—¡Isabella le mataría, Harps! —exclamó Price echándose a reír al pensar en ello—. Debería estar libre, como yo.

—Es por la sífilis, señor. No podía vivir con eso.

—Y yo no puedo vivir sin eso. ¡Vaya!

Price frunció el ceño porque el oficial, en lugar de cabalgar hacia las banderas donde encontraría al oficial al mando del batallón, se dirigía directamente hacia la compañía ligera.

—Tenemos visita, señor.

Sharpe se dirigió caminando al encuentro del oficial, que le llamó cuando aún estaba a treinta yardas de distancia.

—¿Capitán Sharpe?

—¡Sí!

—Le requieren en el cuartel general. ¡Ahora mismo! ¿Tiene caballo?

—No.

El joven frunció el ceño al oír la respuesta y Sharpe comprendió que estaba considerando ceder su propio caballo para cumplir las órdenes del general. Tal pensamiento no perduró mucho en su mente al ver lo escarpada que resultaba la subida. El oficial sonrió.

—¡Tendrá que caminar! Lo más rápido que pueda, por favor.

Sharpe le sonrió.

—Cabrón. ¿Harry?

—¿Señor?

—¡Tome el mando! Dígale al comandante que me ordenan ir a ver al general.

—¡Sí, sí, señor! ¡Déle recuerdos de mi parte!

Sharpe se alejó de la compañía, entre las hogueras, por la ladera llena de los

trozos de papel rasgados de los cartuchos de sus tiradores. Leroux. Tenía que ser Leroux lo que empujaba de nuevo a Sharpe hacia la ciudad. Leroux, su enemigo, y el hombre que poseía la espada que él quería. Sonrió. Ya la conseguiría.

Capítulo 6

Wellington estaba furioso y los oficiales de su entorno nerviosos por su irritabilidad. Observaron cómo Sharpe ascendía en dirección al general y saludaba.

Wellington frunció el ceño desde su silla.

—Por Dios que se lo ha tomado con calma, señor Sharpe.

—He venido lo más rápido que he podido, mi general.

—¡Maldita sea! ¿No tiene caballo?

—Soy un soldado de infantería, señor.

La respuesta era insolente, una de esas que hacía que los aristocráticos ayudantes de campo que tanto le gustaban a Wellington miraran con dureza a aquel fusilero desaliñado con la cicatriz en la cara y las armas maltrechas. A Sharpe no le preocupaba. Conocía a ese hombre. Le había salvado la vida al general en la India y a partir de ese momento había existido un extraño vínculo entre ambos. El vínculo no era de amistad, eso nunca, sino un vínculo de necesidad. Sharpe necesitaba un patrón, aunque remoto, y Wellington algunas veces tenía la molesta necesidad de un soldado eficiente e implacable. Ambos hombres sentían respeto mutuo. El general miró a Sharpe con acritud.

—¿Así que no han luchado?

—No, señor.

—Dios maldiga su alma de francés. —Se refería al mariscal Marmont—. ¿Han hecho todo este maldito camino tan sólo para presumir ante nosotros? ¡Malditos sean! ¿Así que ha conocido a Leroux? —preguntó exactamente con el mismo tono con el que había maldecido a los franceses.

—Sí, mi general.

—¿Lo reconocería otra vez?

—Sí, mi general.

—Bien —dijo Wellington con tono poco complacido—. No se nos puede escapar, ¿me entiende? Tiene que capturarlo. ¿Entendido?

Sharpe había entendido. Tendría que volver a Salamanca y su misión, de repente, consistía en atrapar al coronel francés de ojos pálidos que incluso había conseguido que Wellington se preocupara.

—Entiendo, señor.

—Gracias a Dios que alguien me entiende. —El general castañeteó—. Le pongo bajo las órdenes del comandante Hogan. Parece ser que tiene la habilidad de hacer que se conforme usted, Dios sabe cómo. Buenos días, señor Sharpe.

—¿Mi general? —requirió Sharpe elevando la voz pues el general ya se alejaba.

—¿Qué hay?

—Tengo una compañía entera que lo reconocería, señor.

—¿De verdad? —El mal humor de Wellington se había convertido en torpe sarcasmo—. ¿Quiere usted que despoje al South Essex de una compañía ligera para facilitarle a usted las cosas?

—Hay tres fuertes, mi general, un perímetro largo y un hombre no tiene ojos en todas partes.

—¿Por qué no? De mí sí lo esperan. —Wellington se echó a reír, librándose del mal humor de forma extraordinariamente repentina—. De acuerdo, Sharpe, se los puede llevar. Pero no lo pierda. ¿Entendido? No lo pierda.

Los ojos azules del general reforzaban el mensaje.

—No lo perderé, señor.

Wellington esbozó una sonrisa.

—Es todo suyo, Hogan. ¡Caballeros!

Los oficiales del estado mayor siguieron al trote al general con obediencia, y Hogan se quedó a solas con Sharpe. El irlandés se reía con discreción.

—Siente usted un profundo respeto por los oficiales superiores, Richard, es lo que hace de usted un gran soldado.

—Hubiera estado aquí antes si aquel cabrón me hubiera dejado su caballo.

—Probablemente le costó doscientas guineas. Debe suponer que es más valioso que usted. Por otro lado, aquel rocín costó diez libras y puede cogerlo prestado.

Hogan se señalaba hacia su criado, que llevaba un caballo de repuesto hacia ellos. Hogan se había anticipado a la llegada de Sharpe a pie y esperaba mientras el fusilero subía torpemente a la silla.

—Siento ese pánico, Richard.

—¿Ha cundido el pánico?

—Dios, claro. Su trozo de papel lo provocó.

Sharpe odiaba ir a caballo. Le gustaba controlar su destino pero parecía que los caballos no compartieran ese deseo. Le hizo apretar el paso con cautela, con la intención de que cogiera el paso del animal de Hogan y sin saber cómo consiguió colocarse de frente.

—¿La lista?

—¿No le resultaba familiar?

—¿Familiar? —se sorprendió Sharpe frunciendo el ceño. Lo único que recordaba era una lista de nombres españoles con unas sumas de dinero al lado—. No.

Hogan echó una mirada atrás para asegurarse de que su criado no podía oírlos.

—Era mi letra, Richard.

—¿La suya? ¡Oh, cielos! —Sharpe toqueteaba con las manos las riendas mientras que su bota derecha se le había salido del estribo. Nunca había logrado entender cómo la gente conseguía que cabalgar pareciera fácil—. ¿Cómo diablos consiguió Leroux una lista escrita por usted?

—Esa es una pregunta como para alegrar una mañana aburrida. ¿Cómo diablos lo consiguió? ¡Tratantes en caballos! —Dijo esas últimas palabras con tono despectivo, como si Sharpe tuviera la culpa.

El fusilero había conseguido volver a meter el pie en el estribo.

—¿Qué era?

—Tenemos informantes, ¿no? A cientos. Casi cada sacerdote, doctor, alcalde, zapatero, herrero y cualquiera que usted quiera nos envía noticias sueltas de los franceses. Marmont no se puede echar un pedo sin que nos lo digan en diez mensajes. Algunos de ellos, Richard, son mensajes realmente buenos y otros nos cuestan dinero. —Hogan hizo una pausa cuando pasaron ante una batería de artillería. Le devolvió el saludo a un teniente, luego volvió a mirar a Sharpe—. La mayoría de ellos lo hacen por patriotismo, pero unos pocos necesitan dinero para mantener su lealtad intacta. Aquella lista, Richard, era la lista de pagos del mes de abril. —El tono y el aspecto de Hogan eran amargos—. Eso significa, Richard, que alguien de nuestro cuartel general trabaja para los franceses, para Leroux. ¡Dios sabe quién! ¡Tenemos cocineros, lavanderas, caballerizos, secretarios, criados, centinelas, cualquiera! ¡Cielos! Yo creía que simplemente la había traspapelado, pero no.

—¿Y pues?

—¿Y pues? Pues que Leroux se ha abierto camino con esa lista. Ha matado a la mayoría de ellos de formas realmente horribles y, aunque eso es malo, lo peor aún está por venir. Un hombre que estaba en esa lista, un sacerdote, resulta que sabía algo que yo hubiera preferido que no supiera. Y ahora, yo creo que Leroux lo sabe.

Sharpe no dijo nada. Su caballo iba amblando bastante alegremente, se dirigía hacia el oeste por el sendero que llevaba detrás del cerro. Dejaría que Hogan explicara su triste historia a su propio paso. El comandante irlandés se enjugó el sudor de la cara.

—Leroux, Richard, está realmente a punto de hacernos verdadero daño. Nos podemos permitir perder a unos pocos sacerdotes y alcaldes, pero eso no es lo que Leroux quiere. Nos podemos permitir perder a Colquhorn Grant, pero tampoco eso es lo que vino a hacer aquí Leroux. Hay una persona, Richard, que no podemos perder. Esa es la persona por la que ha venido Leroux.

Sharpe frunció el ceño.

—¿Wellington?

—También él, quizá, pero no. Wellington no. —Hogan se sacudió irritado una mosca—. Esto es lo que no debiera explicarle, Richard, pero le explicaré un poquito, lo justo para que vea lo importante que es que usted impida que el cabrón ese se escape de los fuertes. —Hizo una pausa para poner en orden sus pensamientos—. Ya le he dicho que tenemos informantes por toda España. Son útiles, Dios sabe cuánto, pero tenemos informantes mucho más valiosos. Tenemos hombres y mujeres en

Italia, en Alemania, en Francia, ¡en el mismo París! Gente que odia a Bonaparte y que nos quiere ayudar, y lo hacen. Un regimiento de lanceros sale de Milán y nosotros lo sabemos a las dos semanas, y sabemos dónde se dirigen y cómo son sus caballos e incluso el nombre de la amante de su coronel. Si Bonaparte le grita a un general, nosotros lo sabemos, si pide un mapa de Patagonia nosotros nos enteramos. A veces pienso que sabemos más del imperio de Bonaparte que él mismo, y todo ello, Richard, gracias a una persona que resulta que vive en Salamanca. Y esa persona, Richard, es la persona a la que ha venido a buscar Leroux. Y cuando lo haya encontrado, lo torturará, descubrirá todos los nombres de los corresponsales en Europa y de repente nos quedaremos ciegos.

Sharpe sabía que no debía preguntar quién era esa persona. Esperó.

Hogan hizo una sonrisa forzada.

—¿Quiere saber quién es? Bien, no se lo diré. Yo lo sé, Wellington lo sabe y unos pocos españoles lo saben porque son los responsables de pasar los mensajes a Salamanca.

—¿El sacerdote lo sabía?

—Ahá. El sacerdote que salía en mi lista lo sabía y ahora, que Dios le tenga en su gloria, está muerto. La mayoría de los mensajeros no saben el verdadero nombre, tan sólo conocen el nombre en clave. El Mirador.

—El Mirador —repitió Sharpe.

—Así es. El Mirador, el mejor espía al servicio de los británicos, y nuestra misión es impedir que Leroux dé con El Mirador. Y la manera más fácil de conseguirlo, Richard, es detener a Leroux. Intentará escapar, eso lo sé, y puedo suponer cuándo lo hará.

—¿Cuándo?

—Durante el ataque que hagamos a los fuertes. No puede hacerlo en otro momento. Tenemos rodeadas esas fortalezas, pero en la confusión de la batalla, Richard, él ya lo tendrá planeado. ¡Deténgalo!

—¿Eso es todo? ¿Detenerlo? ¿Capturarlo?

—Eso es todo, pero no lo subestime. Captúrelo y entréguelo, y yo le prometo que el coronel Leroux no volverá a ver la luz del día hasta que esta guerra haya acabado. Lo encerraremos tan bien que deseará no haber nacido.

Sharpe pensó en todo eso. No resultaría tan difícil. La Sexta División había acordonado los fuertes, e incluso durante un ataque el cordón de hombres rodearía el terreno baldío. Todo lo que debía hacer Sharpe, o uno de su compañía, era reconocer a Leroux entre los prisioneros. Le sonrió a Hogan con deseos de animarlo.

—Délo por hecho.

—Si usted lo dice, Sharpe, lo haré. —Resultaba un muy buen cumplido.

Se habían ido acercando a la colina donde se habían agrupado los espectadores, y

Sharpe miró a la derecha y vio un rostro sonriente que avanzaba hacia él sobre un caballo fiero pero bien montado. Incluso con una sola mano lord Spears era un jinete más elegante que Sharpe. El caballero estaba de buen humor.

—¡Michael Hogan! ¡Por Dios! ¡Está más serio que un cura, señor! ¿Qué se ha hecho de su espíritu irlandés? ¿De su actitud despreocupada frente al esfuerzo diario de la vida?

Hogan miró al caballero con cierta indulgencia.

—¡Jack! ¿Cómo va el brazo?

—Muy bien, señor. Como el día en que nació. Lo sigo llevando en cabestrillo para que no me envíe a trabajar. ¡Richard Sharpe! He observado cómo trabaja su compañía. ¡Están pletóricos!

—Son buenos.

—Y están ambos invitados a un *pique-nique*. Ahora. —Les dijo sonriendo.

—¿A un qué? —preguntó Hogan frunciendo el ceño.

—Un *pique-nique*. Es una palabra francesa, pero supongo que pronto la usaremos nosotros. Para ustedes, paletos que no saben francés, significa una comida simple y ligera al aire libre. Tenemos pollo, jamón, salchichas, un pastel delicioso y, lo mejor de todo, vino. Nosotros, por supuesto, me refiero a la marquesa de Casares el Grande y Melida Sadaba y yo. Están ustedes particularmente invitados.

Hogan sonrió. Parecía que el hecho de que Sharpe hubiera aceptado la responsabilidad respecto a Leroux le quitara un peso de encima.

—¡La marquesa! ¡Ya va siendo hora de que alterne con la aristocracia!

—¿Y yo qué? —preguntó Spears con aspecto agraviado—. ¿No soy lo bastante noble para usted? ¡Dios mío! Cuando mis antepasados comieron del fruto prohibido en el Edén se empeñaron en que les fuera servido en bandeja de plata. ¿Va a venir? —le preguntó a Sharpe.

Sharpe se encogió de hombros. Hogan insistía en ir, así que Sharpe se vio obligado, y aunque una parte de él anhelaba volver a ver a la marquesa, otra, la mayor parte de él, temía el encuentro. Odiaba verse tentado por cosas que no podía poseer, y sintió que se ponía de mal humor al ir subiendo la colina detrás de Hogan y Spears.

La marquesa los vio acercándose. Levantó la mano lánguidamente para saludarlos.

—¡Capitán Sharpe! ¡Por fin ha aceptado una de mis invitaciones!

—Estoy con el comandante Hogan, señora.

Un instante después de decir eso lo lamentó. Lo que él había querido decir era que no venía de buena gana, que él no era su esclavo, pero por sus palabras parecía que lo obligaran a ir. Ella sonrió.

—Debo agradecerse al comandante Hogan. —Se volvió con su gran belleza hacia el irlandés—. ¿Nos conocemos, comandante?

—Ciertamente, señora. En Ciudad Rodrigo, lo recuerdo.

—También yo, fue realmente encantador.

—Los irlandeses normalmente lo son, señora.

—Es una pena que los ingleses no hayan aprendido de sus vecinos.

La dama miró a Sharpe que estaba sentado, desgraciado, sobre su incómodo caballo. Volvió a sonreír a Hogan.

—¿Está bien?

—Ciertamente, señora, y gracias, señora. ¿Usted? ¿Su marido?

—¡Ah, mi marido! —Se abanicó la cara—. El pobre Luis está en Sudamérica, reprimiendo una de nuestras rebeliones coloniales. Resulta absurdo. Ustedes están aquí para liberar nuestro país, mientras que Luis está haciendo lo contrario en algún lugar. —Se echó a reír y volvió a mirar a Sharpe—. Mi marido, capitán Sharpe, es un soldado, como usted.

—¿De verdad, señora?

—Bueno, no exactamente igual que usted. Es mucho mayor, mucho más gordo y viste mucho mejor. También es general, así que no es exactamente igual que usted. —La dama dio unas palmaditas en el asiento de cuero del carruaje entre ella y su acompañante—. Tengo vino, capitán, ¿no va a venir conmigo?

—Estoy bastante cómodo, señora.

—No lo parece, pero si se empeña.

La mujer sonrió. Era, tal como él recordaba, de una belleza deslumbrante. Era un sueño, algo de una elegancia exquisita, algo que hacía que Sharpe se sintiera ofendido, pues encontraba que su belleza era abrumadora. Ella aún le sonreía.

—Jack dice que es usted un auténtico héroe, capitán Sharpe.

—En absoluto, señora.

Se preguntaba si debería ir a buscar a su compañía y presentarle excusas al comandante Forrest, que se sentiría tremendamente infeliz por perder sus tropas ligeras.

Lord Spears se echó a reír a carcajadas.

—¡Que no es un héroe! ¡Fíjese! ¡Me encanta!

Sharpe frunció el ceño, molesto, y miró a Hogan en busca de ayuda.

El irlandés le sonrió burlonamente.

—Usted consiguió un Águila, Richard.

—Con Harper, señor.

—¡Oh, vamos! ¡El héroe modesto! —Lord Spears se estaba divirtiendo. Imitaba la voz de Sharpe—. Todo fue un accidente. El Águila tan sólo se cayó, justamente en mis manos. Yo estaba cogiendo flores silvestres en aquel momento. Luego me perdí en Badajoz. Creía que iba a una procesión y resulta que penetré por la brecha. Muy mal. —Spears se echó a reír—. ¡Maldita sea, Richard! ¡Si incluso le salvó la vida al

general!

—¿A Arthur? —preguntó la marquesa, y miró a Sharpe con interés—. ¿Dónde?
¿Cómo?

—En la batalla de Assaye, señora.

—¡La batalla de Assaye! ¿Qué es eso? ¿Dónde fue?

—La India, señora.

—¿Y qué pasó?

—Su caballo fue herido por una lanza, señora. Resulta que yo estaba allí.

—¡Oh, que Dios nos asista! —exclamó Spears con sonrisa amable—. El sólo rechazó un ataque de miles de malditos infieles, y dice que pasaba por allí.

La vergüenza de Sharpe iba en aumento. Miró a Hogan.

—Debería ir a buscar a mi compañía, señor.

—No, Richard, no debería. Eso puede esperar. Yo tengo sed, usted tiene sed, y su señoría nos está ofreciendo gentilmente vino. —Se inclinó hacia la marquesa—. Con su permiso, señora. —Alargó la mano hacia la botella que sostenía la dama de compañía.

—¡No, comandante! Jack lo hará. Tiene modales de sirviente, ¿no es así Jack?

—Soy su esclavo, Helena.

Spears cogió la botella alegremente, mientras que Hogan le acercaba un vaso a Sharpe. El caballo de Sharpe se había separado algunos pies del carruaje, en busca de hierba más fresca, y a Sharpe le alegraba que la marquesa no pudiera oírle. Se bebió el vino con rapidez, estaba realmente abrasado de sed y descubrió a Hogan junto a su codo. El irlandés sonreía compasivo.

—Ella hace que se bata usted en retirada, Richard. ¿Qué pasa?

—No es mi sitio, señor, ¿no? Mi sitio está allí —dijo señalando con la cabeza colina abajo allí donde el South Essex se relajaba sobre la loma.

Los franceses no se movían.

—Tan sólo es una mujer que intenta resultar agradable.

—Sí.

Sharpe pensó en su mujer, aquella belleza de cabello negro que despreciaría ese lujo aristocrático. Le echó una mirada a la marquesa.

—¿Cómo es que habla inglés tan bien?

—¿Helena? —Incluso Hogan, captó Sharpe, parecía que la conocía lo suficientemente bien como para llamarla por su nombre de pila—. Es medio inglesa, de padre español, madre inglesa, y educada en Francia. —Hogan bebió de su vaso—. Sus padres murieron en la época del Terror, horroroso, y Helena consiguió escapar a casa de un tío, en Zaragoza. Luego se casó con el marqués de Casares el Grande y Melida Sadaba y es inmensamente rica. Casas por toda España, un par de castillos y una muy buena amiga nuestra, Richard.

—¿De qué están hablando? —preguntó ella dirigiéndose a ellos, y Hogan hizo girar su caballo.

—Trabajo, señora, sólo trabajo.

—Esto es un *pique-nique*, no un comedor de oficiales. ¡Venga!

Hizo que Spears sirviera más vino a Sharpe y éste se lo bebió tan deprisa como el primer vaso. La copita de cristal resultaba ridículamente pequeña.

—¿Está sediento, capitán?

—No, señora.

—Tengo muchas botellas. ¿Un poco de pollo?

—No, señora.

Ella suspiró.

—Es usted difícil de complacer, capitán. ¡Ah! ¡Allí está Arthur! —Wellington regresaba hacia el oeste siguiendo el sendero que había tras el cerro.

Spears se giró sobre su silla para mirar al general.

—Diez contra uno que sube hasta aquí para verla, Helena.

—Me sorprendería que no lo hiciera.

—¡Sharpe! —gritó Spears sonriéndole burlón—. ¿Dos guineas a que no viene?

—No hago apuestas.

—¡Yo sí! ¡Cielos! Se me ha ido la mitad de mi maldito patrimonio.

—¿La mitad? —dijo la marquesa echándose a reír—. Todo entero, Jack. Todo entero y mucho más. ¿Qué les dejará a sus herederos?

—Yo no estoy casado, Helena, así que ninguno de mis bastardos puede considerarse mi heredero. —Le lanzó un beso a la dama—. Si su querido marido muriera se lo suplicaría a usted de rodillas. Creo que haríamos una buena pareja.

—¿Y cuánto duraría mi fortuna?

—Su belleza es su fortuna, Helena, y está a salvo para siempre.

—Qué hermoso, Jack, y qué falso.

—Eso lo dijo el capitán Sharpe, querida, yo no he hecho más que repetirlo.

Sus enormes ojos se dirigieron hacia Sharpe.

—Qué hermoso, capitán Sharpe.

El se estaba ruborizando por culpa de la mentira de Spears, y para ocultarlo tiró bruscamente de las riendas y se puso a mirar fijamente a los franceses, que estaban inactivos. Lord Spears lo siguió y le habló en voz baja.

—¿La desea, no es así?

—Es una mujer hermosa.

—Mi querido Sharpe. —Spears se echó hacia adelante e hizo avanzar el caballo del fusilero algunos pasos—. Si la quiere, pruébalo. —Se echó a reír—. No se preocupe por mí. Ella no quiere ni verme. Es muy discreta, nuestra Helena, y no va a permitir que Jack Spears vaya alardeando por la ciudad de que se ha metido en su

lecho. ¡Debería preparar un ataque, Sharpe!

Sharpe estaba furioso.

—¿Quiere decir que los amantes tomados de entre los criados callan porque están agradecidos?

—Eso lo dice usted, amigo, no yo.

—Cierto.

—Y si lo sabe es que quizá sea cierto. —Spears seguía mostrándose amable, pero sus palabras eran vulgares y contundentes—. Algunas personas creen que la carne que se sirve a los criados es mejor que lo que se sirve en el salón de banquetes.

—¿La marquesa? —preguntó Sharpe mirándolo a su elegante cara.

—Ella consigue lo que quiere, usted consigue lo que yo quiero. —Sonrió—. Le estoy haciendo un favor.

—Estoy casado.

—¡Dios nos libre! ¿Y reza cada noche?

Spears se echó a reír sonoramente, luego se volvió, pues unos sonidos de cascos de caballo anunciaban la llegada de Wellington a la cabeza de su estado mayor. El general refrenó, se quitó el sombrero y luego lanzó una mirada helada a Spears y a Sharpe.

—¡Está usted bien escoltada, Helena!

—¡Querido Arthur! —exclamó la dama tendiéndole la mano—. ¡Me ha defraudado!

—¿Yo? ¿Cómo?

—¡Yo vine a ver una batalla...!

—Todos nosotros también. Si tiene alguna queja debe dirigírsela a Marmont. ¡El tipo se niega rotundamente a atacar!

Ella lo miró poniendo mala cara.

—¡Pero yo deseaba tanto ver una batalla!

—Ya la verá, ya la verá. —Le dio unas palmaditas al caballo en el cuello—. Apostaría a que los franceses se escabullen esta noche. Les di una oportunidad y ellos la rechazaron, así que mañana tomaremos esos fuertes.

—¡Esos fuertes! ¡Podré verlo desde el palacio!

—Pues entonces, rece por que Marmont se escabulla esta noche, Helena, porque si lo hace voy a montar un verdadero ataque para usted. ¡Tanta batalla como usted quiera!

Ella aplaudió.

—En tal caso daré una fiesta mañana por la noche. Para celebrar su victoria. ¿Vendrá?

—¿Para celebrar mi victoria? —preguntó Wellington, quien parecía realmente frívolo en presencia de la dama—. ¡Por supuesto que iré!

La mujer señaló con la mano a todos los jinetes que se agolpaban alrededor del elegante carruaje.

—¡Todos ustedes han de venir! ¡Incluso usted, capitán Sharpe! ¡Tiene que venir!

La mirada de Wellington se cruzó con la de Sharpe. El general le sonrió.

—El capitán Sharpe estará ocupado, mañana por la noche.

—Entonces que venga cuando haya acabado su trabajo. Bailaremos hasta el amanecer, capitán.

Sharpe percibió, aunque sin saber si era intencionada, una sutil burla en los ojos que lo observaban. «Mañana.» «Mañana» se enfrentaría a Leroux, «mañana» lucharía por aquella espada y Sharpe sintió el deseo de luchar. Vencería a Leroux, a ese coronel que había hecho que el miedo se extendiera entre los británicos; se enfrentaría a él, lucharía contra él y después de capturarlo lo arrastraría por el terreno baldío. «Mañana» lucharía y estos aristócratas presumidos lo observarían desde el palacio de la marquesa y de repente Sharpe supo qué recompensa quería por enfrentarse al coronel Philippe Leroux. No solamente la espada. Eso lo obtendría de todos modos como botín de guerra, sino otra cosa. Conseguiría a la mujer. Le sonrió a la dama por primera vez y saludó con la cabeza.

—Mañana.

Capítulo 7

Unos exploradores de la caballería regresaron cansados a la ciudad la madrugada del martes. El ejército de Marmont se había desplazado hacia el norte durante la noche. Los franceses habían abandonado a la guarnición de los fuertes de la ciudad, ahora esperarían el momento oportuno con la esperanza de que en algún momento, durante el verano, cogerían a Wellington desprevenido y podrían librar una batalla marcando ellos las condiciones.

Las fortalezas ya no le eran de utilidad a Wellington. No habían conseguido que Marmont presentara batalla para rescatarlas y habían detenido el avituallamiento usando el largo puente romano, de manera que las fortalezas iban a ser destruidas. La marquesa tendría su batalla y Sharpe tendría que buscar a Leroux entre los prisioneros. Si había prisioneros. Al general le había costado poco prometerle a la marquesa un asalto a las tres construcciones, pero Sharpe entendía que los defensores no se iban a rendir fácilmente. Había estado observando durante tiempo las construcciones aisladas por el terreno baldío y cuanto más las miraba menos le gustaban.

El terreno desierto quedaba partido por un profundo barranco que iba en dirección sur hacia el río. A la derecha del barranco estaba el fuerte francés más grande, el San Vicente, mientras que a la izquierda se hallaban los fuertes de La Merced y el de San Cayetano. Un ataque a cualquiera de los tres fuertes recibiría la embestida de los cañones de los otros dos.

Las tres construcciones eran conventos hasta que los franceses expulsaron a las monjas y convirtieron ese rincón de la ciudad en una plaza fuerte. Desde hacía casi una semana los conventos habían sufrido el fuego de los cañones británicos; sin embargo la artillería les había ocasionado pocos daños. Los franceses habían preparado bien las construcciones.

Con el material de las casas que rodeaban los conventos y que ellos habían arrasado habían hecho un rudimentario glacis que hacía que las balas rebotaran hacia arriba y sobrevolaran las fortificaciones defensivas. Tenían murallas con contrafuertes tras el profundo foso que rodeaba cada convento y por encima de los emplazamientos de los cañones y los refugios de las tropas habían construido tejados gruesos y enormes. Cada tejado era como una enorme caja rellena de tierra, diseñada para absorber las bombas de los *howitzer* británicos que caían del cielo con humo ondulante. Las guarniciones francesas estaban rodeadas, atrapadas, pero a los británicos les costaría penetrar en ellas.

Sharpe hizo formar a su compañía, no de forma totalmente casual, al exterior del palacio Casares. Las enormes puertas permanecían abiertas y mostraban el patio central en cuyo centro el agua de una fuente chapoteaba. El patio estaba pavimentado

y lleno de jardineras con flores, y Sharpe se quedó mirando fijamente por entre las sombras de los arcos hacia la gran puerta en la parte superior de las escaleras principales. La casa parecía desierta. Unas gruesas esteras de paja colgaban de las ventanas para impedir que penetrara el sol, y el agua de la fuente era la única señal de movimiento en aquella casa grande y rica.

Por encima de la entrada, en la muralla exterior alta y sin adornos, lucía el mismo escudo de armas que decoraba la puerta del carruaje labrado en la pálida piedra dorada. Por encima, en lo alto, Sharpe vio que crecían plantas en la parte superior del muro, lo que evidenciaba la existencia de un balcón, o incluso de un jardín, en la azotea; y era desde allí, supuso Sharpe, desde donde la marquesa observaría, por encima de los tejados, del terreno baldío y de los fuertes. No es que fuera a ver gran cosa. El ataque tendría lugar con la última luz del día. Sharpe hubiera preferido un ataque nocturno, pero Wellington los temía, recordaba lo juntos que habían estado el desastre y el éxito la noche en que entró en Seringapatam, hacía ya mucho tiempo.

Alejó la mirada de la casa y la dirigió a su compañía, sabía que aquella mujer ya le obsesionaba. Le parecía ridículo, una ambición de proporciones desmesuradas, pero la tenía metida en la cabeza. Su trabajo consistía en matar a Leroux para proteger la figura desconocida de El Mirador, sin embargo, su mente estaba con la marquesa.

—¿Señor? —Harper se cuadró—. ¡Compañía lista para pasar revista, capitán!

—¡Teniente Price!

—¿Señor?

—Armas, por favor.

Sharpe confiaba en sus hombres. Ninguno de ellos entraría en batalla con las armas inservibles. Price podía revisarlas, tirar de los pedernales ajustados, tocar los filos de las bayonetas, pero no encontraría nada. Sharpe oía que las tropas de asalto iban formando. Eran todo tropas ligeras, lo mejor de cada batallón, y se estaban concentrando lejos del terreno baldío pues esperaban que el repentino ataque cogiera a los franceses por sorpresa. Los cañones de sitio seguían disparando. Se habían acarreado cuatro cañones del dieciocho atravesando los vados hasta la ciudad que martilleaban contra las fortificaciones con enormes balas de hierro.

—Escúchenme —empezó a hablar—. No estamos aquí para heroicidades. Nuestro trabajo no es capturar las fortalezas, ¿entendido? —Ellos asintieron con la cabeza. Algunos sonrieron—. De eso se ocupan las otras compañías ligeras. Nuestro trabajo consiste en encontrar a un hombre, el hombre que capturamos. Así que nos quedaremos detrás del ataque. Si podemos, nos moveremos a un lado, lejos de la línea de fuego. No quiero bajas. Mantengan las cabezas agachadas. Orden de escaramuza durante todo el camino. Si capturamos las fortificaciones, nuestro trabajo es buscar prisioneros. Pelotón normal. No quiero que nadie vaya por su cuenta. No

hay recompensas, así que no se hagan los héroes. Y recuerden. Este cabrón mató al joven McDonald y al coronel Windham. Es peligroso. Si lo encuentran, o si creen haberlo encontrado, átenlo corto. Pagaré diez guineas por su espada.

—¿Y si vale más, señor?

Esa era la voz de Batten; el quejica y gruñón Batten, siempre insatisfecho. Harper se encaminaba hacia él pero Sharpe lo detuvo.

—Vale más que eso, Batten, probablemente veinte veces más> pero si se la vende a alguien que no sea yo le pondré a cavar letrinas durante lo que quede de esta maldita guerra. ¿Entendido?

Los otros sonrieron. Un soldado raso no podía pretender vender una espada valiosa en un mercado público. Le acusarían de haberla robado y la condena por robo podía ser la horca. Algunos sargentos pagarían más, pero no mucho más, y le sacarían beneficio en Lisboa. Diez guineas era una buena cantidad, más que el sueldo de un año después de hacer las deducciones, y la compañía sabía que era una buena oferta.

Sharpe volvió a elevar la voz.

—Sin bayonetas. Cargados, pero los pedernales bajados. No queremos que sepan que vamos. Como se dispare un mosquete nos darán metralla para cenar. —Le hizo una señal a Harper con la cabeza—. Media vuelta a la derecha, usted sabe dónde vamos.

—¡Media vuelta a la derecha! —gritó Harper.

—¡Capitán Sharpe! —Era el comandante Hogan, que se apresuraba hacia la batería principal donde se oían a los cañones del dieciocho.

—¡Señor! —contestó Sharpe cuadrándose y saludando. Delante de la compañía se mostraban formales, correctos.

—¡Buena suerte! —gritó Hogan sonriendo a los hombres.

Lo conocían bien, los fusileros habían pasado dos semanas con él antes de que los obligaran a unirse al South Essex, los casacas rojas lo recordaban de Badajoz y de las noches en que había ido a buscar la compañía de Sharpe. El comandante irlandés miró a Sharpe, se puso de espaldas a sus hombres e hizo un gesto de resignación.

—Que tengan suerte.

—¿Buena, no?

—No. —Hogan sorbió por la nariz—. Algún idiota ha desordenado los suministros de municiones. ¡Tenemos unos quince cartuchos para cada cañón! ¿Para qué diablos?

Sharpe entendió que se refería a los grandes cañones del dieciocho.

—¿Y los *howitzer*?

Hogan había sacado su caja de rapé y Sharpe esperó a que el comandante inhalara una pizca. Estornudó.

—¡Por el amor de Dios! —Volvió a estornudar—. ¡Malditos *howitzer*! ¡No van a

poder mellar ese maldito sitio! Ciento sesenta cartuchos para seis cañones. ¡Así no se puede hacer la guerra!

—No es optimista.

—¿Optimista?

Hogan esperó mientras un cañón del dieciocho disparaba una de sus preciadas y escasas municiones.

—No. Pero hemos convencido al general de que ataque tan sólo la fortificación central. Le disparamos a ésa.

—¿San Cayetano?

Hogan asintió con la cabeza.

—Si podemos hacernos con ésa, luego podemos construir nuestras propias baterías allí y disparar a los otros. —Se encogió de hombros—. La sorpresa lo es todo, Richard. Si no nos esperan... —Se volvió a encoger de hombros.

—Tal vez Leroux no esté en el San Cayetano.

—Probablemente no esté allí. Es probable que esté en el grande. Pero nunca se sabe. A lo mejor se rinden todos si cae el del centro.

Sharpe dedujo que podía ser una noche muy larga. Si los otros fuertes decidieran que la resistencia era inútil, las negociaciones de rendición podían durar horas. Había, calculó él, unos mil hombres en las tres guarniciones, y resultaría difícil buscar en la oscuridad. Echó una mirada dura al palacio Casaras, que estaba tras él. Cabía la posibilidad, desde luego, de que no consiguiera llegar a tiempo. Hogan captó la mirada.

—¿Invitado?

—¿A la celebración? Sí.

—Como toda la ciudad. Tan sólo deseo que haya algo que celebrar.

Sharpe sonrió con ironía.

—Los cogeremos por sorpresa.

Echó una mirada alrededor y vio que su compañía marchaba por un callejón e hizo un gesto señalándola con el pulgar por encima del hombro.

—Debo irme.

Trescientos cincuenta hombres, las compañías ligeras de dos brigadas de la Sexta División, estaban apretujados en una calle que discurría detrás de las casas que estaban frente al terreno baldío. Era la protección más cercana a la fortificación central, San Cayetano, pero nadie, salvo un puñado de oficiales, tenía permiso para mirar al terreno que tenían que cubrir. La sorpresa lo era todo. Había veinte escaleras, cada una de ellas rodeada del grupo que la acarreaba, y serían los primeros en correr a toda prisa las doscientas yardas que había hasta el foso de la fortaleza. Saltarían al interior del agujero y luego colocarían las escaleras contra la empalizada.

Sharpe oía el chasquido de los rifles que asustaban a las golondrinas que volaban

en el crepúsculo. Había fusileros que habían rodeado los fuertes durante los seis días siguientes a la entrada del ejército en Salamanca, habían vivido con total incomodidad en los hoyos poco profundos del terreno baldío, disparando desde su posición oculta hacia las cañoneras francesas. Todo parecía normal en aquel atardecer. Los franceses no podían haber detectado nada inusual en el ritmo del sitio. Los grandes cañones disparaban de forma intermitente, los rifles chasqueaban, y al desvanecerse la luz también lo hicieron los sonidos de los disparos. Parecía, pensó Sharpe, una noche apacible en los tres fuertes construidos sobre la colina que se elevaba sobre el río Tormes, que corría lentamente.

Un gran sargento con la cara llena de cicatrices tiró del travesaño de una de las escaleras. Este se arqueó y se partió, y el sargento escupió malhumorado contra una muralla.

—¡Esta mierda de madera verde!

Harper cargaba su arma de siete cañones, medía cuidadosamente la pólvora que extraía del cebador. Levantó la vista y sonrió a Sharpe.

—Vi a aquel sacerdote irlandés mientras usted charlaba con el comandante, señor. Nos deseó suerte.

—¿Curtis? ¿Cómo diablos lo sabe? Yo pensaba que esto era un secreto.

Harper se encogió de hombros, luego golpeó la culata de su enorme arma contra el suelo.

—Probablemente debe haber visto a esa panda entrar. —Señaló con su cabeza a las compañías ligeras—. No tienen aspecto de haber venido precisamente a un baile del regimiento.

Sharpe se sentó a esperar, con la cabeza reclinada contra el muro y el rifle cargado entre sus rodillas. En aquella noche tan perfecta de verano, en que la luz que se desvanecía iba convirtiéndose en un gris translúcido, resultaba extraño pensar en la inmensa guerra secreta que ensombrecía la guerra de cañones y espadas. ¿Cómo había sabido el sacerdote que este ataque iba a tener lugar esa noche? ¿Había también espías franceses en Salamanca que lo sabrían y podían haber avisado ya a las fortalezas? Sharpe supuso que podría ser. Era posible que los franceses estuvieran preparados, esperando ansiosos el primer ataque para desbaratarlo con metralla.

Sharpe tan sólo había visto a un espía francés. Era un español pequeñito, alegre y generoso, que se hacía pasar por vendedor de limonada a las afueras de Fuentes de Oñoro. Resultó ser un cabo de uno de los regimientos españoles que luchaban con los franceses, y Sharpe había visto cómo lo colgaban. Murió con dignidad, con una sonrisa en los labios, y Sharpe se preguntaba la valentía que requería ese tipo de hombre. El Mirador, suponía Sharpe, tenía esa valentía. Había vivido en Salamanca bajo la ocupación francesa, y así y todo había seguido enviando su flujo de información hacia las fuerzas británicas que estaban en Portugal. Esta noche, Sharpe

luchaba por ese hombre valiente, por El Mirador, y levantó la vista hacia la luz tenue y se dio cuenta de que el ataque empezaría pronto.

—¿Sharpe? —Un oficial de mayor rango lo miraba. Sharpe se puso en pie inmediatamente y saludó.

—¿Señor?

—General de brigada Bowes. Estoy al mando esta noche, pero tengo entendido que tiene sus propias órdenes.

Sharpe asintió con la cabeza. Bowes miró con curiosidad a aquella extraña figura, vestida mitad de oficial y mitad de fusilero. Al general de brigada se le veía contento.

—Me alegro de que esté con nosotros, Sharpe.

—Gracias, señor. Espero que podamos ser de utilidad.

Bowes hizo un gesto señalando hacia el fuerte oculto.

—Hay una trinchera mal acabada para las primeras setenta yardas. Eso nos protegerá. Después, que sea lo que Dios quiera. —Miró con sincera admiración la corona que Sharpe llevaba en la manga—. No es la primera vez que hace una cosa de éstas.

—Badajoz, señor.

—Esto no será tan duro.

Bowes siguió su camino. Los soldados estaban en pie, se ajustaban las casacas, comprobaban obsesivamente los últimos detallitos antes de la batalla. Algunos se tocaban los talismanes personales, otros se santiguaban, y la mayoría de ellos mostraba aquella alegría forzada que intenta ocultar el miedo.

Bowes dio unas palmadas. Era un hombre bajo, de fuerte complexión y se subió a un montador que había junto a una de las casas.

—¡Recuerden, chicos! ¡Callados! ¡Callados!

Esta era la primera batalla de la Sexta División en España y los hombres escuchaban ansiosos, querían impresionar al resto del ejército.

—Las escaleras primero. ¡Detrás de mí!

Sharpe advirtió a sus hombres que esperaran. Harper capitanearía el primer pelotón, luego el teniente Price, el sargento McGovern y el sargento Huckfield se ocuparían de los otros. Le sonrió burlón. Huckfield era nuevo en la compañía, desde Badajoz había sido ascendido y provenía de una de las otras compañías. Sharpe recordó cuando, siendo aún soldado raso, Huckfield intentó amotinarse antes de Talavera. Huckfield le debía la vida a Sharpe, pero había salido ganando. Era un hombre concienzudo y firme, bueno con los números y con los libros de la compañía, y el recuerdo de aquel lejano día, hacía tres años, en que Huckfield casi consigue que el batallón se amotine quedaba desdibujado y parecía irreal.

La calle se fue vaciando, los soldados llenaron el terreno baldío y Sharpe seguía esperando. No quería que su compañía se mezclara con las demás. Casi contuvo la

respiración para ver si oía los primeros disparos, pero era una noche silenciosa.

—Bien, Chicos. Permanezcan en silencio.

Pasó el primero por el pasaje que había entre las casas, y el suelo descendía hacia un hoyo profundo que se había hecho cuando los zapadores habían arrojado una de las baterías de flanco. Los cañones del nueve permanecían en silencio tras las fajinas. Delante de él veía a las oteas compañías, apretujadas en el interior de la trinchera poco profunda. No la habían hecho para el ataque, en realidad eran los restos de una callejuela y daba cobertura porque las casas derruidas a ambos lados constituían un montón de cascotes. No se atrevía a levantar la cabeza para mirar a San Cayetano. Tenían la esperanza de que los franceses estuvieran adormilados, que no esperaran problemas, pero no había motivo para suponer que los centinelas estuvieran menos alerta porque la noche permaneciera en silencio.

Una escalera, allá al frente, chocó contra los cascotes y se oyó el ruido de piedras sueltas al caer. El se quedó inmóvil, aguzó los sentidos esperando la reacción del enemigo, pero la noche seguía silenciosa. Se oyó un suave ruido de fondo, incesante, y se dio cuenta de que era el murmullo del agua al chocar contra los pilares de los arcos del puente. Se oyó un búho, en la parte sur del río. El cielo era de un gris perlado, al oeste teñido de carmesí, el aire era caliente después del calor del día. Sabía que la gente de Salamanca estaría paseando formando círculos en la gran plaza, bebiendo a sorbos el vino y el brandy, y que en la ciudad sería una noche de gran belleza. Wellington esperaba, temía que el factor sorpresa se hubiera perdido, y de repente Sharpe pensó en la marquesa, allí arriba en el tejado o en el balcón, observando las sombras oscuras en el terreno baldío. Una campana dio las nueve y media.

Oyó delante de él chirridos y chasquidos y comprendió que los atacantes estaban poniendo a punto las bayonetas para salir corriendo de la cobertura y precipitarse por el revoltijo que constituía el terreno baldío hacia San Cayetano. El teniente Price vislumbró a Sharpe y le hizo un gesto señalando una de las bayonetas de sus hombres. Sharpe sacudió la cabeza en señal de negación. No quería que las hojas revelaran la posición de su compañía, bastante atrás, y de todas formas no resultaban de utilidad en el ataque al fuerte.

—¡Adelante! —la voz de Bowes rompió el silencio.

Se oyeron pasos rápidos y la calle hundida que se extendía frente a Sharpe se llenó del jadear de cuerpos que subían gateando por los cascotes. Éste era el momento peligroso, la primera aparición, pues si los franceses estaban preparados y los esperaban, los cañones dispararían y diezmarían el ataque.

Dispararon.

En las fortificaciones había cañones pequeños, algunos de cuatro libras que habían sido capturados y eran viejos, pero incluso un cañón pequeño, cargado con

metralla, puede repeler un ataque. Sharpe ya conocía bien las cifras. El bote de metralla de un cañón de cuatro era una lata repleta de balas, sesenta u ochenta por bote, y al ser disparada la lata explotaba en la boca del cañón y las balas se esparcían en forma de cono. A trescientas yardas de la boca del cañón el cono tendría noventa pies de ancho, muchas probabilidades para un hombre que estuviera en la línea de fuego, pero ninguna si los conos de varios cañones se entrecruzaban. San Cayetano, al frente del ataque, tan sólo tenía cuatro cañones, pero San Vicente, al otro lado del barranco y el fuerte más grande, podría aportar veinte para diezmar el flanco del ataque británico.

Todos dispararon. Primero uno, segundos después el resto, y el ruido de los cañones era diferente, más grave de lo normal, como más sólido. Sharpe miró horrorizado a Harper.

—¡Están doblemente cargados!

Harper asintió con la cabeza y se encogió de hombros. Dos botes de metralla por cañón, con unas setenta balas cada uno, y veinticuatro cañones disparando. Sharpe escuchaba el infierno metálico que iba entrecruzando los cascotes e intentó hacer números. Tres mil balas de mosquete, al menos, habían dado la bienvenida al ataque, diez para cada hombre, y en el silencio que se hizo tras la descarga oyó los gritos de los heridos y luego el chasquido de los mosquetes proveniente de las cañoneras de los franceses. No podía ver nada. Miró a los de su compañía.

—¡Quédense aquí!

Ascendió por el lado de la calle con cascotes, fue rodando por la cima y encontró refugio tras una viga de madera. Bowes estaba vivo, empuñaba el sable y encabezaba el ataque.

—¡Adelante! ¡Adelante!

Algunos grupos con escaleras, milagrosamente vivos, surgieron del suelo hacia donde se habían lanzado en busca de protección y empezaron a abrirse paso entre el revoltijo de piedras. Cada escalera medía treinta pies, eran pesadas en aquel terreno oscurecido, pero los hombres se movían y detrás de ellos otros avanzaban hacia el oscuro bulto que era San Cayetano.

Los atacantes vitoreaban, se mantenían firmes pese a la primera descarga aplastante, y a Sharpe le parecía un milagro que tantos hubieran podido salir con vida de los conos. Deslizó su fusil hacia adelante, miró, y entonces resonó la segunda descarga de los franceses.

Esta descarga era más desigual que la primera. Los artilleros cargaban tan rápido como podían, un solo bote de metralla, y las dotaciones más rápidas dispararían primero. Las balas silbaban al surgir de las troneras, resonaban sobre las piedras, volteaban a los muertos y a los heridos creando cierta confusión, y Sharpe maldijo a los franceses. «¡Lo sabían! ¡Lo sabían! ¡No había sido por sorpresa!» Habían cargado

los cañones con el doble de metralla, tenían las mechas preparadas y el ataque no tenía posibilidades. La metralla explotaba y extendía la muerte entre los atacantes, un cañón tras otro, los disparos iban de uno en uno o en grupitos y las balas de plomo martilleaban como la lluvia pesada contra las piedras, la madera y los cuerpos que había en el terreno baldío. Los dos fuertes estaban envueltos por anillos de humo. El tercero, lejos de Sharpe, a su izquierda, permanecía en silencio pues, y aunque pareciera un insulto, sus cañones no eran necesarios. Ahora oía a los franceses, que celebraban el trabajo realizado mientras los artilleros empujaban las armas, cargaban y disparaban, cargaban y disparaban, y las llamas surgían desde el otro lado del foso, partían el humo y lamían la metralla que despedazaba.

—¡Rifles!

No podían hacer gran cosa, pero cualquier cosa era mejor que quedarse de espectador ante tal masacre. Volvió a gritar.

—¡Rifles!

Sus fusileros pasaron en tropel por encima de los cascotes. Había entrenado a una media docena de los casacas rojas en el manejo de los rifles Baker, armas que habían quedado de los hombres muertos en los tres últimos años, y éstos también fueron. Harper se dejó caer junto a él con las cejas arqueadas y Sharpe le señaló el fuerte más cercano.

—¡A por las cañoneras!

Tal vez pudieran matar a uno o dos artilleros, no era gran cosa, pero al menos algo era. Oyó los primeros disparos, disparaba él mismo cuando el humo mostraba un blanco, pero el ataque ya había terminado. Los británicos no lo sabían. Los hombres seguían avanzando, con los hombros agachados como si se abrieran paso por entre una tormenta, e iban dejando a los muertos y a los heridos sobre el terreno. Los gritos penetraban el sonido discordante de los cañones y Sharpe rezaba a cada nueva descarga de metralla para que una bala acabara con aquellos gritos. Bowes seguía en pie, seguía yendo a la cabeza, empuñando su sable contra los artilleros, y detrás y a cada lado los supervivientes no querían abandonar. Ahora estaban desperdigados y eran menos vulnerables a la lluvia de plomo, pero eran muy pocos para aspirar a una victoria. Un grupo con escalera incluso llegó a cruzar el foso. Sharpe vio cómo saltaban dentro, oyó los mosquetes que disparaban desde la empalizada, y entonces vio al general de brigada, dibujándose contra la cortina de humo que se extendía; y le dieron a Bowes. Parecía que se pusiera a bailar allí mismo, sacudía los pies para mantenerse derecho y se le cayó el sable cuando se agarró el estómago con las manos. Echó la cabeza hacia atrás gritando, otros disparos lo lanzaron hacia adelante y él seguía intentando mantenerse en pie, y entonces fue como si un bote entero de metralla vapuleara a aquella figura temblorosa, lo derribó totalmente y de repente el terreno baldío quedó vacío de aquellos hombres que corrían. Los atacantes se habían

escondido, derrotados, y los franceses se burlaban de ellos, les insultaban y el fuego de los cañones se desvaneció.

Ya no había más hombres que lanzar al ataque, salvo la compañía de Sharpe, y no iba a sacrificarlos ante los artilleros. En Badajoz el ejército había seguido atacando, una y otra vez contra un fuego peor que ése, en un lugar más reducido, hasta que a Sharpe le pareció que toda la metralla del mundo no hubiera podido seguir matando el torrente de hombres que salían hacia las brechas. Este ataque se había iniciado con trescientos cincuenta hombres y ya no había más. Había terminado. El humo de los cañones convirtió el crepúsculo en una noche falsa y los franceses lanzaron una carcasa encendida, paja bien apretada y empapada en aceite y liada en una lona, por encima del pretil. Se oyeron unos gritos procedentes del terreno baldío.

—¡Atrás! ¡Atrás!

Algunos hombres se expusieron a los disparos, se pusieron en pie y echaron a correr. Los franceses permanecían en silencio. Otros hombres se armaron de valor y los supervivientes fueron iniciando poco a poco la retirada. Los franceses seguían sin disparar, contentos de que los británicos se hubieran dado por vencidos, y los hombres se iban deteniendo para recoger a los heridos. Sharpe miró a sus fusileros.

—Atrás, muchachos.

Ellos permanecían en silencio, abatidos. Estaban acostumbrados a la victoria, no a la derrota, pero Sharpe sabía que los habían traicionado. Miró a Harper.

—Sabían que íbamos a venir.

—Probablemente. —El enorme irlandés estaba aflojando el pedernal de su rifle, con el que no había disparado—. Habían cargado los cañones con el doble de metralla. Lo sabían.

—Me gustaría agarrar al cabrón que se lo ha dicho.

Harper no respondió. Hizo un gesto señalando delante de ellos y Sharpe vio a un hombre, tambaleándose entre los cascotes, que se acercaba hacia ellos. Llevaba los puños rojos del regimiento 53.º, el de Shropshire, y su rostro era del mismo color que su uniforme. Sharpe se puso en pie, se colgó el rifle y llamó a aquel hombre.

—¡Aquí! ¡Por aquí!

Parecía como si el hombre no oyera nada. Iba caminando casi como un borracho, zigzagueando sobre las piedras, y Sharpe y Harper corrieron hacia él. El hombre gemía. Le brotaba sangre de la cabeza.

—¡No veo!

—¡Todo irá bien!

Sharpe no podía ver la cara de aquel hombre por entre la sangre. Sus manos, sin el mosquete, sostenían el estómago. Parecía que oía a Sharpe, aquella cabeza empapada en sangre buscaba su voz y luego cayó en brazos de Sharpe. Se soltó de las manos y la casaca y los pantalones de Sharpe quedaron empapados de sangre.

—¡No importa, chico, no importa!

Lo tumbaron y él empezó a ahogarse. Harper le dio la vuelta, le aclaró la garganta con un dedo y miró a Sharpe sacudiendo la cabeza. El hombre del Shropshire vomitó sangre, gemía y volvía a murmurar que no veía. Sharpe destapó su cantimplora, le echó agua sobre los ojos y la sangre, que empapaba una herida de metralla en la frente, se fue limpiando lentamente.

—¡Todo irá bien!

Los ojos se abrieron, luego se cerraron de inmediato cuando un espasmo de dolor lo sacudió y pareció que la sangre manaba del diafragma. Harper rasgó el uniforme de aquel hombre.

—¡Dios salve Irlanda!

Era un milagro que aún estuviera con vida.

—¡Aquí!

Sharpe se desató la faja de oficial, se la alargó a Harper y éste la pasó por debajo del cuerpo, cogió el extremo y la ató como si fuera una especie de vendaje alrededor de la horrible herida. Miró a Sharpe.

—¿Por la cabeza o por los pies?

—Pies.

Cogió al hombre por los tobillos, lo levantaron y se abrieron paso con aquel peso hacia las casas. Había otros hombres que iban cojeando por las piedras. Los franceses permanecían en silencio.

Tendieron al hombre en la calle, llena ahora otra vez de gente, y Sharpe llamó gritando a los músicos. El soldado se debatía entre la vida y la muerte, el aire le chirriaba en la garganta y parecía imposible que pudiera sobrevivir a aquellas heridas. Sharpe volvió a gritar.

—¡Músicos!

Un oficial con el uniforme incólume de polvo o sangre y con los puños y los galones dorados impolutos pasó mirando a Sharpe.

—Dale. Sin mosquete. —Le iba dictando a un secretario con anteojos.

—¿Qué? —Dijo Sharpe volviéndose a mirar al teniente.

Harper elevó la vista al cielo y luego miró al sargento McGovern. Los dos sargentos se sonrieron burlescamente. Conocían a Sharpe y sabían de su temperamento.

—Equipo comprobado.

El teniente miró hacia el rifle de Sharpe, luego a la gran espada y luego al hombro del fusilero.

—Si me disculpa, señor.

—No —contestó Sharpe señalando con la cabeza al herido—. ¿Se lo piensa cobrar?

El teniente miró a su alrededor buscando escapatoria o ayuda, luego suspiró.

—Ha perdido su mosquete, señor.

—Lo destrozó un disparo de los franceses —dijo Sharpe con voz calmada.

—Estoy seguro de que lo podrá poner por escrito, señor.

—No. Lo pondrá usted. Usted estaba allí fuera, ¿no es así?

El teniente tragó saliva nervioso.

—No, señor.

—¿Por qué no?

—¡Señor! ¡Me ordenaron que me quedara aquí, señor!

—¿Y nadie le ordenó que les amargara la vida a los hombres que iban, no? ¿En cuántas batallas ha participado usted, teniente?

El teniente recorrió con los ojos el círculo de rostros siniestros y curiosos. Se encogió de hombros.

—¿Señor?

Sharpe alargó la mano hasta el cabo secretario y le quitó la libreta de la mano.

—Escriba «destrozado por el enemigo» frente a todo, ¿entendido? Todo. Incluidas las botas que perdieron la semana pasada.

—Sí, señor —contestó el teniente al tiempo que le cogía la libreta a Sharpe y se la daba al secretario—. Ya ha oído al hombre, Bates. «Destrozado por el enemigo.»

El teniente se alejó caminando de espaldas.

Sharpe observó cómo partía. No había descargado su ira y quería darle un golpe a alguien, a algo, porque los hombres habían muerto a causa de una traición. Los franceses estaban preparados, alguien les previno del ataque y ellos habían perdido a hombres buenos; volvió a berrear.

—¡Músicos!

Dos de ellos, que estaban haciendo su trabajo en el campo de batalla, que era el de ocuparse de los heridos, llegaron y se agacharon junto al herido Dale. Lo levantaron con torpeza y lo colocaron en una camilla. Sharpe retuvo a uno de ellos cuando estaban a punto de marchar.

—¿Dónde está el hospital?

—Colegio Irlandés, señor.

—Cuídenlo.

—Sí, señor —dijo el hombre encogiéndose de hombros.

«Pobre Dale —pensó Sharpe—, verse traicionado en su primera batalla.» Si llegara a sobrevivir lo darían de baja del ejército por invalidez. Su cuerpo destrozado, inútil, sería enviado a Lisboa y allí tendría que pudrirse en los muelles hasta que los burócratas comprobaran que había dado cuenta de todo su equipo. Cualquier cosa que faltara se la descontarían de su miserable paga y tan sólo cuando las cuentas cuadraran lo meterían en un transporte repugnante y lo enviarían en barco a un

muelle inglés. Allí lo abandonarían, habiendo cumplido con la obligación del ejército, aunque con suerte le podían dar un documento de viaje que prometía que reembolsarían a cualquier parroquia que le diera de comer mientras viajaba de regreso a su casa. Normalmente no se hacía caso del papel y los echaban de la jurisdicción con una orden de ir a mendigar a otro lugar. Dale hubiera hecho mejor en morir que tener que enfrentarse a todo eso.

El teniente Price saludó a Sharpe con precaución, pues percibía su rabia.

—¿Orden de romper filas, señor?

—De romper filas y de emborracharse, teniente.

Price sonrió aliviado.

—Sí, señor. ¿Revista?

—A las nueve en punto.

Harper aún percibía la rabia contenida de Sharpe, pero él no temía la ira del capitán. Le señaló hacia el uniforme con la cabeza.

—¿No pretenderá ir a una cena de gala esta noche, señor?

Tenía el uniforme empapado con la sangre de Dale, oscuro con fondo verde. Sharpe renegó. Se lo restregó inútilmente. Había previsto ir al palacio Casares y entonces pensó en cuánto había deseado una batalla la marquesa; la había tenido y ahora podría ver el aspecto de un verdadero soldado en lugar de las ropas llenas de oro y plata de los que se consideraban combatientes. El uniforme de Harper también estaba manchado de sangre, pero a Harper lo esperaba Isabella, y de repente Sharpe se sintió cansado de estar solo y deseaba a la mujer de cabello dorado; su rabia era tal que lo iba a llevar hasta el palacio a ver qué sucedía. Miró al sargento irlandés.

—Le veré por la mañana.

—Sí, señor.

Harper miró cómo Sharpe se alejaba y suspiró.

—Alguien va a tener problemas.

El teniente Price le echó una mirada al enorme sargento.

—¿Deberíamos ir con él?

—No, señor. Creo que le apetece una pelea. Aquel teniente no le dio oportunidad así que va a buscar otra. —Harper sonrió burlón—. Dentro de un par de horas estará de vuelta, señor. Deje que se desfogue. —Harper levantó la cantimplora ofreciéndosela a Price y se encogió de hombros—. A la salud de una noche feliz, señor. Una noche feliz y sangrienta.

Capítulo 8

Sharpe había tomado la resolución de ir al palacio de la marquesa, pero su firmeza fue flaqueando a medida que se acerca. Sin embargo, le había dicho a Harper que no volvería hasta la mañana, y lo que no quería era tener que escabullirse con el rabo entre las piernas, así que siguió caminando. A cada paso le preocupaba más el estado en que estaba su uniforme.

Las calles estaban llenas de los hombres de las compañías ligeras que esperaban la orden de romper filas mientras se cerraban las listas definitivas. Los heridos, en camillas y carretas, eran transportados hacia los cuchillos de los cirujanos y todavía quedaban muchos muertos en el terreno baldío. Los que no estaban heridos tenían una expresión amarga y furiosa, y los ciudadanos de Salamanca se apresuraban por entre las sombras, desviando la mirada con la esperanza de que los soldados no desahogaran su ira en los civiles desvalidos.

Las puertas abovedadas del palacio Casares estaban abiertas de par en par, se veían temblorosas por la luz que proyectaban las antorchas de resina y Sharpe, al igual que los ciudadanos temerosos, se quedó en la sombra al otro lado de la calle. Se apoyó contra el muro y se estiró la casaca empapada de sangre. Se abrochó los botones de arriba e intentó colocarse bien el cuello, que hacía tiempo que había perdido el apresto, y le dio forma alrededor del cuello. Quería verla.

Se veían velas en el vestíbulo. La luz se salpicaba con la fuente que había en el centro del patio. El estanque estaba rodeado por las siluetas de uniformes británicos, uniformes de oficiales, y mientras la mayoría de ellos estaba tomando el aire, o fumando un cigarro en el frescor de la noche, otros vomitaban sin remedio sobre las baldosas. Al parecer, la derrota no había perturbado la celebración. El patio estaba envuelto en luz, en las ventanas antes ocultas quemaban velas y la música llegaba dulcemente hasta el otro lado de la calle. No era el aporrear de la música militar, ni el sonido basto de las tabernas de soldados, sino el tintineo fino y delicado de la música de los ricos. Música tan cara como una araña de cristal, y Sharpe comprendió que si atravesaba la calle y pasaba bajo el arco alto, hacia el vestíbulo, se sentiría tan extranjero y extraño como si se zambullera en la corte del rey de Tartaria. La casa estaba iluminada como para una fiesta, los ricos jugaban y los muertos, que yacían destrozados por la metralla tan sólo a un cuarto de milla de distancia, parecían no haber existido nunca.

—¡Richard! ¡No me lo puedo creer! ¿Es usted? —Era lord Spears que estaba en la entrada. Tenía un cigarro en la mano con el que le hizo señas—. ¡Richard Sharpe! ¡Venga aquí, bribón!

Sharpe sonrió, a pesar de su humor y cruzó la calle.

—Mi señor.

—¿Dejará de tratarme de «mi señor»? ¡Parece un maldito tendero! Mis amigos me llaman Jack, mis enemigos lo que quieren. ¿Va a entrar? Está invitado. No es que importe mucho, todo hijo de vecino de la ciudad está aquí.

Sharpe señaló su uniforme.

—Me temo que no voy bien.

—¡Dios! ¿Qué quiere decir ir bien? Yo estoy borracho como una cuba y he perdido el juicio.

Tal como veía Sharpe, Spears se mantenía en pie con dificultad. El caballero se cogió de Sharpe con el brazo que le quedaba libre, se aguantó el cigarro entre los dientes y condujo a Sharpe al interior del patio.

—Demos una ojeada. —Hizo que Sharpe se detuviera bajo, la luz, lo giró y lo miró de arriba abajo—. ¡Debería cambiar de sastre, Richard, el que tiene le está robando de forma descarada! —Sonrió burlón—. Un poco de sangre, eso es todo. ¡Venga aquí! —Lanzó el cigarro en el estanque y con la mano buena le fue echando agua al uniforme de Sharpe y lo fue frotando—. ¿Cómo fue allá afuera?

—Sangriento.

—¡Ya veo! —Estaba de rodillas, palmoteando los pantalones de Sharpe—. Me ha costado un riñón.

—¿Cómo?

Spears levantó la vista y sonrió.

—Aposté cien a que entraba usted en el fuerte antes de medianoche. Perdí.

—¿Reales?

Spears se puso en pie e inspeccionó el trabajo que había realizado.

—¿Reales españoles, Richard? Soy un caballero. Guineas, tonto.

—Usted no tiene cien guineas.

Lord Spears se encogió de hombros.

—Uno tiene que guardar bien las apariencias. Si supieran que estoy tan pelado como una puta virgen me rajarían.

—¿De verdad?

Spears asintió con la cabeza.

—De verdad, de verdad. Y ni siquiera sé cómo indemnizarla por la pérdida. —Ladeó la cabeza, seguía inspeccionando a Sharpe—. No está mal, Richard, no está mal. Las armas le dan un toque de tosquedad al conjunto, pero creo que podemos mejorarlo. —Echó una mirada alrededor del patio y vio a sir Robin Callard, borracho como una cuba, que se había desplomado junto a unas flores. Spears sonrió—. Maldito Robin Callard, vaya por Dios. Nunca aguantó la bebida. —Se dirigió hacia el oficial del estado mayor derrumbado—. Yo fui al colegio con este cerdito piojoso. Se meaba en la cama. —Spears se agachó y tiró de Callard—. ¿Robin? ¿Querido Robin?

A Callard le vinieron náuseas, se echó hacia adelante y Spears le agachó la cabeza

entre las rodillas. Cuando lo tenía doblado tiró de la pelliza de caballería que llevaba a los hombros, luego le tiró de la corbata. Estaba sujeta. Callard sacudió la cabeza y ésta le quedó descolgada, el borracho protestó, pero Spears se la volvió a bajar, tiró con más fuerza y la corbata se soltó. Spears volvió hacia donde estaba Sharpe.

—Aquí. Póngase esto.

—¿Y él?

—Que diga lo que quiera. Usted se lo pone, Richard, y mañana lo tira. Si el cabrón éste despierta y quiere que se lo devuelva lo empujaremos de cabeza al pozo negro. Creerá que está de vuelta en casa.

Sharpe se pasó la corbata por el cuello, se echó encima la pelliza de color rojo oscuro y ribeteada de piel negra, de forma que le colgaba del lado izquierdo. Spears sonrió irónico al ver el efecto que producía, se echó a reír cuando Sharpe se colgó el rifle sobre el atuendo decorativo.

—Está arrebatador. ¿Qué le parecería ir a buscar algo que arrebatarse?

El salón estaba lleno de oficiales y de gente de la ciudad y Spears se abrió paso entre ellos, dando gritos a los amigos y saludando indiscriminadamente. Se giró para mirar a Sharpe.

—¿Comido?

—No.

—¡Aquello es un comedero! ¡Debería meter la cabeza dentro!

Sharpe se encontraba en una estancia amplia, iluminada por miles de velas, y sobre las paredes colgaban grandes y oscuras pinturas al óleo que mostraban a hombres con armaduras solemnes. Una mesa se extendía de un lado a otro de la sala junto a una pared y estaba cubierta con un mantel blanco y pilas de platos. La mitad de la comida no sabía ni lo que era; pajarillos, marrones después de salir del horno, que chorreaban una salsa clara y pegajosa, y junto a ellos una bandeja con frutos extraños, fantásticamente decorados con hojas de palmera y brillantes trozos de hielo brillantes, que los criados sudorosos iban reponiendo mientras corrían de un lado a otro de la mesa. Sharpe cogió una pechuga de oca, la mordió y descubrió que estaba hambriento. Cogió otra más mientras observaba a aquella extraña multitud.

La mitad eran oficiales. Había británicos, alemanes, españoles y portugueses, y el color de sus uniformes cubría toda la paleta de un pintor. Lo demás eran civiles, ricamente vestidos y sombríos, y los hombres, supuso Sharpe, superaban en número a las mujeres en cinco a uno. Un grupo de oficiales de los dragones británicos se había inventado un juego en el extremo opuesto de la sala, lanzaban panecillos como si fueran bombas de *howitzer* por encima de la multitud, de manera que caían de forma indiscriminada por entre un sobrio grupo de españoles que hacían como si los cañonazos de pan fueran tan sólo una invención de su imaginación. Spears les gritaba cuando disparaban y les corregía el tiro, avisaba de la caída del disparo y luego,

encantado con el juego, lanzó un pollo rustido entero a uno del grupo. Iban cantando las órdenes. «¡Escobillón! ¡Cargar! ¡Cebiar! ¡Retroceder! ¡Fuego!» El pollo surcó el aire girando y chorreando, luego descendió y cayó oblicuo sobre la elevada mantilla y el elaborado peinado de una matrona española. La dama se balanceó hacia adelante ligeramente, aparentemente sin prestar atención a los gritos de júbilo de los dragones, y sus acompañantes miraron en silencio el interior de su peinado destrozado, hueco y con alambre. Parecía que aquellos restos desprendían algo de polvo. Uno de los hombres se inclinó, arrancó un ala de pollo y empezó a masticarla.

Spears le hizo una señal a Sharpe con la mano.

—Bien, Richard, ¿no le parece divertido?

Sharpe se abrió paso entre la multitud.

—¿El general está aquí?

—¿Qué se cree? —Spears le señaló a los oficiales de caballería—. No se atreverían si él estuviera aquí. No, dicen que no va a venir. Se está lamiendo las heridas, por decirlo de alguna manera —le gritó Spears por encima del ruido de la gente.

A Sharpe le presentaron a los oficiales de caballería, un torbellino de nombres, afabilidad, rostros poco memorables, y luego Spears lo empujó hasta la entrada, al fondo de la sala, y luego hacia arriba por una escalera enorme que se dividía en dos grandes curvas a ambos lados de una estatua. A la estatua, que representaba a una decorosa doncella sosteniendo un cántaro, la habían coronado con un chacó británico.

Sharpe había pensado que la estancia donde estaba la comida era la sala principal del palacio, pero al final de la escalera le hicieron pasar por una puerta y entrar en un salón que lo dejó sin respiración. Era grande como una sala de instrucción de caballería, revestida con pinturas enormes, con un techo de yeso trabajado e iluminada con grandes arañas de luces, cada una de ellas como un universo de velas, y el cristal parpadeaba y deslumbraba, brillaba y sorprendía, por encima de los uniformes de los oficiales (oro y plata, galones y cadenas) y por encima de los vestidos y las joyas de las mujeres.

—¡Dios! —se le escapó.

—También El se disculpó —dijo Spears sonriendo con ironía—. ¿Le gusta?

—¡Es increíble!

—Ella se casó con uno de los diablos más ricos de España, y el más aburrido.

Spears se inclinó de repente ante un civil de mediana edad.

—¡Mi señor!

El civil saludó gravemente a Spears con la cabeza.

—¡Mi señor!

Era inglés, rechoncho, con cara furiosa. Miró a Sharpe de arriba abajo inquisitivamente con el monóculo levantado. El uniforme de Sharpe aún estaba

mojado de sangre y agua.

—¿Quién es usted?

Spears se colocó frente a Sharpe.

—Es Callard, señor. ¿Se acuerda de él?

Su señoría le hizo una señal con la mano a Sharpe para que se separara.

—Hemos de guardar las apariencias, Callard, y usted es una vergüenza. Retírese y cámbiese.

Sharpe sonrió.

—Le arrancaré la tráquea de ese cuello gordo si no aparta de la puerta ese gordo culo en dos segundos.

La sonrisa había disfrazado la tremenda rabia con la que golpeó al hombre. Por un segundo pareció que el hombre rechoncho iba a protestar, y luego se marchó, moviendo su trasero de un lado a otro y dejando a Sharpe enojado y a lord Spears casi sin poder contener la risa.

—Dios, es único, Sharpe. ¿Sabe quién era?

—Me importa un rábano.

—Ya lo veo. Lord Benfleet, uno de nuestros políticos ha venido a templar un poco a estos meridionales. Le encantará saber que su apodo es lord Bumfleet.^[4] Venga. —Agarró a Sharpe por el codo y lo condujo a la parte superior de las escaleras—. ¿A quién conocemos por aquí? ¿A quién más puede usted molestar?

Una orquesta tocaba sobre una tarima situada en un gran arco rematado con una concha dorada. Parecía que los músicos, con las cabezas con peluca e inclinadas, rascaban obsequiosos para la masa que iba girando. Entre la gente que había en la pista Sharpe vio los hábitos oscuros de clérigos elegantes, con los rostros enrojecidos a causa de la bebida y de la buena comida. Una de las caras no estaba roja. Sharpe vio las cejas pobladas y luego la mano se levantó para saludar al otro lado de la estancia. Spears vio el gesto.

—¿Lo conoce?

—Curtis. Es catedrático en esta universidad.

—Es un maldito traidor.

—¿Que es qué? —preguntó Sharpe asombrado por la repentina seriedad que mostraba la voz de Spears—. ¿Traidor?

—Irlandés de mierda. Sabe Dios, Richard, algunos irlandeses me caen bien, pero otros me revuelven las tripas. Y con éste es así.

—¿Por qué?

—Luchó contra nosotros, ¿lo sabía? Cuando los españoles estaban del lado de los franceses él era capellán en un barco de la armada. Se presentó voluntario en cuanto supo que iban a luchar contra los ingleses. ¡Incluso se vanagloria de ello!

—¿Cómo lo sabe?

—Porque el general tenía una noche a muchos de esos que llaman ciudadanos eminentes a cenar, entre ellos a su maldita eminencia irlandesa, y se quejaron de la calidad de la comida. Tendrían que pegarle un tiro.

Sharpe miró hacia los que bailaban y donde Curtis estaba escuchando a un oficial español. Parecía que el irlandés brotara en los lugares más insospechados. Había hecho que los ciudadanos que disparaban a Leroux cesaran el fuego y esta misma noche le había dicho a Harper que conocía lo del ataque inminente. Un irlandés que no sentía amor por los ingleses. Sharpe se quitó eso de la cabeza. Veía espías por todas partes, cuando en realidad lo que importaba era la derrota absoluta de Leroux.

Sharpe no se sentía a gusto en esa estancia. Este no era su mundo. Los músicos, después de hacer una breve pausa, volvieron a tocar otra vez y los hombres saludaban a las mujeres, las llevaban hasta la pista y lord Spears le sonrió burlón.

—¿Baila?

—No.

—No sé por qué suponía que diría eso. Es muy fácil, Richard. Usted vaya moviendo los pies, haciendo ver que sabe lo que hace y vaya acercando sus cinturitas hacia usted. Una vuelta por la pista y sabrá si está de suerte. ¡Debería intentarlo!

Se zambulló entre la muchedumbre y Sharpe se dio la vuelta, cogió una copa de un criado que pasaba y buscó un rincón donde pudiera quedarse a beber el vino.

Se sentía fuera de lugar. No era sólo la ropa. Cualquiera hombre, suponía él, podía hacer que un sastre lo vistiera como un señor, pero no sólo era cuestión de dinero. ¿Cómo aprendía un hombre qué cubierto coger primero entre una docena de cuchillos y tenedores? ¿O a bailar? ¿O cómo mantener una conversación superficial con una marquesa, bromear con un obispo, o incluso darle órdenes a un mayordomo? Se decía que eso se llevaba en la sangre, dispuesto por Dios; sin embargo, advenedizos de baja cuna como Napoleón Bonaparte habían llegado a la brillante cumbre de la nación más rica de la tierra. El le había preguntado una vez al comandante Leroy, el americano lealista, si no había diferencias sociales en los nuevos Estados Unidos, pero el comandante se había echado a reír, había escupido un trozo de puro y le había entonado con solemnidad a Sharpe:

—«Consideramos que estas verdades son evidentes, que todos los hombres son iguales.» ¿Sabe qué es esto?

—No.

—La Declaración de Independencia. —Leroy escupió otro trozo de tabaco de la lengua—. La mitad de los cabrones que firmó eso tenía esclavos, la otra mitad echaría a correr antes que estrecharle la mano a un criminal. No. Dentro de cincuenta años todos querrán tener títulos. Barones de Boston y duques de Nueva York. Será así.

Y Sharpe, de pie bajo una miriada de velas que se reflejaban, supuso que Leroy

tenía razón. Si se cogiera a cada persona de la estancia y se las abandonara, en plan Robinson Crusoe, en una isla desierta, al cabo de un año habría un duque, cinco barones, y el resto serían siervos. ¡Incluso los franceses habían restaurado la aristocracia! Primero la habían matado, como habían matado a los padres de la marquesa, y ahora Bonaparte hacía a sus mariscales príncipes de esto y duques de aquello, y a su pobre y honesto hermano ¡lo había hecho rey de España!

Sharpe miraba los rostros sudorosos que sobresalían de los cuellos prietos, los gruesos muslos ajustados en los uniformes militares, los vestidos ridículos de las mujeres. Quítales el dinero, supuso, y serán igual que cualquiera, más blandos tal vez, más flojos, pero el dinero y el linaje les daban algo de lo que él carecía. ¿Una seguridad? ¿Una facilidad para moverse entre las doradas aguas de la sociedad? ¿Tenía que preocuparse? Podría abandonar el ejército, cuando la guerra terminara, y Teresa tendría una casa para él en Casatejada entre los extensos campos propiedad de su familia. No tendría que decir nunca más «mi lord», o «señor», o sentirse en inferioridad en presencia de un tonto elegante, y sintió una rabia ante la injusticia de la vida y, al mismo tiempo, la determinación de que llegaría un día en que lo respetarían. «¡Que se pudran!»

—¡Richard! ¿Se va?

Spears se salió con una vuelta de la pista de baile, subió los dos escalones para dirigirse hasta donde estaba Sharpe y lo llevó junto a una muchacha menuda de cabello negro y mejillas rojas y brillantes.

—Salude a María.

—Señorita —dijo Sharpe inclinándose.

—Somos formales —señaló Spears sonriendo con ironía—. ¿No se va, verdad?

—Me iba.

—¡No puede, querido! De ninguna manera. Al menos tendrá que saludar a la marquesa. Acercar sus exquisitos dedos hacia sus labios, murmurar «encantado» y elogiar de su atuendo.

—Dígale de mi parte que está maravillosa.

No la había visto aunque la había buscado en ambos salones.

Spears se echó atrás fingiendo resignación.

—Es usted un soso, Richard. ¡No me diga que el héroe de Talavera, el conquistador de Badajoz, se desliza de vuelta a su catre solitario a rezar unas oraciones por los perrillos cojos y los huérfanos! ¡Diviértase! —Le hizo un gesto señalando a la muchacha—. ¿La quiere? Probablemente sea tan pura como dicen. ¡De verdad! ¡Puede ser suya! Hay un montón allí abajo.

María, que obviamente no hablaba ni una palabra de inglés, miraba el rostro bien parecido de Sharpe con devoción.

Sharpe se preguntaba por qué Spears se mostraba tan amigable. Tal vez su señoría

necesitaba un brazo fuerte que lo protegiera de sus acreedores o quizá, tal como había atribuido a la marquesa, a Spears le gustaba la compañía de los que eran de una clase social inferior. Fuera lo que fuera, no importaba.

—Me voy. Ha sido un día muy largo.

Spears se encogió de hombros.

—Si es así, Richard. Si es así... Yo lo he intentado.

—Gracias, mi señor.

Sharpe echó una última mirada a la sala de baile, a la gente deslumbrante que daba círculos bajo las grandes arañas y se dio cuenta de que presentarse allí había sido una tontería. La marquesa no era su recompensa. Había sido incluso presuntuoso. Saludó a Spears con la cabeza, se dio la vuelta y se dirigió caminando hacia el descansillo superior. Se detuvo junto a la estatua con el chaco sobre la cabeza y miró fijamente hacia el techo grande y lleno de pinturas, y no pudo imaginarse lo que sería poseer la centésima parte de una centésima de toda aquella riqueza. Volvería y se lo explicaría a Harper.

—¿Señor?

Un criado estaba junto a él. El hombre estaba a distancia, llevaba librea y tenía una mirada arrogante.

—¿Sí?

—Por aquí, señor —dijo el hombre tirando a Sharpe por la manga hacia un tapiz que colgaba de la pared.

Sharpe se sacudió la mano, gruñó y observó que el criado se alarmaba.

—¡Señor! ¡Por favor! ¡Por aquí!

A Sharpe se le ocurrió de repente que el hombre debía repetir las palabras de quien daba órdenes en la casa. La marquesa. Siguió al hombre hacia el tapiz que colgaba. El criado echó una mirada por el descansillo, asegurándose de que nadie observaba y entonces levantó con rapidez una esquina del gran paño. Detrás de éste había una puertecita abierta.

—¿Señor?

La voz del hombre manifestaba premura. Sharpe se escabulló bajo el dintel y el lacayo se quedó en el descansillo y dejó que el tapiz volviera a sitio. Sharpe estaba solo, muy solo, rodeado por una oscuridad absoluta y cerrada.

Capítulo 9

Se quedó quieto, el aire fresco le daba en un lado de la cara y el ruido de la jarana quedaba amortiguado por el grueso tapiz. Alargó lentamente la mano izquierda, notó que la puerta estaba abierta y la cerró. Los goznes estaban bien engrasados. Se fue moviendo sin hacer ruido hasta que la cerradura quedó encajada y se oyó el clic; entonces Sharpe se apoyó contra la puerta y dejó que sus ojos se fueran acostumbrando a la oscuridad.

Estaba en un pequeño descansillo de forma cuadrada entre dos escaleras. A su derecha las escaleras descendían hacia la más completa oscuridad, a su izquierda ascendían y en el extremo superior vio un cuadrado pálido que podía ser el cielo nocturno si no fuera porque, curiosamente, estaba veteado y no había estrellas en él. Se dirigió hacia la izquierda, subió lentamente, las botas le iban rechinando sobre los escalones de piedra hasta que fue a dar a un amplio balcón.

Vio entonces por qué no había visto las estrellas. La parte abierta y el tejado del balcón estaban cubiertos por una celosía por donde trepaban frondosas plantas que proporcionaban mayor frescura al balcón. Los tallos de las plantas estaban guiados de manera que quedaban amplios huecos entre ellos y Sharpe se acercó al hueco que tenía más cerca y apoyó el extremo del chaco contra la celosía para poder mirar. La celosía se movió. Retrocedió; se dio cuenta de que estaba formada por una serie de puertas de bisagra y que cualquiera de ellas se podía abrir para que el sol diera sobre las losas. La ciudad se extendía a sus pies, la luz gris de la luna se reflejaba en las piedras y en las baldosas y el fulgor de los fuegos enrojecía algunos de los edificios.

El balcón estaba vacío. Había unas esteras en el centro que formaban un caminito que discurría entre unos maceteros, en los que había pequeños arbustos y unos bancos de piedra que se sostenían sobre unos leones tallados. Caminó lentamente a lo largo del balcón y sus ojos captaban extraños e intermitentes destellos de luz que provenían de su derecha. Parecía que surgían del suelo del balcón, allí donde se unía con el muro del palacio, y él se detuvo, se agachó y vio que las luces provenían de una serie de diminutas ventanas que daban al interior de la sala de baile que estaba abajo. Eran como mirillas. Por debajo de las hojas de cristal, del tamaño de la palma de una mano, discurrían unos túneles que debían atravesar la piedra y la argamasa y cada una de ellas dejaba ver un trozo del gran salón de baile. Sharpe vio a través de su mirilla a lord Spears dando vueltas con su pelliza sobre el hombro de María y con su brazo bueno en algún sitio por debajo de la pelliza. Sharpe se puso en pie y siguió caminando.

El balcón giraba a la derecha y Sharpe se detuvo en la esquina. Las esteras del trecho nuevo estaban revestidas con alfombras y había puertas, bien cerradas, que daban al interior del palacio. Al fondo de todo, y frente a una pared vacía, Sharpe vio

una mesa con comida y vino. El cristal y la porcelana centelleaban a la luz de una única vela, protegida con vidrio, que había en una hornacina de la pared. Tan sólo había dos sillas junto a la mesa, ambas vacías, y Sharpe sintió que se le despertaba el instinto, el peligro, y se preguntaba por qué había sido invitado a lo que parecía ser una fiesta Tan íntima. No tenía sentido alguno, a pesar de la explicación que le había dado Spears, que la marquesa de Casares el Grande y Melida Sadaba invitara al capitán Sharpe a su balcón privado, tan lujoso y caro.

A medio camino hacia la mesa había un enorme telescopio de bronce montado sobre un pesado trípode de hierro. Sharpe se encaminó hacia él y empujó la puerta de la celosía que había cerca del instrumento; entonces vio lo que ya había supuesto anteriormente, que daba al campo de batalla. El terreno baldío se veía pálido bajo la luz de la luna, las fortificaciones oscuras, y Sharpe vio claramente la barranca que discurría entre San Vicente y los fuertes más pequeños. El resplandor del fuego teñía la silueta de los tejados del patio de San Vicente y él se dio cuenta de que los franceses estaban celebrando la victoria alrededor de las llamas, pero también temían el siguiente asalto. También se veían otros fuegos, pequeñas antorchas que sostenían algunas manos por el terreno baldío donde los hombres buscaban a los heridos y a los muertos. Los franceses no les hacían caso. Sharpe se estremeció de repente. Sin motivo alguno recordó la quema que se había hecho de los muertos después del asalto a Badajoz, hacía sólo unas semanas. Eran tantos los cuerpos que había que enterrar que los habían amontonado junto con trozos de madera intercalados entre los cuerpos desnudos, y los fuegos ardieron bien negros. Recordaba que los cadáveres de la parte superior se habían quedado como sentados, casi como si estuvieran vivos y pidieran ser rescatados, y luego los cadáveres de debajo también se habían empezado a doblar con el gran fuego y, como para quitarse esa visión de delante, tiró de la celosía, que hizo un chasquido sonoro.

—¿En qué está pensando? —dijo una ronca voz femenina.

Se giró y vio a la marquesa de pie junto a la mesa, al lado de una puerta que se había abierto silenciosamente, y una criada se hallaba en el quicio ofreciéndole un chal. La marquesa sacudió la cabeza en señal de negación y la criada desapareció cerrando la puerta tan silenciosamente como la había abierto. La marquesa resaltaba luminosa en la oscuridad. A Sharpe le parecía que su cabello dorado resplandecía, tejido con el resplandor fino de gasa, y su vestido era de un blanco brillante. Le dejaba los hombros y los brazos al desnudo; Sharpe veía las sombras de sus clavículas y quería poner su mano sobre aquella piel fina y pálida porque ella era, en un palacio lleno de objetos bellos y de valor incalculable, el más perfecto de todos ellos. Se sintió torpe.

—Me han dicho que elogie su traje.

—¿Mi vestido? Supongo que habrá sido Jack Spears.

—Sí, señora.

—No me ha visto.

La dama se inclinó sobre la mesa y Sharpe vio que encendía un purito con la vela. Le asombró. Estaba acostumbrado a ver fumar a las mujeres del ejército con pipas cortas de arcilla, pero nunca había visto a una mujer con un cigarro. La mujer dejó ir una bocanada de humo que se elevó por la celosía.

—Sin embargo, yo los he visto, a ambos. Iban lanzando miradas furiosas por el salón de baile, lo odiaban todo, y él se preguntaba dónde podría encontrar una habitación vacía para llevarse a aquella tonta muchacha. ¿Usted fuma?

—A veces. Ahora no, gracias. —Sharpe señaló las mirillas—. ¿Lo ha visto por ahí?

Sacudió la cabeza en señal de negación.

—El palacio está lleno de mirillas, capitán. Plagado de pasadizos secretos.

La marquesa se acercó a Sharpe, sus pies avanzaban silenciosos sobre la alfombra. A Sharpe le pareció que su voz resultaba diferente, ésta no era la misma mujer que se había mostrado excitada y entusiasta en San Cristóbal. Esa noche hablaba con decisión, con una autoridad segura, y todo viso de ingenuidad había desaparecido. Se sentó en un banco lleno de cojines.

—El tatarabuelo de mi marido hizo construir el palacio, y era un hombre suspicaz. Se casó con una mujer más joven, como yo, y temía que ella le fuera infiel, así que hizo construir pasadizos y mirillas. Así podría seguirla por todo el edificio, ella a la luz y él en la sombra, y todo lo que hiciera lo observaría.

Ella explicaba la historia como si fuera un cuento ya explicado, que tuviera interés para el oyente pero que a ella le resultara aburrido. La dama se encogió de hombros, dejó ir el humo hacia arriba y miró a Sharpe.

—La historia es ésa.

—¿Y vio algo que no tenía que haber visto?

Ella sonrió.

—Dicen que ella descubrió los pasadizos y habló con dos albañiles. Un día ella esperó a que su marido estuviera en un largo túnel que tuerce al llegar a la biblioteca. Tan sólo tiene una entrada.

Los ojos de la dama resultaban enormes en la oscuridad. Sharpe la observaba extasiado por la línea de su cuello, por las sombras sobre su piel que dejaba ver el vestido blanco escotado, por su boca abierta.

—Ella les hizo una señal a los albañiles y éstos cerraron la entrada con clavos y colocaron piedras sobre ésta. Después hizo que los criados le dieran placer de uno en uno, de dos en dos, y mientras tanto iban oyendo al marido que gritaba y escarbaba al otro lado del muro. Ella les decía que eran las ratas y que siguieran. —La dama se encogió de hombros—. Eso es una tontería, por supuesto, no es cierto. El orgullo de

esta casa no lo permitiría, pero la gente de Salamanca explica la historia, y es cierto que los pasadizos existen.

—Es una historia dura.

—Sí. Continúa con que ella murió estrangulada por el fantasma de su marido y que ése será el destino de cualquier señora de esta casa que le sea infiel a su marido.

La marquesa le echó una mirada a Sharpe mientras decía las últimas palabras y su rostro mostraba una curiosa hostilidad, tal vez un desafío.

—¿Dice usted que la historia no es cierta?

Ella mostró una sonrisa dudosa, reservada.

—Qué poco tacto el suyo, capitán Sharpe. —Le dio una chupada al cigarro y el extremo rojo se endureció—. ¿Qué le ha contado lord Spears de mí?

Sharpe se sorprendió por la franqueza de la pregunta, por la deducción que le obligaban a contestar. Sacudió la cabeza en señal de negación.

—Nada.

—Qué extraño, tratándose de Jack. —Volvió a dar una chupada al cigarro—. ¿Le ha dicho él que yo le pedí que me lo trajera?

—No.

—Lo hice. ¿No tiene curiosidad en saber por qué?

Sharpe se apoyó contra el marco de la celosía.

—Sí, tengo curiosidad.

—¡A Dios gracias! Empezaba a creer que no había siquiera un sentimiento humano en su cuerpo. —Su voz era dura. Sharpe se preguntaba a qué estaba jugando. Observó cómo tiraba el cigarro sobre las losas del balcón y éste, al caer, dejó ir unas chispas como la cazoleta de un mosquete al dispararse en la noche.

—¿Por qué cree usted, capitán?

—No sé por qué estoy aquí, señora.

—¡Oh! —exclamó ella con tono burlón—. Me encuentra a mí sola, sin hacer caso de mis invitados, no digamos de mis pertenencias y hay una mesa dispuesta con vino... ¿y usted no supone nada?

A Sharpe no le gustaba que jugaran con él.

—Yo sólo soy un humilde soldado, señora, poco habituado a los modales de mis superiores.

Ella se echó a reír, y su rostro se suavizó de repente.

—Lo dice usted con una arrogancia tan deliciosa. ¿Le hago sentirse incómodo?

—Cuando quiere, sí.

Ella asintió con la cabeza.

—Sí. Así que dígame qué le ha susurrado Jack Spears.

De nuevo se notaba en su voz el tono de mando, como si le hablara a su postillón.

Sharpe se había cansado de sus juegos. Dejó que su voz sonara tan dura como la

de ella.

—Que tenía usted gustos bajos, señora.

Ella se quedó callada y tensa. La marquesa estaba inclinada sobre el banco, con las manos se agarraba al borde, y Sharpe se preguntaba si estaba a punto de llamar a sus criados y mandar que lo echaran. Entonces se reclinó, se relajó y señaló con su elegante mano el balcón.

—Yo pensaba que tenía gustos bastante elevados. Pobre Jack, se cree que todo el mundo es como él.

Su voz había vuelto a cambiar, en este momento hablaba con una suave tristeza. Se puso de pie, caminó hacia la celosía y empujó una de las puertas para abrirla.

—Lo de esta noche ha sido una matanza.

Parecía que el tema anterior quedara olvidado, como si no hubiera existido nunca. Sharpe se volvió y la miró.

—Sí.

—¿Por qué el general ha ordenado el ataque? Parecía inútil.

Sharpe se sintió tentado de decir que ella había querido una batalla, casi le había rogado una a Wellington, pero esta nueva mujer no era a la que él quería molestar, no en este momento.

—Siempre es impaciente en los sitios. Quiere acabarlos cuanto antes.

—¿Eso significa muchas muertes? —preguntó mientras iba tamborileando con sus dedos contra el marco de la celosía.

—Sí.

—¿Y ahora?

La marquesa miraba fijamente hacia las fortificaciones y Sharpe miraba fijamente su perfil. Era la cosa más adorable que había visto.

—Tendremos que cavar trincheras. Tendremos que hacer las cosas bien.

—¿Dónde?

El se encogió de hombros.

—Probablemente en el barranco.

—Muéstremelo.

Sharpe iba aproximándose a ella, la oía, la sentía cerca de él y se preguntó si ella podría percibir cómo temblaba. Vio una peineta de plata que le sujetaba el pelo en alto y entonces apartó la mirada y señaló hacia el barranco.

—A lo largo del lado derecho, señora, cerca de San Vicente.

Ella volvió la cara hacia él, tan sólo a unas pulgadas de distancia, y sus ojos eran violetas a la luz de la luna, que le dibujaba unas sombras bajo los pómulos.

—¿Cuánto se tardará?

—Se puede hacer en dos días.

Ella mantuvo la cara hacia arriba y sus ojos se posaron en los de Sharpe. El tenía

conciencia de aquel cuerpo, de los hombros desnudos, de las oscuras sombras que prometían suavidad.

Ella se alejó repentinamente y se dirigió hacia la mesa.

—No ha comido nada.

—Un poco, señora.

—Venga a sentarse. Sírvame un poco de vino.

Había perdices enteras asadas, codornices rellenas de carne y pimientos, y rodajitas de fruta que según dijo ella era membrillo en almíbar. Sharpe se quitó el chacó, apoyó el rifle contra el muro y se sentó. No tocó la comida. Le sirvió vino a la marquesa, se acercó la botella a su vaso y ella se quedó mirando a Sharpe, medio sonriendo, y le habló con una voz desenvuelta y curiosa.

—¿Por qué no me besó entonces?

La botella tintineó contra el vaso. Sharpe la dejó sobre la mesa.

—No quería ofenderla.

Ella arqueó las cejas.

—¿Un beso es ofensivo?

—Si no es deseado.

—¿Así que una mujer ha de demostrar siempre cuándo quiere que la besen?

Sharpe se sentía tremendamente incómodo, fuera de lugar en un mundo que no entendía. Intentó desviar el tema.

—No sé.

—Sí lo sabe. Usted cree que una mujer debe invitar siempre a un hombre, ¿no es así? Y que así usted es inocente. —Sharpe no dijo nada y ella se echó a reír—. Lo olvidaba. Usted es un humilde soldado y no entiende los comportamientos de sus superiores.

Sharpe miraba a aquella belleza que estaba al otro extremo de la mesa y se decía a sí mismo que era tan sólo otra mujer más, y él un hombre, y que no había más. Él podía comportarse como si ella fuera cualquier mujer que hubiera conocido, pero no pudo convencerse a sí mismo. Era una marquesa emparentada con emperadores, y él era Richard Sharpe, emparentado con nadie excepto con su hija. La diferencia imponía una separación entre ambos y él no podía salvarla. Otros podrían, pero no él. Se encogió de hombros para sí.

—Así es, señora. No lo entiendo.

Ella cogió otro cigarro de la caja que había sobre la mesa y se inclinó sobre la vela de la hornacina para encenderla. Se sentó y se quedó mirando el resplandor del cigarro como si no lo hubiera visto nunca anteriormente. Su voz era acariciadora de nuevo.

—Lo siento, capitán Sharpe. No era mi intención ofenderle. —Levantó la vista hacia él—. ¿Cuánta gente lo entiende? ¿Cuántos, cree usted, viven así? ¿Uno entre

cien mil? No lo sé. —Ella miró a las tupidas alfombréis y al cristal que había sobre la mesa—. Usted cree que soy afortunada, ¿no es así? —Sonrió para sí—. Lo soy. Hablo cinco idiomas, capitán, y lo único que se espera que haga con ellos es disponer las comidas diarias. Me miro en un espejo y sé lo que usted ve. Abro mis puertas y todos esos oficiales del estado mayor entran en tropel y me adulan, me cautivan, me divierten, y todos ellos quieren algo de mí. —La marquesa le sonrió a Sharpe, y éste le devolvió la sonrisa. Ella se encogió de hombros—. Yo sé lo que quieren. Luego están mis criados. Quieren que sea blanda, que no les exija. Me quieren robar la comida, mi dinero. Mi confesor quiere que viva como una monja, que financie sus obras de caridad, y mi marido quiere que me embarque hacia Sudamérica. Todo el mundo quiere algo. Y ahora yo quiero algo.

—¿Qué?

Chupó del cigarro y lo miró a él a través del humo.

—Quiero que me diga si va a haber una batalla.

Sharpe se echó a reír. Sorbió un poco de vino. ¿Lo había hecho ir a ese balcón para que le dijera algo que cualquier oficial británico o español, alemán o portugués podía decirle? Miró a la marquesa y vio que estaba seria, esperando, así que asintió con la cabeza.

—Sí. La habrá. No hemos venido hasta aquí para estar de brazos cruzados, y no me imagino a Marmont abandonando el oeste de España.

—¿Y por qué no atacó ayer Wellington? —preguntó ella con lentitud.

Sharpe había olvidado completamente que había sido el día anterior cuando estuvieron sentados en la cima de la colina observando a ambos ejércitos.

—Quería que Marmont lo atacara.

—Eso ya lo sé. Pero no lo hizo y el general tenía más efectivos, ¿por qué no atacó?

Sharpe alargó la mano y cortó una perdiz. La piel estaba crujiente y almibarada. Señaló con el trozo de carne hacia las luces de las mirillas.

—Ahí abajo hay una docena de generales, tres docenas de oficiales del estado mayor, ¿y me lo pregunta a mí? ¿Por qué?

—¡Porque me apetece! —respondió ella con una rudeza sorprendente.

Se detuvo para dar una chupada al cigarro.

—¿Por qué cree usted? Si se lo pregunto a uno de ellos sonreirá educadamente, con encanto, y me dirá con muchas palabras que no me preocupe de cuestiones militares. Por eso se lo pregunto a usted. ¿Por qué no atacó?

Sharpe se echó hacia atrás, respiró hondo y le soltó lo que pensaba.

—Ayer los franceses estaban de espaldas a una llanura. Marmont hubiera podido retirarse hasta el infinito, en orden, y la batalla se hubiera detenido al crepúsculo. Habría habido, oh... —se encogió de hombros—, ¿digamos que quinientos muertos

en cada bando? Si nuestra caballería fuese mejor podrían ser incluso más, pero no sería decisivo. Los ejércitos tendrían que volver a luchar. Wellington no quiere una serie de pequeñas escaramuzas que no resulten decisivas. Quiere tender una trampa a Marmont, quiere verlo en un lugar del que no pueda escapar, o que no le sea favorable y entonces aplastarlo. Destruirlo.

Ella observaba la repentina pasión que destilaba Sharpe, la crueldad que reflejaba su rostro al imaginar la batalla.

—Siga.

—No hay más. Tomaremos las fortificaciones e iremos tras Marmont.

—¿Le gustan los franceses, capitán Sharpe?

La pregunta le sorprendió por lo curiosa que resultaba, se había equivocado. Seguramente lo que ella quería decir era si le disgustaban los franceses. Hizo un gesto de indecisión.

—No —contestó con una sonrisa—. No me disgustan. No tengo motivos para que me disgusten.

—¿Sin embargo lucha contra ellos?

—Soy un soldado.

No era tan sencillo. Era soldado porque no podía ser otra cosa. En todos aquellos años había descubierto que podía hacer aquel trabajo y hacerlo bien, y no podía imaginarse otro tipo de vida.

Ella mostraba ojos curiosos, enormes y curiosos.

—¿Por qué lucha?

El sacudió la cabeza sin saber qué contestarle. Si dijera «Inglaterra» sonaría pomposo y Sharpe tenía la sospecha de que si hubiera nacido en Francia hubiera luchado por Francia con la misma destreza y la misma ferocidad con la que servía a Inglaterra. ¿La bandera? Tal vez, porque era el orgullo del soldado y el orgullo es algo valioso para un soldado, pero suponía que la verdadera respuesta era que luchaba para sí mismo, para no dejarse tragar por la nada desde donde empezó. Los ojos de ambos se encontraron.

—Mis amigos.

Era la mejor respuesta que se le ocurrió.

—¿Amigos?

—Son muy importantes en el campo de batalla.

Ella sacudió la cabeza, se puso de pie y caminó por el balcón dejando una estela de humo tras ella.

—¿Qué piensa usted de los que acusan a Wellington de que no sabe luchar al ataque? Se dice que sólo sabe defenderse.

—Assaye.

Ella se dio la vuelta.

—¿Dónde cruzó un río de cara al enemigo?

—Ayer no sabía usted nada de Assaye.

—Ayer estaba en público —el cigarro volvió a brillar.

—No puede atacar.

Sharpe estaba impresionado por la inteligencia de la marquesa, por sus conocimientos tácticos pero también estaba desconcertado. Había algo felino en la marquesa. Era silenciosa en sus movimientos, hermosa, pero él sabía que tenía garras y, además, que tenía inteligencia para utilizarlas con habilidad.

—Créame, señora, sabe atacar.

Ella asintió con la cabeza.

—Le creo. Gracias, capitán Sharpe. Eso es todo lo que quería saber.

—¿Todo?

La dama se volvió hacia la celosía y abrió una puerta.

—Quiero saber si los franceses volverán a Salamanca. Quiero saber si Wellington va a luchar para impedir que eso suceda. Usted me ha dicho que lo hará. No estaba usted alardeando, ni intentaba impresionarme, me ha dado lo que yo quería; la opinión de un profesional. Gracias.

Sharpe se levantó, no estaba seguro de si la visita había terminado y lo despedía ya. Caminó hacia ella.

—¿Por qué quería saberlo?

—¿Tiene eso alguna importancia? —preguntó ella mientras seguía mirando fijamente hacia las fortificaciones—. Sencillamente, resulta que soy curiosa.

Sharpe se detuvo detrás de ella.

—¿Por qué?

Ella miró atrás, hacia la mesa.

—Se olvida el mosquete.

—Rifle. ¿Por qué?

Ella se giró para ponerse de frente a él y clavarle otra mirada hostil.

—¿A cuántos hombres ha matado usted?

—No lo sé.

—¿De verdad?

—De verdad. Hace diecinueve años que soy soldado.

—¿Tiene miedo?

Sharpe sonrió.

—Por supuesto. Continuamente. Cada vez es peor, no mejor.

—¿Y cómo es eso?

—No lo sé. A veces pienso que cuanto mayor se hace uno, más queda por vivir.

Ella se echó a reír al oír esta última frase.

—Cualquier mujer le dirá lo contrario.

—No, no cualquiera. Algunas, tal vez. También algunos hombres. —Señaló hacia el lejano sonido de la fiesta—. A los oficiales de caballería no les gusta envejecer.

—De repente resulta usted muy sabio, teniendo en cuenta que es un simple soldado.

La marquesa se estaba burlando de él. Se puso el cigarro en la boca y el humo se elevó entre los dos.

Ella todavía no había contestado a su pregunta, y él seguía sin entender por qué lo había hecho ir hasta aquel balcón donde las hojas temblaban con la brisa nocturna.

—Le podía haber hecho esas preguntas a un millar de personas de la ciudad y le hubieran dado las mismas respuestas. ¿Por qué yo?

—Ya se lo he dicho. —La dama señaló con su cigarro hacia el rifle—. ¿Y ahora por qué no coge su rifle y se va?

Sharpe no dijo nada. Tampoco se movió. Se oían las voces procedentes de la ciudad, seguramente eran soldados borrachos que se peleaban, cerca de allí un perro le aullaba a la luna y él vio que ella le observaba la mejilla.

—¿Y esas manchas negras?

Sharpe se empezaba a acostumbrar a las preguntas repentinas de la dama que no guardaban ninguna relación con la conversación anterior. Parecía que le gustara fastidiarlo, provocar su ira y luego salir con cualquier nimiedad. Él se frotó la mejilla derecha.

—Manchas de pólvora, señora. La pólvora explota en la cazoleta del rifle y la expulsa.

—¿Ha matado a alguien esta noche?

—No, esta noche no.

Tan sólo dos pies los separaban y Sharpe sabía que cualquiera de ambos podía haberse separado. Sin embargo, se quedaron quietos, desafiándose el uno al otro; sabía que ella lo desafiaba a tocarla y de repente sintió la tentación de romper las reglas. Se sintió tentado de marcharse, de la misma manera que Marmont se había alejado del ejército de Wellington, pero no podía hacerlo. Aquella boca, los ojos, los pómulos, la curva del cuello, las sombras que se proyectaban sobre el vestido blanco de encaje, todo, lo había cautivado. Ella frunció el ceño.

—¿Cómo se siente uno cuando mata a un hombre?

—A veces bien, a veces nada, a veces mal.

—¿Cuándo mal?

Sharpe se encogió de hombros.

—Cuando no es necesario. —Se sacudió la cabeza al recordar las pesadillas—. Había un hombre en Badajoz, un oficial de artillería francés.

Ella quería más. Ladeó la cabeza.

—Siga.

—La lucha había terminado. Habíamos ganado. Yo creo que él quería rendirse.

—¿Y usted lo mató?

—Sí.

—¿Cómo?

Señaló hacia la gran espada.

—Con ésta.

No fue tan sencillo. Lo rajó, lo abrió en canal, y le sacó las entrañas llevado por la enorme ira hasta que Harper lo detuvo.

Ella se dio media vuelta y miró la comida de la mesa, que apenas habían tocado.

—¿Le gusta matar? Yo creo que sí.

Sharpe sentía que su corazón latía en su pecho como si se hubiera dilatado. Golpeaba sonando a hueco, le resonaba en los tímpanos y se dio cuenta de que era una mezcla de miedo y excitación. Sharpe le miró la cara, que se perfilaba contra la luz de la luna menguante, y aquella belleza le resultó irresistible, no le parecía justo que una persona pudiera ser tan adorable, y entonces su mano, casi contra su propia voluntad, se levantó lentamente, muy lentamente hasta que sus dedos tocaron la barbilla de la marquesa y le giró la cara hacia él. Ella abrió bien los ojos pero con calma y luego se separó de él de manera que el brazo le quedó a Sharpe suspendido en el aire. Se sintió estúpido. La cara de la marquesa era hostil.

—¿Le gusta matar?

Ella lo había provocado para que la tocara y así poder apartarse y hacer que él se sintiera idiota. Lo había hecho venir para conseguir una pequeña victoria y se supo derrotado. Sharpe se dio la vuelta y se dirigió hacia su rifle, se lo colgó al hombro y se fue caminando por el balcón sin decir palabra. No la miró. Pasó junto a ella y olió el humo del tabaco de su cigarro.

—Al coronel Leroux le gusta matar, capitán.

Siguió caminando pero el nombre de su enemigo hizo que se detuviera. La miró de nuevo.

—¿Qué sabe usted de Leroux?

Ella se encogió de hombros.

—Vivo en Salamanca. Los franceses estaban en esta casa. ¿Su misión es matarlo, no?

La voz de la marquesa volvía a desafiarlo, a impresionarlo con sus conocimientos y de nuevo sintió que estaba implicado en un juego cuyas reglas sólo ella conocía. Pensó en Leroux, que estaría en las fortificaciones, en el cordón de hombres por el terreno baldío y en los hombres de su compañía que estarían en sus alojamientos. Tenía una misión bien simple y la estaba complicando.

—Buenas noches, señora. Gracias por la comida.

—¿Capitán?

No se detuvo. Dobló la esquina, pasó las luces de las mirillas y se sintió liberado. Iba a serle fiel a Teresa, quien le amaba, y apretó el paso en dirección a la escalera secreta.

—¡Capitán! —La marquesa iba corriendo ahora, sus pies descalzos golpeaban contra las esteras—. ¡Capitán! —Ella le tiró del codo—. ¿Por qué se va?

Ella lo había humillado antes, se había burlado de él por no haberla besado y se había apartado cuando él la había tocado. Ahora le sujetaba el brazo, le estaba rogando y con sus ojos buscaba en la cara del capitán seguridad. Sharpe detestaba estos juegos.

—Váyase al infierno, señora.

La cogió por la espalda, casi la levantó y la besó en la boca. La estrujaba, besándola para hacerle daño, y cuando vio que ella cerraba los ojos la soltó.

—¡Por el amor de Dios! ¿Que si me gusta matar? ¿Qué soy yo? ¿Una mierda de trofeo para su pared podrida? Me voy a emborrachar, señora, en algún antro de esta maldita ciudad y a lo mejor me busco una puta. No me hará preguntas estúpidas. ¡Buenas noches!

—¡No! —gritó ella volviéndolo a agarrar.

—¿Qué quiere de mí? ¿Que me ahorre ese dinero?

Sharpe era duro, se sentía herido. Ella era más bella de lo que él hubiera podido nunca imaginar.

—No —dijo ella meneando la cabeza—. Quiero, capitán, quiero que me salve del coronel Leroux.

Pronunció estas palabras con amargura y luego, como avergonzada por el beso, se dio la vuelta y se alejó de él.

—¿Que qué?

La marquesa regresó al rincón y hacia la parte iluminada del balcón. Una vez más lo había sorprendido, pero esta vez a él le pareció que no era un juego. La siguió. La marquesa estaba junto al telescopio y observaba a través de la celosía, Sharpe apoyó el rifle contra el muro y se le acercó por detrás.

—¿Dígame por qué?

—Le tengo miedo —contestó esquivando su mirada.

—¿Por qué?

—Me matará.

No se oía nada, y a Sharpe le pareció hallarse suspendido sobre un gran abismo de silencio. Un movimiento en falso y estaría perdido, acabado y era como si él y ella estuvieran solos por encima de la negra noche; entonces vio la sombra entre los huesos de sus hombros, una sombra oscura que descendía por el intrincado encaje de su vestido, y a él le pareció que no había en la tierra nada más misterioso, más espantoso, o más frágil que una mujer bella.

—¿La matará?

—Sí.

Sharpe levantó lentamente la mano y le tocó el hombro, con tanta suavidad como si fuera un hilo dorado de su cabello. Deslizó el dedo por la piel cálida y seca de la dama y ella no se movió.

—¿Por qué va a matarla?

Las yemas de sus dedos exploraban las ondulaciones de su espalda. Ella seguía sin moverse y él dejó que los demás dedos también descendieran, luego los fue subiendo lentamente hacia el cuello. Ella permanecía muy quieta.

—Ya no me llama «señora».

—¿Por qué la va a matar, señora?

Tenía los dedos en la nuca donde sentían los mechones de cabello que se le habían desprendido de las peinetas de plata. Movi6 la mano derecha, muy lentamente, para que sus dedos sintieran la curva de su largo cuello. Ella se empezó a dar la vuelta y la mano de Sharpe, como temerosa de poder romper algo frágil, saltó y se separó una pulgada. Ella se detuvo, esper6 a que la volviera a tocar y giró la cara hacia él.

—¿Sus amigos lo llaman Dick?

Sharpe sonrió.

—Hace muchos años que no.

El tenía el brazo tenso por el esfuerzo de mantenerlo quieto, suspendido sobre la piel de ella, y esper6 a que hablara, a sabiendas de que iba a hacerle una pregunta repentina e irrelevante, pues estaba pensando. Parecía que ella se había olvidado de la mano de Sharpe, pero él sabía que no era así y el corazón le seguía latiendo con fuerza.

—Tengo miedo de Leroux —dijo llanamente.

Sharpe dejó que la palma de su mano le tocara a ella la curva del cuello. Ella seguía sin hacer caso. Sus dedos serpentearon por la espalda de la marquesa.

—¿Por qué?

Ella señaló el balcón.

—¿Sabe usted lo que es esto?

El se encogió de hombros.

—Un balcón.

La marquesa permaneció unos segundos en silencio. La mano de Sharpe era como una pluma que se deslizara por el cuello de la marquesa y él veía cómo se movían las sombras sobre su piel cuando ella respiraba. Oía el latido de su propio corazón. Ella se pasó la lengua por los labios.

—Un balcón, pero un balcón especial. Se puede ver a gran distancia desde aquí y está construido para que así sea.

Los ojos de la marquesa, confiados y serios, se posaron sobre los de él. Hablaba con sencillez, como si lo hiciera a un niño para que la entendiera. Era, pensó Sharpe con su mano sobre el cuello, otra faceta más de aquella mujer sorprendente que cambiaba continuamente, pero había algo en su tono de voz que le indicaba que ella no estaba jugando. Si había una verdadera marquesa, era ésta.

—Se pueden ver los caminos al otro lado del río y por eso se construyó. El tatarabuelo de mi marido no sólo quería espiar de puertas adentro. Le gustaba observar a su mujer cuando ésta salía a cabalgar, así que hizo construir este balcón como si fuera una atalaya. Son frecuentes en España, y tienen esta celosía por un motivo especial. Nadie puede ver el interior, señor Sharpe, pero permite ver el exterior. Es un tipo de balcón especial. Esto en realidad no es un balcón. ¿Sabe lo que es esto?

Sharpe había dejado la mano absolutamente quieta. No sabía la respuesta pero podía adivinarla. Dijo la palabra casi balbuceando pero la dijo en voz alta.

—¿Un mirador?

Ella asintió con la cabeza.

—El Mirador —dijo ella mirándole la cara.

Ella percibió como un latido en la mejilla de Sharpe, junto a la cicatriz. Tenía los ojos oscuros. Ella arqueó las cejas como preguntándole.

—¿Ya sabe, no?

Sharpe casi no se atrevía a hablar, casi no se atrevía a respirar. Movi6 la mano y la desliz6 lentamente por la espalda de la marquesa y las yemas de sus dedos recorrieron la piel de su columna. El viento hizo temblar las hojas que tenían por encima de ellos.

Ella frunció ligeramente el ceño.

—¿Sabe qué es?

—Sí, lo sé.

Ella cerró los ojos, dejó ir como un suspiro y él la atrajo hacia su pecho. El cabello de ella le quedaba a Sharpe por debajo de la barbilla, tenía la cara hundida en el basto uniforme y la voz de la dama era suplicante y débil.

—Nadie debe saberlo, Richard, nadie. No le diga a nadie que lo sabe, ¡ni siquiera al mismísimo general! Nadie debe saberlo. ¿Me lo promete?

—Lo prometo.

La agarraba con fuerza contra su pecho, maravillado.

—Tengo miedo.

—¿Por eso quería que viniera aquí?

—Sí. Pero no sabía si podía confiar en usted.

—Puede confiar.

La dama levantó la cabeza para mirarlo y él vio que sus ojos brillaban.

—Le tengo mucho miedo, Richard. Hace cosas horribles a las personas. ¡Yo no lo sabía! No sabía que iba a ser así.

—Lo sé.

Él se inclinó y ella no movió la cara. La besó y de repente ella lo rodeó con sus brazos y se agarró a él con fuerza y lo besó con fuerza, como si quisiera absorber toda su fortaleza. Sharpe la tenía cogida con los brazos alrededor de su delgado cuerpo y pensaba en lo que su enemigo le haría a aquella mujer tan perfecta, adorable y dorada; se despreció a sí mismo por no haber confiado en ella porque, ahora, él sabía que ella era más valiente que él, que había vivido sola en el gran palacio rodeada de enemigos y corriendo siempre el peligro de morir de forma terrible. ¡El Mirador!

Con su mano le presionaba la espalda, por entre el encaje notó los corchetes del vestido y deslizó la mano entre ellos, tocó la piel; entonces hizo presión con el índice y el pulgar, dos dedos que estaban más habituados a apretar el pedernal en la llave de chispa, y el corchete se desabrochó. Sharpe avanzó hacia el segundo, volvió a apretar, se soltó, y ella clavó su mirada en el pecho de Sharpe, todavía abrazada a él. Él no podía creer que le estuviera sucediendo eso, que él, Richard Sharpe, estuviera en ese mirador, esa noche, con esa mujer, y movió la mano hasta llegar al último corchete, lo apretó y oyó el sonido del metal al soltarse. Ella se quedó como agarrotada entre sus brazos. Sharpe se quedó inmóvil.

Ella levantó la mirada hacia él y sus ojos buscaron en la cara de Sharpe la seguridad de que ese hombre podría mantenerla alejada de la Klighenthal de Leroux. Ella esbozó una leve sonrisa.

—Llámeme Helena.

—¿Helena?

El corchete se desprendió, él movió la mano y sintió que el vestido caía y la acarició y se sintió atrapada en la curva de su espalda. Su piel era como seda.

La sonrisa desapareció, toda la rudeza regresó.

—¡Suélteme! —gritó como si fuera una orden—. ¡Suélteme!

¡Qué idiota había sido! Lo que quería Helena era protección y no esto, la había ofendido al imaginar lo que no era. Sharpe la soltó y ella se apartó. El rostro de la marquesa volvió a cambiar. Se puso a reír de él, de su desconcierto, pues ella le había ordenado que la soltara para que el vestido, ligero como un cardo, cayera al suelo. Ella se quedó desnuda junto al vestido y caminó hacia él por encima de los pliegues.

—Lo siento, Richard.

Sharpe la cogió entre sus brazos, su piel se apretaba contra el uniforme, el cinturón de la espada, la bolsa de municiones, y ella se agarró a él. Sharpe miró fijamente aquella masa oscura que era San Vicente y juró que el enemigo nunca la alcanzaría, nunca, no mientras a él le quedara un poco de aliento en el cuerpo o mientras con el brazo pudiera levantar la pesada espada cuya fría vaina la tocaba. Ella

enroscó una pierna alrededor de las suyas, se elevó y lo besó; Sharpe lo olvidó todo. La compañía, las fortificaciones, Teresa; todo lo engulló este momento, esta promesa, esta mujer que mantenía su propia guerra contra sus enemigos.

La marquesa bajó al suelo, lo cogió de la mano con cara grave e inocente.

—Ven.

Sharpe la siguió, obediente, bajo la oscura y prometedora noche salmantina.

SEGUNDA PARTE

Del miércoles 24 de junio al miércoles 8 de julio de 1812

Capítulo 10

Sharpe se encontró con que no le alegraba el avance de la trinchera que se iba cavando en la hondonada. Sabía que en cuanto la excavación hubiera alcanzado el punto medio entre San Vicente y San Cayetano el segundo asalto sería inminente. El segundo asalto no podía fallar. Se había restituido la munición que debía suministrarse a los cañones pesados. Ésta había llegado en diversos carros que atravesaron el vado de Santa Marta y penetraron con sus chirridos en la ciudad y cada carro iba cargado con las enormes balas. Los cañones disparaban sin cesar y destrozaban las defensas, y para ponérselo aún peor a los franceses, los artilleros calentaban las balas al rojo vivo de manera que al alojarse éstas entre los viejos maderos de los conventos prendieran fuegos que los franceses intentaban controlar con desesperación.

Sharpe observó los bombardeos durante cuatro noches desde el mirador, y los disparos al rojo vivo se elevaban en la oscuridad y se estrellaban contra las fortificaciones que se iban desmoronando. Los fuegos ardían, los sofocaban y luego volvían a arder; tan sólo las primeras horas del amanecer daban alguna tregua a los defensores. Algunas noches a Sharpe le parecía que nadie podía sobrevivir a aquel cañoneo contra los fuertes. Los disparos pasaban como un rayo por encima del terreno baldío mientras, más arriba, las espoletas de las granadas de los *howitzer* giraban echando humo y luego descendían y explotaban formando un estallido de llama y trueno. El crepitar de las llamas competía con el chasquido de los fusileros, que cada vez se acercaban más, y cada nuevo día mostraba mayores daños; más cañoneras al descubierto mostrando los cañones derribados, destrozados, inutilizados. Wellington tenía prisa. Quería que se tomaran los fuertes para poder ir hacia el norte tras Marmont.

Sharpe sabía que cuando cayeran las fortificaciones se iría hacia el norte. La compañía ligera se reuniría con el regimiento y él abandonaría Salamanca, abandonaría a la marquesa y el mirador, y cada momento, marcado por el lento avance de las trincheras de los atacantes, era valioso para él. Cada mañana se iba del palacio, salía por la escalera secreta que daba a un callejón que había junto a los establos, y cada tarde volvía cuando lo único que perturbaba la siesta de Salamanca era el sonido de los artilleros destrozando los fuertes.

Los fusileros de la compañía ligera estaban desconcertados; Patrick Harper más que ninguno, pero Sharpe no decía nada y tan sólo podían especular acerca de hacia dónde desaparecía su capitán cada día y cada noche. La primera mañana que regresó junto a ellos venía bañado, traía el uniforme limpio, remendado y planchado pero no dio ninguna explicación. Cada día dirigía la instrucción de la compañía, los hacía marchar por el campo y les hacía realizar los ejercicios propios de una escaramuza.

Les hacía trabajar duro pues no quería que se ablandaran al estar en aquella ciudad tan benigna. Les dejaba cada tarde libre y él se iba, en secreto y con prudencia, hacia la puertecita que había en el callejón junto al establo. Las escaleras que había al otro lado de la puerta conducían al piso superior, que era privado y al que sólo tenían acceso los criados en quienes más confiaba la marquesa y donde, a pesar de su incredulidad, Sharpe se encontraba viviendo un apasionado romance.

Había perdido el miedo a la marquesa. Ya no era la marquesa, ahora era El Mirador, y aunque seguía siendo una mujer perfecta también era una persona a la que él escuchaba con avidez. Ella le hablaba de su vida, explicaba con amargura la muerte de sus padres. «Ni siquiera eran franceses, pero los cogieron. Los mataron. La escoria.» Su odio a la revolución era inmenso. Sharpe había calculado la edad de aquella mujer por lo que ella le había contado. Tenía diez años cuando el populacho se había llevado a sus padres, así que ahora tenía veintiocho, y durante aquellos años transcurridos había estudiado las fuerzas de un mundo que se había llevado la vida de sus padres. Ella le hablaba de política, de ambiciones y le enseñó cartas venidas de Alemania que decían que Napoleón estaba reuniendo un gran ejército que, según ella, iba destinado a Rusia. También tenía noticias del otro lado del Atlántico, noticias acerca de una inminente invasión de Canadá por parte de los americanos y Sharpe, sentado en el mirador, tenía la sensación de estar observando todo un mundo que se adentraba en un remolino de llama y disparos como el que martilleaba, sin cesar, allá abajo.

Sobre todo, Helena hablaba de Leroux, de su reconocida crueldad y del pánico que tenía a que pudiera escapar. Sharpe sonreía.

—No puede escapar.

—¿Por qué?

El señaló hacia el terreno baldío.

—Está rodeado, totalmente. ¡Nadie puede atravesarlo, ni siquiera una rata!

De eso sí que estaba seguro Sharpe, de que las tropas ligeras que rodeaban los fuertes sitiados estaban bien vigilantes, muy juntos los unos de los otros para que Leroux no pudiera escurrirse entre ellos. Leroux, tal como Hogan había dicho, intentaría escapar durante el caos que se produciría en el asalto final. El problema de Sharpe consistiría en comprender aquel caos y reconocer al francés alto. Helena se encogió de hombros.

—Se disfrazará.

—Lo sé. Pero no puede ocultar su altura y además tiene un punto débil.

—¿Un punto débil? —preguntó ella sorprendida.

—La espada —respondió Sharpe con una sonrisa, pues sabía que tenía razón—. No perderá esa espada, así que no me voy a preocupar de si va vestido como un general de división británico. Será él.

—Pareces muy seguro.

—Lo estoy.

Dio un sorbo de aquel vino blanco fresco y pensó en la alegría que sentiría al poseer aquella espada. La Klighenthal sería suya, dentro de una semana, pero conllevaría la pérdida de aquella mujer.

Sería una pérdida secreta, como debía de ser, sin embargo había momentos en los que sentía deseos de gritar su presente alegría desde los tejados, y había momentos en que le resultaba difícil ocultarla. Un día, al amanecer, iba caminando hacia los alojamientos de la compañía y al atravesar la gran Plaza oyó un ruido que provenía de uno de los balcones superiores.

—¡Sharpe! ¡Tú, bribón! ¡Espera!

Lord Spears le hacía señales con la mano, volvió a entrar en el edificio y reapareció un instante después en una de las puertas de la arcada. Iba caminando y bostezó al recibir la luz del amanecer, luego se detuvo.

—¡Por Dios, Richard! ¡Si casi tiene aspecto humano! ¡Qué se ha hecho!

—Sólo limpiar el uniforme.

—¡Sólo limpiar el uniforme! —exclamó lord Spears imitándolo, luego dio una vuelta alrededor del fusilero observándolo—. ¿Usted deja las botas debajo de una cama que no es la suya, no es así? Cielo santo, Richard, ¿se cree que no percibo un pecado a mil pasos de distancia? ¿Quién es?

—Nadie —contestó Sharpe sonriendo pero molesto.

—Y va usted muy contento ya de madrugada. ¿Quién es?

—Ya le he dicho, nadie. Se levanta usted temprano.

—¿Que me levanto temprano? Si no me he metido en la cama. He estado jugando a las malditas cartas otra vez. Acabo de perder tierras en Irlanda con un tipo bien aburrido.

—¿De verdad?

Spears se echó a reír.

—De verdad. No tiene ninguna gracia, lo sé, pero ¡Dios! —se exclamó encogiéndose de hombros—. Madre se va a disgustar. Lo siento, madre.

—¿Le queda algo?

—La casa de mi madre. Unos acres en Hertfordshire. Un caballo. Un sable. El apellido. —Se echó a reír otra vez, luego cogió a Sharpe por el brazo y se lo llevó al otro lado de la plaza. Le preguntó con voz seria, casi suplicante—. ¿Con quién ha estado? Alguien. La pasada noche no estaba y aquel sargento suyo tan enorme y aterrador dijo que no sabía dónde estaba. ¿Dónde estaba usted?

—Había salido, eso es todo.

—¿Usted cree que nosotros, los Spears, somos tontos? ¿Que no sabemos? ¿Que no podemos compadecernos de un pecador? —Se detuvo, tiró del brazo bueno e hizo

chasquear los dedos—. ¡Helena! ¡Cabrón! ¡Ha estado con Helena!

—¡No sea ridículo!

—¿Ridículo? Tonterías. No hizo aparición en la fiesta que dio, dijeron que estaba enferma, y desde entonces no se la ha vuelto a ver. Ni a usted. ¡Santo Dios! ¡Cabrón con suerte! ¡Admítalo!

—No es verdad—incluso a Sharpe le sonaba muy poco convincente.

—Es verdad. —Spears sonreía encantado—. De acuerdo, si no es verdad, ¿con quién estaba?

—Ya se lo he dicho, con nadie.

Spears respiró hondo y chilló hacia las ventanas cerradas de la plaza.

—¡Buenos días, Salamanca! ¡Tengo que anunciar algo! —Le sonrió a Sharpe burlesco—. Se lo voy a decir, Richard, a menos que me confiese a mí la verdad. —Volvió a respirar hondo.

Sharpe lo interrumpió.

—Dolores.

—¿Dolores? —se sorprendió Spears con amplia sonrisa.

—Es la hija de un zapatero. Le gustan los fusileros.

Spears se echó a reír.

—¡No me diga! ¿Dolores, la hija del zapatero? ¿Me la va a presentar?

—Es tímida.

—¡Oh, tímida! ¿Entonces, cómo la ha conocido?

—La ayudé en la calle.

—¡Oh, claro! —Spears le seguía la corriente—. Usted iba a dar de comer a los perros callejeros o a ayudar a los huérfanos, ¿no es así? Y, simplemente, la ayudó. A ella se le había caído un zapato, ¿no?

—No se burle. Sólo tiene una pierna. Algún cabrón le serró dos pulgadas del extremo de la otra.

—¿La hija coja de un zapatero? Desde luego, al padre le ahorra un buen dinero. Es usted un mentiroso, Richard Sharpe.

—Se lo juro.

Spears volvió a respirar hondo y gritó otra vez.

—¡Richard Sharpe se ha tirado a Dolores! ¡La hija cojita del zapatero!

Se reía a carcajadas de lo que decía y se inclinó ante unos peones sorprendidos, que estaban desmontando los parapetos que se habían utilizado el día anterior para la corrida de toros. Volvió a cogerse del brazo de Sharpe y bajó la voz.

—¿Cómo está la marquesa?

—¿Cómo voy a saberlo yo? No he vuelto a verla desde que estuvimos en San Cristóbal.

—¡Richard! ¡Richard! Es usted demasiado listo para mí. Quisiera que lo

admitiera, incluso aunque no sea cierto, sería un escándalo delicioso.

—No creo que eso le impidiera propagarlo.

—Cierto. ¡Pero nadie me cree, a mí! —Spears suspiró, luego de repente se puso serio—. Permítame que le haga otra pregunta.

—Venga.

—¿Ha oído hablar de El Mirador?

—¿El Mirador? —Sharpe se detuvo sorprendido.

Spears también se paró.

—¿Sí ha oído, no?

—Sólo el nombre.

Sharpe hubiera deseado que no se le notara la sorpresa.

—¿Un nombre? ¿Relacionado con qué?

Sharpe hizo una pausa para pensar una respuesta. Se le pasó por la cabeza que aquello podía ser algún tipo de prueba preparada por la marquesa para ver si él era realmente de fiar. Eso le trajo en mente, como si lo hubiera olvidado, el secreto absoluto que la había envuelto a ella.

Sharpe se encogió de hombros.

—Con nada. ¿Es uno de los jefes de los guerrilleros?

—¿Como El Empecinado? —Spears sacudió la cabeza en señal de negación—. No, no es un guerrillero, es un espía de aquí, de Salamanca.

—¿Nuestro o suyo?

—Nuestro. —Spears se mordió el labio, luego se giró con rabia hacia Sharpe—. ¡Piense! ¡Intente recordar! ¿Dónde ha oído el nombre?

Sharpe estaba estupefacto ante aquella repentina pasión, luego le vino la inspiración.

—¿Recuerda al comandante Kearsey? Creo que él lo mencionó, pero no recuerdo por qué. De eso hará dos años.

Spears soltó un taco. Kearsey había sido, como lord Spears, un oficial explorador; pero estaba muerto, había salido despedido de las murallas de Almeida cuando Sharpe hizo volar el almacén.

—¿Cómo es que usted sabe de él? —preguntó Sharpe.

Spears se encogió de hombros.

—Se oyen rumores cuando se es oficial explorador.

—¿Por qué tiene tanta importancia ahora?

—No la tiene, pero me gustaría saber algo. —Le dio un tirón al brazo en cabestrillo—. Cuando esto se cure volveré a trabajar y necesitaré amigos en todas partes.

Sharpe volvió a ponerse en marcha.

—En Salamanca no. Los franceses se han ido.

Spears atrapó a Sharpe, que avanzaba a grandes zancadas.

—Tan sólo de momento, Richard. Primero tenemos que derrotar a Marmont, si no tendremos que regresar corriendo a Portugal con el rabo entre las piernas. —Miró a Sharpe—. Si oye algo, ¿me lo dirá?

—¿De El Mirador?

—Sí.

—¿Por qué no le pregunta a Hogan?

Spears bostezó.

—Tal vez lo haga, tal vez lo haga.

A mediodía Sharpe fue hacia las baterías principales y observó cómo los artilleros calentaban las balas sólidas en hornos portátiles. Sabía que el asalto debía estar cercano, incluso podía ser al día siguiente, y que marcaría el final de sus visitas al palacio Casares. Hubiera deseado que los artilleros no fueran tan aplicados. Observaba a unos que trabajaban duro en el fuelle que había en un extremo de la forja, mientras otros sacaban con una pala el carbón que había en la carbonera. En el centro estaba la fundición, que rugía bajo el calor del mediodía, las llamas se escapaban del fondo y él se maravillaba de que hubiera hombres que pudieran trabajar con aquel calor y bajo aquel sol. Tardaban un cuarto de hora en calentar cada bala de dieciocho libras hasta que el resplandor rojo penetraba hasta el interior del hierro, y entonces retiraban la bala del crisol con unas tenazas largas y la hacían rodar con cuidado hasta un armazón que acarreaban dos hombres y en el que llevaba la bala hasta el cañón. Cargaban el cañón con la pólvora, luego, con un tapón de trapo mojado que impedía que la bala caliente encendiera la carga. Atacaban a fondo con rapidez, para que se mantuviera el calor al rojo vivo, y luego el cañón lanzaba su grito y el disparo trazaba una estela de humo muy fina en su trayectoria hacia las destrozadas defensas de los franceses. Ahora los cañones enemigos apenas respondían. Sharpe sabía que el siguiente asalto encontraría poca resistencia. Se preguntaba si Leroux ya estaría muerto, si su cuerpo estaría tendido con el de los otros muertos durante el sitio, pues de ser así los artilleros ya habrían hecho el trabajo que le habían encomendado a Sharpe.

Encontró a la marquesa escribiendo en un pequeño escritorio que había en su tocador. Ella le sonrió.

—¿Cómo va progresando?

—Mañana.

—¿Seguro?

—No —contestó sin poder impedir que su voz revelara el pesar que sentía, pero percibía que ella lo compartía y le parecía maravilloso—. El general lo decidirá mañana, pero no hay motivos para esperar. Será mañana.

Ella posó la pluma, se puso de pie y lo besó rápidamente en la mejilla.

—¿Así que mañana lo cogerá?

—A menos que ya esté muerto.

Ella se fue caminando hacia el mirador y empujó una de las puertas de la celosía para abrirla. En San Vicente se veían dos fuegos pálidos bajo la luz del fuerte sol y en San Cayetano humeaba un incendio que los defensores habían apagado. Ella se volvió hacia él.

—¿Qué harás con él?

—Si no se resiste, lo haré prisionero.

—¿Le permitirás que dé su palabra?

—No, otra vez no. Le pondremos grilletes. Ha faltado a su palabra. No lo canjearán, no lo tratarán bien, simplemente lo enviarán a una prisión de Inglaterra y allí lo retendrán hasta que termine la guerra. —Se encogió de hombros—. ¿Quién sabe? Tal vez puedan juzgarlo por asesinato, pues mató a unos hombres mientras estaba bajo juramento.

—Así que mañana estaré a salvo.

—Hasta que envíen a otro para que te encuentre.

Ella movió la cabeza. Sharpe se había acostumbrado a ella, a sus gestos, a sus repentinas sonrisas deslumbrantes y había olvidado aquella mujer coqueta y burlona que conoció en San Cristóbal. Esa era la cara pública, le había dicho ella mientras la miraba y se preguntaba si la volvería a ver, en el futuro, y vería esa cara pública rodeada de oficiales aduladores y sentiría una envidia tremenda. Ella le sonrió.

—¿Qué te pasará a ti cuando esto termine?

—Nos reuniremos con el ejército.

—¿Mañana?

—No. Tal vez el domingo. Pasado mañana. Nos dirigiremos hacia el norte y haremos que Marmont presente batalla.

—¿Y luego?

—¿Quién sabe? Madrid, tal vez.

Ella volvió a sonreír.

—Tenemos casa en Madrid.

—¿Una casa?

—Es muy pequeña. No tiene más que sesenta habitaciones —dijo ella riendo—. Aunque serás muy bien recibido, lástima que no tenga entrada secreta.

Sharpe sabía que era irreal. No hablaban nunca de su marido o de Teresa. Eran amantes secretos, Sharpe y una dama, y debían permanecer en secreto. Les habían concedido estos pocos días, estas noches, pero el destino los iba a separar; a él hacia una batalla, a ella hacia la guerra secreta de cartas y códigos. Disponían de esa noche, la batalla de mañana y luego, si eran afortunados tan sólo una noche más, la última

noche; luego estarían en manos del destino. Ella volvió a mirar las fortificaciones.

—¿Mañana lucharás?

—Sí.

—Te puedo observar —dijo ella haciendo un gesto hacia el telescopio montado sobre el pesado trípode—. Te observaré.

—Intentaré no sentir la tentación de realizar ninguna imprudencia porque me miras.

Ella sonrió.

—No seas imprudente. Quiero tenerte mañana.

—Te puedo traer a Leroux encadenado.

Ella se echó a reír y su risa reveló un toque de tristeza.

—No hagas eso. Recuerda que tal vez no sepa todavía quién es El Mirador. Podría adivinarlo y luego escapar.

—No escaparé.

—No.

Ella lo cogió de la mano y lo condujo hacia el interior del palacio. Bajó una persiana de madera para tapar la luz del sol y se giró hacia ella, que estaba sobre el lecho de cortinajes negros. Estaba hermosa, pálida en la oscuridad, frágil como el alabastro. Ella le sonrió.

—Se puede sacar las botas, capitán Sharpe. Hora de la siesta.

—Sí, señora.

Aquella misma tarde él se cogió a ella mientras dormía, y parecía que ella diera un salto cada vez que sonaban los grandes cañones. La besó en la frente, separándole de la piel el cabello dorado, y ella abrió los ojos entre sueños, se acercó a él y le murmuró algo. Ella tan sólo estaba adormecida.

—Te echaré de menos, Richard, te echaré de menos.

Sharpe la tranquilizó como haría con un niño y se dio cuenta de que también él la echaría de menos, pero el destino era inexorable. Fuera, más allá de la persiana, más allá de la celosía, los cañones hacían que el destino se apresurara, y ellos se aferraron el uno al otro como si la presión de sus cuerpos pudiera quedarles grabada en el recuerdo para siempre.

Capítulo 11

—¿Dónde diablos ha estado? —preguntó Hogan con agresividad y bien sudado a causa del calor.

—Aquí, señor.

—Lo busqué la pasada noche. ¡Maldita sea, Richard! ¡Al menos podría decirle a su gente dónde está! ¡Suponga que fuera importante!

—¿Lo era, señor?

—Resulta que no —admitió Hogan a regañadientes—. Patrick Harper me dijo que había oído que estaba con la hija de un zapatero. Doris, o algo así, y que no tenía piernas.

—Sí, señor.

Hogan abrió su caja de rapé.

—Maldita sea, Richard, su matrimonio es cosa suya, pero tiene usted mucha suerte de tener a Teresa. —Aspiró con violencia para ocultar sus sentimientos. Sharpe esperó que estornudara, lo hizo y Hogan sacudió la cabeza en señal de negación—. ¡Dios! No voy a decir nada.

—No hay nada que decir, señor.

—Espero que no, Richard, espero que no.

Hogan hizo una pausa y escuchó el sonido chirriante de una bala al rojo vivo que era atacada en el taco empapado. El cañón disparó hacia las casas y el humo acre flotó hasta donde hablaban los dos oficiales.

—¿Ha sabido algo de Teresa, Richard?

—Desde hace un mes no, señor.

—Va a la caza de los hombres de Caffarelli. Ramón me escribió. —Ramón era el hermano de Teresa—. Su hija está bien y hermosa, en Casatejada.

—Estupendo, señor.

Sharpe no sabía si Hogan intentaba que se sintiera culpable. Tal vez debiera sentirse culpable, pero no era así. La relación de Sharpe y la marquesa eran tan coyuntural, su amor estaba condenado a un período de tiempo tan corto que eso no afectaba a sus planes a largo plazo. Y no podía sentirse culpable de proteger a El Mirador. Era su misión.

Hogan echó una mirada a la compañía de Sharpe, estaban formados en la calle y dijo gruñendo que tenían buen aspecto. Sharpe asintió.

—El descanso les ha sentado bien, señor.

—¿Ya sabe qué ha de hacer?

—Sí, señor.

Hogan se enjugó la frente. El sol de mediodía recalentaba la ciudad. Repitió las órdenes que tenía ignorando la respuesta de Sharpe.

—Vaya detrás del asalto, Richard. Nadie debe huir, ¿entendido? Nadie, a menos que les haya visto la cara, y cuando haya encontrado a aquel cabrón tráigamelo. Si no estoy aquí estaré en el cuartel general.

—Sí, señor.

La compañía entró en fila en la trinchera nueva que conducía hacia el Tormes por el interior de la hondonada. Por encima de sus cabezas los disparos seguían retumbando, seguían chocando contra las fortalezas y las tropas de ataque estaban contentas y confiadas. Esta vez no podían fallar. Habían cañoneado tanto San Cayetano que había desaparecido una muralla, y éste iba a ser el primer fuerte que atacarían. El ataque tendría lugar a la luz del día, recrudecido por los ecos de los cañones de sitio, y las tropas estaban contentas porque a los cañones franceses apenas se les oía. Un teniente de fusileros iba a encabezar el pelotón suicida, pero ni él ni sus hombres tenían la mirada cansada y desesperada de otros pelotones suicidas. A un pelotón suicida le espera la muerte. Su misión consistía en atraer el fuego enemigo, vaciar los cañones que defendían antes de que el ataque principal irrumpiera en la brecha. Los voluntarios sonrieron con ironía a Sharpe. Lo admiraban y envidiaban la insignia con la corona de laurel que llevaba en el brazo.

—No será como en Badajoz, señor.

—No, todo irá bien.

Sharpe veía en el otro extremo de la hondonada las aguas plateadas del Tormes deslizándose silenciosamente hacia el lejano mar. Sus hombres habían pescado en aquellas aguas durante las tardes largas y ociosas y echarían de menos las truchas. Sharpe vio que Harper miraba fijamente aquellas aguas.

—¿Sargento?

—¿Señor?

—¿Qué es eso que he oído de Doris? ¿Algo que le dijo al comandante Hogan?

—¿Doris, señor? —Harper se hacía el inocente, pero le pareció que Sharpe no estaba preocupado—. Quiere decir Dolores, señor. Debo de haberle dicho algo.

—¿Quién le habló de eso?

Harper tiró del pedernal de su arma de siete cañones.

—¿A mí, señor? Creo que lord Spears, un día que lo estaba buscando a usted. Debió de mencionar algo. —Le dirigió una sonrisa irónica a Sharpe con aire conspirador—. Oí que sin piernas, señor.

—Oyó usted mal. No es verdad.

—No, señor. Por supuesto que no, señor.

Harper se puso a silbar y miró el cielo despejado.

En la trinchera se percibió un movimiento y gruñidos de los hombres que se ponían en pie y fijaban las largas bayonetas en los mosquetes, entonces Sharpe se dio cuenta de que el cañoneo había cesado. Era el momento del ataque, sin embargo

carecía de la tensión que sintió en el ataque anterior, cuando estos mismos batallones fueron destrozados por los cañones franceses. Su instinto le decía que esta vez sería más fácil, porque los horribles disparos de balas calentadas que habían lanzado los cañones habían convertido las fortificaciones en un infierno para las guarniciones que estaban dentro. El teniente de fusileros desenvainó su sable, hizo una señal al pelotón suicida y escaló el lateral de la trinchera. En la cima, sin fuego enemigo, se detuvo. Les hizo una señal a sus hombres, que aguardaban abajo.

—¡Alto! ¡Alto!

—¿Qué diablos pasa?

Un teniente coronel se abrió paso por la trinchera. Llevaba el cuello oprimido por una cinta de cuero y tenía la cara roja y brillante por el calor.

—¡Venga, hombre!

—¡Se rinden, señor! ¡Una bandera blanca!

—¡Santo Dios!

El coronel subió gateando la pared de la trinchera y miró hacia San Cayetano, luego a San Vicente.

—¡Santo Dios!

Las tropas británicas que había en la trinchera se burlaron de los franceses y les gritaron insultos.

—¡Luchad, cabrones! ¿Tenéis miedo?

—¡Silencio! ¡Silencio! —les gritaba el coronel.

Solamente se veía la bandera blanca en San Cayetano, los demás fuertes permanecían en silencio, no se veían defensores en las ventanas. Sharpe pensó que tal vez era un engaño, una estratagema urdida por Leroux para conseguir la libertad, pero si era así no lo entendía. Tanto si eran derrotados por las bayonetas como si simplemente se rendían, las guarniciones francesas seguirían estando a la merced de sus captores y Sharpe todavía podría buscar entre la tropa a aquel hombre alto de mirada helada con una larga espada Kligenthal. La compañía se acomodó en la trinchera. Los rumores recorrían de arriba abajo la excavación, se decía que los franceses tan sólo querían evacuar a los heridos, luego que el enemigo quería tiempo para negociar la rendición. Algunos de los hombres dormían, roncando suavemente, y la tranquilidad de aquella tarde sin el fuego de cañón le pareció a Sharpe tremendamente pacífica. Miró a su izquierda y vio, por encima de los tejados, la celosía oscura del mirador. Había un agujero cuadrado negro que mostraba desde donde la marquesa estaría observando con su telescopio. Él deseaba que aquella tarde acabara, que los prisioneros formaran y quería a Leroux encadenado en el cuartel general. Entonces podría volver a la puertecilla, subir la escalera de piedra y pasar la última noche salmantina en el palacio Casares.

Un oficial que hablaba francés llevó una bocina hasta el parapeto de la trinchera y

gritó hacia San Cayetano. Las traducciones chapuceras recorrieron la trinchera. Los franceses querían recibir órdenes del comandante de San Vicente, pero Wellington no se lo permitía. Los británicos atacarían pasados cinco minutos y la guarnición tenía que elegir. Luchar o rendirse. Como para reforzar el mensaje los cañones de dieciocho lanzaron una última descarga y Sharpe oyó el rugido y el crepitar de las llamas detrás de él mientras se volvía a prender fuego en San Vicente. El oficial de San Cayetano les gritó a los británicos, el oficial británico que sabía francés respondió y luego otro mensajero bajó a la trinchera y le gritó algo al hombre que tenía la bocina. La orden se oyó claramente en la trinchera. El enemigo había perdido demasiado tiempo en discusiones. Tenían que retirar la bandera blanca porque el asalto era inminente. La orden se tradujo al francés, el teniente coronel desenvainó su espada, se volvió hacia la trinchera abarrotada y les gritó que avanzaran.

Los hombres vitorearon. Tenían las bayonetas preparadas, querían venganza, y se lanzaron hacia arriba por la pared de la hondonada, sin prestar atención al pelotón suicida que ahora ya era parte del ataque principal, y Sharpe iba con ellos. No dispararon los cañones de las troneras francesas. San Vicente, cuando Sharpe se giró para mirarlo, estaba ardiendo con intensidad. Los artilleros del fuerte francés más grande luchaban contra las llamas, no cargaban los cañones y el asalto no se vio perturbado por la metralla. La bandera blanca había desaparecido de San Cayetano, la habían retirado de las defensas destrozadas y en su lugar había una fila de soldados de infantería franceses. Los enemigos estaban sucios, manchados de humo y polvo, y apuntaban con sus rifles hacia el ataque. Se miraban los unos a los otros sin estar seguros de si se habían rendido o no, pero al ver a los atacantes saltando por encima de los cascos se decidieron. Dispararon.

Fue una descarga débil, poco efectiva, y tan sólo sirvió para herir a un puñado de hombres y enardecer a los otros. Se oyeron vítores desiguales, los primeros casacas rojas entraron en el foso que estaba medio lleno de cascos y luego subieron la tosca brecha hacia el fuerte. Los franceses no presentaron batalla. Los soldados de infantería lanzaron al suelo los mosquetes antes de que los atacantes llegaran hasta donde estaban ellos. No les hicieron caso, los empujaron a un lado y las tropas fluyeron hacia el interior del convento. Los edificios todavía humeaban y se veía donde se había prendido fuego. San Cayetano estaba lleno de británicos que vitoreaban dispuestos al saqueo; Sharpe se detuvo en el extremo del glacis y miró detrás de él. El pelotón del sargento McGovern estaba allí donde debía estar y Sharpe hizo bocina con sus manos.

—¡Detengan a cualquiera que huya! ¡Entendido!

—¡Sí, señor!

Sharpe le sonrió a Harper.

—Vamos de caza.

Desenvainó su espada pensando que tal vez ésa sería la última vez que la utilizaba y saltó al interior del foso. El ascenso hacia las defensas era fácil, pues la muralla del convento se había derrumbado y había caído al foso, y Sharpe fue corriendo por las piedras con la esperanza de que Leroux estuviera en ese primer edificio. Podía estar en cualquiera de los tres. Los franceses no habían podido abandonar los fuertes gracias al cordón de las compañías ligeras, pero no hubo manera de impedir que se movieran entre las construcciones en la oscuridad de la noche.

—¡Dios salve Irlanda! —gritó Harper deteniéndose en la cima.

San Cayetano parecía un osario cuyos cadáveres hubieran sido aplastados y quemados. Los prisioneros ilesos estaban reunidos en el patio central, pero en las murallas quedaba, junto a los cañones, un espantoso resto de la guarnición. El ansia de venganza de los atacantes se paralizó al ver aquel horror. Los casacas rojas se arrodillaban junto a los heridos, les daban agua, y todo soldado pudo imaginar lo que debía de haber sido la vida durante aquellas últimas horas bajo el bombardeo cerrado de los cañones. Había un hombre cerca de la brecha, sobre una camilla en la que Sharpe supuso que lo habían tendido para poderlo llevar deprisa al hospital, y parecía que aquella figura horrenda que gritaba de dolor simbolizara todo el sufrimiento de la guarnición. Era un oficial de artillería y su uniforme azul le recordó a Sharpe al hombre que él había matado en Badajoz. A este hombre le quedaba poca vida. Tenía la mitad de la cara cubierta de sangre, una masa informe allí donde había habido un ojo y tenía el vientre rajado por astillas de madera o por pedazos de hierro que le habían dejado las tripas, de un azul brillante entre sangre espesa, al aire y a merced de las moscas. Suspiraba, chillaba, pedía ayuda a gritos e incluso los hombres que estaban habituados al sufrimiento y a la muerte repentina encontraron que aquella agonía resultaba insoportable. Entre chillidos, el hombre jadeaba, gemía y lloraba. Dos soldados de infantería franceses ilesos estaban sentados en cuclillas junto al oficial. Uno le sostenía la mano. El otro intentaba contener la terrible herida de un color rojo azulado que había manchado el uniforme con sangre allí donde el fuego no lo había chamuscado. Sharpe miró al oficial de artillería.

—Hubiera sido más rápido dispararle.

—Ya otra docena de ellos, señor.

Harper señaló con la cabeza hacia otros hombres, algunos de ellos igualmente malheridos, otros quemados y Sharpe volvió a subir a la parte superior de la brecha para gritarle a McGovern.

—¡Van a salir los heridos! ¡Déjelos subir!

Ya había carros esperando en la cabeza de la trinchera, junto a la batería principal, para llevar a los franceses al hospital. Sharpe los iba deteniendo de uno en uno y luego miraba a los prisioneros que había en el patio. Leroux no estaba allí. Sin embargo, a Sharpe no le sorprendió. Esperaba que Leroux estuviera en el fuerte

principal, San Vicente, y se apresuró cuando empezó a registrar San Cayetano, pues sabía que el asalto a los otros estaría a punto de empezar. Corrió escaleras arriba por el interior del convento, abrió de un golpe las puertas que daban a habitaciones vacías, tosía cuando tenía que recorrer un pasillo lleno de humo para explorar las habitaciones amenazadas por las llamas, pero en el fuerte no había nadie. Los franceses estaban prisioneros abajo y los únicos hombres que había en las habitaciones superiores eran soldados británicos que se apoderaban de las posesiones de sus antiguos enemigos. Sharpe incluso miró a esos hombres con detenimiento, pues cabía la posibilidad de que Leroux se hubiera disfrazado con un uniforme británico, pero éste no estaba allí.

Se oyó un grito que provenía de abajo y Sharpe fue corriendo a la última habitación que no había registrado. Estaba vacía como todas las demás, pero tenía un telescopio como el de la marquesa, montado sobre un trípode y un soldado galés intentaba levantarlo.

—¡Déjelo!

El hombre se sintió ofendido.

—Lo siento, señor.

Sharpe vio las marcas del trípode en el suelo de madera y con cuidado alineó el telescopio otra vez sobre las viejas marcas. Supuso que quizá se había usado para recibir mensajes telegráficos cuando el ejército francés se hallaba cerca de la ciudad, pero no podía estar seguro. Miró a través de la lente, vio el cielo despejado e inclinó el tubo hacia abajo. La lente apuntaba a través de una ventana diminuta. Cualquiera que lo usara desde las marcas del trípode apenas podría ver nada por aquel espacio diminuto. Un trozo de cielo, luego la lente se estabilizó y Sharpe vio el cuadrado oscuro, el círculo de luz que reconoció como la lente de la marquesa sujeta por un aro de cobre. Sonrió. Alguien había intentado observar a la marquesa en su mirador y él no se lo podía reprochar, pues debía ser un infierno verse atrapado en ese diminuto fuerte. El oficial que había colocado la lente lo había hecho bastante atrás para que no se reflejara ninguna luz que pudiera traicionarlo, y debía haber rezado y deseado conseguir un vista de aquella belleza perfecta para olvidarse de aquel infierno que destrozaría las entrañas a cualquier hombre. Permaneció un momento con la esperanza de verla, pero no había señal de ella. Recordó el grito que provenía de abajo e hizo un gesto señalando a la lente.

—Puede quedárselo, soldado.

Corrió escaleras abajo y se reunió con Harper, que había vuelto a registrar las habitaciones; el grito había anunciado el descubrimiento del polvorín de los franceses. El edificio estaba ardiendo y bajo sus pies los barriles de pólvora iban a explotar en diminutos pedazos. Un oficial británico había organizado una cadena de hombres que iban subiendo los barriles, atravesaban el patio y los dejaban apilados en

el foso. Sharpe pasó aquella cadena a empujones sin hacer caso de las protestas, pero Leroux no estaba en aquel sótano.

Los otros dos fuertes todavía no se habían rendido; sin embargo, los británicos caminaban con bastante tranquilidad y despreocupación por el espacio exterior de San Cayetano. Los cañones franceses no disparaban, no había metralla que acribillara el aire. El sargento Huckfield había ordenado a su pelotón que se reuniera con el de McGovern y los dos sargentos saludaron a Sharpe cuando éste salió de la brecha. McGovern movió la cabeza con severidad.

—¿No hay señal de él, señor?

—No.

Sharpe envainó su espada. El teniente Price estaba esperando en la trinchera, preparado para ir a San Vicente, y Sharpe pensó en la larga tarde que tenían por delante. Él quería regresar al lado de la marquesa, quería acabar con esa faena y empezó a resentirse de la larga búsqueda bajo el insoportable calor. Miró a Huckfield.

—Lleve a sus hombres a La Merced. Espéreme allí.

No creía que Leroux estuviera en el fuerte más pequeño, pero había que cubrirlo. Se dirigió a McGovern.

—Deje a cuatro de sus hombres aquí, por si se ha escondido. Los demás que vayan al grande.

—Señor. Preferiría que fueran seis.

—De acuerdo, seis. —Pensó en lo que podría pasar si Leroux hubiera encontrado un escondite entre las ruinas humeantes—. Y usted también se queda, Mac.

—Señor —asintió McGovern con gravedad.

Dios, si hacía calor. Sharpe se quitó el chacó y se enjugó la cara. Llevaba la casaca desabrochada, colgando. Bajó gateando por el lateral del barranco con la vista levantada, mirando a San Vicente, y entonces vio que las tropas portuguesas empezaban su ascenso hacia la gran fortaleza en llamas. «Dejad que los muy cabrones se rindan rápido», pensó, y se apresuró; el sudor le empapaba la camisa nueva de lino que la marquesa le había dado. Tendría que bañarse en el palacio, pensó, y recordó el increíble lujo de la enorme tina, que llenaba un relevo de criados y la extraña sensación de verse sumergido en agua caliente. Sonrió al recordarlo y Patrick se preguntó en qué estaría pensando su capitán.

Los portugueses no encontraron resistencia. Las pequeñas figuras saltaban al interior del foso, trepaban por el emplazamiento de los cañones y no había mosquetes que les dispararan. Los franceses ya tenían bastante. Sharpe miró a sus pelotones.

—¡Venga!

El aire era sofocante. Cerca del fuerte mayor era incluso más caliente, alimentado por los fuegos que ardían en el edificio. Algunos franceses a los que los portugueses no prestaban atención saltaban desde las defensas y Price hizo que su pelotón fuera a

cortarles la huida. Sharpe subió corriendo el rudimentario glacis, el calor le abrasaba, y condujo al pelotón de Harper hacia el interior de las grandes defensas para encontrarse con el mismo cuadro que habían visto anteriormente. Los heridos necesitaban atención, los vivos se rendían, los muertos apestaban entre las piedras y los maderos caídos. Los portugueses ya iban empujando los barriles de pólvora desde las bodegas, los hacían rodar hasta un lugar a salvo mientras otros iban agrupando a los prisioneros y saqueaban las mochilas de los franceses. No había señal de Leroux. A tres franceses enormes los sacaron de las filas y Sharpe los miró con detenimiento, intentando descubrir un rastro delator, pero ninguno de ellos era Leroux. Uno tenía el labio leporino y no se pudo imaginar al coronel de la Guardia Imperial con aquella desfiguración, otro era demasiado mayor y el tercero parecía un bobalicón que sonreía sin ganas al oficial de los fusileros. No era Leroux.

Sharpe miró hacia los edificios en llamas y luego a Harper.

—Vamos a tener que registrarlo.

Lo registraron. Miraron en cada habitación en la que se pudiera entrar, e intentaron incluso mirar en aquellas en las que ningún ser humano podía permanecer con vida. Sharpe se tambaleó en el borde de una baldosa rota al mirar fijamente hacia un fuego que crepitaba y se elevaba hacia arriba, oyó cómo caían grandes vigas de madera y se dio cuenta de que ningún hombre podía estar vivo allí. Se puso la mano en la bolsa de municiones y el cuero estaba demasiado caliente y no se podía tocar, entonces se echó hacia atrás temiendo que de repente la munición del rifle explotara y sintió que le invadía la duda y la frustración. Estaba empapado en sudor, tizado y el sol seguía cayendo implacable sobre el edificio, los prisioneros se arremolinaban en el exterior y Sharpe maldijo a Leroux.

Price jadeaba bajo aquel calor.

—No lo he visto, señor.

Sharpe señaló hacia un grupo que estaba aparte.

—¿Quiénes son?

—Heridos, señor.

Miró a los heridos. Incluso hizo que uno de los hombres se quitara un vendaje de la cabeza y lamentó haberlo hecho. El hombre estaba muy quemado y no era Leroux. Sharpe miró la escena que se desarrollaba en el glacis.

—¿Cuántos prisioneros?

—Cuatrocientos aquí, señor. Al menos.

—¡Vuelvan a registrarlos!

Fueron recorriendo las filas, se detenían ante cada hombre y los prisioneros franceses los miraban con tristeza. Algunos eran altos, y a éstos los separaban de las filas hacia un grupo aparte, pero era inútil. Unos no tenían dientes, otros no tenían la edad, algunos eran parecidos pero no eran Leroux.

—¡Patrick!

—¿Señor?

—Busque a aquel oficial que hablaba francés. Dígale que venga a verme.

El oficial vino y ayudó gustoso. Les preguntó a los prisioneros si conocían al alto coronel Leroux o a un tal capitán Delmas y la mayoría de ellos se encogió de hombros, pero uno o dos dijeron que recordaban a un capitán Delmas que luchó muy bien en Austerlitz y otro recordaba a un Leroux que estuvo en la guardia de la ciudad de Pau. El sol era agobiante, reverberaba sobre las piedras rotas y el sudor le caía a Sharpe por los ojos, le picaban, y era como si Leroux se hubiera desvanecido de la faz de la tierra.

—¿Señor? —Harper señalaba al otro lado del barranco—. El pequeño se ha rendido.

Volvieron a cruzar la hondonada y, ahora que el tercer fuerte se había rendido, a los heridos desalojados de San Cayetano y de San Vicente se les permitió salir de la trinchera. Sharpe se preguntaba cuántos habrían muerto mientras esperaban bajo aquel sol abrasador. El oficial de artillería cuyas tripas estaban al aire a causa de una astilla voladora todavía seguía con vida, su rostro con aquella sangrienta asquerosidad donde hubo un ojo se balanceaba arriba y abajo, y Sharpe vio que Harper se tocaba el crucifijo mientras observaba la camilla que se lo llevaba hacia los carros. «Gracias a Dios», pensó Sharpe, y luego ascendió por la hondonada y se dirigió hacia La Merced.

Leroux no estaba allí. Leroux no estaba en ninguno de los fuertes y Sharpe y Harper volvieron a caminar por el amplio terreno baldío que estaba ardiendo en dirección a San Vicente; volvieron a registrar a los prisioneros que había en el glacis. Leroux no estaba allí. Por mucho que lo intentara, Sharpe no conseguía que ninguna cara le encajara con la del coronel francés. Miró al oficial que hablaba francés con frustración.

—¡Alguien debe conocerlo!

El teniente coronel estaba impaciente. Quería que se llevaran a los prisioneros para que sus hombres pudieran librarse de tener que vigilarlos bajo el sol de la tarde, pero Sharpe volvió a recorrer las filas una vez más con tozudez. Se enjugó el sudor que le caía en los ojos, escrutó las caras, pero sabía que no encontraría nada. Le hizo una señal de mala gana al coronel.

—He acabado, señor.

No había acabado. Volvió a registrar el convento en llamas, descendió al frescor de la enorme bodega que había sido el polvorín, pero no encontró señales del fugitivo. Finalmente, fue Harper el que admitió lo que Sharpe se negaba a admitir.

—No está aquí, señor.

—No.

Pero él no iba a darse por vencido. Si Leroux había escapado, y no se explicaba cómo, la marquesa estaba en peligro. El francés podía tardar días o semanas, o simplemente horas, antes de hacer algún movimiento. Sharpe se imaginó el cuerpo de aquella mujer entre las manos de aquel hombre y dio un golpe de espada dentro de un armario abierto, como si pudiera ocultar un doble fondo. Esperó a que se le aplacara la ira.

—Registren a los muertos.

Cabía la posibilidad de que Leroux estuviera entre los muertos, pero Sharpe sospechaba que el coronel alto e inteligente no se habría expuesto al fuego de artillería. Sin embargo, Sharpe tenía que registrar los cadáveres.

Los muertos apestaban. Algunos llevaban muertos dos días sin enterrar bajo aquel calor. Sharpe fue quitando con un rastrillo los cuerpos del montón y cuanto más se acercaba al fondo, mayor era su certidumbre de que Leroux no estaba allí. Volvió a salir hacia el glacis y se quedó mirando los otros dos fuertes.

La Merced estaba vacío, la guarnición se alejaba marchando hacia la cautividad y solamente McGovern, con su pequeño piquete, montaba guardia en San Cayetano. Sharpe miró al pelotón de Harper. Estaban muy cansados, reventados, y les hizo un gesto para que se sentaran. Se quitó su casaca y se la dio al teniente Price.

—Voy a echar otra ojeada en San Cayetano.

—Sí, señor —contestó Price cubierto de polvo y de sudor.

Harper acompañó a Sharpe, y por cuarta vez escalaron la hondonada y caminaron lentamente hacia el primer fuerte que había caído. El sargento McGovern no había visto nada. Sus hombres habían vuelto a registrar el edificio, pero él juraba que estaba vacío y Sharpe asintió con la cabeza.

—Vuelva con el teniente Price, Mac. Mande a un hombre para que traiga al sargento Huckfield.

La Merced no estaba muy castigada por el bombardeo y no había cadáveres en el fuerte pequeño, así que la única esperanza que les quedaba eran los muertos de San Cayetano. Sharpe y Harper penetraron lentamente en el patio horroroso y miraron el espantoso montón. No había más que registrar. Los cadáveres se repantigaban anormalmente después de haber sido rastrillados del montón. Sharpe miraba cada rostro y cada rostro le resultaba extraño. Se dirigió a uno de los pretilos que estaban menos dañados y se quedó con Harper mirando al otro lado del río. Las colinas verdes y peladas se veían pálidas bajo la luz del sol. Se miró las manos, manchadas de la porquería y la sangre de los muertos, y renegó con fuerza. Harper le ofreció su cantimplora sin decir nada. Sabía lo que estaba pensando Sharpe; que a la compañía ligera le habían encomendado una misión fácil, un destacamento que les había proporcionado días junto al río y noches en las bodegas, y a cambio ellos habían fracasado en la única cosa que se les había pedido que hicieran.

Los hombres de Huckfield marchaban en fila por debajo del pretil; el sargento levantó la vista hacia Sharpe y le ofreció ayuda. Sharpe negó con la cabeza.

—¡Aquí no hay nada! Siga adelante. Enseguida nos reunimos con usted.

—¿Y ahora qué? —preguntó Harper sentado en el pretil.

—No sé.

Echó una mirada al fuerte pequeño, el de La Merced, y pensó en si debería volver a registrarlo, pero sabía que estaba vacío. Podía esperar a que los fuegos acabaran de arder en San Vicente y luego rastrear entre las cenizas en busca de un cuerpo. ¡Por Dios! ¡Lo haría! Y derribaría los malditos conventos, piedra a piedra, hasta que encontrara al francés. Su camisa nueva estaba manchada y apestaba, la llevaba pegada al pecho a causa del sudor. Pensó en la marquesa, en el frescor de sus habitaciones, en el baño que le estaba esperando y el vino fresco en el mirador. Sacudió la cabeza.

—No puede ser que haya escapado. ¡No puede ser!

—Lo hizo antes —dijo Harper intentando consolarlo.

Entonces Sharpe pensó en la piel suave y sedosa de la marquesa arrancada de su cuerpo, pulgada a pulgada, y pensó en Leroux torturándola. Esa idea le hizo cerrar los ojos.

Harper se enjuagó la boca con agua y la escupió en el foso.

—Podemos volver a registrarlo, señor.

—No, Patrick. Ya está bien.

Se puso en pie y empezó a bajar las escaleras cansado hacia el patio. Odiaba tener que admitir el fracaso, pero no creía que otro registro diera con nada. Se detuvo para esperar a Harper y se quedó mirando a un cadáver francés al que le habían quitado las entrañas. El hombre estaba desnudo, la herida lo había dejado tan abierto que se le veía la columna a través del estómago, pero Sharpe no veía nada. Tan sólo miraba fijamente y los recuerdos le iban martilleando. Harper se fijó y miró también él hacia el cadáver.

—Tiene gracia, eso.

—¿El qué? —preguntó Sharpe abstraído en sus pensamientos. Harper señaló con la cabeza hacia el cadáver.

—A aquel pobre cabrón lo destriparon como a éste. Pero el otro estaba vivo.

—Sí —contestó Sharpe encogiéndose de hombros—. Tienen gracia las heridas. ¿Se acuerda del comandante Collett? No tiene ni una señal. Otros pobres cabrones viven con la mitad del relleno fuera.

Iba conversando para intentar ocultar su disgusto. Se apartó, pero Harper seguía mirando el cadáver.

—¿Viene, Patrick?

Harper se puso en cuclillas e intentó apartar las moscas con la mano.

—¿Señor? —llamó con voz preocupada—. ¿Usted diría que éste lo tenía todo, señor? Ya sé que es una auténtica porquería, lo es, pero...

—¡Oh, santo cielo! ¡Dios! —se exclamó Sharpe.

Sabía que las tripas del cadáver se podían haber perdido en una explosión, se las podían haber echado a los perros callejeros que revolvían en el terreno baldío por la noche... o las podían haber sacado para hacer el disfraz perfecto.

—¡Oh, Dios!

Los dos soldados empezaron a correr.

Capítulo 12

Los dos corrieron con todas sus fuerzas por las piedras, tropezando en los escombros de las casas en ruinas, y cogieron el camino más corto hacia la ciudad. El cordón de tropas ligeras que todavía permanecía en su sitio observó con asombro a aquellos dos hombres enormes, uno con la camisa manchada y sudada y blandiendo una espada enorme y el otro con un arma de siete cañones, que cargaba hacia ellos. Un hombre los apuntó con el mosquete desafiante.

—¡Despejen el camino! —El grito de Sharpe convenció al pelotón de que los dos eran británicos.

Sharpe se adentró el primero por el callejón desde donde cuatro días antes había partido el ataque frustrado. Los civiles abarrotaban las calles con la esperanza de ver algo de la agitación que se vivía en el terreno baldío, pero se apartaron apresuradamente ante aquellos dos hombres armados. Sharpe agradeció que el camino hacia el Colegio Irlandés, adonde llevaban a los heridos, fuese cuesta abajo.

Sin embargo, el hombre que con toda seguridad debía haberse colocado las tripas de otro hombre sobre el estómago, que se había manchado con sangre y hollín, que se había disfrazado con una herida tan horrible para que nadie creyera que iba a sobrevivir o que valía la pena preocuparse por él, les llevaba buena ventaja. Treinta minutos, incluso cuarenta, y Sharpe sentía una ira que le cegaba por su propia estupidez. «¡No confíe en nada y no confíe en nadie! Regístrelos a todos», y sin embargo la visión de aquel oficial de artillería destripado le había hecho alejarse con horror y compasión. Era el primer oficial que había visto en el interior del primer fuerte y estaba convencido de que tenía que ser Leroux, ahora en libertad en el interior de la ciudad.

Giraron hacia la izquierda, respiraban a boqueadas y Sharpe vio que todavía tenían una oportunidad. No era mucho, pero eso le hacía seguir. La muchedumbre levantaba los carros que transportaban a los heridos, se burlaban del enemigo y las tropas británicas contenían a la gente con mosquetes. Sharpe se abrió paso a empujones hasta el carro más cercano y le gritó al conductor.

—¿Es el primer lote?

—No, amigo. Ya se han ido media docena. Sabe Dios cómo llegarán.

El conductor había confundido a Sharpe con un soldado. Le había visto el rifle colgado al hombro, y sin la casaca y la faja Sharpe no tenía más distintivo de rango que la espada. Buscó con la mirada a Harper.

—¡Venga!

El capitán gritaba a la multitud, les empujaba, se libraron de la aglomeración que rodeaba a los heridos y siguieron corriendo colina abajo. Sharpe veía delante de ellos los carros vacíos frente a las escaleras del colegio. Unos centinelas impedían la

entrada sin hacer caso de las súplicas de los civiles que querían entrar para acabar con lo que había empezado el bombardeo británico. Aparte de los civiles, la mayoría jóvenes con navajas largas, no se oía otro alboroto en el colegio. Ni gritos, ni persecución, no había señal de que un herido hubiera vuelto repentinamente a la vida y se abriera paso hacia una libertad poco segura en las vengativas calles de Salamanca.

Sharpe subió los escalones de dos en dos y empujó contra la multitud que abarrotaba el recibidor que había frente a la puerta principal. Un centinela le dio el quién vive, pero al ver la espada y el rifle les hizo un hueco para que los dos hombres se abrieran paso a empujones. Aporrearon la puerta.

Harper estaba sin aliento. Sacudió la cabeza, y volvió a golpear la madera tachonada y miró a Sharpe.

—Espero que tenga razón, señor.

La compañía se había quedado en San Vicente sin saber adonde iban su capitán y su sargento.

Sharpe aporreó con el guardamano de acero de su espada.

—¡Abran!

Un portillo se abrió y se asomó una cara.

—¿Quién es?

Sharpe no respondió. Se abrió paso de un empujón, agachándose para atravesar la pequeña entrada, y ante él se encontró con un patio. Debía haber sido un lugar bonito, un refugio de paz en una ciudad pacífica, un pozo rodeado de hierba que a su vez estaba rodeado por un claustro de dos plantas tallado. Sin embargo, ahora era un lugar de reunión para los moribundos, el patio estaba lleno de los primeros heridos franceses que venían a unirse a los hombres que ellos hirieron cuatro noches antes. El patio estaba atiborrado de hombres que sangraban, de ordenanzas, y Sharpe se detuvo en la arcada y buscó con desespero al oficial de artillería que parecía tan malherido.

—¿Qué quieren? —preguntó un sargento agresivo que surgió de la portería—. ¿Quiénes son?

—Un oficial francés, herido. ¿Dónde está?

El tono de Sharpe le reveló al sargento que estaba hablando con un oficial.

El sargento se encogió de hombros.

—Los cirujanos están al fondo, señor, al otro lado del patio. El ala de los oficiales está arriba. ¿Cómo es?

—Tiene las tripas fuera. En una camilla.

—Pruebe donde los cirujanos, señor.

Sharpe echó una mirada al claustro superior. Estaba bastante oscuro, pero vio a dos o tres guardias británicos aburridos, con los mosquetes colgados y sin duda alguna había oficiales heridos en las sombras. Miró a Harper con su arma enorme.

—Pruebe arriba, Patrick. Y tenga cuidado. Tome a uno de esos guardias, que le ayude.

Harper sonrió y levantó el arma enorme.

—No creo que su hombre intente ninguna tontería.

Se dirigió hacia una de las escaleras curvas que conducían al ala de los oficiales. Sharpe se abrió camino entre los heridos hacia el sonido de gritos que indicaba el lugar donde trabajaban los cirujanos.

Se habían montado toldos sobre trozos de hierba para que el sol no quemara a los heridos. Un goteo constante de hombres extraía agua del pozo y la repartía con un cucharón del cubo que se hallaba suspendido junto a un complicado enrejado. Sharpe fue zigzagueando y mirando a los hombres que estaban en camillas, escrutó los rostros de los hombres en la profunda sombra de los claustros y luego fue al trozo de hierba que no estaba resguardado del sol, donde yacían los primeros muertos, fracasos del escalpelo u hombres que habían muerto antes de alcanzar la mesa manchada de sangre. Su instinto le decía que Leroux estaba allí, sin embargo no podía estar seguro, y casi esperaba encontrar al oficial de artillería herido yacente en el patio. Sharpe no lo encontró y se volvió hacia las salas de los cirujanos.

El coronel Leroux esperaba en el claustro superior. Ahora tan sólo necesitaba dos cosas: un caballo y una capa larga y sencilla para ocultar el aspecto horrible de su uniforme, y ambas debían estar esperándole a las tres en punto en el callejón detrás del Colegio Irlandés. Le hubiera gustado haberlas pedido para antes, pero no sospechaba que los británicos cortaran las negociaciones de rendición de forma tan tajante, y ahora se asomaba por entre los pilares de la balaustrada y reconoció la figura alta del oficial de fusileros de cabello castaño. Sharpe no llevaba casaca, pero se le reconocía con facilidad gracias a la espada larga y al rifle colgado. Leroux había oído un reloj de la ciudad dando la media, calculó que en esos momentos faltarían unos diez minutos para la hora, y tendría que correr un riesgo innecesario porque no le habían traído antes el caballo y la capa. Sin embargo, las cosas iban bien. Fue un contratiempo quedar atrapado en los fuertes en lugar de estar con uno de sus agentes en la ciudad, pero la huida fue planeada con meticulosidad y hasta el momento funcionaba. Fue uno de los primeros en entrar en el hospital y los cirujanos que esperaban apenas lo habían mirado. El hombre hizo gestos señalando hacia arriba porque resultaba obvio que ningún cirujano podría salvar al oficial de artillería herido. Lo dejarían morir en la sombra del claustro superior donde esperaban las salas de los oficiales. Leroux observó a Sharpe entrando en las estancias de los cirujanos y sonrió para sí; tenía poco tiempo.

Estaba incómodo. Se había amontonado sobre el estómago los intestinos de un muerto y había pasado las entrañas por el cinturón del uniforme prestado para que la masa húmeda, brillante y gelatinosa se mantuviera en su sitio. Se había salpicado a sí

mismo con sangre, se había empapado el cabello rubio hasta que le había quedado tieso y enmarañado y luego se había colocado un pedazo de carne irreconocible sobre el ojo izquierdo. Se había quemado algunos trozos del uniforme. La Klighenthal estaba junto a él, desenvainada, y él rezaba para que Sharpe se entretuviera en las salas de los cirujanos. Cada minuto que pasaba era valioso. Oyó la amigable voz del centinela apostado en el extremo superior de la escalera curva.

—¿Sargento, puedo ayudarle?

Leroux oyó que el recién llegado hacía callar al centinela y su instinto le advirtió del peligro, así que gimió, rodó hacia un lado y dejó que las tripas se escurrieran de su cuerpo. Las moscas protestaron. Escarbó con las manos y se arrancó las frías entrañas, luego se alcanzó el ojo izquierdo y lo limpió. Parecía que lo tuviera cerrado y pegado, y tuvo que escupirse en la mano y frotar otra vez hasta poder ver bien. Había llegado el momento de moverse.

Todo sucedió con tremenda rapidez. Un hombre que parecía estar moribundo gemía débilmente, y un segundo después se ponía en pie y llevaba en la mano una espada larga y gris. Era como algo que surgiera del infierno, algo que hubiera rodado y hozado y bebido en sangre; se liberó de la rigidez del brazo con un golpe de la espada y se dejó ir la voz con un gran grito de guerra: «¡En nombre del Emperador!».

Harper estaba mirando hacia otro lado. Oyó el grito, se giró y el centinela se interponía entre él y la figura demoníaca. Harper le gritó al hombre que se moviera, intentó echarlo a un lado con los cañones rechonchos de su gran arma, pero el centinela embistió débilmente con su bayoneta contra la horrible figura, la Klighenthal lo hizo a un lado y volvió para grabar una diagonal en la cara del centinela. El hombre gritó, cayó de espaldas sobre el arma de siete cañones y el impacto hizo que el dedo de Harper apretara el gatillo y el enorme fusil se disparara. Las balas martillaron inútilmente contra las baldosas, rebotaron en la balaustrada y el retroceso del arma, un retroceso que podía lanzar a un hombre de un barco, hizo girar a Harper en redondo y hacia atrás. El sargento intentaba mantener el equilibrio. Sólo tenía escalones a su espalda, y estaba en la parte interior de la curva, allí donde los escalones son más estrechos. Estaba a punto de caer y con su mano derecha buscaba apoyo; el centinela, gritando porque no veía, cayó a los pies de Harper y fue gateando para ponerse a salvo, su brazo fue a dar en el tobillo del enorme sargento y Harper cayó.

Harper se agarró con la mano a la balaustrada, tiró de ella con todas sus fuerzas y entonces vio que el oficial francés venía a por él con la espada dirigida al pecho de Harper, y parecía que la hoja se aceleraba al tiempo que la fuerza del francés penetraba en la embestida.

La hoja le tocó. La punta golpeó entre los muslos diminutos esculpidos del crucifijo de Harper. Se soltó de la balaustrada, gritó para alertar y prevenir a Sharpe,

pero sus piernas estaban atrapadas por el centinela y él sacudía inútilmente el brazo buscando el equilibrio; finalmente cayó a distancia de la espada. Rodó por la escalera.

Con la cabeza se dio en el octavo escalón. El sonido que se produjo se pudo oír por todo el patio y fue un chasquido sordo. Pareció que la cabeza rebotaba hacia arriba, el cabello castaño claro se agitó, la sangre le empezó a brotar; entonces la cabeza le volvió a caer y el cuerpo de Harper se fue deslizando hasta que se detuvo en la curva de la escalera. Se quedó, con los miembros extendidos y sangrando, con la cabeza hacia abajo sobre la escalera de piedra.

Leroux se dio la vuelta para irse y les gritó a los heridos franceses que le dejaran paso. Corrió hacia la izquierda, el camino más corto hacia la parte trasera del colegio, y los dos centinelas asustados se juntaron y apuntaron sus mosquetes. Uno se puso de rodillas, estiró del pedernal y Leroux se detuvo. Estaban demasiado lejos para que cargara contra ellos. El hombre disparó y la bala pasó sin herir al francés, pero el otro esperó demasiado y Leroux se alejó. Daría un rodeo con la esperanza de que no hubiera centinelas; la espada se sentía estupendamente en su mano, como algo con vida, y él se echó a reír de placer.

Sharpe estaba en el interior de las salas de los cirujanos cuando oyó el rugido del arma de siete cañones; se dio la vuelta y corrió, saltando por encima de los cuerpos tirados sobre la hierba, justo para ver caer a Harper, vio el cuerpo enorme que rebotaba contra los escalones y gritó con una rabia que hizo que los ordenanzas del hospital se apartaran de su camino. Subió los escalones de tres en tres y saltó el cuerpo de Harper, del que goteaba sangre que formaba un charco en el escalón justo de debajo. El sargento no decía nada y no se movía.

Sharpe alcanzó el extremo superior de la escalera cuando Leroux regresaba al lugar donde arremetiera contra Harper. Sharpe sentía una rabia inmensa. No sabía si Harper estaba vivo o muerto, pero sabía que estaba herido; Harper era un hombre que hubiera dado su vida por él, un amigo, y Sharpe se encontraba frente al hombre que le había herido. El capitán de fusileros subió los últimos escalones con el rostro desencajado por la ira y su larga espada resonó en el aire cuando la dirigió hacia el francés, pero Leroux la paró. Leroux se agarraba la muñeca derecha con la mano izquierda de manera que toda su potencia estuviera en la Kligenthal y las hojas chocaron.

Sharpe sintió el golpe de acero contra acero como si fuera un golpe de almádena que le insensibilizara el brazo derecho. Se quedó rígido tras el esfuerzo del golpe y el retroceso de las hojas frenó su acometida, amenazó con derribarlo hacia atrás, pero también a Leroux lo había parado, el encuentro de las dos espadas lo había sacudido y el coronel francés estaba asombrado por la intensidad del ataque, por la fuerza que arremetía contra él y que le seguía amenazando.

La Kligenthal atacó cuando el eco del primer golpe estrepitoso rebotó desde el

otro lado del patio. Sharpe paró la estocada con la punta hacia abajo y luego giró su propia espada con tal rapidez que Leroux retrocedió de un salto y el extremo de la hoja de Sharpe pasó a tan sólo media pulgada de la cara del francés. Una y otra vez Sharpe iba sintiendo que le invadía el regocijo porque él tenía la misma rapidez que ese hombre y su misma fuerza, y Leroux paraba con desesperación, retrocediendo. Lo único que hacía Klighenthal era bloquear las acometidas de la vieja espada de caballería. Entonces Leroux tocó piedra con los talones, se hallaba contra el muro y no podía escapar de Sharpe. El francés echó una mirada a su derecha, vio por donde debía ir y notó que el rostro de Sharpe se retorció, al esforzarse por dar un último golpe que lo cortaría a él por la mitad. Levantó la Klighenthal con fuerza, un golpe que no tenía nada del arte de esgrima, tan sólo una acometida mortal como última defensa, y las espadas resonaron en el aire, la Klighenthal pasó junto a Sharpe y la acometida del fusilero fue parada.

Las dos hojas se encontraron, filo contra filo, de nuevo el choque les sacudió los brazos y los cuerpos, y lo que se oyó no fue un sonido metálico, ni una música discordante. Sharpe se desmoronó porque el sonido era sordo y su espada, que le había acompañado durante cuatro años en todos los campos de batalla, se había roto con el impacto del acero gris, hermoso y asedado de la Klighenthal. Sharpe sintió cómo desaparecía, sintió cómo el golpe estremecedor se convertía en una caída, y vio que la parte superior de la hoja se partía y se desplomaba como si el acero no fuera más que caramelo. Se rompió, gris y rajada, y la punta cayó con estridencia sobre las losas; Sharpe se quedó con una empuñadura y un muñón mellado. Él se golpeó contra las piedras, rodó hacia Leroux e intentó darle con el muñón al francés en la ingle, pero Leroux se echó a reír aliviado, se apartó y elevó su espada, con la punta hacia abajo, para asestarle el golpe mortal.

El centinela que no había disparado su arma iba andando pesadamente por la esquina del claustro, apartó a codazos a dos oficiales franceses heridos y le gritó al hombre manchado de sangre cuya espada estaba en el aire. El centinela levantó el mosquete de un golpe, Leroux lo vio, él olvidó a Sharpe y echó a correr. El fusilero lanzó el trozo de espada, falló y rodó hacia sus pies con el rifle cayéndosele del hombro.

—¡Eh!

La protesta del centinela se dejó de oír cuando disparó el mosquete. Levantó de una sacudida el cañón y el pedernal echó chispas; lo único que consiguió fue no darle a Sharpe, que había entrado en su línea de fuego. La bala pasó junto a Sharpe y él sintió su fuerza sobre la mejilla, pasó junto a Leroux y se aplastó contra la pared a lo lejos. Leroux corría sin enemigos frente a él y con la larga Klighenthal en la mano.

El brazo de Sharpe era lento, estaba como entumecido por el choque de las espadas, y manipulaba el pedernal del rifle. Leroux había llegado hasta una puerta

que había al fondo y tiró de la manilla, luego golpeó la puerta con el puño. Seguía cerrada. De nuevo estaba atrapado.

Sharpe se puso en pie. El pedernal retrocedió y sintió con satisfacción que el pesado resorte se comprimía. Hizo un chasquido al colocarse en su sitio, el rifle estaba preparado. Caminó hacia Leroux, que seguía aporreando la puerta a tan sólo veinte pasos de Sharpe. Sharpe apuntó con el cañón.

—¡Quieto!

El francés se agachó hasta tocarse la bota y cuando lo hizo la puerta se abrió. Sharpe vio que levantaba la mano y que en ella había una pistola de cañón octogonal, Leroux llevaba una pistola de duelo. Dio un grito, echó a correr y, apartando de la puerta al sacerdote irlandés, Curtis, entró. Sharpe le gritó al viejo que se apartara de su camino pero la puerta se cerró y Sharpe no tuvo tiempo de apuntar, así que apretó el gatillo y la bala hizo saltar una astilla del marco de la puerta. Había fallado el tiro.

Leroux volvió a abrir la puerta y levantó lentamente la mano derecha con el cañón de la pistola escorzado. Sonrió, inclinó la mano, de manera que la pistola apuntara bajo a Sharpe, y el fusilero vio la llama en la cazoleta, se lanzó a un lado, vio la humareda frente a Leroux y sintió que un gran golpe le estremecía el cuerpo. Entonces pareció como si todo estuviera sucediendo a poquísima velocidad. La puerta se cerró tras su enemigo. Sharpe seguía corriendo, el rifle se le caía, resonaba y rebotaba, y el dolor se extendía por todo su cuerpo, pero intentaba correr. Se oyó un grito de auténtico dolor, un grito que recorrió el patio, pero Sharpe no se daba cuenta de que era su propio grito y seguía empeñado en correr. Una rodilla le chocó contra las losas pero él aún lo seguía intentando, sus manos se agarraban a la sangre reciente, de un rojo brillante, y él gritaba, caía. Resbaló sobre las piedras, se arrastró y la sangre brotaba detrás de él y le manchaba las piernas que se sacudían, y seguía oyendo el grito.

Fue arrastrándose hasta la puerta, se acurrucó, agarrado a un mundo de dolor que nunca hubiera imaginado, y gritó inútilmente. La sangre manó de entre sus dedos, que se agarraban al estómago como si pudiera llegar hasta su interior y arrancarse el horror que lo desgarraba. Entonces, a Dios gracias, dejó de gritar y se quedó callado.

El reloj de la catedral dio las tres.

Capítulo 13

El soldado Batten estaba preocupado y así se lo hizo saber al resto de la compañía.

—Ese cabrón no se merece nada, ¿no es cierto? ¿Sabéis a qué me refiero? Nadie contestó.

Esperaban en el glacis del fuerte San Vicente. El teniente Price miró el reloj y se quedó contemplando el fuerte vacío de San Cayetano. Batten esperaba una respuesta. Se rascó el sobaco.

—Fue un jodido soldado, lo era y sigue siéndolo. Haciéndonos esperar.

Nadie respondió y Batten se animó con su silencio.

—Siempre jodiendo, ¿os habéis dado cuenta? Nuestra compañía no es lo suficientemente buena para él, no, no para el jodido señor Sharpe. ¿Sabéis a lo que me refiero?

Miró a su alrededor en busca de apoyo.

El sargento Huckfield había ido en busca de Sharpe. Los hombres veían su abrigo rojo en la hondonada que conducía a San Cayetano. Uno o dos hombres dormían. Price se sentó en un enorme adoquín hecho de albañilería y puso el abrigo de Sharpe a su lado. Estaba preocupado.

Batten se hurgó en la nariz con la uña y luego la lamió.

—Podríamos estar aquí sentados toda la puñetera noche y a él no le importaría un carajo.

Daniel Hagman abrió un ojo.

—El impidió que te colgaran del puñetero cuello hace dos años. No tenía por qué haberse molestado.

Batten se echó a reír.

—No podían colgarme. Era inocente. A Sharpe le tiene sin cuidado. Se ha olvidado de nosotros hasta que nos necesite otra vez. Probablemente esté emborrachándose con Harps. Esto no es justo.

El sargento McGovern, un escocés tranquilo, se levantó y extendió los brazos. Caminó ceremoniosamente hacia el soldado Batten y se puso firmes.

—Atención.

—¿Por qué? —soltó Batten en un tono de queja y sorpresa a la vez, lo cual era su mejor defensa en este mundo tan irritante.

—Porque voy a romperte la asquerosa cara.

Batten se fue alejando poco a poco del escocés y miró la espalda del teniente Price.

—¡Eh! ¡Teniente, señor!

Price no se movió.

—Siga, sargento.

Los hombres rieron. Batten miró a McGovern.

—¿Mi sargento?

—Cierra tu maldita boca.

—Pero, mi sargento...

—Cállate o levántate.

Batten, herido, bajó la cabeza con dignidad y se entretuvo con el agujero derecho de su nariz, haciendo comentarios sin que lo oyeran los de la compañía. El sargento McGovern se dirigió al teniente atentamente. Price miró.

—¿Mi sargento?

—Todo esto es un poco extraño, señor.

—Sí, lo es.

Los dos vieron que Huckfield cruzaba el foso del fuerte central. Price se dio cuenta de pronto de que McGovern, siempre formal, todavía seguía firmes.

—Descanse, sargento, descanse.

—Señor —McGovern bajó ligeramente los hombros—. Gracias, señor.

Price miró el reloj. Las cuatro menos cuarto. No sabía qué hacer y se sintió desamparado sin Sharpe ni Harper. Sabía que el sargento escocés estaba insinuando que se debía tomar una decisión y sabía que McGovern tenía razón. Miró a San Cayetano, vio la chaqueta roja de Huckfield en un parapeto, luego desapareció y, después de una larga espera, Huckfield apareció en el punto más alto y extendió las manos vacías. Price suspiró.

—Esperaremos hasta las cinco, sargento.

—Sí, señor.

El comandante Hogan había esperado a Sharpe, primero en el barranco, luego en el cuartel general, pero el destino del coronel Leroux no era la única preocupación del irlandés. Wellington, ahora que los fuertes estaban ocupados, estaba ansioso por salir de la ciudad. Quería informes del norte y del este y Hogan trabajó toda la tarde.

No fue hasta las seis y media cuando el teniente Price, intentando evitar un toque de atención por parte del cuartel general, entró en la habitación de Hogan. El comandante le miró, presintió problemas y frunció el entrecejo.

—¿Teniente?

—Se trata de Sharpe, señor.

—¿El capitán Sharpe?

Price asintió tristemente.

—Le hemos perdido, señor.

—¿Y Leroux?

Hogan casi se había olvidado de Leroux. Daba por sentado que era problema de Sharpe, mientras él podía concentrarse en descubrir qué nuevas tropas se unirían a

Marmont. Price negó con la cabeza.

—Ni Leroux, señor.

Price resumió los sucesos de la tarde.

—¿Qué han hecho desde entonces?

Al fin y al cabo, no gran cosa. El teniente Price buscó en San Cayetano otra vez, luego en La Merced y después llevó a la compañía a sus alojamientos con la esperanza de que Sharpe apareciera.

No estaban ni Sharpe ni Harper, sólo un desorientado teniente Price. Hogan consultó su reloj.

—¡Dios mío! ¿Le han perdido durante cuatro horas?

Price asintió.

Hogan gritó.

—¡Cabo!

Una cabeza se asomó por la puerta.

—¿Señor?

—El parte, ¿está aquí?

—Sí, señor.

—¿Algo extraño, aparte de los fuertes? ¡Rápido, hombre!

No tardó mucho tiempo. Un fusilamiento y una pelea en el hospital, un francés se había escapado y la guardia de la ciudad ya estaba alertada, pero no había rastro del fugitivo.

—¡Vamos, hombre!

Hogan tiró de su chaqueta y de su sombrero y condujo al teniente Price al Colegio Irlandés.

El sargento Huckfield, que había ido con Price hasta la puerta principal del cuartel general, se unió a ellos y fue él quien aporreó la verja, que seguía cerrada para evitar la venganza de los ciudadanos. Los guardias de la verja no tardaron mucho en escuchar la historia de una persecución. Un hombre resultó herido, probablemente en la sala del hospital, ¿y el otro? Los guardias se encogieron de hombros.

—No lo sabemos, señor.

Hogan señaló a Price.

—Salas de oficiales. Regístrenlas. ¿Sargento?

Huckfield se puso firme.

—¿Señor?

—Las salas de los otros soldados. Busque al sargento Harper. ¡Ahora mismo!

Leroux en libertad. Este pensamiento obsesionaba a Hogan. No podía creer que Sharpe hubiera fallado, necesitaba encontrar al fusilero porque, pensó, seguramente Sharpe podría aclarar el episodio. ¡Era imposible que Leroux estuviera libre!

Los oficiales médicos todavía estaban trabajando; a los hombres que no estaban

tan gravemente heridos, les sacaban restos de pequeñas piedras que habían penetrado en los defensores franceses a causa del bombardeo. Hogan fue de habitación en habitación pero nadie recordaba al capitán fusilero. Uno recordó al sargento Harper.

—Sin sentido, señor.

—¿Quiere decir que está loco?

—No. Desmayado. Sólo Dios sabe cuándo lo recobraré.

—¿Y su oficial?

—No he visto a ningún oficial, señor.

¿Seguía Sharpe todavía sobre la pista de Leroux? Como mínimo existía una esperanza y Hogan se aferraba a ella. El sargento Huckfield encontró a Harper, sacudió al enorme irlandés por el hombro, pero Harper seguía fuera del mundo, roncando, incapaz de pronunciar una palabra.

El teniente Price bajó las escaleras de caracol. Estaba pestañeando, era casi incapaz de hablar.

—¿Qué ha pasado?

—No está aquí, señor.

—¿Está seguro?

Price asintió y respiró hondo.

—Pero le dispararon, señor. Y ha sido grave, señor.

Hogan sintió un escalofrío. Se hizo un silencio durante unos segundos.

—¿Disparado?

—Grave, señor. Y no está en las habitaciones del hospital.

—Oh, Dios mío. —Huckfield sacudió la cabeza incrédulo.

Hogan se había aferrado a la idea de un Sharpe vivo, un Sharpe persiguiendo a Leroux, un Sharpe que podía ayudarle, y no podía asimilar estas últimas noticias. Si Sharpe estaba herido y no se hallaba en las salas del hospital para los oficiales, entonces se hallaba...

—¿Quién lo vio?

—Una docena de franceses heridos, señor. Se lo contaron a los oficiales británicos. Y el capellán castrense.

—¿El capellán castrense?

—En el piso de arriba, señor.

Hogan corrió por el mismo camino que Sharpe había corrido, subió las escaleras de dos en dos dando golpes secos con la espada y corrió hacia las habitaciones de Curtis. A Price y Huckfield, que se quedaron fuera, la espera se les hizo interminable.

Curtis contó su historia, que había abierto la puerta y se había encontrado a un oficial francés.

—Parecía muy malherido. Ensangrentado de pies a cabeza. Me empujó hacia dentro y luego cerró la puerta. El salió por la ventana. —Señaló la ventana alta que

daba al callejón—. Había un hombre allí con un caballo y una capa.

—Así que se ha ido.

—Sin dejar rastro.

—¿Y Sharpe?

Curtis cruzó las manos como si fuera a rezar.

—Gritó, gritaba terriblemente. Luego paró. Abrí la puerta otra vez. —Se encogió de hombros.

Hogan apenas se atrevía a hablar.

—¿Está muerto?

Curtis se encogió de hombros.

—No lo sé —no se percibía esperanza en la voz del viejo.

Hogan insistió en volver a repasar la historia, desmenuzándola, como si algún detalle nuevo pudiera de alguna manera cambiar el final, pero se fue con el rostro severo y bajó la escalera de caracol lentamente. No le dio explicaciones a Price, simplemente volvió a hablar con los oficiales médicos. Les amenazó, les dio órdenes, utilizó todo el poder del cuartel general, pero seguía sin haber noticias. Uno de ellos atendió a un paciente con herida de bala y lo salvó. Se trataba de un teniente del ejército portugués, pero estaban bastante seguros de no haber visto oficiales británicos con heridas de bala.

—Tuvimos unos cuantos soldados.

—¡Bravo! ¡A un oficial fusilero! ¡El capitán Sharpe!

—¿Él? —se exclamó el último oficial médico encogiéndose de hombros—. Nos habrían hablado de él. ¿Qué pasó?

—Le dispararon —contestó Hogan cargándose de paciencia.

El oficial médico movió la cabeza. El aliento le olía al vino que había estado bebiendo durante la larga tarde.

—Si le dispararon aquí, lo habríamos visto. La única explicación es que nunca llegó hasta aquí. —El hombre se encogió de hombros—. Lo siento, señor.

—¿Quiere usted decir que está muerto?

El oficial médico se encogió de hombros otra vez.

—¿Ha mirado en las salas del hospital? ¿No está aquí? —Hogan negó con la cabeza. El oficial médico hizo un gesto con un cuchillo lleno de sangre señalando hacia el patio—. Pruebe con los enterradores.

A un lado del colegio había un pequeño patio donde, en otros tiempos, vivían los criados. Esto era cuando el Colegio Irlandés albergaba a seminaristas irlandeses expulsados de Inglaterra. Hogan encontró a los enterradores en el patio. Estaban trabajando, limpiaban los ataúdes, cosían mortajas para los franceses muertos y no recordaban a Sharpe. El olor en aquel pequeño patio era horrible. Los cuerpos yacían allí donde los habían tirado y los enterradores parecían vivir a base de ron. Hogan

buscó al hombre más sobrio.

—Explíqueme qué hace aquí.

—¿Señor?

El hombre sólo tenía un ojo, le faltaba parte de la mejilla pero se hacía entender. Parecía sentirse orgulloso de que un oficial se interesase por todo aquello.

—Los enterramos, señor.

—Lo sé. Quiero saber qué pasa.

Si al menos Hogan pudiera encontrar el cuerpo de Sharpe, la más dolorosa de las preguntas tendría una respuesta.

El hombre se sorbió la nariz. Tenía una aguja e hilo grueso en la mano.

—Amortajamos a los franchutes, señor, a menos que sean oficiales, por supuesto, éstos van a parar a un ataúd. Un bonito ataúd, señor.

—¿Y los británicos?

—Oh, a un ataúd, señor, desde luego, si tenemos suficientes, si no se amortajan como a éstos. A menos que no tengamos mortajas, señor; entonces simplemente los pinchamos con la aguja y los enterramos.

—¿Los pinchan?

El hombre guiñó el ojo bueno. Estaba caldeando el ambiente para dar su explicación. Junto a las rodillas tenía a un soldado francés, con cara de muerto. Estaba blanco como la cera y la mortaja estaba medio cerrada con unos puntos de sutura grandes y toscos. El hombre cogió la aguja y la hundió en la nariz del francés.

—¿Ve, señor? No sangra. Esto significa que no está vivo, ¿me sigue, señor?, y si lo estuviera no le gustaría que lo sacudiéramos repentinamente. Tuvimos uno hace cuatro días. —Miró a uno de sus sádicos compañeros—. ¿Cuatro días, Charlie? ¿Aquel de Shropshire que se sentó y vomitó? —Volvió a mirar a Hogan—. No resulta agradable que a uno lo entierren vivo, señor. —Señaló la aguja—. Es *como* un alivio saber que nosotros los cuidamos y nos aseguramos de que estén realmente muertos.

La gratitud de Hogan no era siquiera cordial. Señaló un montón de ataúdes hechos con torpeza.

—¿Los entierran?

—No, señor. A los franchutes los podríamos arrojar al foso. Lo que quiero decir es que no tiene sentido hacer un gran montaje si pensamos en lo que han estado intentando hacernos a nosotros; no sé si me entiende, señor. En cambio, sus oficiales son diferentes. Ellos podrían...

Hogan le cortó.

—¡Me refiero a los británicos, estúpido! ¿Qué pasa con ellos?

El experto en enterramientos, ofendido, se encogió de hombros.

—Sus compañeros se ocupan de ellos, ¿no?, quiero decir, señor, que el batallón les hace un servicio correcto con el capellán castrense. Allí están esperando su

enterramiento. —Señaló el montón.

—¿Y qué pasa si usted no sabe quién son?

—Los tiro, señor.

—¿Qué ha ocurrido con los cuerpos que han llegado hoy?

—Eso depende, señor. Algunos se han ido, otros están esperando y a algunos como a éste los están atendiendo —dijo revistiendo la frase de dignidad.

Sharpe no se hallaba en ninguno de los ataúdes. El señor Huckfield abrió las tapas de los ataúdes con una palanca pero todas las caras eran de extraños. Hogan suspiró, miró las golondrinas y luego a Price.

—Probablemente ya esté enterrado. No lo entiendo. No está ni aquí ni en el hospital.

Hogan no daba crédito a sus propias palabras.

—¿Señor?

Huckfield estaba registrando el montón de uniformes que habían rasgado, registrándolos con un cuchillo y que luego habían lanzado bruscamente a un rincón del pequeño patio. Tenía la guerrera de Sharpe, la típica guerrera de color verde que Sharpe le había quitado a un oficial francés de la Guardia Imperial muerto. Tanto Hogan como Huckfield la reconocieron al instante.

Se volvió hacia el hombre de un solo ojo cuyos puntos de sutura, ahora que un oficial se hallaba presente, eran más pequeños y pulcros.

—¿De dónde procede esta ropa?

—De los muertos, señor.

—¿Recuerda al hombre que la llevaba puesta?

El hombre torció la vista con el ojo.

—Primero los recibimos desnudos y a veces la ropa nos viene después. —Se sorbió la nariz—. Los cabrones ya la han inspeccionado, nosotros sólo la quemamos. —Miró de cerca la guerrera—. Debe de haber sido de un franchute.

—¿Sabe qué cuerpos son los franceses?

—Por supuesto, señor. Los cabrones nos lo dicen cuando los traen.

Hogan se volvió hacia Huckfield y señaló al montón de franceses muertos y amortajados.

—Ábralos, sargento.

Se fijó, casi por primera vez, en la gran mancha de sangre que había en la guerrera. Era inmensa. Ningún hombre podía haber sobrevivido a eso.

Los enterradores protestaron cuando Huckfield empezó a rajar las mortajas grises, pero Hogan les hizo callar y él y Price vieron cómo iba apareciendo una cara tras otra. Ninguna de ellas era la de Sharpe. Hogan se volvió hacia el enterrador.

—¿Ya han enterrado a alguno?

—Sí, señor. Dos carretadas esta mañana, señor.

Por lo tanto, Sharpe fue enterrado en una fosa común junto con sus enemigos. Hogan empezó a sollozar y tragó saliva, pataleó como si tuviera los pies fríos y miró a Price.

—Es su compañía ahora, teniente.

—No, señor.

La voz de Hogan era dulce.

—Sí. Será mejor que se vayan por la mañana. Encontraré el batallón en San Cristóbal. Se lo tendrá que comunicar al comandante Forrest.

Price movió la cabeza con obstinación.

—¿No deberíamos encontrarle, señor? Me refiero a que lo mínimo que podemos hacer es cavarle una tumba decente.

—¿Quiere que cavemos las tumbas de los franceses muertos?

—¡Sí, señor!

Hogan sacudió la cabeza.

—Lance una descarga sobre la tumba mañana por la mañana. Con esto bastará.

«Eso es todo lo que Sharpe hubiera deseado», pensó Hogan mientras volvía caminando lentamente al cuartel general. No, no era cierto. El no sabía lo que Sharpe quería, salvo el éxito y demostrar que un hombre que procedía de la nada era capaz de competir con cualquiera, de ser tan bueno como el más privilegiado y quizá sería mejor que encontrara la paz ahora en vez de luchar por conseguir aquel sueño remoto, pero tampoco le agradó este último pensamiento. No era mejor que los otros. Sharpe había sido turbulento, ambicioso, pero Hogan siempre pensó que algún día Sharpe se sentiría satisfecho. Entonces, Hogan se sintió ofendido por Sharpe, ofendido porque había sido asesinado y de este modo les negaba su amistad a todos los que aún vivían. Hogan no podía imaginarse la vida sin Sharpe. Justo cuando parecía que la vida podía llegar a un equilibrio en el que se podía confiar en el fusilero para alterar las cosas y convertir el tedio en algo excitante, todo había terminado. Un amigo había muerto.

Muy cansado, Hogan subió las escaleras del cuartel general. Los oficiales venían del comedor cuando él entraba por el pasillo. Wellington vio la cara de Hogan y se detuvo.

—¿Comandante?

—Richard Sharpe ha muerto, señor.

—No.

Hogan asintió.

—Lo siento, señor.

Y contó lo que sabía. Wellington escuchaba en silencio. Recordaba a Sharpe cuando era un sargento. Juntos habían recorrido muchas millas y durante mucho tiempo. Vio el dolor en la cara de Hogan y lo comprendió, pero no sabía qué decir. Movi6 la cabeza.

—Lo siento, Hogan, lo siento.

—Sí, señor.

De pronto Hogan se dio cuenta de que la vida a partir de entonces no tendría sentido. Richard Sharpe había muerto.

Capítulo 14

Los cirujanos no le habían mentido al comandante Hogan. Recordaban a Patrick Harper, tan atontado por el golpe que parecía muerto, y lo habían explorado y palpado sin encontrar nada roto, así que lo pusieron en una sala donde pudiera roncar hasta que recobrará el conocimiento.

Otro hombre había intervenido en la lucha en el claustro superior. Cuando se lo habían llevado a los cirujanos todavía respiraba, pero débilmente, y la pérdida del conocimiento había hecho que se le aliviara el dolor. Un ordenanza le había arrancado la vaina vacía y el cinturón de la espada, le había cortado la camisa por la espalda y le había visto las viejas cicatrices de los azotes. Levantaron el cuerpo hasta la mesa manchada de sangre.

Los cirujanos, salpicados con la sangre fresca que brillaba sobre las manchas coaguladas y reseca de las operaciones de aquella semana, trataron de coger los pantalones de Sharpe, los rajaron con enormes tijeras y vieron la herida baja en el lado derecho del abdomen de Sharpe. El sacudió la cabeza y renegó. La sangre manaba del agujerito de la herida, se derramaba y corría hacia el muslo y la cintura, y el cirujano ni siquiera se molestó en coger un cuchillo. Se inclinó, se acercó al pecho musculoso y percibió que la respiración era débil, tan débil que resultaba casi inaudible. Le cogió la muñeca; primero no le encontraba el pulso, estaba a punto de dejarlo pero entonces lo sintió; un latido débil, fino, diminuto. Le hizo una señal con la cabeza al ordenanza y luego al herido.

—Ciérrela.

No era mucho lo que podía hacer, salvo evitar que el hombre muriera desangrado, y a veces él pensaba que eso sería más compasivo con ese tipo de heridas. Un ordenanza agarró a Sharpe por los pies y se los aguantó con fuerza, el segundo pellizcó la piel sobre la herida, tiró de la carne, de la sangre y de los hilos del uniforme, todo junto, procurando no tocar con los dedos el agujero del que manaba sangre. El cirujano se fue hacia el brasero, cogió el atizador y cauterizó la herida. El herido se sacudió, jadeó y gimió, pero la inconsciencia lo contuvo y la sangre dejó de manar. El humo se elevaba sobre el abdomen ensangrentado, el hedor a carne quemada se le metió al cirujano en la nariz.

—Póngale una venda. Lléveselo.

El ordenanza que había cerrado la herida hizo un gesto con la cabeza.

—¿No hay nada que hacer, señor?

—No.

La bala estaba dentro. El cirujano era capaz de cortar una pierna en noventa segundos, podía sondar buscando una bala y extraerla de junto al fémur en sesenta, podía recomponer miembros rotos, incluso podía extraer una bala del pecho de un

hombre si no le había penetrado en el pulmón, pero nadie en el mundo, ni siquiera el famoso cirujano de Napoleón el general Larrey, podía extraer una bala alojada en la parte inferior del abdomen. Éste era un hombre muerto. La respiración seguía siendo muy débil, la piel empalidecía y el pulso desaparecía. Cuanto antes muriera mejor, pues el resto de su vida no iba a ser más que dolor. Su vida sería corta. La herida pasaría a ser un absceso, empezaría a pudrirse, y al cabo de una semana ya estaría enterrado. El cirujano, irritado consigo mismo por su minuciosidad, echó a Sharpe hacia un lado y vio que no había herida de salida. Sin embargo, sí vio las cicatrices de los azotes. Un alborotador que había acabado mal.

—Llévenlo abajo. ¡Siguiente!

Lo vendaron, lo desnudaron y sus ropas, tal como estaban, las tiraron a un rincón donde las pudieran registrar a placer. Había muchos hombres que escondían monedas en las costuras de sus ropas, y los ordenanzas conseguían una buena recompensa por su trabajo. Uno de ellos miró aquella cara pálida.

—¿Quién es?

—No sé. Supongo que francés. —Los pantalones de Sharpe eran franceses.

—No seas estúpido. Los franceses no azotan a los cabrones.

—¡Sí lo hacen!

—¡Que no lo hacen!

—Eso importa poco. Se está muriendo. Llévaselo a Connelley. Lo ha dicho el doctor.

El sargento Harper podría haberles dicho que Sharpe era un oficial británico, pero el sargento Harper estaba inconsciente y Sharpe no llevaba nada que indicara su rango, tan sólo las cicatrices de unos azotes que le había dado Obadiah Hakeswill en un pueblo de la India hacía años. Parecía un soldado raso, lo trataron como tal y lo llevaron escaleras abajo a la bodega, donde los doctores dejaban morir a los desahuciados. La sala de la muerte.

El sargento Michael Connelley, él mismo desahuciado por una intoxicación etílica, oyó los pasos y giró el bulto enorme y grueso que era su cuerpo.

—¿Qué tenéis?

—No sé, sargento. Podría ser un franchute, podría ser uno de los nuestros, pero no lo dice.

Connelley miró aquella cara, el vendaje y le hizo una cruz con rapidez sobre el pecho.

—Pobre cerdo. Al menos está tranquilo. Bien, chicos, allí al fondo. Nos queda un poquito de sitio.

Connelley se sentó en el banco, inclinó la botella de ron sobre la cara y observó cómo llevaban al nuevo hombre por entre la oscuridad de la húmeda bodega de ladrillos.

—¿Lleva dinero?

—No, sargento. Pobre como un irlandés.

—¡Ten cuidado! —gruñó Connelley y escupió en el suelo—. Tendrían que haberme puesto con los oficiales de arriba. Aquí llega poco dinero. —Volvió a echar un trago.

Empujaron a Sharpe hasta la pared, lo estiraron en un delgado jergón de paja lleno de bultos y su cabeza quedó en el espacio donde el arco de ladrillo se juntaba con el suelo. Había un montón de mantas sucias bajo la única ventana, que tenía una reja en el extremo superior del arco, y el ordenanza cubrió con una el cuerpo desnudo, que había recogido las piernas en posición fetal.

—Aquí lo tiene, sargento, todo suyo.

—Y de verdad que queda en buenas manos.

Connelley no era un hombre desagradable. Pocos hubieran aceptado su trabajo, pero a él no le importaba. Intentaba que las últimas horas de sus moribundos pasaran lo mejor posible, sin embargo él esperaba que, incluso en la hora de la muerte, los hombres tuvieran clase. En particular si había franceses moribundos en su sala. En ese caso les hablaría a los heridos británicos, les exhortaría a morir como hombres, a no deshonrarse ante el enemigo.

—Tendrás un funeral como Dios manda, ¿no? —les decía—. Con todo el regimiento y las armas a la funerala, los honores pertinentes y estás haciendo más ruido que una señorita. ¡Qué vergüenza, hombre! ¿Pero no quieres morir bien?

Les señaló a los dos ordenanzas hacia el fondo de la sala y les habló.

—Hay uno muerto por allá.

El sargento grande hacía la ronda por el pasillo central de vez en cuando, con un cubo de agua y un cazo, con la intención de tocarles los pies a los pacientes para ver si habían muerto. Se acercó a Sharpe y se acuclilló junto a él. La respiración era lenta, como un ligero quejido en la garganta; Connelley le puso la mano en el hombro desnudo y estaba frío.

—Ah, pobre hombre. ¡Te va a coger la muerte!

Caminó pesadamente hacia la ventana, cogió otra manta, la sacudió como si así le pudiera quitar los piojos que infectaban las costuras y la puso sobre la otra manta. Un hombre en la otra punta chilló de dolor y Connelley se dio la vuelta.

—¡So, chico! ¡So! ¡Tranquilo! ¡A morir bien!

Un francés gritó y Connelley se sentó en cuclillas junto a él, le cogió la mano y le habló de Irlanda. Le explicó al desconcertado francés la belleza de Connaught, de sus mujeres, de prados tan fértiles que un cordero engordaba en una semana, de ríos tan caudalosos que los peces suplicaban para que los pescaran; el francés se calló y Connelley le acarició el cabello y le dijo que era valiente y que estaba orgulloso de él mientras al otro lado de la rejilla el cielo se iba oscureciendo en el crepúsculo. Los

ordenanzas volvieron a bajar y arrastraron al francés, que había muerto, escaleras arriba, con la cabeza dando golpes.

El dolor era como un sueño para Sharpe, y a veces salía a flote de entre las profundidades del dolor y gritaba, y otras veces se adentraba en sus pliegues asfixiantes y el sueño lo retorció por dentro, se separaba de él, pero una parte se clavaba en él como la lanza que aguantaban los soldados indios en las manos y que lo había clavado al árbol, a las afueras de Seringapatam; salvo que ésta era oscura, oscura, y él gritaba y sollozaba a causa del dolor.

—¡So, muchacho! —exclamó Connelley con la botella a medio camino hacia sus labios—. Eres un valiente, seguro que sí. Sé valiente, chico.

Sharpe estaba tumbado de lado. Volvía a ser un niño, golpeado, atado al banco en el hospicio, y el brazo se le caía con estrépito una y otra vez, la vara de los azotes se le astillaba dentro, la cara del supervisor pasaba a ser la cara de Wellington y esa cara se reía de él.

Soñaba. Teresa estaba allí, pero no recordaba aquel sueño, y no sabía que soñaba con la marquesa. El crepúsculo se volvía oscuridad, noche en Salamanca, y debía de haber sido su última noche en el amplio lecho con cortinajes negros. Gemía sobre el jergón y Connelley, medio borracho, le gritaba con su sonsonete que muriera bien.

Se durmió. Soñó que las ratas masticaban la masa de harina y agua que se había apelmazado en el pelo de un soldado. A los reclutas les obligaban a dejarse el pelo largo y cuando estaba bastante largo se lo estiraban hacia atrás y se lo enrollaban alrededor de una coleta de cuero, se lo estiraban tanto que algunos chillaban cuando les daban el tirón y se lo retorcían. Al cabello hecho una madeja se le daba la forma de una cola, de cinco pulgadas, una coleta sólida que endurecían con una masa hecha de harina y agua para que quedara bien tiesa y blanca, y algunas veces, de noche, las ratas roían aquella cola. Luego, emergiendo del dolor, recordaba que hacía una docena de años que no le ponían aquella masa en el pelo, que el ejército había abandonado aquella moda y que las ratas eran de verdad, que se arrastraban por el extremo de la bodega, y él les tosía, les escupía con fuerza, se encogía de dolor y gritaba.

—A morir bien, chico, a morir bien.

Connelley se había despertado. Lo tenían que haber relevado hacía horas, pero raramente lo hacían. Lo dejaban beber en paz con los moribundos. El sargento irlandés se puso en pie, gimió al sentir el dolor y volvió a gritarle a Sharpe.

—Sólo son las ratas, chico, no te tocarán mientras estés vivo.

Sharpe se dio cuenta entonces de que el dolor era real, que no era un sueño, y deseó estar soñando otra vez, pero no podía. Abrió los ojos a aquella húmeda oscuridad y el dolor le latía dentro, le hacía sollozar, e hizo fuerza con las rodillas para levantarse. Se puso en tensión pero el dolor era terrible y envolvente.

La vela de junco que había en las escaleras vacilaba sobre la pared de la bodega. Los ladrillos brillaban con la humedad, oscuros, descendiendo en forma de curva hacia la cabeza de Sharpe, y se dio cuenta de que estaba en ese lugar para morir. Recordó a Leroux, a la marquesa, y se dio cuenta de que había sido demasiado confiado y que todo había terminado. Había llegado lejos, desde el hospicio hasta ser un capitán del ejército británico, sin embargo ahora estaba tan desamparado como el chiquillo atado al banco que golpeaban con la vara. Iba a morir, estaba indefenso, como un niño; sollozó para sí y el dolor era como ganchos que lo desgarraban. Volvió a soñar.

El sacerdote irlandés se burlaba de él, lo apuñalaba en un costado con una lanza larga y Sharpe se dio cuenta de que lo enviaban al infierno. Soñó que estaba en un amplio edificio, tan alto que el tejado estaba cubierto de niebla, y él estaba clavado con la lanza larga en el mismo centro del suelo. Era diminuto y en el gran espacio resonaba una risa, una risa de loco que retumbaba y aporreaba el enorme edificio. Se dio cuenta de que en un segundo el suelo se abriría y él caería interminablemente, caería hacia los abismos del infierno. Luchó por salir de aquel sueño y regresar al dolor. No iría al infierno, no iría, y no moriría, pero el dolor le hacía desear dormir o gritar.

Los ladrillos brillaban por encima de su rostro. Le goteaba lentamente agua fría sobre el jergón. Sabía que estaba en medio de la noche, en el reino de la muerte y que las ratas pasaban corriendo junto a la pared. Intentó hablar, arrancándole las palabras al dolor, pero su voz era como el viento que mece los cardos.

—¿Dónde estoy?

Connelley estaba borracho, dormido y no obtuvo respuesta.

No estaba Harper. Sharpe recordaba su cuerpo sobre las escaleras, su amigo, y la sangre que formaba un charco sobre el escalón. Sharpe lloró porque estaba solo, se moría y allí no había nadie. No había nadie. Ni Harper, ni Teresa, ni madre, ni familia, tan sólo una bodega húmeda y fría llena de ratas, el reino de la muerte. Toda la gloria de la bandera que avanza entre el humo de la batalla, todo el orgullo de un soldado, de las bayonetas que ondean bajo el sol y de las botas que avanzan a través de los fogonazos hacia la victoria, todo acababa aquí. En un sala de desahuciados. No estaba Harper. Ni su sonrisa burlona, ni los pensamientos que compartían sin hablar, ni más risas.

Sollozó y entre sollozos se juró que no moriría.

Sentía el dolor por todo el cuerpo, hizo fuerza y bajó la mano derecha; se encontró con las piernas desnudas, y luego movió la mano izquierda y se encontró con el vendaje. Palpó alrededor del vendaje, alrededor del bajo vientre, y el dolor se elevó como un grito en su interior provocando como una hinchazón roja e inmensa que lo volvió a sumir en la inconsciencia. Soñó que tenía la espada rota, rajada,

inutilizada. Soñó.

Un hombre chilló en la habitación, fue un grito agudo y tembloroso que asustó a las ratas y despertó a Connelley.

—¡Alto ahí, muchacho! Está bien, sí, aquí estoy. ¡Eh, chico, va! Tranquilo. ¡A morir bien!

—¿Dónde estoy?

La voz de Sharpe no se oyó entre el ruido. Lo sabía. Había visto salas de moribundos anteriormente.

El hombre que había gritado estaba ahora llorando, pequeños gritos entre tragos patéticos, y el sargento Connelley tragó con rapidez un poco de ron, se metió la botella en un bolsillo y se fue caminando por la sala con el cubo de agua. Había otros hombres que se movían, lloraban pidiendo agua, pidiendo a sus madres, pidiendo luz, pidiendo ayuda, y Connelley les gritaba a todos.

—Estoy aquí, chicos, aquí, y vosotros sois chicos valientes, ¿verdad? ¡Venga, sed valientes! Tenemos franceses, aquí, y no querréis que piensen que somos débiles, ¿no?

Sharpe respiraba a boqueadas cortas, débiles y juraba que no moriría. Intentó olvidar el dolor, pero no podía, e intentó recordar a hombres que habían salido con vida de la sala de los desahuciados. No podía. Tan sólo podía pensar en su enemigo, el sargento Hakeswill, que había sobrevivido a la horca; Sharpe se juró que no moriría.

Connelley hacía que los hombres callaran con su dura ternura. Iba caminando por la habitación, se detenía junto a algunos, se encontraba con que otros habían muerto, consolaba a otros. Sharpe se veía arrastrado por el dolor; era como algo vivo, que lo atrapaba, y debía luchar contra él. Connelley se arrodilló junto a él, le habló y Sharpe oyó el acento irlandés.

—¿Patrick?

—¿Ahora te llamas Patrick? Y nosotros creyendo que eras franchute. — Connelley le acarició el pelo castaño.

—¿Patrick?

—Y buen nombre que es ése, chico. Yo me llamo Connelley y soy de Kilkieran Bay y tú y yo iremos a pasear juntos por aquellas colinas.

—Muriendo —dijo Sharpe con la intención de que sonara a pregunta pero le salió como una afirmación.

—¡Que va! Dentro de nada perseguirás a las mujeres, ya lo verás.

Connelley cogió la botella de ron, le levantó suavemente la cabeza a Sharpe y le echó un poquito entre los labios.

—Ahora duerme, Patrick, ¿me oyes?

—No voy a morir —dijo Sharpe con suavidad, como si fueran suspiros.

—¡Claro que no! —dijo Connelley bajándole la cabeza—. A nosotros, irlandeses, no pueden matarnos.

Reculó hacia el pasillo y se puso de pie. La sala estaba más tranquila ahora, pero Connelley sabía que en cualquier momento se iniciaría de nuevo el ruido. Eran como cachorritos, los moribundos. Cuando uno se excitaba toda la carnada empezaba a gañir, y uno necesitaba algo de silencio para beber y morir bebiendo. Les iba cantando, caminaba pasillo arriba y pasillo abajo y les cantaba la canción del cabo, aquella que hablaba de la vida del soldado, e iba repitiendo una y otra vez el estribillo como si con la canción quisiera conducirlos a una muerte digna de un soldado.

Capítulo 15

A la mañana siguiente el teniente Price hizo marchar a la compañía hasta un campo al oeste de la ciudad, donde se había cavado una fosa común para los franceses. Los hombres de la compañía estaban conmocionados, incrédulos. Se detuvieron junto al agujero. Price se quedó mirando al interior de la fosa. Parecía como si unos perros hubieran estado escarbando en la parte en que los cuerpos amortajados estaban ya cubiertos de tierra. Un centinela se encogió de hombros.

—Hemos cogido a un loco aquí esta mañana, señor. Intentaba desenterrar los cuerpos.

Estaban en dos filas. Price le hizo una señal a McGovern con la cabeza.

—Proceda, sargento.

Parecía del todo insuficiente. Se dieron las órdenes, se colocaron los mosquetes y los rifles sobre los hombros y la descarga resonó en las casas. Todo parecía deprimente, erróneo, insuficiente. Cuando la descarga y el eco se desvanecieron se oyó un repentino estallido de campanas procedente de la ciudad, un repique de campanas de victoria y de júbilo, y la compañía se alejó de ellas y se dirigió hacia el norte, dejando tras de sí una nube de humo que se elevó sobre la tumba. Hogan escuchó la descarga a distancia y luego oyó el clamor de las campanas; se estiró el uniforme, se quitó el bicornio y entró en la catedral. Era domingo. Se iba a celebrar un tedeum por la liberación de Salamanca y por la destrucción de los fuertes. Sin embargo, era una celebración que carecía de entusiasmo. La catedral estaba llena, abarrotada de vistosos uniformes, de ciudadanos sombríos y de sacerdotes con sotana, y el órgano retumbaba en el gran espacio. Pero Hogan no sentía otra cosa que una inmensa tristeza. La congregación cantaba y contestaba, como era debido, sin embargo sabían que Salamanca tan sólo estaba liberada temporalmente, que el ejército de Marmont todavía debía ser destruido, y algunos de ellos, los mejor informados, sabían que otros cuatro ejércitos franceses estaban en España y que ninguna ciudad estaría liberada hasta que los derrotaran. Y el precio que pagarían sería alto. Una buena parte de Salamanca ya había sido destrozada para dejar un espacio libre alrededor de las fortificaciones. La ciudad había perdido claustros, patios, colegios y casas; todo reducido a cascotes.

Después del servicio, Wellington se quedó bajo las fantásticas tallas de las grandes puertas del oeste, frente al palacio del obispo, y recibió el aplauso de la multitud. Se abrió paso entre ellos, saludando con la cabeza y sonriendo, a veces agitaba el sombrero, pero buscaba a alguien con la mirada. Vio a Hogan y con el sombrero le hizo una señal al irlandés.

—¿Mi señor?

—¿Ya está?

—Sí, mi señor.

Wellington sacudió la cabeza en señal de aprobación.

—Esta noche nos ponemos en marcha.

El general avanzó y Hogan se quedó atrás. Habían puesto una discreta guardia en El Mirador. No fue una decisión fácil. Poner una guardia en El Mirador significaba tener que decirle a los guardias escogidos quién era el custodiado y por qué era importante, sin embargo, con Leroux en libertad, era lo único que se podía hacer. Le habían encargado la misión a lord Spears, que ya tenía el brazo bien pero aún no estaba en forma para cumplir con sus obligaciones normales. Primero se mostró reacio, pero cuando le dijeron que El Mirador no tenía que estar custodiado en casa, tan sólo en los lugares públicos, cedió. Todavía le quedaría tiempo, al parecer, para jugar. Entonces le revelaron la identidad de El Mirador y él abrió los ojos incrédulo.

—¡Que me maten, señor! ¡No lo hubiera adivinado nunca! —exclamó.

Nadie del cuartel general, excepto Wellington y Hogan, conocían cuáles eran las nuevas funciones de lord Spears. Hogan tenía en cuenta que Leroux contaba con una conexión dentro del cuartel general británico.

Todo lo que se podía hacer se había hecho, pero de mala gana, porque Hogan todavía no acababa de entender que Sharpe estuviera muerto. Aquella mañana había visto dos veces a oficiales de fusileros caminando por las calles y en ambas ocasiones el corazón le dio un vuelco porque creía ver a Sharpe y luego le recordaba. Richard Sharpe estaba muerto y el ejército iba a ponerse en marcha sin él. Hogan esperó a que la multitud se dispersara y se fue caminando lentamente, desconsolado, por las calles.

—¡Señor! ¡Señor! —le gritó una voz desde el pie de la colina—. ¡Comandante Hogan!

Hogan miró hacia abajo por la empinada calle por la que pasaba. Un grupo de prisioneros encadenados eran conducidos por la policía militar, y uno de ellos apaleaba a un hombre engrilletado con la culata del mosquete. Hogan reconoció la voz. Corrió.

—¡Basta! ¡Basta!

Los policías se giraron. Ellos eran la policía del ejército, que desagradaba a todos, y observaron cómo se iba aproximando Hogan con agresividad. El sargento Harper, que era el que había gritado, seguía en el suelo. Levantó la vista hacia Hogan.

—¿Les va a decir a esta escoria que me dejen ir, señor?

Hogan sintió un alivio inmenso cuando vio a Harper. Había algo tremendamente tranquilizante en aquel compañero irlandés. Harper eran tan inseparable de Sharpe que de repente Hogan sintió una esperanza loca; que si Harper estaba vivo, también lo estaría Sharpe. Se agachó junto al sargento, que se frotaba el hombro allí donde el policía le había golpeado.

—Pensé que estaba en el hospital.

—Y estaba. Pero ya he salido de aquel infierno. —Harper estaba furioso. Escupió en el suelo—. Me he despertado esta mañana, señor, temprano, con una cabeza del diablo. Fui a buscar al capitán Sharpe.

Hogan se preguntó si Harper aún no lo sabría. Se preguntaba por qué lo habían arrestado. Los policías se movieron malhumorados y uno le sugirió a otro que fuera en busca de su capitán. El hombre se marchó.

Hogan suspiró.

—Creo que está muerto, Patrick.

Harper lo desmintió con obstinación sacudiendo la cabeza.

—No lo está, señor.

Las cadenas tintinearón cuando levantó la mano para hacer callar a Hogan.

—El guardia de la puerta me dijo que estaba muerto; dijo que lo habían enterrado con los franceses.

—Así es. —Hogan había hablado con el sargento de la puerta en el Colegio Irlandés—. Lo siento, Patrick.

Harper volvió a sacudir la cabeza en señal de negación.

—No está allí, señor.

—¿Qué quiere decir?

—Lo he buscado. No está allí.

—¿Ha buscado bien? —preguntó Hogan al tiempo que por primera vez se daba cuenta de que Harper llevaba los pantalones manchados de tierra.

Harper se levantó, sobresalía por su altura de entre los otros prisioneros.

—He rasgado más de veinte mortajas, señor, incluso las que apestan. Y puedo asegurarle que no estaba allí. —Se encogió de hombros—. Yo creí que, al menos, se merecía un entierro como Dios manda.

—¿Qué quiere decir?

Hogan se detuvo. La esperanza crecía en él, pero no quería creerlo. Se volvió hacia el policía.

—Libérelo.

—No puedo hacerlo, señor. Las normas.

Hogan era un hombre más bien pequeño, normalmente apacible, pero cabía en él una ira temible. La descargó sobre el policía militar, lo amenazó con los mismos grilletes, lo amenazó con batallones de castigo en la islas Fever y el policía se arrugó ante aquel ataque y abrió inmediatamente las cerraduras de las esposas. Harper se estaba frotando las muñecas cuando regresó el otro policía con su capitán. El capitán le echó una mirada despectiva al prisionero liberado, saludó a Hogan y empezó a dar una explicación.

—El prisionero fue encontrado esta mañana, señor, profanando a los muertos...

—Cállese —ordenó Hogan irritado. Miró a Harper—. ¿Dónde están sus armas?

Harper señaló con la cabeza hacia los policías.

—Las tienen estos cabrones, señor.

Hogan miró al capitán.

—Las armas del sargento Harper me han de ser entregadas en el cuartel general del ejército dentro de una hora. Hay que limpiarlas, bruñirlas y ponerles aceite. ¿Entendido?

—Sí, señor.

Harper le pisó el pie al hombre que le había golpeado con un mosquete. Hogan vio que la cara del hombre se crispaba de dolor, Harper hizo más fuerza, luego el sargento se retiró con una mirada de sorpresa en el rostro.

—Disculpe. —Miró a Hogan—. ¿Vamos a buscarlo, señor?

Hogan había visto el chichón y la sangre que Harper tenía en la cara. Se lo señaló con la mano.

—¿Y eso?

—Horrible de verdad, señor. Es como si un cabrón escarbara en mis sesos. Sobreviviré.

Harper se encaminó calle arriba y Hogan lo alcanzó.

—No tenga tantas esperanzas, Patrick. —No le gustaba tenerlo que decir, pero debía hacerlo—. Le dispararon y los cirujanos no lo vieron. —Hogan tenía que apresurarse para alcanzar al enorme sargento—. Probablemente esté enterrado con los británicos, Patrick.

Harper sacudió la cabeza en señal de negación.

—Desde luego no está enterrado, señor. Probablemente esté sentado en la cama pidiendo a gritos el desayuno. Siempre resulta muy cortés por las mañanas.

Hogan sacudió la cabeza.

—Usted no me ha oído. No atendieron a ningún oficial británico con una herida de bala.

No le gustaba tener que hacer perder las esperanzas a Harper, sin embargo el sargento irlandés se mostraba impasible.

—¿Usted lo ha buscado?

—Sí. La sala de oficiales, la de los cirujanos, los muertos que hay en el patio.

—¿Las salas de otras graduaciones?

Hogan se encogió de hombros.

—El sargento Huckfield lo buscó a usted, no vio a Sharpe. ¿Por qué había de estar allí?

Harper torció la cara de dolor.

—¿No atendieron a ningún oficial?

A Hogan le dio pena Harper. Finalmente la verdad salía a la luz.

—Lo siento, Patrick. No, no atendieron a ninguno.

—Claro que no. El muy cabrón no llevaba la casaca puesta, e indudablemente le vieron las cicatrices de la espalda.

—¿Que qué?

Hogan esquivó a un aguador que agitaba el pitorro de cuero con la esperanza de que el comandante le comprara. Harper se encogió de hombros.

—El le dejó la casaca al teniente, ¿no es así? Hacía tanto calor allá afuera. Luego los cirujanos debieron verle la espalda. Como la mía.

Tanto Harper como Sharpe habían recibido azotes, y las cicatrices no habían desaparecido.

Hogan maldijo al ausente teniente Price, a quien no se le ocurrió mencionar la casaca de Sharpe. Empezó a correr sintiendo una repentina esperanza que le producía vértigo y subieron las escaleras del colegio en dos saltos. Aquella esperanza permaneció en él cuando entraron en la sala de los hombres. Hogan imaginaba la cara de Sharpe cuando los viera, el alivio, el bromear por haber sido confundido con un soldado raso, o incluso con un francés, pero allí no había rastro de Sharpe. Registraron cada habitación, dos veces, y las caras que había en el suelo eran las mismas. Harper se encogió de hombros.

—Quizá se levantó y les dijo quién era.

Los ordenanzas negaron tal cosa. No habían visto oficiales, ningún paciente que se quejara por estar en aquella sala. Sharpe no estaba. La esperanza se desvaneció. Incluso Harper se resignó.

—No puedo desenterrar a los británicos, señor.

—No, Patrick.

Uno de los ordenanzas se había sumado a la búsqueda. Seguía vagando, esperanzado, entre el montón de heridos. Miró a Hogan y parecía que le costaba hablar.

—¿Estaba malherido, señor?

—Sí —contestó Hogan asintiendo con la cabeza.

—¿Y el reino de Connelley, señor?

—¿El qué? —El ordenanza señaló hacia la ventana, a una puertecita en el otro extremo del patio—. La sala de los desahuciados, señor. La bodega.

Cruzaron la hierba pasando bajo los toldos que todavía estaban tendidos sobre el pozo, y Harper tiró de la puerta y la abrió. Una pestilencia surgió bajo aquel sol, un hedor a pus, a sangre, a vómito, a suciedad y a muerte. Se veía una luz en el extremo de la escalera, débil, la luz vacilante de una vela de junco y la gruesa masa de un hombre se asomó.

—¿Quién hay?

—Amigos. ¿Quién es usted?

—Connelley, su señoría. Sargento. ¿Vienen a relevarme?

—No.

Harper bajó las escaleras, pisaba con cuidado, pues estaban resbaladizas y el hedor a enfermedad y a muerte cada vez era peor. La sala se llenaba de gemidos y gritos, pero los cuerpos estaban completamente quietos, como si en la oscuridad ensayaran para la tumba.

—Buscamos a un hombre con una cicatriz en la cara y varias en la espalda. Le dispararon ayer.

Connelley se tambaleó ligeramente, era evidente que iba bebido.

—¿No será usted irlandés?

—Sí. ¿Conoce al hombre?

—¿Una cicatriz, dice? Todos tienen cicatrices. Son soldados, no lecheras.

Connelley dejó ir un quejido y se sentó en su banco. Señaló con la mano hacia la ventanita con barrotes.

—Ayer nos llegó un tipo irlandés, le habían dado. Patrick se llamaba. Hace una hora estaba vivo, pero no durará. Nunca duran.

Hogan había descendido las escaleras y el sargento gordo y borracho miró sorprendido el uniforme del oficial.

—Oh, Dios mío, si es un oficial, no hay duda.

Se puso con dificultad en pie y agitó la mano para ir a saludar. El saludo se convirtió en un saludo a toda la sala.

—Ah, todos ellos son buenos chicos. Saben morir como hombres, sí señor, y no hace falta que tengan oficiales encima, señor, ellos cumplen con su deber.

Harper empujó suavemente a Connelley hacia el banco. Cogió la antorcha del soporte y empezó a buscar por la habitación. Hogan lo observaba y sintió que sus esperanzas se convertían en nada. Los cuerpos estaban tan quietos, tan inútiles... La sala era como una tumba.

Harper se puso en cuclillas bajo el techo de ladrillo y mantuvo la antorcha sobre los cuerpos. Primero fue hacia la izquierda por la parte más oscura de la bodega y los rostros que vio estaban pálidos. Algunos dormían, otros estaban muertos, y otros miraban cómo pasaba la luz y sus ojos mostraban la terrible esperanza de que la antorcha presagiara alguna ayuda, algún milagro. Muchos se estremecían bajo las mantas. Los mataría la fiebre, si no lo hacía la herida.

Harper no podía imaginarse que un hombre de esa sala pudiera sobrevivir, pero esa era la sala de los moribundos y estaban allí para morir. El gran sargento Connelley parecía un tipo bastante decente. Los encargados de algunas salas de moribundos se limitaban a deslizarles una daga entre las costillas porque no podían soportar los interminables gritos, quejidos, el comportamiento infantil e inútil de los moribundos. Harper se giró al llegar al extremo de la pared y paseó la antorcha por el otro lado. Se detuvo varias veces y retiró las mantas húmedas que cubrían algunas

caras; vio la fiebre y olió la muerte. Pasó junto a las escaleras donde estaba Hogan, al lado del banco de Connelley.

—¿Algo, sargento? —preguntó Hogan con un susurro que mostraba preocupación.

Harper no contestó. Se detuvo junto a otro hombre cuyo rostro estaba oculto y cuyas piernas estaban recogidas. Harper tiró de la manta que lo tapaba hasta el cabello castaño. Tenía otra manta debajo y el hombre se agarraba a ella, ocultando el rostro, y Harper tuvo que abrirle los dedos para poder tirar de ella.

Tenía los ojos rojos. Las mejillas ya estaban hundidas. La cara pálida y el cabello empapado de agua y sudor. Harper no percibía respiración alguna, sin embargo los dedos no estaban fríos, y el enorme irlandés pasó un dedo por la larga cicatriz. Los ojos no se movieron. Estaban fijos en el vacío, en el lugar por donde se habían movido las ratas durante la noche.

—Eh, cabrón. ¿Qué está haciendo aquí?

Sharpe movió los ojos lentamente, los levantó hacia la cara que vacilaba bajo la luz de la antorcha.

—¿Patrick? —dijo sin apenas fuerza en la voz.

—Sí.

Harper miró hacia atrás a Hogan.

—Está aquí, señor.

—¿Vivo? —preguntó Hogan con una voz que apenas era algo más que un susurro.

—Sí, señor.

«Pero tan sólo un poco —pensó Harper—, pendiendo de un hilillo, pero vivo.»

Capítulo 16

Marmont había partido en dirección norte, alejándose del río Tormes, cuarenta millas hacia el valle del río Duero. El polvo que levantaba aquella retirada de los franceses se elevaba, formando espirales, de las ruedas, las botas y los cascos de los caballos del ejército; polvo que cubría los campos de trigo bajo el sol. Era como el rastro fino de humo de un fuego que quemara una hierba tremendamente alta. Se desvanecía, se desviaba hacia el este empujado por la brisa procedente del lejano Atlántico, y las llanuras de León se quedaron vacías salvo por los halcones, los lagartos, las amapolas y el aciano que manchaban con colores la tierra blanquecina.

El lunes 29 de junio, día de San Pedro y San Pablo, al ejército británico se lo tragó la neblina de la inmensa llanura. Se dirigían hacia el norte siguiendo a Marmont y lo único que les venía de allí eran rumores. Un día la gente de Salamanca dijo que había tenido lugar una gran batalla, que el cielo se había iluminado con el resplandor de los grandes cañones, pero tan sólo había sido una tormenta de verano que recubrió el oscuro horizonte de plata y al día siguiente ya corría otro rumor. Se decía que Wellington había sido derrotado, que lo habían decapitado, y luego eran los franceses los que habían perdido, que habían teñido el Duero de rojo con su sangre y lo habían echado a perder con sus cadáveres. Tan sólo eran rumores.

La Visitación de la Santa Virgen María vino y pasó, luego el día de San Martín, y una muchacha campesina de Barbadillo dijo que se le había aparecido un ángel en sueños. El ángel llevaba una armadura de oro y empuñaba una espada escarlata con dos hojas. El ángel le había dicho que la última batalla se libraría en Salamanca, que los ejércitos del norte desgarrarían la ciudad, derramarían sangre por las calles, profanarían las catedrales, pisotearían las sagradas formas hasta que, desesperada, la tierra se abriría y se tragaría tanto la maldad como la justicia. El sacerdote de su pueblo, un hombre sensato y perezoso, la tenía encerrada. Ya había bastantes problemas en el mundo sin mujeres histéricas, pero el rumor se propagó y los campesinos miraban las aceitunas recientes y se preguntaban si llegarían a recogerlas en otoño. En el norte, al otro lado del Duero, más allá de Galicia, cruzados los Pirineos y en Francia misma, y aún más al norte, un hombrecillo conducía un inmenso ejército hacia Rusia. Era un ejército como nunca se había visto en el mundo desde que los cascos de los bárbaros surgieron del amanecer. La guerra era ahora inimaginable, tan extensa que los sueños de una muchacha campesina de Barbadillo se añadían a los miedos de sensatos hombres de Estado. Al otro lado del Atlántico, más allá de los jirones que forman las crestas de las olas, los americanos preparaban sus fuerzas para invadir el Canadá británico. Ya era una guerra mundial, que se libraba desde los Grandes Lagos hasta el océano Índico, desde las estepas rusas hasta las llanuras de León.

Sharpe estaba vivo. Un mensaje fue hacia el norte al South Essex, y otro fue más hacia el norte, a La Aguja, comunicando que su marido estaba herido y que tenía que dirigirse inmediatamente al sur. Hogan no tenía muchas esperanzas de que su mensajero pudiera llegar hasta Teresa; el viaje era largo y los guerrilleros tomaban caminos secretos y lugares ocultos.

A Sharpe lo trasladaron arriba. Tenía una habitación para él, pequeña y desnuda. Harper e Isabella la dividieron con una cortina y vivían con él. Los médicos anunciaron que Sharpe moriría. El dolor, dijeron, no le abandonaría, incluso se agudizaría, y la herida se convertiría en un absceso constante de sangre y pus. La mayoría de lo que dijeron fue cierto. Hogan ordenó a Harper que se quedara, una orden innecesaria, pero al gran sargento irlandés a veces le costaba soportar el dolor, el olor, la impotencia de su capitán. Isabella y él lavaban a Sharpe, le limpiaban el pus, le vendaban la herida y escuchaban los rumores que llegaban a la pequeña fuerza británica que se había quedado en la ciudad. Llegó una carta del batallón escrita por el comandante Forrest y firmada por un montón de nombres. Los de la compañía ligera escribieron la suya, la había redactado el teniente Price y venía decorada con las cruces y las firmas de los hombres, y a veces Sharpe estaba lúcido y se sentía complacido con las cartas.

No se sabía cómo iba aguantando. Cada mañana Harper esperaba encontrar a su capitán muerto, pero vivía, e incluso los médicos se encogían de hombros y reconocían que algunas veces, en contadas ocasiones, un hombre se recuperaba de ese tipo de heridas. Sharpe cogió fiebre entonces. La herida estaba infectada, le cambiaban el vendaje dos veces al día, pero ahora Harper e Isabella le tenían que enjugar el sudor que le chorreaba y escuchar los delirios que murmuraba día y noche.

Isabella encontró unos pantalones de fusilero, se los había cogido a un muerto tan alto como Sharpe, y los colgó en la pared junto a la casaca y encima de las botas de Sharpe que Harper había encontrado desechadas en el pequeño patio. El uniforme le estaba esperando, pero los doctores habían descartado de nuevo cualquier esperanza. La fiebre lo mataría. Harper quiso saber cómo tratarían los médicos la fiebre y ellos intentaron engañarlo, pero el irlandés había oído hablar de un remedio milagroso, un remedio nuevo, algo que tenía que ver con la corteza de un árbol sudamericano. Los médicos tenían muy poca cantidad de aquella sustancia, pero Harper los asustó y se la proporcionaron a regañadientes para que se la diera a Sharpe. Parecía que iba bien, pero los médicos tenían muy poca de aquella preciada sustancia. Les había llegado el año anterior, era cara, y la hacían durar mezclando la quinina en polvo con pimienta negra. Cuando la quinina se acabó le dieron a Sharpe corteza de cuasia, pero la fiebre persistía e incluso el remedio de la marina que lord Spears había sugerido, y que consistía en pólvora mezclada con brandy, no le hizo mejorar.

Había un remedio del ejército y Harper decidió utilizarlo. Llevó a Sharpe abajo

una mañana, lo desnudó y lo tendió en la hierba del patio justo al lado del claustro. El sargento ya había sacado agua del pozo y la había llevado al claustro superior donde había llenado dos barriles. Hubiera preferido que fuera más alto, al menos tres pisos, pero lo máximo que tenía era el claustro superior. Miró hacia abajo al cuerpo tembloroso y desnudo y vertió el primer barril provocando una conmoción brillante y fría que explotó sobre Sharpe, que gritó, como si le hubieran saltado encima. Entonces vino el segundo barril formando una cascada que aplastó a Sharpe, lo ahogó y entonces Harper corrió abajo, envolvió a Sharpe en una manta seca y volvió a llevar aquel cuerpo demacrado al catre. Los médicos dijeron que seguro que Harper había matado a Sharpe con aquel tratamiento, sin embargo aquella noche la fiebre bajó, y cuando Harper regresó de la catedral se encontró a Sharpe otra vez lúcido.

—¿Cómo se encuentra, señor?

—Fatal. —Así lo parecía. Tenía los ojos hundidos en la cara pálida.

Harper le sonrió burlón.

—Pronto estará bien.

Harper e Isabella hacían turnos para ir a rezar. Ella lo hacía en la capilla del Colegio Irlandés, recogida y hermosa, pero Harper pensaba que Dios estaría más cerca de la gran catedral, y subía la colina dos veces al día para rezar con devoción infantil. Su cara ancha y fuerte se retorció con la concentración como si la fuerza de sus pensamientos pudiera elevar la oración más allá de las estornas, del techo glorioso y llegar hasta el cielo donde tantas otras oraciones clamaban y esperaban una respuesta. Le encendía velas a San Judas, el patrón de las causas perdidas, y le rezaba a él, le suplicaba, y una vez más los doctores empezaron a sugerir, con fría cautela, que había una posibilidad; que a veces algún hombre se recuperaba de esa herida, y Harper seguía rezando. Sin embargo, sabía que faltaba algo. Le daban medicinas a Sharpe cuando podían, oraciones de las que no le decían nada, y Harper sabía que había algo más; algo que le convencería para vivir. Algo que faltaba.

Faltaban las armas de Sharpe. El rifle se lo habían robado en el hospital, la espada se la había roto Leroux. Harper tardó tres días, y además le costó un soborno, pero al final un almacenero le abrió un pequeño depósito y revolvió entre los estantes.

—Espadas —murmuró para sí—. Espadas. Se puede quedar ésta —le dijo a Harper ofreciéndole un sable.

—Esto es una porquería. Si está llena de carcoma. Yo quiero una espada pesada, no esta porquería curva.

El cabo del almacén hizo un ruido con la nariz. Encontró otra espada, recta.

—¿Veinte libras?

—¿Quieres que la pruebe contigo? Yo ya he pagado.

El cabo se encogió de hombros.

—Tengo que dar cuenta de este lote.

—Pobrecito. ¿Y cómo justificas todo lo que robas?

Harper se fue él mismo hasta las estanterías, revolvió entre las armas y encontró una espada pesada de caballería, lisa y fuerte.

—Me quedo ésta. ¿Dónde están los rifles?

—¿Rifles? No me había dicho nada de rifles.

—Bueno, lo digo ahora. —El enorme sargento empujó a un lado al cabo—. ¿Y bien?

El cabo echó una mirada a la puerta abierta.

—Eso vale más que mi trabajo.

—El valor de tu trabajo es una mierda. Bueno, ¿dónde están los rifles?

El cabo abrió una caja con desgana.

—Esto es todo lo que tenemos. No coja muchos.

Harper cogió uno. Estaba nuevo, hermoso, la llave engrasada, pero no servía.

—¿Todos son así?

—Sí —respondió el cabo nervioso.

—Te lo puedes quedar.

Harper lo devolvió. Le hubiera gustado quedarse con uno para él, no digamos para Sharpe, pero éstos eran los nuevos rifles con el ánima de carabina, más pequeños que los antiguos rifles, y sabía que no serían capaces de conseguir un suministro de munición seguro. El rifle tendría que esperar. Le sonrió al almacenero.

—Ahora una vaina.

El hombre sacudió la cabeza.

—Una vaina es difícil.

Harper le apuntó al cuello con la punta de la espada.

—Tienes dos dólares míos. Eso quiere decir que las vainas son fáciles. Venga.

Se la dio. La espada no era como la de Sharpe. A ésta no la habían cuidado, era mate, pero era una espada pesada de caballería y se puso a trabajar en ella. El primer día rehízo el guardamano de la espada. El guardamano era fino en el pomo y luego se ensanchaba de manera que cubría el puño de un hombre y terminaba en un círculo ancho que impedía que la espada de un enemigo que bajara deslizándose por la hoja le cortara la mano al caballero. Era un guardamano cómodo si un hombre se pasaba la vida en la silla de montar, pero el pesado círculo de acero se clavaba en las costillas si llevaba la espada tal como la llevaría Sharpe. Era una hoja demasiado larga para que colgara con comodidad de la cintura. Las tiras de la vaina tendrían que acortarse, de manera que el pomo y el guardamano de la espada quedaran en la parte inferior de la caja torácica de Sharpe. Harper pidió prestadas una sierra para metales, algunas limas y se puso a trabajar en el guardamano. Cortó el lado derecho del dorso del círculo, más allá de los agujeritos por los que se pasarían las borlas para un desfile, justo hasta una pulgada de la hoja. Le dio una forma tosca, deforme y horrorosa pero la limó

hasta que consiguió que el nuevo guardamano fuera uniforme y agradable a la vista. Luego bruñó el acero hasta que pareciera recién forjado en las factorías Woolley & Deakin de Birmingham. El pomo de la espada estaba bien ceñido a la espiga de la hoja, pero la empuñadura de madera era áspera al tacto. Harper sacó la parte posterior, limó la empuñadura, y luego la barnizó con aceite y cera de abeja hasta que el pomo quedó de un marrón oscuro y brillante.

El segundo día rehízo la hoja. El canto de la espada era recto y la punta se formaba al curvarse hacia atrás el filo. Éste no era el tipo de punta que le gustaba a Sharpe. Al fusilero le gustaba una espada con dos filos, ambos afilados, y una punta simétrica. Harper rebuscó entre los talleres del colegio y encontró la rueda que usaban los jardineros para afilar las guadañas. Le puso aceite a la rueda, le dio al pedal y luego puso la hoja sobre la piedra de forma que zumbara, chirriara y las chispas saltaron del acero como fuego. Trabajó el canto, curvando las dos pulgadas finales de la espada hasta que el canto anterior y el posterior fueran iguales. Había hecho un arma equilibrada. Luego pulió la espada sosteniendo la hoja en alto para asegurarse que las marcas de la piedra estaban lisas. El acero brillaba. Finalmente, cuando caía la tarde, afiló la hoja. Le dio a Sharpe un filo que el capitán no había tenido nunca; trabajó en ello una y otra vez y el perfeccionista que había en él no lo dejaría hasta que el filo y las siete pulgadas de la punta del canto estuvieran afiladas como una navaja. Dejó que la rueda se fuera deteniendo. Cogió un trapo y le echó aceite de oliva a la espada. La volvió a pulir, volvió a echarle aceite. La espada no se parecía en nada a aquella hoja que le había cogido al cabo del almacén. No era una Kligenthal, pero no era una espada cualquiera. Había reconstruido la espada de Sharpe, con cuidado y amistad, y había puesto en aquel trabajo toda la magia céltica que había podido concentrar. Era como si al trabajar en la espada estuviera trabajando en el mismo Sharpe, y elevó la espada acabada hacia el sol poniente y ésta resplandeció con estallidos de luz blanca. Ya estaba hecha.

Se llevó la espada arriba, quería ver la cara de Sharpe y se encontró con Isabella. Ella iba corriendo por el claustro; primero Harper se asustó pero luego vio la expresión de su cara y ella se echó sobre él. Hablaba tan rápido que tuvo que tranquilizarla y ella soltó la noticia. Había venido una mujer, ¡y qué mujer!

El cabello como el oro y un coche ¡con cuatro caballos! Había visitado el hospital y les había hecho regalos a los heridos y luego (los ojos de Isabella todavía brillaban al recordarlo) la mujer había ido a la habitación de Sharpe, había visitado al capitán y se había enfadado.

Harper la contuvo.

—¿Enfadada?

El capitán era un héroe, ¿no? La marquesa les había gritado a los doctores, les había dicho que resultaba repugnante que un héroe tuviera que vivir en semejante

lugar y que al día siguiente la marquesa enviaría un carruaje que llevaría a Sharpe a una casa en las afueras de la ciudad, una casa junto a un río, y lo mejor de todo era (y al llegar aquí Isabella se puso a saltar arriba y abajo junto al enorme irlandés, agarrándose a la casaca con la excitación) que la aristócrata le había hablado a ella, ¡a Isabella! Harper y ella irían con el capitán. Tendrían criados, cocineros, e Isabella daba vueltas en el claustro explicando que la marquesa había sido amable con ella, le había estado agradecida y, por cierto, el capitán se encontraba mejor.

Harper sonrió contagiado de alegría.

—Repite eso último.

Ella lo volvió a decir y esta vez quiso saber dónde había estado él. Se había perdido a la marquesa, la persona más afable que Isabella había conocido, ¡una reina! Bueno, casi una reina, y Harper se la había perdido y mañana se trasladaban todos a una casa junto al río e ¡iban a tener criados! Y, por cierto, el capitán se encontraba mucho mejor.

—¿Qué quiere decir mucho mejor?

—Le cambié el vendaje, ¿sí? ¡Ella estaba aquí! Pensé que nos visitaría. Visita a todos. Así que cambié el vendaje y no había porquería. ¡Patrick! ¡Sin porquería!

—¿Sin pus?

—Nada de nada. Ni porquería, ni sangre.

—¿Dónde está ahora?

Ella abrió bien los ojos porque su historia era impresionante.

—Está sentado en la cama. ¡Sentado! Muy contento de que la marquesa lo viera.

—Le dio un cariñoso puñetazo a Harper—. ¡Y tú no la has visto! ¡Cuatro caballos! Y tu amigo estuvo aquí.

—¿Mi amigo?

—El lord inglés. Lord Spears. —Ella suspiró—. Lleva un uniforme azul y plata, todo brillante, ¡y ya nada en el brazo! ¡No lleva venda!

—¿Quieres decir que ya no lleva el brazo en cabestrillo?

—Eso es lo que digo. —Ella le sonrió—. Tú estarías estupendo con un uniforme azul y plateado.

—Sí, sería un buen cambio del negro al azul. —Él le sonrió burlescamente—. ¿Te quedarás aquí, mujer? Quiero hablar con él.

Abrió de un empujón la puerta de la habitación y, tal como había anunciado Isabella, Sharpe estaba sentado. El rostro de Sharpe reflejaba una expresión de asombro, como si estuviera esperando que el dolor le volviera en cualquier momento. Miró a Harper y sonrió.

—Estoy mejor. No lo entiendo.

—Los médicos dicen que puede pasar.

—Los médicos decían que me moriría. —Vio la espada que llevaba Harper en la

mano—. ¿Qué es eso?

—Sólo es una espada vieja, señor. —Harper intentó que su voz sonara lo más prosaica posible, pero no pudo esconder la sonrisa. Se encogió de hombros—. Pensé que tal vez la querría.

—Enséñamela.

Sharpe alargó una mano y Harper vio lo extremadamente delgada que tenía la muñeca el capitán. Harper le dio la vuelta a la espada, se la tendió y Sharpe agarró la empuñadura. Harper le quitó la vaina, Sharpe tenía la espada en la mano y el peso se la hizo caer casi hasta el suelo; tuvo que hacer uso de toda su escasa fuerza para levantar de nuevo la espada larga y tosca. Brillaba con la luz que entraba por la ventana. Los ojos de Sharpe se posaron en la hoja y su rostro mostraba todo lo que Harper hubiera deseado. Giró la hoja, lentamente, con el brazo terriblemente débil mientras ensayaba la vuelta que la espada necesitaba para darle una estocada al enemigo. Sharpe levantó la vista hacia Harper.

—¿La ha hecho usted?

—Bueno, ya sabe, señor. Poca cosa, señor. Sólo para matar el tiempo, sí.

Sharpe le dio otro giro a la hoja y la luz recorrió el acero.

—Es hermosa.

—No es más que el viejo modelo del 96, señor. Corriente. Nada especial. Le quité la mella a la hoja, señor. ¿Será verdad, señor, que nos vamos mañana? ¿A altas esferas, he oído?

Sharpe asintió con la cabeza, pero no escuchaba las palabras de Harper. Él miraba la hoja, contemplaba el acero de arriba abajo, desde la nueva punta de la espada hasta el lugar en que el acero se enterraba en el guardamano rehecho. El peso era demasiado para él y fue descendiendo, lentamente, hasta que la punta se posó sobre las esteras. Miró a Harper.

—Gracias.

—De nada, señor. Pensé que la necesitaría.

—Mataré a aquel cabrón con ella. —Sharpe hizo una mueca a causa del esfuerzo, pero la espada volvió a elevarse—. Rajaré a aquel cabrón.

Patrick Harper sonrió con burla. Richard Sharpe estaba vivo.

TERCERA PARTE

Del martes 21 de julio al jueves 23 de julio de 1812

Capítulo 17

A veces el río parecía de plata, era como un espejo de plata moteada. Y otras veces era de un verde oscuro como el terciopelo. A la luz del crepúsculo parecía oro líquido, pesado y lento, que fluía caudaloso hacia el puente romano, luego, hacia la confluencia con el Duero y finalmente hacia el lejano mar. A veces era liso como un espejo, de forma que la orilla opuesta se veía perfectamente invertida sobre la superficie, y otras veces era gris y desigual. Sharpe no se cansaba de estar sentado en el refugio con columnas que un anterior marqués había hecho construir justo al borde de las aguas. Era un lugar recogido, al que sólo se tenía acceso por una puerta y si la puerta estaba cerrada con llave no se oía ningún sonido proveniente de la casa o del jardín.

Sharpe se entrenaba durante horas en aquel refugio, fortalecía el brazo con la espada y cada día caminaba un poco más, de manera que cuando llevaban en la casa seis noches ya era capaz de caminar la milla que había hasta la ciudad y volver sintiendo como único dolor una leve punzada. Comía en cantidad, se zampaba el buey que, como buen inglés, sabía que era lo único que había de proporcionarle fuerza. El capitán Lossow, de la Legión Alemana del Rey, consiguió enviarle a Sharpe una caja de madera que resultó estar llena de botellas de cerveza. En la caja iba clavada una nota muy breve. «Los franceses no pudieron matarlo, así que beba usted hasta la muerte. Su amigo. Lossow.» Sharpe no podía imaginar cómo Lossow se las había arreglado para encontrar una caja entera de cerveza en España, pero se dio cuenta de cuan generoso era aquel obsequio y se sintió conmovido.

Al quinto día Sharpe disparó el rifle de Harper, dejó que la culata le golpeará en el hombro y obligó a sus cansados brazos a agarrar con fuerza el cañón; al décimo disparo destrozó una de las botellas vacías y eso hizo que se sintiera contento. Se iba fortaleciendo. Le había escrito a Hogan el primer día que no había sentido aquel terrible dolor y la oficina del comandante de la ciudad le había enviado la respuesta. Hogan estaba encantado con las noticias de Sharpe. El resto de la carta era siniestro. Le hablaba de marchas inútiles y de contramarchas a través de las llanuras, del descontento del ejército porque parecía que los franceses estuvieran superando a los británicos en estrategia, parecía que los derrotaran sin que se entablara batalla, y Hogan insinuaba que bien pudiera ser que pronto el ejército se replegara a Salamanca. Hogan se disculpaba porque todavía no había localizado a Teresa. Sabía que su mensaje había llegado a Casatejada, pero la mujer de Sharpe no estaba allí. Estaba más al norte acosando a las tropas del general francés Caffarelli y Hogan no sabía cuánto tardaría aún en recibir la noticia. Esperaba que fuera pronto. Sharpe se sintió culpable, pues no compartía la esperanza de Hogan. Una vez Teresa estuviera en Salamanca él se vería obligado a abandonar la compañía de la marquesa. Ella lo

visitaba casi todas las tardes al refugio junto al río y Sharpe se encontró con que esperaba aquellas visitas, que necesitaba la compañía de aquella mujer. Harper se guardaba el asombro para sí.

El comandante Hogan hablaba también de Leroux en su carta. «No debe preocuparse, Richard, ni sentirse responsable por lo que pasó.» Eso le pareció muy amable por parte de Hogan porque Sharpe sí era responsable. El fracaso le fastidiaba, lo deprimía y él se torturaba imaginando lo que le haría el francés a la marquesa para hacerla hablar. Ella creía que Leroux debía de estar en la ciudad y Hogan compartía esta opinión. «Se quedará oculto, creemos, hasta que Salamanca vuelva a estar en manos de los franceses (pues me temo que existe esa posibilidad si no conseguimos que Marmont presente batalla) y es de desear que sus planes se vean frustrados. Si luchamos contra Marmont y vencemos entonces Leroux tendrá que abandonar Salamanca. Tal vez ya lo ha hecho, no lo sabemos, pero entretanto le hemos puesto un guardia a El Mirador, y usted no tiene que preocuparse de nada que no sea su total recuperación.»

El hecho de que se mencionara la guardia confundió a Sharpe. La marquesa venía sola, con el cochero, el postillón y la dueña. El cochero y el postillón esperaban en los alojamientos de los criados y a la dama de compañía la enviaban a leer un libro en la biblioteca grande y sombría de la casa. La marquesa se iba sola con Sharpe al refugio con columnas junto al río. Cuando le mostró la carta a la marquesa, ella se echó a reír.

—Resultaría demasiado evidente, Richard, ¿no te parece? ¿Si yo viniera hasta aquí con un hombre armado cabalgando detrás de mí? Deja de preocuparte.

A la siguiente tarde, lord Spears vino con ella y no pudieron ocultarse en el pequeño refugio. Caminaron por el jardín charlando y Sharpe tenía que hacer ver, aunque suponía que Spears sabía la verdad, que apenas conocía a la marquesa, que ella lo había sacado del hospital como si fuera una obra de caridad y él le decía «señora» y «mi señora» y se sentía cohibido y torpe, exactamente igual que la primera vez que se habían visto. En un momento de aquella tarde, cuando el sol era de un espléndido carmesí al oeste, la marquesa se dirigió al muro junto al río y les tiró unas migas de pan a los patos. Sharpe estaba solo con Spears. El fusilero recordaba lo mucho que aquel caballero había deseado conocer la identidad de El Mirador; cómo lo había interrogado en la plaza Maye la mañana siguiente al primer asalto a las tres fortificaciones. Sharpe le sonrió a Spears con ironía.

—Así, ¿lo ha averiguado?

—¿Lo de usted y Helena? Ha sido usted poco discreto, mi querido Richard, al venir aquí a la guarida de la dama.

—No —contestó Sharpe sacudiendo la cabeza—. Me refiero El Mirador.

Una mirada que denotaba alarma le cruzó el rostro a Spears, luego vino la ira y una pregunta que casi le fue siseada a Sharpe.

—¿Lo sabe?

—Sí —contestó Sharpe asintiendo con la cabeza.

—¿Qué diablos es lo que sabe?

Sharpe intentó hablar con suma calma para aplacar la ira de Spears.

—Sé que se le ha puesto una guardia a El Mirador y supongo que es usted.

—¿Cómo lo ha sabido?

—Hogan me escribió.

No era toda la verdad. Hogan le había escrito que El Mirador estaba protegido, pero no le había dado nombres. Lo demás eran deducciones de Sharpe y no se hubiera imaginado una reacción como esta, casi violenta. Intentó volver a calmar a Spears.

—Lo siento. No era mi intención ofenderle.

—No, no estoy ofendido. —Spears se retiró el cabello negro—. ¡Dios! Nos dicen que este es el mayor secreto desde que se convirtió el agua en vino ¡y va Hogan y se lo escribe! ¿Cuántos más lo saben? —Spears lanzó una mirada a la marquesa y luego otra vez a Sharpe—. Sí, soy yo, pero, por el amor de Dios, no se lo diga a nadie.

—Difícilmente podría.

—Ya, supongo que no.

Sharpe deseó no haberlo mencionado. Había difamado a Hogan al sugerir que el comandante irlandés se lo había escrito todo en su carta, pero la ira de Spears hizo que Sharpe decidiera no embarcarse en una explicación retorcida.

La marquesa regresó y miró a Spears.

—Parece usted realmente nervioso, Jack.

—Una avispa, Helena, que amenaza mi virtud.

—Una cosita tan pequeña. —Miró a Sharpe—. ¿Está contento aquí, capitán?

—Sí, señora.

La dama mantuvo una conversación de cortesía en honor a Spears.

—La casa es bastante bonita. La hizo construir el tío abuelo de mi marido. Tenía lepra, así que se vio obligado a vivir fuera de la ciudad. La casa se construyó aquí, y él se pudo ir pudriendo solo a sus anchas. Dicen que estaba espantoso por eso hay esos muros tan altos.

Spears sonrió burlonamente.

—Espero que haya fregado bien este lugar antes de poner a Sharpe aquí.

Ella lo miró, le sonrió y luego le tocó en la mejilla con el abanico.

—Es usted un hombre realmente encantador, Jack. Dígale a mi cochero que se prepare, ¿quiere?

Spears hizo una leve inclinación.

—¿Estará a salvo con Sharpe?

—Me arriesgaré, Jack. Ahora retírese.

Observó a Spears mientras caminaba hacia la casa y luego llevó a Sharpe hasta la sombra de unos arbustos. Había un banco de piedra en un pequeño claro y ella se sentó.

—Lo siento, no debía haberlo traído.

—Yo creo que sí.

Ella se quedó como indiferente.

—¿Por qué?

—Es tu guardia. Es su trabajo.

La dama se quedó mirando a Sharpe durante algunos segundos.

—¿Cómo lo has deducido, Richard?

Él se sintió confundido. Primero Spears había reaccionado casi con violencia, y ahora la marquesa lo estaba interrogando como si él tuviera que rendirle cuentas de sus propiedades. Pensó que ella debía tener miedo. Si Spears se lo había dicho a Sharpe, entonces Spears no era de fiar. Sharpe le sonrió a la dama.

—Primero, está aquí contigo. Segundo, se lo he preguntado. No me ha dado la información, de hecho se ha enfadado bastante al ver que yo lo sabía.

Ella hizo un gesto aprobatorio con la cabeza.

—Bien. ¿Qué te ha dicho?

—Que era la guardia de El Mirador. —Sonrió—. La Miradora.

Ella sonrió al oír eso.

—No existe tal nombre, ya te lo he dicho. En español, los miradores son masculinos no pueden ser femeninos. ¿Se puede confiar en él?

—Se enfadó bastante.

Ella suspiró y luego tiró bruscamente del abanico para darle a una mosca.

—Es tonto, Richard. No tiene dinero, se lo ha jugado todo, pero a veces es divertido. ¿Estás celoso?

—No.

—Mentiroso —le dijo ella sonriendo—. No volveré a dejarle venir. Esta noche ha insistido. —Se echó a reír—. Esta noche me recuerdas a cuando nos vimos por primera vez. Te irritaste con dignidad. Estabas tan dispuesto a sentirte ofendido...

—Y tú a ofenderme.

—Y otra cosa, Richard.

—Sí.

El se sentó junto a ella y ella percibió un nuevo color en el rostro de Sharpe. La marquesa se quedó sentada en silencio durante unos instantes, estiró la cabeza como para escuchar algún sonido lejano y luego se relajó.

—No se oyen cañones hoy.

—No.

No había batalla, lo que significaba que los franceses habían vuelto a aventajar a

Wellington, que los ejércitos se acercaban más a la ciudad y que tal vez el momento en que Sharpe tendría que abandonar Salamanca se acercaba. El la miró.

—Ven con nosotros.

—Tal vez tú no vayas.

—Tal vez —dijo él aunque su instinto le decía lo contrario.

La dama se apoyó en él con los ojos cerrados y entonces se oyó la voz de Spears que gritaba desde la casa que el carruaje esperaba. Ella miró a Sharpe.

—Mañana vendré pronto.

—Por favor.

Ella le dio un beso.

—¿Has hecho ejercicio hoy?

—Sí, señora —contestó él sonriendo con burla.

Helena le hizo un saludo cómico.

—No se rinda, capitán.

—Nunca.

Sharpe la siguió hasta la casa y se quedó observando el carruaje, con el caballo de Spears a un lado, que atravesaba las altas puertas, y luego volvió hacia el edificio. Era su última noche con Harper sabe Dios hasta cuándo, pues al día siguiente el sargento se iba hacia el norte y se llevaba a Isabella, volvían con el South Essex. Harper iría con un grupo de hombres que se habían recuperado de sus heridas, y para celebrar su última noche el enorme irlandés e Isabella comieron con Sharpe en el comedor en lugar de hacerlo en la cocina.

Sharpe pasó los días siguientes solo, haciendo ejercicio y caminando, y las noticias que llegaban del norte eran cada vez peores. Un oficial que regresaba a Ciudad Rodrigo se detuvo en la casa a pedir agua y se sentó en el jardín con Sharpe. Le habló del enojo de las tropas porque no podían luchar. Parecía que Wellington cedía terreno, que siempre se estaba retirando, y cada nuevo día significaba que le llegaban refuerzos a Marmont. El oficial afirmó que Wellington era demasiado prudente, que estaba perdiendo la campaña, pero Sharpe no lo entendía. El ejército había salido de Portugal con grandes esperanzas y ahora aquellas esperanzas se veían desperdiciadas. La campaña se perdía sin una batalla, las maniobras de cada día acercaban a ambos ejércitos a la ciudad y pronto Leroux se encontraría de nuevo en libertad para salir a cazar. Sharpe se preguntaba dónde estaría el francés, qué estaría haciendo, y practicaba con la gran espada pues tenía la leve esperanza de volver a verle.

Un mes después de que hirieran a Sharpe la mala noticia quedó del todo confirmada. El día se había levantado con nubes de polvo en el este y hacia el atardecer Sharpe se dio cuenta de que los ejércitos habían llegado hasta el Tormes, al este de la ciudad, y supo que Salamanca volvería a cambiar de manos. Le llegó otra

carta de Hogan, que le entregó en mano un jinete de caballería irritado porque había ido primero al Colegio Irlandés, luego al comandante de la ciudad y finalmente había dado con Sharpe. La carta era breve, el mensaje sombrío.

Esta noche cruzamos el río y mañana nos dirigiremos hacia el oeste. Los franceses nos aventajan cada día así que hemos de apresurarnos. Me temo que pueda ser una carrera hasta la frontera portuguesa y no estoy seguro de que podamos vencer. Tiene que marcharse. ¡Prepare el equipaje ahora! Si no tiene caballo intente dar con el cuartel general. Le dejaré mi remonta. Despídase y váyase, a lo más tardar mañana al amanecer.

Había subrayado «a más tardar».

Tal vez el año que viene podamos coger a Marmont, pero por desgracia, éste no.

Con prisas, Michael Hogan.

Sharpe tenía poco equipaje. Se quedó en el jardín mirando por encima del río y vio las cabras que vivían en las colinas a lo lejos descendiendo en fila hacia las tierras bajas. Era una señal segura de que se avecinaban lluvias abundantes, sin embargo el sol lucía. Miró por encima de su cabeza y vio las nubes que venían rodando del norte. El río era como de plata con reflejos verdes.

Puso lo poco que tenía en la mochila. Dos camisas de recambio, dos pares de calcetines, una escudilla, el telescopio, su navaja de afeitar y llenó la mochila de cuero hasta arriba con comida que cogió de la cocina. Envolvió dos barras de pan, un queso y un jamón grande. El cocinero le dio tres botellas de vino y él tiró dos dentro de la mochila y vertió el contenido de la tercera dentro de su cantimplora de repuesto. No tenía rifle, tan sólo la gran espada.

Regresó de nuevo al jardín, el cielo estaba más oscuro, casi negro, y se dio cuenta de que esperaría hasta el día siguiente para marchar. Se dijo a sí mismo que se había vuelto vago, que se iba ablandando porque se quería ahorrar una noche al raso, pero sabía que esperaba a la mañana con la esperanza de que la marquesa le visitara aquella noche. Tal vez su última noche. Pensó en caminar hasta la ciudad, en ir al palacio Casares, pero entonces oyó el sonido de cascos y el de la verja que se abría; entendió que llegaba ella. Esperó.

Había algo curiosamente bello en el paisaje. El sol aún brillaba, se inclinaba mucho bajo las nubes y le confería a la tierra una luminosidad que el cielo había perdido. Lo que había arriba era oscuridad, gris y negra, debajo una vista resplandeciente de colinas verdes, edificios brillantes y blancos y el río como si fuera

seda. El aire era pesado. Parecía que las nubes presionaran hacia abajo como obligadas por el peso del agua. Esperaba que la lluvia empezara en cualquier momento, pero aguantaba; cogía fuerzas. Las cabras, como siempre, tenían razón. Habría una tormenta enorme esta noche. Fue caminando hasta el pequeño refugio con columnas construido, según le había dicho la marquesa, a imitación de un pequeño santuario griego. Se quedó en el escalón superior, que daba a la puerta, estiró la cabeza y miró por encima del alto muro hacia la ciudad. Tal vez sería la última visión de Salamanca al atardecer. El sol perfilaba la piedra fina, ribeteaba la gran catedral con oro rojo, y entonces él empujó la puerta para abrirla y esperar a la marquesa. El río era casi negro, se arremolinaba esperando el golpeteo de la lluvia.

Con la mañana se iría. Se alejaría de esa ciudad y el polvo de las carreteras se convertiría en barro. Ese verano él había fracasado. Había prometido que cogería a un hombre y el hombre casi lo mata a él; sin embargo eso no era lo que más lamentaba. Había traicionado a su mujer y eso lo entristecía, pero no lo lamentaba. Perdería a la marquesa. Perdería el cabello dorado, la boca, los ojos, la risa y la belleza, el mundo mágico de una mujer que deseó en cuanto la vio pero que nunca pensó en llegar a poseer. Hoy era la última noche. Ella se quedaría, estaría en peligro, y él regresaría con el ejército. Podría recuperar todas sus fuerzas en Ciudad Rodrigo y siempre la admiraría, la recordaría y temería que su enemigo la destrozara.

La primera gota de lluvia, pesada y sonora, golpeó contra la repisa de mármol que daba al río. Dejó una marca del tamaño de un penique. El había soñado anteriormente una última noche en Salamanca, pero aquella esperanza había muerto en la sala de los desahuciados. Ahora el desuno le había vuelto a entregar aquella noche, aunque teñida por la derrota. Sabía que se había llegado a obsesionar con ella y tenía que abandonarla, y eso era algo que sucedía con mucha frecuencia entre mujeres y soldados. Sin embargo, todavía quedaba esa noche.

Oyó las pisadas en la hierba y no se giró. De repente se sintió supersticioso. Darse la vuelta era tentar el destino, pero sonrió al oír los pies sobre los escalones; y entonces oyó el pesado chasquido de un pedernal que retrocedía en el muelle.

—Buenas noches, capitán.

Era la voz de un hombre, el hombre empuñaba un rifle y el rifle apuntó directamente a Sharpe en el estómago cuando el fusilero se giró de repente y quedó de cara a la puerta.

El primer trueno retumbó en el cielo.

Capítulo 18

El reverendo doctor Patrick Curtis, conocido como don Patricio Cortes, rector del Colegio Irlandés y catedrático de Astronomía e Historia Natural de la Universidad de Salamanca, sostenía el rifle como si fuera una serpiente venenosa que en cualquier momento pudiera volverse y morderle. Sharpe recordaba que Leroux huyó por la habitación de aquel hombre, que Spears dijo que Curtis se había presentado voluntario a luchar contra los ingleses y ahora el alto sacerdote se encontraba frente a Sharpe. La cubrecazoleta estaba levantada y aquel irlandés ya mayor la bajó. Sonrió.

—¿Lo ve? Todavía funciona. Es su rifle, capitán.

El trueno retumbó en el cielo. El sonido semejaba el de las pesadas balas de un cañón de sitio que se llevaran rodando gigantescos tablones de madera. La lluvia siseaba al caer sobre la superficie del río. Sharpe estaba a cuatro pasos del hombre. Pensó en saltarle encima con la esperanza de que el sacerdote dudaría antes de apretar el gatillo, pero sabía que la herida no le dejaría correr. Miró la mano derecha de Curtis y elevó la voz por encima del sonido de la lluvia.

—Tiene que poner un dedo en el gatillo para que funcione.

Aquellas pobladas cejas se levantaron sorprendidas.

—No está cargada, capitán. Tan sólo se la devuelvo. Aquí tiene —dijo tendiéndosela.

Sharpe no se movió y el sacerdote irlandés tan sólo se encogió de hombros y apoyó el rifle contra el muro.

Sharpe señaló con la cabeza hacia el arma.

—No les va bien estar así, hacia arriba. Se debilita el resorte.

—Cada día se aprende algo nuevo —dijo Curtis y cogió el rifle, apretó el gatillo y retrocedió cuando la chispa estalló en la cazoleta vacía. Volvió a dejar el arma.

—No parece muy contento de verme.

—¿Debería estarlo?

—Podría estarme agradecido. Me he desviado de mi camino para devolverle el arma. He tenido que preguntar por su paradero al comandante de la ciudad y luego he tenido que esconder el rifle bajo la sotana. Perjudicaría mi reputación si me vieran armado por las calles —dijo Curtis sonriendo con desaprobación.

—Bien podía habérmela devuelto antes —añadió Sharpe con voz fría.

Quería que ese sacerdote entrometido se fuera. Esperaba a la marquesa.

—Hubiera querido devolvérselo antes. Lo robó uno de los albañiles del colegio. Su mujer me lo dijo y yo lo he recuperado para usted. Y aquí está, se lo restituyo.

El sacerdote esperó a que Sharpe hablara, pero el fusilero estaba de mal humor. Curtis suspiró, caminó hasta el borde del refugio y se puso a mirar la lluvia.

—Ah, querido. ¡Qué tiempo!

La superficie del río se ondulaba con el agua de la lluvia. El sol todavía lucía en el oeste bajo las grandes nubes. Curtis tiró de la sotana hacia arriba y se sentó. Le sonrió a Sharpe amablemente.

—¿Le importa si me siento a esperar a que pase? Hubo un tiempo en que salía hiciera el tiempo que hiciera, pero este año hago los setenta y dos, señor Sharpe, y al buen Dios podría no parecerle bien que me enfriara.

Sharpe no se comportaba con educación. Quería estar solo hasta que llegara la marquesa, quería pensar en ella, sumirse en la infelicidad que suponía el anticipo de su separación. Esa última noche le era muy preciada, algo que tendría que guardar para cuando vinieran peores días, y ahora este maldito sacerdote se instalaba para mantener una encantadora charla. Sharpe volvió a hablar con voz dura.

—Estoy esperando compañía.

Curtis no hizo caso. Señaló con la mano todo aquel pequeño y bello refugio.

—Yo conozco bien este sitio. Yo era el confesor del marqués, y él siempre fue amable conmigo. Dejaba que lo utilizara para algunas de mis observaciones. —Se movió para mirar a Sharpe—. El año pasado observé el cometa desde aquí. Extraordinario. ¿Usted lo vio?

—No.

—Se perdió algo que de verdad valía la pena. El marqués era de la opinión que el cometa afectaba la recolección de la uva, que era el responsable de la buena vendimia. Yo eso no lo entiendo, pero no hay duda de que el vino del año pasado fue excelente. Excelente.

Una gran explosión de trueno le evitó a Sharpe tener que responder. Retumbó en el cielo, creció y se desvaneció y la lluvia empezó a caer con mayor fuerza.

—Supongo que está esperando a la marquesa.

—Puede suponer lo que quiera.

—Cierto —replicó Curtis asintiendo con la cabeza—. Eso me concierne, señor Sharpe. Al marido de ella yo lo tengo por amigo. Soy un sacerdote. Usted es, lo sé, un hombre casado. Creo que estoy hablándole a su conciencia, señor Sharpe.

Sharpe se echó a reír.

—¿Ha salido usted con este tiempo para venir aquí y soltarme este sermón?

Sharpe se sentó en el banco curvo que había adosado a la pared interior del refugio. Estaba atrapado allí mientras siguiera lloviendo, pero no iba a permitir que un sacerdote empezara a entrometerse en su vida espiritual.

—Olvídelo, padre. No es asunto suyo.

—Pero de Dios, sí, hijo —dijo Curtis con suavidad—. La marquesa no se confiesa conmigo. Lo hace con los jesuitas. Ellos tienen una idea complicada del pecado. Estoy seguro de que debe ser muy confusa. Yo tengo una idea muy simple del pecado y sé que el adulterio está mal.

Sharpe habló con calma, apoyó la cabeza contra la pared.

—No quisiera ofenderle, padre, pero me está molestando.

—¿Y eso?

Sharpe echó la cabeza hacia adelante.

—Pues que recuerdo que Leroux fue a su habitación, recuerdo haber oído que luchó contra los ingleses y sé que los franceses tienen espías en esta ciudad, y tardaría dos minutos en sumergirlo en el río. Me pregunto cuántos días pasarían antes de que lo encontraran.

Curtis se quedó mirándolo fijamente.

—Eso es lo que quisiera, ¿no?

—Sí.

—La solución simple, ¿no? Como hacen los soldados. —Curtis se burlaba de él con voz firme—. Cuando los seres humanos no saben qué hacer llaman a los soldados. La fuerza lo vence todo, ¿no es así? Eso es lo que le hicieron a Jesucristo, señor Sharpe, llamaron a los soldados. No sabían qué hacer con él, así que llamaron a hombres como usted; y supongo que éstos no se pensaron mucho lo que tenían que hacer, sencillamente le dieron a los clavos. ¿Eso es lo que usted hubiera hecho, no?

Sharpe no dijo nada. Bostezó. Miró las ondas que creaba la lluvia en el río. El cielo estaba oscuro, al oeste el horizonte era de un color dorado oscuro, y pensó que tal vez la marquesa esperaba a que pasara la tormenta para que el coche cogiera el camino hacia la casa por el río.

Curtis miró por detrás de él las alfombras y cojines que la marquesa había puesto en el refugio del río.

—¿De qué tiene miedo, Sharpe?

—De las polillas.

—Lo digo en serio.

—Yo también. Odio las polillas.

—¿Del infierno?

Sharpe soltó un suspiro.

—Padre, no quisiera ofenderle, en realidad no tengo ganas de lanzarlo a ese maldito río, pero no quiero estar aquí sentado y que me sermonee sobre mi alma. ¿Entendido?

Un trueno rasgó el cielo por encima de sus cabezas, fue tan repentino que Curtis dio un salto, el relámpago desapareció al caer sobre el río y el olor del ozono se sintió en el aire. Parecía que el sonido de aquel trueno rodara hacia el oeste a la ciudad y rebotara, luego sólo se vio la lluvia que chocaba contra el agua del río. Curtis miró el río.

—Mañana habrá una batalla.

Sharpe no dijo nada. Curtis habló más alto.

—Mañana habrá una batalla y ustedes vencerán.

—Mañana huiremos de los franceses —dijo Sharpe con voz molesta.

Curtis se puso de pie. La sotana negra destacaba en la oscuridad. Se acercó lo más que pudo al río sin dejar que la lluvia le mojara. Seguía hablando de cara al agua, de espaldas a Sharpe.

—Ustedes los ingleses tienen la antigua creencia de que sus grandes victorias van siempre precedidas de una noche de truenos. —El cabello del sacerdote se veía blanco contra las nubes negras—. Mañana tendrá su batalla, su solución de soldado, y ganará.

El trueno gruñó con poco entusiasmo y, a ojos de Sharpe, el sacerdote parecía un antiguo hechicero que hubiera conjurado esta tormenta desde las profundidades. Cuando el ruido del trueno se desvaneció, Curtis miró a Sharpe.

—Los muertos serán una legión.

A Sharpe le pareció oír un ruido de pasos al otro lado de la casa. Levantó la cabeza, escuchó, pero tan sólo se oía la lluvia en el jardín, el viento en los árboles. Miró a Curtis, que había vuelto a sentarse.

—¿Y el mundo, cuándo se acaba?

—Eso es cosa de Dios. Los hombres hacen las batallas. ¿No le gustaría una batalla mañana?

Sharpe no dijo nada. Se apoyó contra la pared. Curtis extendió las manos en señal de resignación.

—No quería usted hablar de su alma, así que le hablo de una batalla ¡y sigue sin querer hablar! Le hablaré igualmente.

El sacerdote de avanzada edad bajó la cabeza como si quisiera poner en orden sus pensamientos y luego levantó las pobladas cejas para mirar a Sharpe.

—Supongamos que el trueno dice la verdad. Supongamos que mañana tiene lugar una batalla y que los ingleses ganan. ¿Qué pasaría? —Levantó la mano para impedir que Sharpe hablara—. Esto es lo que pasará. Los franceses tendrán que batirse en retirada, esta parte de España será libre y el coronel Leroux se quedará aquí clavado. —Ahora Sharpe le prestaba atención. El fusilero se había sentado—. Es casi seguro que el coronel Leroux —prosiguió Curtis— está en el interior de la ciudad. Está esperando a que los británicos se vayan. Una vez se hayan ido volverá a hacer su aparición, y con él el crimen y las torturas continuarán. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí —contestó Sharpe. Hasta entonces Curtis no había dicho nada que cualquier otro no hubiera podido deducir—. ¿Y?

—Y si ha de detenerse a Leroux, han de detenerse las muertes, usted ha de luchar y ganar una batalla mañana.

Sharpe volvió a echarse hacia atrás. Curtis tan sólo era un estratega de salón.

—Wellington lleva esperando una batalla desde hace un mes. Es poco probable

que mañana la tenga.

—¿Por qué ha esperado?

Sharpe esperó a que sonara un trueno. Miró hacia el río y vio que la lluvia aún caía con insistencia. Ya era casi oscuro. Deseaba que la lluvia parara, que Curtis se fuera. Se esforzó por mantener la conversación.

—Ha esperado porque quiere que Marmont cometa un error. Quiere coger a los franceses desprevenidos.

—¡Exacto! —Asintió Curtis con energía como si Sharpe fuera un alumno que había captado una sutileza—. Ahora, escúcheme, señor Sharpe. Mañana, Wellington estará al sur del río y entonces girará al oeste, hacia Portugal, ¿no es así? ¿Sí?

Sharpe asintió con la cabeza. Curtis se echó hacia adelante, hablaba con urgencia.

—Suponga que no tuerce hacia el oeste. Suponga que decidiera esconder su ejército en el lugar del giro y luego suponga que los franceses no lo supieran. ¿Qué pasaría?

Era muy sencillo. Los dos ejércitos cruzarían el río y torcerían a la derecha. Era como la curva de una carrera de caballos y los británicos estaban en la parte interior. Si querían adelantarse a Marmont para ganar la carrera hasta la frontera portuguesa tenían que coger la curva rápido y seguir marchando. Sin embargo, si Curtis estaba en lo cierto y si Wellington se ocultaba en la vuelta, los franceses pasarían junto a él, su ejército se extendería a lo largo formando una línea y resultaría fácil ponerle la zancadilla. Dejaría de ser una carrera. Sería como el pastor que extiende a lo largo su rebaño frente a una manada de lobos hambrientos. Pero tan sólo era una conjetura. Sharpe se encogió de hombros.

—Los franceses serían derrotados. Tan sólo hay una cosa que no cuadra.

—¿Qué es?

Sharpe pensaba en la carta de Hogan.

—Mañana marchamos hacia el oeste, tan rápido como nos sea posible.

—No, señor Sharpe —dijo Curtis con voz segura—. Su general está ocultando el ejército en un pueblo llamado Arapiles. No quiere que Marmont lo sepa. Quiere que los franceses crean que simplemente deja una retaguardia en Arapiles y que el resto del ejército marcha tan rápido como puede.

Sharpe sonrió.

—Con mis mayores respetos, padre, dudo que se engañe a los franceses. Después de todo, si usted ha oído hablar de este engaño también lo habrán oído otros.

—No —contestó Curtis sonriendo mientras la lluvia seguía cayendo fuera oculta por la oscuridad—. Yo he pasado la tarde en Arapiles. Tan sólo hay un problema.

Sharpe estaba sentado inclinado hacia adelante y había olvidado de la lluvia.

—¿Cuál es?

—¿Cómo les decimos nosotros a los espías de Marmont que realmente

Wellington se pone en marcha mañana?

Sharpe sacudió la cabeza.

—¿Lo dice en serio, no?

—Sí.

El fusilero se puso de pie, caminó hacia la puerta y se asomó al jardín. No había nada que ver salvo los árboles azotados por la tormenta. Sharpe se giró sorprendido por la conversación.

—¿Qué quiere decir «nosotros»?

—Quiero decir nuestro bando, capitán.

Sharpe volvió a caminar hasta el asiento, recogió el rifle y sintió como si la tierra temblara bajo sus pies. Primero Curtis lo había provocado, luego se había burlado, ahora le hacía sentir muy estúpido. Pasó los dedos por la llave del rifle, sintió su solidez y miró al sacerdote.

—Diga lo que tenga que decir.

Curtis se metió la mano por la parte del pecho de su sotana y sacó un trozo de papel. Estaba doblado formando una tirita.

—Esto me ha llegado hoy, y es por lo que he ido a ver a Wellington. Me ha llegado, capitán, cosido en el lomo de un libro de sermones. Viene de París.

Sharpe corrió el dedo por el tosco borde del pedernal de su rifle. No sentía dolor alguno en la herida, tan sólo escuchaba a aquel sacerdote que de repente había adoptado una gran autoridad.

—Leroux es un hombre peligroso, capitán, muy peligroso, y nosotros queríamos saber más cosas de él. Yo le pedí información a uno de mis corresponsales, un amigo, un hombre que trabaja en un ministerio en París. Esta es la respuesta. —Desdobló el papel—. No lo voy a leer todo porque mucho de lo que dice ya se lo ha explicado el comandante Hogan. Sólo le leeré la última línea: «Leroux tiene una hermana, tan dotada para los idiomas como él mismo, y no puedo descubrir su paradero. Le pusieron Hélène».

Sharpe cerró los ojos y sacudió la cabeza.

—No.

—Sí.

—No, no, no. —El trueno ahogó su protesta. Abrió los ojos y el sacerdote era algo oscuro bajo la noche—. Usted..., usted es El Mirador.

—Sí.

—No. No. —Sharpe no se lo quería creer.

Curtis era implacable.

—A usted puede que no le guste, capitán, pero la respuesta sigue siendo «sí».

Sharpe seguía sin querer creerlo.

—¿Luego, dónde está su guardia?

—¿Lord Spears? Se cree que estoy confesando en la catedral, lo hago muchos martes. El se está despidiendo de la marquesa, Sharpe, y por eso ella se retrasa. La mitad de los oficiales de caballería de la ciudad le están haciendo la corte en este momento.

—¡No! ¡A sus padres los mataron los franceses! ¡Ella vivía en Zaragoza!

—¡Sharpe! —le gritó Curtis—. Conoció a su marido en París hace tan sólo cinco años. El formaba parte de una embajada del gobierno que se presentó a Napoleón. Ella dice que a su padre lo ejecutaron durante la época del Terror, pero ¿quién sabe? ¡Fueron tantos los que murieron! ¡A miles! Y no hay archivos, Sharpe, ¡ni registros cuidadosos! No les cuesta mucho a los hombres de Napoleón producir una muchacha hermosa y afirmar que es la hija de don Antonio Huesca y su mujer, una inglesa. No lo hubiéramos sabido nunca si no hubiéramos pedido información respecto a Leroux.

—Pero siguen sin saberlo. Hay miles y miles de Hélènes y Helenas.

—Capitán Sharpe, piense por favor.

Ella había asegurado que era El Mirador y no lo era. Pensó en el telescopio que había en el mirador, el telescopio que apuntaba al fuerte San Cayetano donde estaba el segundo telescopio. Le hubiera resultado tan fácil a ella hacerle señas a Leroux, hablarle usando un sistema similar al telégrafo que utilizaba el ejército. Sharpe seguía sin querer creerlo. Señaló con un brazo todo el refugio.

—Pero ¡y todo esto! ¡Ella me ha estado cuidando!

—Sí. —Curtis se puso en pie. La lluvia había amainado, los truenos se oían más hacia el sur—. Yo creo, Sharpe, que ella está algo más que enamorada de usted. Lord Spears así lo dice, y sabe Dios que él hubiera pecado con ella si ella se lo hubiera permitido. Yo creo que ella está enamorada de usted. Está sola, lejos de casa. Como sacerdote lo desapruebo, como hombre lo envidio y como El Mirador quiero utilizar ese amor.

—¿Cómo?

—Debe mentirle, capitán, esta noche. Ha de decirle que Wellington deja una retaguardia en Arapiles y que intentará convencer a Marmont de que la retaguardia es todo su ejército. Le dirá usted que Wellington quiere engañar a Marmont para que se quede quieto, para que se enfrente a la retaguardia mientras el grueso del ejército británico huye. Usted le dirá esto, capitán, y ella le creerá porque usted nunca la ha decepcionado. Ella se lo dirá a Marmont y mañana podrá usted observar el fruto de su trabajo.

Sharpe intentó echarse a reír.

—¿Ella se lo dice a Marmont? ¿Así de fácil?

—Nadie en España detiene a un mensajero que lleva el sello de la casa de Casares el Grande y Melida Sadaba.

—No —dijo Sharpe sacudiendo la cabeza.

El quería verla, abrazarla, escuchar su voz, reír con ella.

Curtis volvió a sentarse cerca de Sharpe y le iba hablando mientras la lluvia caía sobre el río, la tormenta se dirigía hacia el sur. Le habló de las cartas que había recibido, cartas ocultas, en clave. Le habló de los hombres que se las enviaban y de las estrategias que utilizaban para hacer pasar los mensajes. Ahora, a Sharpe le parecía que Curtis era un hechicero. Conjuró la imagen de sus correspondientes que temían por sus vidas, que tan sólo trabajaban por la libertad, que habían tendido una red a lo largo del imperio de Napoleón que conducía hasta este sacerdote ya mayor.

—No recuerdo exactamente cómo empezó, tal vez haga cuatro años, pero me encontré con que me iban llegando cartas y yo las contestaba y, entonces, empecé a esconder las cartas, a ocultarlas en la encuadernación de los libros. Luego, cuando llegó el ejército británico me pareció sensato pasarles el material y así lo hice. Ahora me encuentro con que soy el espía más importante que tienen ustedes. —Curtis se encogió de hombros—. No era mi intención. Yo he formado sacerdotes, Sharpe, durante años. Muchos de ellos me escriben, en latín, a veces en griego, y tan sólo he perdido a un hombre. Temo a Leroux.

Sharpe recordaba que la marquesa le había dicho cuánto temía a Leroux. Y era su hermana.

Sharpe miró a Curtis.

—¿Usted cree que Leroux está en la ciudad?

—Así es. No lo sé, pero parece lógico que se oculte allí hasta que regresen los franceses. O que se quede y continúe buscándome. —Curtis se echó a reír—. Me arrestaron una vez. Se llevaron todos mis libros, todos mis papeles, pero no encontraron nada. Les convencí de que siendo un sacerdote irlandés no sentía mucho amor por los ingleses. La verdad es que así es. Pero sí amo este país, Sharpe, y temo a Francia.

La lluvia casi había cesado. El trueno se oía al sur. Sharpe se sintió terriblemente solo.

Curtis miró al fusilero.

—Lo siento.

—¿Por qué?

—Porque creo que se ha encariñado con ella.

Sharpe asintió y Curtis suspiró.

—Michael Hogan me lo dijo. No sabía si era usted su amante, así que yo indagué a ver cómo reaccionaba. Lord Spears dijo que sí lo era, pero ese joven propaga el escándalo. Creo que tal vez siento envidia.

—¿Por qué? —preguntó Sharpe.

Se sentía mal, como si le diseccionaran la vida. Lo habían utilizado.

—Yo soy un caballo castrado por mi profesión, Sharpe, pero eso no significa que

no me fije en las yeguas.

—Ella no pasa desapercibida.

Curtis sonrió en la oscuridad.

—Se pone uno como un flan.

Sharpe colocó el rifle sobre el banco junto a él.

—¿Qué pasa si hay una batalla mañana?

—Buscaremos a Leroux por la noche. Supongo que tendremos que registrar el palacio Casares.

—¿Y ella?

Curtis le sonrió.

—Nada. Ella pertenece a la aristocracia española, por encima de cualquier reproche, de cualquier castigo. —El viento se enfrió. Curtis miró en la oscuridad de la noche—. Debo irme. Si me encontrara aquí, tengo la excusa del rifle, pero es mejor que no me encuentre. —Se levantó—. Convéznala esta noche, Sharpe, y le absolveré por esta noche, por esta obra.

Sharpe no quería la absolución, él quería a Helena, o Hélène si ese era su nombre, y sin embargo temía verla por si ella le notaba algún cambio. Lo había utilizado y tal vez él no tenía que haber creído nunca que una aristócrata pudiera tener un auténtico propósito de amistad con un hombre como él, sin embargo no podía creer que todo había sido fingido. Primero ella lo había necesitado porque él era el hombre que iba a la caza de su hermano y él le había dicho todo, y ella se lo había dicho a Leroux, pero la marquesa había vuelto a por él, lo había rescatado del hospital, y esta noche el fusilero la quería, fuera lo que fuera lo que ocultaba la oscuridad.

Curtis atravesó la puerta que daba al jardín bien mojado por la lluvia. Los árboles goteaban después de la tormenta.

—Buena suerte, Sharpe.

—A usted también, señor.

Curtis se fue. Sharpe se sintió tonto y solo. El la quería, quería mentirle y quería acostarse con ella; se sentía solo. Esperó. Hacia el sur, más allá de Arapiles, el trueno retumbó.

Capítulo 19

La cordillera iba de norte a sur. Las ovejas, las cabras y los conejos, cuyos excrementos parecían balas de mosquete entre la hierba fina y ligera, la habían dejado bien pelada. La cordillera olía a tomillo salvaje.

El día había amanecido con un cielo pálido y limpio. Los únicos restos de la gran tormenta eran algunos jirones de nubes y charcos de agua en la tierra que desaparecerían con el calor del mediodía. La cima de la cordillera ya se estaba secando cuando Sharpe llegó.

Ella le había rogado que se quedara. Le había rogado que la protegiera de Leroux y él se había sumado a la mentira y le había rogado a ella que se replegara con el ejército para ir a Ciudad Rodrigo, pero la dama no lo haría. La marquesa había vuelto a la ciudad de madrugada cuando aún estaba oscuro y le había prometido a Sharpe que le enviaría un caballo, un obsequio, y él había protestado, pero le llegó el caballo. Un criado se lo entregó y observó en silencio al fusilero cabalgando en dirección a los pastos al este de la ciudad. La dama le había dado un caballo, una silla de montar, una brida, y él no podía imaginar cuan valioso era aquel obsequio. La marquesa pronto descubriría que él la había traicionado, igual que había hecho ella, y él le devolvería el regalo. Ahora Sharpe iba cabalgando y descendía la gran loma hacia el lugar donde acababan las colinas y empezaba la llanura; el lugar del giro. Ésta era la curva donde los ejércitos girarían hacia el oeste y la loma era lo que señalizaba el interior de la curva. Sharpe se lo había explicado todo a la marquesa, en la oscuridad, le había dicho que los franceses podían avanzar más deprisa que los británicos y por ello Wellington planeaba anticiparse. Dejaría una división en Arapiles, enviaría el resto del ejército a marcha rápida quince millas al oeste y él se quedaría con la retaguardia para convencer a Marmont de que todo el ejército estaba todavía frente a Salamanca. Ella lo había escuchado, le había hecho preguntas y Sharpe se había adaptado a la mentira.

Había retozado con ella en el refugio y cuando les había llegado el momento de separarse ella le había tocado la cicatriz que tenía en la cara.

—No quiero irme.

—Quédate.

—He de irme —había contestado ella sonriendo con tristeza—. Me pregunto si volveré a verte.

—Estarás rodeada de oficiales de caballería y yo estaré celoso.

Ella le besó en la mejilla.

—Te irritaste con dignidad, como la primera vez que viniste al mirador.

El le devolvió el beso.

—Nos volveremos a ver.

Esas palabras le resonaban en la cabeza mientras el caballo, de ella, trotaba sobre la cima de la loma.

Al este de la cordillera había un amplio valle donde el trigo maduro había sido aplastado por la lluvia y donde unos pocos árboles oscuros mostraban el curso de un arroyo. En el otro extremo del valle había una escarpadura cuya cara más empinada quedaba de frente a Sharpe, y se dio cuenta de que del otro lado de los escarpados acantilados de roca roja, estaría marchando el ejército francés por la cima. La cordillera y la escarpadura terminaban en una gran llanura y era en esa llanura donde Marmont viraría hacia el oeste; la carrera para bloquear la ruta hacia Portugal.

En el extremo sur de la cordillera el terreno descendía escarpado y, a poca distancia de la cordillera hacia el oeste, había un pueblo. Era como cualquier otro pueblo español. Las cabañas eran bajas, hechas de piedra tosca y en la mayoría de las casas apenas cabía un hombre. Las casas estaban pegadas unas a otras y formaban un laberinto de diminutas callejuelas que rodeaban la única iglesia, no mayor que un almacén. La iglesia tenía un pequeño arco de piedra construido en un extremo del tejado que hacía de campanario. Había un nido de cigüeñas encima del arco.

Los campesinos más ricos, que eran pocos, habían pintado las cabañas de blanco. Algunas rosas crecían en los muros. Los corrales estaban vacíos, pues los aldeanos temían al ejército que había venido con la noche de detrás de la cordillera. Los aldeanos se habían llevado el ganado a otro pueblo y las cabañas y las callejuelas se habían quedado a merced de Dios y de los soldados. El pueblo, que nunca había sido famoso, se llamaba Arapiles.

Si uno se quedaba justo en el pie de la ladera, cerca del pueblo, y miraba hacia el sur, se veía una llanura casi lisa y en apariencia vacía. Estaba cubierta de trigo y de hierba. Al horizonte se veía algo oscuro, había unos árboles, y confuso, porque más allá de la llanura la región era accidentada. Si se giraba a la derecha se veía el pueblo de Arapiles y, justo pasado el pueblo y tan pegado a él que parecía que sus rocas surgieran de las cabañitas, había una colina: el teso San Miguel. Entre éste y el extremo sur de la cordillera había un vallecito, de tan sólo doscientas yardas de ancho en su punto más estrecho, y si uno caminaba por el centro del valle con la cordillera a la derecha y el teso San Miguel a la izquierda, entonces se veía justo delante, cuatro millas al norte, la gran torre de la catedral nueva de Salamanca. Si aquel vallecito quedara envuelto en humo de cañón, cegado por el humo de mosquete, se agradecería esa referencia.

Al este estaba la escarpadura, luego el ancho valle, detrás la alta cordillera que olía a tomillo y lavanda y que las mariposas de la cola hacían más hermosa, el vallecito y luego el teso San Miguel con Arapiles a su pie. Más allá, pasado el pueblo y la colinita, se extendía la llanura hacia el oeste. Sin embargo, nada desentonaba en el paisaje. Sharpe se colocó con el caballo en el extremo sur de la cordillera y con su

mente de soldado abarcó la escarpadura, los valles y el pueblo, pero lo que le asombró fue la llanura que se extendía hacia la línea de árboles al sur. La llanura, pálida con el trigo maduro, era como un inmenso mar que chapoteaba contra la escarpadura, la cordillera y teso San Miguel, y en aquel mar había dos extrañas islas. Dos colinas, y para un soldado las dos colinas eran la clave de la llanura.

La primera colina era pequeña pero elevada. Y al ser pequeña pero elevada era escarpada, demasiado escarpada para el cultivo así que la habían dejado para las ovejas, los conejos, los escorpiones que vivían entre las rocas que salpicaban las laderas y los halcones que anidaban en la cima llana. La colina pequeña estaba situada justo al sur de la cordillera, tan cerca que el valle entre ambos era muy estrecho. Desde el aire, la cordillera y la colinita parecerían un signo de exclamación.

Si una cigüeña volara por encima del río, directamente en dirección sur desde su nido en la catedral nueva de Salamanca, y se adentrara en las tierras de labranza, atravesaría la colinita. Y si siguiera volando hacia el sur, en dirección a la gran llanura, atravesaría la segunda colina exactamente a tres cuartos de milla de distancia de la primera. Esta colina estaba realmente aislada entre el trigo. Era más grande que la primera pero más baja, y era como una tabla llana situada, como una raya, bajo el punto de exclamación. Era tan escarpada como la primera colina, también con la cima llana, y los halcones y los cuervos vivían allí sin que ningún hombre los molestara pues no había razón para escalar las laderas escarpadas, ninguna razón a menos que se tuviera un cañón. Entonces todo serían razones, pues ninguna infantería podría desalojar a una fuerza que estuviera en la cima llana que era como una gran plataforma para un cañón en el mar de trigo. A las dos colinas los aldeanos las llamaban «los hermanitos». Su verdadero nombre era el del mismo pueblo. Eran los Arapiles; Arapiles Menor, y allí en la llanura Arapiles Mayor.

Cuando Dios creó el mundo hizo aquella extensa llanura para la caballería. Era firme, o lo sería cuando el sol hubiera secado la lluvia caída durante la noche, y casi era una superficie llana. Los sables podían caer como guadañas entre el maíz. Los Arapiles, el Mayor y el Menor, los hizo Dios para la artillería. Desde las cimas, bien allanadas para que los artilleros tuvieran una plataforma estable, los cañones dominarían la llanura. Dios no había hecho nada para la infantería, salvo un terreno en el que se podrían cavar tumbas con facilidad, pero la infantería ya estaba acostumbrada a esto.

Todo esto lo vio Sharpe en pocos segundos, porque era su trabajo conocer el terreno y entender su uso para matar hombres, y también sabía que si él hubiera defraudado a la marquesa esto sería un campo de muerte. Algunos hombres ya habían muerto aquí. En el ancho valle entre la cordillera británica y la escarpadura francesa, los fusileros mantenían una batalla descontrolada con los tiradores franceses. Los fusileros habían hecho retroceder a los enemigos hasta la misma cima de la

escarpadura, habían matado a un puñado, pero nadie prestaba demasiada atención a aquella batalla. Cuando comenzara por segunda vez iría en serio. Habían enviado a las tropas portuguesas a que tomaran Arapiles Mayor, allí en la llanura, y la infantería francesa los había hecho correr hacia la cima y luego les lanzaron el fuego de mosquete sobre la ladera. Los portugueses habían fracasado. Los franceses se habían hecho con una de las dos plataformas que dominaban aquel campo mortal y Sharpe vio que ya había cañones en la cima. Dos cañones británicos estaban en silencio en Arapiles Menor. Las dotaciones habían puesto los uniformes a secar después de la lluvia nocturna y se preguntaban qué les depararía el día. Probablemente, pensaban, otra marcha desesperada huyendo de los franceses. Ellos querían luchar, pero muchos de los días de aquella campaña habían acabado en una retirada desalentadora.

Sharpe pasó junto a la pequeña granja construida en el extremo sur de la cima de la cordillera. Estaba ocupada por oficiales del estado mayor y él hizo que el caballo se detuviera y se deslizó hasta el suelo. Una voz hizo que se girara.

—¡Richard! ¡Richard!

Hogan caminaba hacia él con los brazos estirados, casi como si quisiera abrazar a Sharpe. El comandante se detuvo y sacudió la cabeza.

—Pensé que no volvería a verle. —Le cogió la mano a Sharpe y se la sacudió arriba y abajo—. ¡De entre los muertos! Tiene mejor aspecto. ¿Cómo está la herida?

—Los médicos hablan de un mes, señor.

Hogan sonrió encantado.

—¡Pensaba que estaba muerto! Y cuando lo sacamos de la bodega. —Sacudió la cabeza—. ¿Cómo se encuentra?

—Medio recuperado —Sharpe se sentía turbado por la alegría que mostraba Hogan—. ¿Y usted, señor?

—Yo estoy bien. Estoy contento de verle, de verdad. —Miró el caballo y abrió bien los ojos sorprendido—. ¿Ha heredado?

—Es un obsequio, señor.

Hogan, que adoraba los caballos, retiró el belfo del semental para examinarle los dientes. Le palpó las patas, el vientre y habló lleno de admiración.

—Es una belleza. ¿Un obsequio?

—De la marquesa de Casares el Grande y Melida Sadaba.

—Oh —exclamó Hogan enrojeciendo—. Ah. —Le dio unos golpecitos al animal en el pescuezo y miró a Sharpe—. Lo siento, Sharpe.

—¿Por qué? Supongo que he hecho el tonto.

—Ojalá hubiera podido hacerlo yo con ella. —Hogan sonrió—. ¿Se lo ha dicho?

—Sí.

—¿Y le ha creído?

—Sí.

—Bien, bien —dijo Hogan sonriendo.

No podía resistir el placer. Hizo algunos pasos de baile sobre la hierba y le sonrió a Sharpe.

—¡Oh, bien! Tenemos que decírselo al general. ¿Ha desayunado usted?

—Sí, señor.

—¡Pues vuelva a hacerlo! Le diré a mi criado que lleve su caballo al establo. — Se detuvo y miró a Sharpe—. ¿Fue duro?

—Sí.

Hogan se encogió de hombros.

—Lo siento. Pero si sale bien, Richard...

—Lo sé.

Si salía bien tendría lugar una batalla. La extensa llanura al sur de la ciudad, alrededor de las colinas, se convertiría en un terreno mortal, engendrado durante una noche oscura de trueno, traición y amor. Sharpe fue a desayunar por segunda vez.

Capítulo 20

El sol que lucía alto y con mayor intensidad secó el terreno mortal y coció las rocas, que no se podían ni tocar. Cubrió el horizonte de neblina y hacía relucir el aire sobre las cimas llanas y rocosas de las dos colinas de los Arapiles. Los artilleros escupían en los cañones y observaban cómo la saliva siseaba y hervía hasta desaparecer. Eso era antes de que los cañones dispararan. Los insectos se afanaban entre la hierba y el trigo, las mariposas revoloteaban sobre las amapolas y el aciano, y los últimos jirones de nubes de la tormenta desaparecieron. La tierra se encogía bajo aquel calor y parecía desértica. Desde la cordillera o la escarpadura, desde cualquiera de las colinas, no podía verse más que un centenar de los cien mil hombres que se habían reunido en los Arapiles aquel día. El miércoles 22 de julio de 1812.

Auguste Marmont tenía treinta y seis años. Era duque de Ragusa, pero eso no significaba nada para él comparado con el hecho de ser el mariscal más joven de Francia, y estaba impaciente. El caballero inglés, Wellington, había derrotado a todo general francés que se había enfrentado a él, pero no había derrotado aún a Marmont, y no lo haría. Auguste Marmont, hijo de un fabricante de hierro, había superado en estrategia al inglés, lo había dejado atrás y lo único que tenía que hacer ahora era correr más deprisa que él hacia Portugal. Sin embargo, ahora que la mañana llegaba a su fin, le asaltaban las dudas.

Cabalgó hacia la parte posterior de Arapiles Mayor, desmontó y subió la escarpada ladera a pie. Apoyó su catalejo sobre la rueda de un cañón y observó durante un tiempo hacia Arapiles Menor, el pueblo, y las construcciones de la granja en el extremo sur de la cordillera. Otros oficiales hacían también uso de sus catalejos y uno de ellos, un oficial del estado mayor, señaló hacia la granja.

—Allí, señor.

Marmont entrecerró los ojos cuando el sol lo deslumbró al reflejarse en el bronce de su catalejo, lo movió, y allí, bien claro a través de la lente circular, se veía a un hombre con una larga casaca azul, pantalones grises y un sombrero oscuro. Marmont gruñó. Wellington.

—¿Y qué está haciendo?

—¿Comiendo, señor? —sugirieron los oficiales del estado mayor riendo.

Marmont frunció el ceño ante la indirecta.

—¿Se queda o se va?

Nadie respondió. Marmont movió el telescopio hacia la izquierda y vio dos cañones ingleses sobre Arapiles Menor y luego más cañones, tal vez cuatro, sobre la colina detrás del pueblo. No eran muchos cañones y no le daban miedo. Se separó de la lente, se enderezó y miró fijamente en dirección oeste.

—¿Cómo está el terreno?

—Seco, señor.

La llanura se extendía tentadora hacia el oeste. Estaba vacía; una gran carretera dorada que podría conducirlo a la cabeza de Wellington. Marmont estaba impaciente por moverse, por aventajar a los británicos para poder bloquear la ruta y conseguir la victoria que le haría saber a Francia, a Europa y al mundo que Auguste Marmont había destruido al ejército británico. Podía saborear ya aquella victoria. Escogería el campo de batalla, obligaría a la infantería de casacas rojas a combatir ascendiendo por alguna ladera impracticable que él habría cubierto con su amada artillería, y ya veía las balas y la metralla azotando las líneas británicas. Sin embargo, sobre Arapiles Mayor, dudaba. Veía a casacas rojas en el pueblo, cañones sobre las colinas, pero tan sólo era una retaguardia, ¿o había más?

—¿Se queda o se va?

Nadie respondió. Un mariscal de Francia era un personaje elegante, tan sólo tenía por encima al emperador, e iba vestido con un uniforme azul oscuro ribeteado de hojas doradas, y llevaba el cuello y los hombros cargados de condecoraciones doradas. A un mariscal de Francia se le otorgaban privilegios, riquezas y honor, pero eso se lo tenían que ganar respondiendo a las preguntas difíciles. ¿Se va o se queda?

Marmont iba renqueando por la cima de Arapiles Mayor. Estaba pensando. Las botas le apretaban y eso le molestaba, cualquier hombre que se llevaba ciento cincuenta pares de botas a la guerra tenía derecho a encontrar un par que le fuera bien. Volvió a pensar en los británicos. ¿Seguro que se iban? Wellington no había presentado batalla en todo un mes, ¿por qué había de hacerlo aquel día? ¿Y por qué esperaba Wellington? Marmont volvió a dirigirse hacia el cañón y miró de nuevo por el catalejo. Veía la figura sin condecoraciones de su enemigo, que hablaba con un hombre alto vestido con la casaca verde de los fusileros. Los fusileros. Las tropas ligeras británicas. Rápidos en la marcha, incluso más que los franceses. Supongamos que Wellington hubiera dejado su división ligera en este pueblo. Supongamos que el resto del ejército ya estuviera en ruta, marchando hacia el oeste, huyendo de la venganza de los cañones franceses Gribeauval. Marmont se puso en lugar del enemigo. El quería ganar ese día de marcha. Quería que los franceses se quedaran aquí, pensando que el ejército británico los amenazaba, y ¿cómo lo haría? Dejaría sus mejores tropas en el pueblo, él mismo se quedaría, porque si el general está presente, entonces el enemigo da por sentado que el ejército está presente, y Marmont volvió a darse cuenta de que había de tomar una decisión. ¡Malditas botas!

Hacer algo era mejor que no hacer nada. Se giró hacia los oficiales de su estado mayor y ordenó un ataque al pueblo. Sabía que era un movimiento de contención. Eso haría desistir a la retaguardia británica de aventurarse por la llanura y formaría una barrera detrás de la cual él podría marchar hacia el oeste; sin embargo, sabía que todavía debía tomar la decisión, la gran elección, y la temía. Su criado extendió un

mantel de lino sobre la hierba y preparó los cubiertos de plata, que viajaban a todas partes con el mariscal junto con sus ciento cincuenta pares de botas; Marmont decidió que la guerra tendría que esperar hasta que hubiera comido algo. Se frotó las manos.

—¡Pavo frío! ¡Excelente, excelente!

Un jinete descendió la ladera sur de la escarpadura, pasó junto a las tropas que esperaban las órdenes que debían enviarlos hacia el oeste o mantenerlos esperando durante un día. Su caballo chapoteó al atravesar un vado poco profundo, pasó por una antigua pasarela que atravesaba el arroyo con bloques de piedra y luego espoleó el caballo en dirección a la extraña colina de los Arapiles, donde le habían dicho que Marmont esperaba. Llevaba una carta en el portapliegos. Condujo al caballo hasta la ladera, lo hizo subir todo lo que pudo y luego desmontó, le lanzó las riendas a un soldado de infantería y fue subiendo a pie el último tramo escarpado. Corrió hacia el mariscal, lo saludó y le entregó el papel doblado y sellado.

Marmont sonrió al ver el sello de cera. Conocía ese sello, sabía que se podía confiar en él; rasgó el papel para abrirlo y llamó al comandante Berthon.

—Descífrelo. ¡Rápido!

Volvió a mirar hacia las colinas que conservaba el enemigo. ¡Si tan siquiera pudiera ver lo que había al otro lado! Y tal vez la carta se lo decía, o tal vez, y se puso pesimista, era tan sólo alguna noticia de carácter político, o un informe sobre la salud de Wellington, y se enojó mientras Berthon se afanaba con los números que había escritos en el papel. Marmont simulaba estar tranquilo. Le ofreció vino al jinete que le había traído el mensaje. Le hizo cumplidos respecto a su uniforme y luego, al fin, Berthon le trajo el papel. «Los británicos marchan hacia el oeste hoy. Una única división se queda para hacer creer que planean combatir por Salamanca. Tienen mucha prisa y temen que los adelanten.»

¡Lo sabía! El mensaje no hacía más que confirmar lo que le decía su instinto, ¡pero lo sabía! Y entonces, como si fuera la confirmación de su repentina certitud, vio el penacho de polvo revelador elevándose hacia el cielo del oeste. ¡Se habían puesto en marcha! ¡Y él iba a adelantarlos! Rompió en pequeños pedazos la nota de la marquesa y los esparció por la cima de la colina mientras sonreía a sus oficiales.

—¡Lo tenemos, caballeros! ¡Al fin, lo tenemos!

A cinco millas de allí la Tercera División Británica, que se había quedado para proteger Salamanca en la orilla norte del Tormes, atravesaba la ciudad y el puente romano. Era una marcha incómoda. Los ciudadanos de Salamanca se burlaban de ellos, los acusaban de huir, y los oficiales y los sargentos tenían que atar corto a sus hombres. Marcharon debajo de la pequeña fortaleza del puente y giraron a la derecha en dirección a Ciudad Rodrigo. Cuando perdieron de vista la ciudad, se desviaron hacia la izquierda y fueron hacia el sur hasta que llegaron a un pueblo llamado Aldea Tejada. Se hallaban cerca de una gran llanura de trigo que podía convertirse en un

campo mortal.

A la Tercera División le costaba más de dos horas cada tramo del camino. Los hombres estaban cansados, desanimados por la retirada y avergonzados por abandonar la ciudad. Algunos de ellos iban arrastrando los pies a causa del cansancio. El polvo se empezaba a levantar. La carretera se había secado, el polvo formaba nubes, se removía y el aire que se elevaba por encima de la ruta a Ciudad Rodrigo se llenaba de una neblina hecha de polvo blanco y fino. Los pertrechos del ejército, que se mandaban por delante por si el ejército británico tenía que batirse en retirada, se sumaron a la neblina que manchaba el horizonte por el oeste.

Marmont tenía el mensaje, había visto el polvo y ahora olvidó que las botas le apretaban. ¡Conseguiría su victoria!

En la cordillera británica no había tal regocijo. La espera había provocado irritación entre los oficiales de Wellington. Sharpe había dormido poco, y miraba fijamente la gran llanura que estaba vacía bajo los halcones que surcaban el cielo de un azul acero. No había señal de que Marmont hubiera extendido su flanco izquierdo, de que hubiera caído en la trampa, y Sharpe calculó que debía ser mediodía. Despertó con los cañones que disparaban en el ataque francés al pueblo. Había estado observando durante un rato las balas británicas que se abrían camino por las filas de los batallones enemigos, mientras los tiradores se reunían para mantener su propia guerra en el trigo. Pero el ataque francés se detuvo en los alrededores del pueblo. Marmont había conseguido un triunfo. Los cañones que tenía en Arapiles Mayor habían apartado los cañones británicos de la cima de Arapiles Menor. Sharpe observó a los artilleros, que ayudados por la infantería, conducían las grandes armas ladera abajo. El primer asalto lo ganaba Francia.

El ataque francés no fue intenso. Unos cinco mil hombres habían surgido de detrás de Arapiles Menor y avanzaban sobre el pueblo. Sharpe oía el sonido agudo de los rifles Baker provenientes de la llanura y se dio cuenta de que los tiradores franceses estarían maldiciendo a los fusileros británicos, que los *voltigeurs* estarían muriendo entre el trigo; todo parecía tan lejano, como la batalla de un niño con soldaditos de plomo vista desde una ventana. Los uniformes azules avanzaban, se detenían y los chorros de humo blanco mostraban donde se disparaban las descargas de mosquete, las bocanadas mostraban donde le explotaba la *shrapnel* al enemigo, y el sonido llegaba segundos después de que apareciera el humo.

El ataque se detuvo justo a las afueras del pueblo. Esta no era la auténtica batalla, todavía no. Si los franceses fueran en serio, si realmente quisieran capturar las miserables cabañas, podían haber marchado con sus columnas enormes, con las Águilas destacando por encima de la tropa, los inmensos tambores marcando el paso y la artillería abriendo un camino por delante de ellos. El sonido hubiera aumentado progresivamente bajo el calor de la tarde mientras la ola francesa barría el pueblo,

valle arriba, y luego habría una batalla. Sharpe se adormiló otra vez.

Hogan lo despertó y le ofreció algo de comer; dos muslos de pollo fríos y vino. Sharpe comió a la sombra que le ofrecía el muro de la granja, escuchando los leves sonidos de los tiradores que reñían por el pueblo. La extensa llanura seguía vacía hacia el oeste, los franceses no mordían el cebo y Hogan había admitido con pesar que en un par de horas el general probablemente ordenaría una plena retirada. Otro día perdido.

Wellington caminaba arriba y abajo frente a la granja. Había ido hasta el pueblo una vez, había visto que los defensores no tenían problemas y ahora se preocupaba mientras comía pollo frío y esperaba a que Marmont descubriera su juego. Se había fijado en Sharpe, le había dado la bienvenida al mundo «de los vivos», pero el general no estaba de humor para charlas. Caminaba, observaba y se preocupaba.

—¡Señor, señor!

Un jinete espoleaba el caballo cordillera arriba procedente del oeste y su montura llegó cubierta de sudor. El jinete saltó de la silla, saludó y le entregó un trozo de papel al General. Era un ayudante de campo del general Leith, y no esperó a que Wellington leyera el papel.

—¡Señor! ¡Se extienden por la izquierda!

—¡Y un cuerno! ¡Déme mi catalejo! ¡Rápido!

Había zonas sin cultivar en la llanura, huecos en el trigo que quedaban ocultos desde la cordillera, pero en los que algunos franceses se habían escondido. El general Leith, lejos al oeste, era el primero que había visto el movimiento, pero ahora a los franceses se les podía ver ascendiendo por un camino que surgía del terreno sin cultivar. Sharpe, con su catalejo extendido, vio que el enemigo marchaba. Las ovejas se habían metido en la boca del lobo. Wellington replegó el catalejo y tiró jovialmente el muslo de pollo que había estado comiendo por encima del hombro.

—¡Dios mío! ¡Eso sí que está bien!

Tenía el caballo preparado, montó y lo espoleó en dirección oeste, adelantándose a los oficiales de su estado mayor y dejando tras de sí una nube de polvo. Sharpe siguió observando hacia el sudoeste, hacia la extensa llanura que se extendía tan tentadora frente a los franceses, y vio que las tropas salían del terreno baldío y se ponían claramente a la vista. Era una imagen preciosa. Batallón tras batallón enemigo se habían puesto en formación de marcha y se dirigían hacia el oeste bajo un sol abrasador. El ataque al pueblo era una estratagema para retener a la retaguardia británica mientras los franceses se iban sin peligro alguno, pues sabían que sus adversarios ya se habían puesto en marcha, y no deseaban más que intentar aventajarlos. El sol hacía que el calor hirviera sobre la llanura; sin embargo los franceses estaban animados, llenos de ambición y avanzaban contoneándose por entre los senderos de trigo y cardos, con las armas colgadas al hombro y con grandes

esperanzas. Marcharon alejándose cada vez más hacia el oeste, y el ejército francés se fue extendiendo como un hilo cada vez más delgado sin sospechar que su enemigo estaba esperando, listo para la batalla y oculto al norte de su posición. Hogan estaba exultante de alegría.

—¡Lo hemos conseguido! ¡Al fin lo hemos conseguido, Richard!

Capítulo 21

Las batallas pocas veces empiezan de una forma rápida. Crecen como los fuegos en la hierba. Un trozo al rojo vivo del taco de un mosquete es escupido sobre la hierba, arde sin llama, se aviva y cientos de chispas diminutas revolotean por el terreno seco. Algunas se apagan, otras prenden y las apaga con el pie un tirador enojado. Pero, de repente, dos de ellas se unen y el viento las aviva, las sopla y hace que formen un remolino de humo. Entonces, de forma bastante rápida, las chispitas del taco se convierten en llamas incontenibles que cuecen a los heridos y se comen a los muertos. Todavía no había batalla en los Arapiles. Había algunas chispas que se podían convertir en un infierno, pero la tarde avanzaba y los oficiales que observaban desde la granja hacia el extremo sur de la gran cordillera vieron cómo su júbilo se transformaba en aburrimiento. Las baterías francesas todavía seguían disparando hacia el pueblo por encima de las cabezas de las tropas que se habían instalado en la hierba y en el trigo, pero el cañoneo era más lento, casi carente de entusiasmo, y los británicos utilizaron la tregua para subir dos cañones a Arapiles Menor.

La tarde avanzaba sin novedad. Dieron las tres, las cuatro, y para los hombres que estaban en la cordillera, para los batallones que había detrás, el sonido de la batalla era como una tormenta lejana que no les afectaba. El flanco izquierdo del ejército francés, una cuarta parte de él, marchaba hacia el oeste mientras oía los cañones por detrás y creía que tan sólo era el murmurar de la retaguardia.

Los artilleros británicos de la Artillería Real que habían arrastrado con esfuerzo dos cañones hasta la cima de Arapiles Menor servían aquellos monstruos corcoveantes bañados en asqueroso sudor. Los cañones retrocedían con gran estrépito sobre las gualderas, destrozaban las rocas que había sobre la otra colina de los Arapiles y después de cada disparo los artilleros tenían que volver a colocar en su sitio las gualderas y dar de comer al monstruo, mientras el humo hacía que les picaran los ojos y les costara respirar. Un artillero empujó hacia dentro una bala esférica en el cañón. Era el arma secreta de los británicos, inventada hacía veintiocho años por el teniente Shrapnell y que ningún otro país había conseguido copiar. Era una bala pequeña porque el cañón era de seis, lo máximo que se podía subir por la escarpada pendiente de la colina. La bala de hierro hueca que inventó Shrapnell llevaba sesenta balas de mosquete que rellenaban la carga de pólvora central. La espoleta estaba cortada de manera que la bala explotaría por encima de Arapiles Mayor. La baqueta la empujó dentro de la garganta del cañón, el soldado retrocedió y el sargento que mandaba en este cañón comprobó la dotación, prendió fuego a la mecha y las ruedas del cañón chocaron contra la roca, la gualdera giró, el humo salió despedido hacia adelante, la bala retumbó sobre la llanura.

La batalla iba ardiendo sin llama. Podía prender en cualquier momento y la

Suerte, la diosa de los soldados, se interesaba por las chispas que revoloteaban amenazantes por los Arapiles. Desde Arapiles Menor, un oficial de artillería vio que la bala desprendía humo, era como la señal finísima de una raya de lápiz gris en el aire, y entonces explotó justo en el extremo opuesto de Arapiles Mayor. Fue una explosión de aire negruzco y rojo intenso y la tierra que había por debajo y delante se levantó con las balas de plomo y los trozos de la cubierta. La mayoría fueron a parar al suelo sin producir daños, otras rebotaron sobre la piedra caliente, pero dos balas, con la malevolencia de la Suerte, le dieron a Auguste Marmont en el costado y el mariscal más joven de Francia cayó. No estaba muerto, pero no iba a poder conducir a su ejército ese día, un ejército que él ya había encaminado hacia la destrucción.

Wellington estaba lejos de allí. Había cabalgado hasta la Tercera División, les había señalado una nueva dirección hacia el este y ya habían iniciado la marcha. Los franceses se dirigían hacia el oeste creyendo que iban a la carrera para adelantar a los británicos, pero los británicos se dirigían hacia ellos, esperaban detrás de ellos y sin que los franceses lo supiesen. Los británicos, amargados por las semanas que llevaban de marcha y de contramarcha, de retirada, querían luchar.

Entre la Tercera División y los Arapiles, ocultos en un profundo repliegue del terreno, había más británicos. Caballería. La caballería pesada, recién llegada de Gran Bretaña y ansiosa por probar sus monturas y sus espadas, largas y rectas, de treinta y cinco pulgadas; hojas que ellos decían que eran demasiado pesadas para parar con rapidez, pero maravillosas para matar a la infantería.

El sol blanqueaba la llanura. El terreno mortal se empezaba a llenar como si fuera un escenario, pero seguía esperando la chispa que lo convertiría en una batalla. Eso empezó en el este, cuando la Tercera División atacó la cabeza de la columna francesa y a los hombres que estaban arriba, sobre la cordillera, les llegó un sonido distante y amortiguado de mosquetes similar al de un fuego lejano que crepita. Del oeste llegaba humo y ruido, y el polvo se unía al humo. Los catalejos pudieron entrever algo de lo que estaba sucediendo. La columna francesa se arrugaba, se echaba hacia atrás, y la batalla que había empezado al oeste alcanzaba el este, de nuevo hacia los Arapiles.

Los batallones franceses se replegaron. Eran inferiores en número, en cañones y en mandos. Creían ser la vanguardia de una marcha y de pronto eran la línea de frente de una batalla; su derrota estaba a punto de convertirse en un desastre.

Sharpe observaba. Odiaba la caballería como la odiaba todo soldado de infantería, y estaba acostumbrado a ver a la caballería británica mal dirigida y poco efectiva. Pero la Suerte era caprichosa con los franceses aquella calurosa tarde española. Los Dragones Pesados Británicos, algunos de la guardia del rey, avanzaron sobre los franceses desde el norte. Querían luchar. Surgieron de su terreno baldío en dos filas y al trote para mantener el orden, los negros penachos sobre los brillantes cascos con

cresta ondeaban conforme avanzaban. Sharpe, que miraba por el catalejo, vio un temblor de luz y brillo, eran las espadas levantadas, y los jinetes iban bien juntos tocándose unos con otros las rodillas cubiertas con las botas. Sharpe no oyó la trompeta que les señaló el medio galope, pero vio que la línea iba más deprisa y que seguían manteniendo la disciplina; él conocía lo que debían estar sintiendo. Todos los hombres temen el momento de entrar en batalla, pero estos hombres iban sobre sus grandes caballos, el olor de la pólvora les impregnaba el olfato, la trompeta les encendía la sangre y las espadas que llevaban en la mano estaban hambrientas. Los franceses no estaban preparados. La infantería puede formar cuadros, y en los libros de texto se explica que ninguna caballería del mundo puede romper un cuadro bien formado, pero los franceses no habían advertido el peligro y no estaban en formación de cuadro. Se iban replegando, disparaban y cargaban maldiciendo a su general, cuando la tierra tembló.

Mil caballos, los mejores caballos del mundo, y mil espadas surgieron de entre el polvo mientras las trompetas iban espoleando a los jinetes hacia la carga final, el momento en que se suelta al caballo para que corra como el diablo y la línea se tambalea y se curva; pero no importa porque el enemigo está muy cerca. Y los jinetes, a quienes les habían puesto un blanco con el que toda caballería soñaría, rugieron triunfales; las grandes y pesadas espadas afiladas penetraron en los franceses con todo el peso del hombre y del caballo. El miedo se había convertido en ira, en locura, y los británicos mataban una y otra vez, dividían los batallones, atropellaban a los franceses, las enormes espadas caían y los caballos mordían y se encabritaban y los franceses, que no podían hacer otra cosa, empezaron a correr.

Los caballos corrían con ellos. Las espadas les perseguían. Los Dragones Pesados abrieron caminos de sangre y polvo por entre los fugitivos sin esfuerzo. Los franceses daban la espalda a los caballos, así que las espadas les podían dar en el cuello o encima del cráneo, y eso divertía a los jinetes, que gruñían a sus enemigos; las espadas tenían donde elegir. El sonido de mosquetes había desaparecido. Lo reemplazó el retumbar de cascos, los chillidos y el sonido de los tajos.

Algunos franceses corrieron en busca de ayuda hacia la infantería británica. Las filas rojas se abrieron y les ayudaron a entrar, porque toda infantería teme ese momento en que no se está en cuadro y la caballería ataca a toda carga. Los soldados británicos les gritaban a los franceses, les decían que corrieran hacia las líneas británicas, y los casacas rojas observaban con pavor lo que estaban haciendo los Dragones Pesados. Sabían que la Suerte podía haber dispuesto que fuera de otra manera y por eso ayudaban a sus enemigos a escapar del enemigo común de toda infantería. La chispa se había convertido en una llama que avanzaba veloz.

Sharpe observaba desde la colina convertido en un espectador privilegiado, y vio que el flanco izquierdo del ejército francés se deshacía en fragmentos entre los

caballos y la Tercera División. Observaba a los Dragones Pesados, guiados con maestría, que volvían a formar una y otra vez, a cargar una vez y otra vez más, y que luchaban hasta que ya estaban demasiado cansados para sostener las pesadas espadas.

Habían destrozado ocho batallones franceses. Se había perdido una Águila, habían capturado cinco cañones y se habían hecho cientos de prisioneros que tenían las caras negras de pólvora y las cabezas y los brazos con cortes de la espada. Los franceses que quedaban estaban divididos, destrozados, masacrados. Los jinetes sólo agotados. La Suerte no estaba sólo del lado de los británicos. Había decretado la muerte del general de los Dragones Pesados, que no podría volver a enseñar a la caballería británica cómo se lucha, pero en este día habían cumplido con su deber. Tenían las espadas bien manchadas de sangre, habían cabalgado hacia la gloria, y recordarían siempre los momentos en que lo único que tenía que hacer un hombre era inclinarse a la derecha, cortar y espolear. Wellington lanzaba sus ataques, uno tras otro, desde el oeste hacia el este. La Tercera División había avanzado, luego la caballería, y eran más los hombres que se enviaban sobre la extensa llanura. Provenían de los dos lados del teso San Miguel y cabalgaban en dirección sur apuntando hacia el eje de la línea francesa, su centro, dominado por Arapiles Mayor. Sharpe observaba. Vio que la infantería se desplegaba desde el pequeño valle entre la cordillera y el teso San Miguel y que pasaba por el pueblo. Habían sacado los estandartes de las fundas de cuero y éstos ondeaban sobre los batallones; y Sharpe sintió un orgullo extraordinario al ver las banderas.

Los cañones sobre Arapiles Mayor cambiaban el blanco, disparaban y se abrían las primeras brechas en las líneas británicas, los sargentos les gritaban a los hombres que se cerraran, que se cerraran, y seguían marchando, atacando en línea. Sharpe vio la bandera amarilla del South Essex.

Era la primera vez que no luchaba con ellos y se sintió muy culpable mientras observaba a sus hombres, los tiradores que iban corriendo al frente por entre el trigo. Los observaba temeroso; sabía que la herida todavía le dolía, que los médicos le habían dicho que se podía volver a abrir y sangrar y que la próxima vez se podría pudrir y él moriría.

Las tropas portuguesas marchaban en dirección a Arapiles Mayor. La Cuarta División, superviviente de Badajoz como el South Essex de Sharpe, marchaba hacia la derecha de la colina francesa. Seguían cayendo balas. Los franceses habían alineado cañones en la llanura que había junto a la colina y las baterías bramaban contra las líneas británicas y portuguesas. Se iban abriendo huecos, los cubrían, e iban quedando grupitos de hombres vestidos de rojo o de azul sobre el trigo pisoteado. Las tropas francesas que habían estado atacando el pueblo se replegaron ante la Cuarta División. Esta avanzaba con los estandartes en alto y desafiaba los cañones franceses que había en la llanura, a las tropas que se retiraban frente a ellos y

a las tropas que regresaban de la carnicería del oeste. Sharpe apoyó el catalejo en el hombro de Hogan y buscó a sus hombres que iban en parejas por entre el trigo, y cuando localizó a Harper lo siguió con la lente. El sargento les hacía gestos a los hombres de la compañía para que se mantuvieran espaciados, para que no se quedaran quietos, y Sharpe se sintió muy culpable por no estar allí. Ellos tendrían que luchar sin él y no soportaba la idea de que alguno muriera sin que él pudiera salvarlo. Sabía que él poco más podía hacer que no estuvieran ya haciendo el teniente Price y los sargentos, pero eso no le consolaba.

Hasta entonces sabía que la batalla la iban ganando los británicos. El flanco izquierdo francés había desaparecido, el centro estaba muy castigado y Sharpe no veía cómo podría resistir los ataques. Seguramente la Cuarta División tomaría el terreno a la derecha de Arapiles Mayor y los cañones franceses abandonarían. A Sharpe le parecía, al observar desde la cima que olía a tomillo, que de alguna manera los franceses habían perdido las ganas de contraatacar. El trigo y la hierba estaban envueltos en humo, en el aire tronaban las balas, la metralla y el *shrapnel* y los miles y miles de hombres avanzaban sobre la llanura, y las casacas rojas, por todas partes, hacían retroceder a los franceses. Parecía como si ese día, los hombres de Wellington fueran implacables, invencibles, que tan sólo el anochecer pudiera salvar a unos pocos franceses. El sol descendía hacia el atardecer, todavía brillaba pero la noche se anunciaba ya.

Marmont no sabía lo que estaba sucediendo. Se lo habían llevado para que lo atendieran los cirujanos; su segundo estaba herido y un tercer hombre, el general Clausel, se había hecho cargo del ejército. Él sí podía ver lo que estaba sucediendo, y él no había perdido los deseos de luchar. Todavía era un hombre joven, llevaba media vida de soldado y no tenía ninguna intención de perder esa batalla. El flanco izquierdo había desaparecido, se había visto sorprendido y estaba destrozado, y el centro estaba amenazado, pero él iba a jugar sus cartas. Le había enseñado a luchar un maestro, el mismo Napoleón, y Clausel se contentaba con dejar que el centro luchara mientras él juntaba sus reservas, las concentraba, y las ordenaba para el combate detrás de la protección que le ofrecía Arapiles Mayor. Estaba al mando de una fuerza imponente, miles de bayonetas, y las contenía esperando el contragolpe que apuntaría hacia el mismo centro del ejército de Wellington. La batalla todavía no estaba perdida, cualquier bando podía ganarla.

Los portugueses escalaron la empinada ladera de Arapiles Mayor; Clausel los observó y calculó su contraataque para que fueran los primeros en sufrirlo. Dio la señal. En la cima de la colina se alineaba la infantería, los mosquetes no podían fallar a esa distancia, y los portugueses, desamparados al dar aquellos últimos pasos, fueron derribados. No había valentía que pudiera compensar las dificultades del terreno. Los portugueses fueron destrozados por los mosquetes franceses, e incluso su derrota no

hubiera importado si la Cuarta División hubiera sido capaz de atacar al otro lado de la colina y rodearla, pues entonces los franceses que había en Arapiles Mayor hubieran huido.

La Cuarta División no consiguió pasar la colina. De detrás de ella, surgiendo por la derecha de Sharpe, se lanzó el contraataque desde el pedacito de terreno baldío que había junto al extremo occidental de la colina. Las columnas francesas avanzaron. Doce mil hombres, con las Águilas en alto, las espadas gruesas como el trigo que pisaban y aplastaban; y Sharpe oyó, entre los cañonazos, los tambores franceses que tocaban el *pas-de-charge*. Este era el tipo de batalla que Francia dominaba. El ataque en masa, la fuerza irresistible, conducida por vagos palillos de tambor. El grupo de hombres concentrados se convirtió en un gran ariete que marcharía contra el enemigo para golpearlo en el mismo centro y hacer un agujero a través del cual fluiría la caballería, que desgarraría los flancos.

La línea británica, de dos filas, normalmente podía detener la columna. Sharpe había visto eso una docena de veces y el proceso tenía una fría lógica matemática. Una columna era un gran rectángulo relleno de hombres, y tan sólo los que estaban en los lados externos podían usar los mosquetes. Cada uno de los hombres de la línea británica podía disparar, y aunque la columna tuviera más hombres que la línea, ésta siempre vencería en el tiroteo. Lo que espantaba de la columna eran sus dimensiones, y esto asustaba a las tropas inseguras, las intimidaba, pero era vulnerable a las buenas tropas. La columna recibió el castigo, tal como Sharpe había visto en otras ocasiones, y una vez más se asombró al ver que los soldados franceses se quedaban quietos bajo el horrible bombardeo. Las balas de cañón golpeaban las columnas y las filas sucesivas absorbían los pasadizos que abrían las balas, el *shrapnel* les estallaba por encima de las cabezas, pero la columna seguía avanzando. Los tambores no paraban nunca.

Esta era la fuerza de Francia, el orgullo de Francia, la táctica del primer ejército del mundo; y esta columna, el contraataque de Clausel, no hacía caso a la fría lógica matemática. La línea no la derrotaba.

Hacía retroceder a la Cuarta División. Los británicos habían disparado sus descargas con precisión, los mosquetes destellaban rítmicamente por entre la nube de humo, y Sharpe había visto que las compañías ligeras retrocedían a sus batallones, formaban en línea y se sumaban al fuego de mosquete. La Cuarta División se veía intimidada por la columna. Tal vez los británicos habían visto demasiada sangre en Badajoz, creían que cualquier hombre que hubiera sobrevivido a aquel foso no tenía derecho a morir en un campo en verano, y daban un paso atrás antes de volver a cargar; y ese paso se convertía en dos, la columna seguía avanzando mientras los oficiales gritaban, los sargentos intentaban recomponer las filas, pero las líneas iban retrocediendo.

Los tambores hicieron una pausa para dejar que miles de voces entonaran su grito de guerra. «*Vive l'Empereur!*» Y los tambores volvieron a empezar, el viejo redoble que Sharpe conocía tan bien. Bum-bum, bum-bum, bumabum, bumabum, bum-bum. Ese ritmo había sonado desde Egipto hasta Rusia, había conducido a las columnas al gobierno de Europa, y al final de cada frase los tambores paraban, el grito se elevaba y la columna avanzaba cuando los muchachos del tambor, justo en el centro de la columna, dejaban caer de nuevo los palillos sobre los tambores. A cada grito, las bayonetas se levantaban en el aire y astillaban la luz del sol sesgada en doce mil fragmentos, y a la izquierda de la columna, en el espacio que había entre las dos extrañas colinas, la caballería francesa penetraba a sablazos entre los restos de los portugueses.

«No», dijo Sharpe para sí. Hogan vio que el fusilero apretaba una y otra vez la empuñadura de la espada.

La Cuarta División estaba vencida. Algunos hombres subieron por las laderas de Arapiles Menor, algunos por las laderas de teso de San Miguel, mientras que otros se refugiaron en el pueblo. La columna se abrió camino entre los batallones derrotados sin hacerles caso, avanzaba con firmeza hacia el pequeño valle que conducía directamente al corazón de la línea británica. Algunos hombres de la Cuarta División, como el South Essex, todavía iban marcha atrás frente a la columna, pero estaban derrotados y la columna alcanzó el pequeño valle, y los cañones, a ambos lados de los franceses, vomitaron muerte entre sus filas. Las balas británicas penetraron en la columna, el *shrapnel* explotaba por encima de ella, pero los franceses seguían bien juntos, marchaban pisando a sus muertos y dejando un rastro de cuerpos mutilados y destrozados tras ellos como si fuera una baba de sangre bajo del humo.

El sonido era el de la victoria francesa. Los tambores, los vítores, los cañones que no podían detenerlos, el sonido llenó el valle mientras los batallones franceses se dirigían hacia el lejano mojón que era la torre más alta de la catedral nueva. Las Águilas brillaban por encima de sus cabezas.

Los mensajeros de Wellington galopaban a velocidad suicida colina abajo. Iban a la Sexta División, la nueva división, la división a la que le había costado tanto tomar las fortalezas, y era la única división que se interponía entre Clausel y la victoria. La Cuarta División había sido derrotada y ahora la Sexta tenía que triunfar; o Clausel habría convertido una derrota en una victoria.

Las batallas pocas veces empiezan de prisa. A veces resultaba difícil saber cuándo una escaramuza se había convertido en una batalla. Sin embargo, era fácil determinar cuándo una batalla está en su punto culminante. Cuando las Águilas volaban y los tambores sonaban, cuando la actividad de los cañones de ambos lados era frenética, entonces la batalla estaba en su apogeo. Todavía había que ganarla y Sharpe, que había visto que el South Essex retrocedía por entre el valle envuelto en humo, no

podía soportar que se ganara o se perdiera sin él. Se quitó de encima el brazo de Hogan que le frenaba, pidió su caballo y descendió hacia el humo.

Capítulo 22

Desde la cima de la cordillera se había visto un esquema de la batalla, a menudo disfrazado y siempre envuelto en humo, pero un esquema reconocible. El flanco izquierdo francés había sido destrozado, el centro se había rendido y luego había iniciado un contraataque, mientras que el flanco derecho francés, al igual que el flanco izquierdo británico, seguía en la reserva. Wellington iba lanzando sus ataques desde el oeste, uno a uno, pero Clausel le había obligado a cambiar el esquema y ahora se atrevía incluso a confiar en la victoria. Una vez en el valle, no había esquema. A Sharpe le resultaba familiar, pues él había estado en muchos campos de batalla, pero para los hombres que cargaban y disparaban y que examinaban con desesperación las nubes de humo en busca de una señal de peligro, el valle era un lugar sin orden ni concierto. Estos hombres no podían saber que el flanco izquierdo francés estaba destrozado, no sabían que la sangre se secaba hasta formar una costra en los flancos de los caballos de los Dragones Pesados, tan sólo sabían que ese valle era el lugar donde luchaban; el terreno en el que habían de matar o les habían de matar.

Era un lugar confuso, pero con la simplicidad que Sharpe necesitaba. La marquesa le había tomado el pelo y eso había hecho que su enemigo escapara. Los ingeniosos que mantenían aquella guerra secreta se burlaban de él, pero en este valle lo que había que hacer era bien simple. Sabía que la marquesa oiría los cañones como si fueran el eco de los truenos de la última noche. Sabía que ella ya debía haberse enterado de que él le había vuelto las tornas, le había mentado por medio de su amor de la misma manera que ella le había mentado por medio del suyo, y él se preguntaba si ella pensaría en él. Esta batalla la habían provocado la política, la estrategia, la habilidad y el engaño. Ahora les tocaba a los soldados.

A su derecha veía el avance de la Sexta División, en pequeñas columnas, hacia la gran columna francesa. Eso sería, tal vez, dos minutos antes de que la nueva división formara en línea de dos filas y de que los mosquetes volvieran a intentar detener el ataque francés, y él sabía que el South Essex tenía que hacer algo en ese breve tiempo. El batallón estaba en el extremo del valle, la compañía de granaderos estaba situada frente al teso San Miguel y hacía de bisagra. Las otras nueve compañías iban virando frente a los franceses y la compañía ligera, a la izquierda de la línea, daba el giro a toda velocidad y cargaba más lentamente. Sharpe alcanzaba a ver al comandante Leroy que mandaba las cinco compañías de la izquierda, les gritaba y les hacía gestos. Sharpe ya sabía por qué. Si la pequeña línea del batallón virara totalmente hacia la ladera de la colina, la columna podría lanzarse en tropel por el terreno al descubierto de la retaguardia británica. Leroy quería retener al South Essex, obligar a la columna a desviarse hacia la derecha, que fueran directos hacia los

mosquetes de la Sexta División. El South Essex era como un rompeolas extremadamente frágil que tuviera que obligar a una marejada a retirarse del terreno vacío y meterse por un canal preparado para la ocasión.

El espacio que había detrás del batallón estaba sembrado de heridos, y los músicos los iban arrastrando hacia atrás, se los quitaban de los talones a las compañías que se iban retirando. Sharpe cabalgó hasta allí y llamó a uno de los muchachos que tocaba el tambor. El muchacho se quedó boquiabierto mirándolo mientras Sharpe bajaba del caballo.

—¿Señor?

—¡Aguántame el caballo! ¿Entendido? Búscame cuando esto haya acabado. ¡Y no vayas a perderlo!

Sharpe oía los tambores y los vítores de los franceses, parecía que el chasquido de los fusiles se ahogaba en aquel ruido enorme. El ataque era en el valle, iba avanzando, y el South Essex pensaba que ellos eran el último obstáculo entre los franceses y Salamanca. Luchaban pero retrocedían después de cada disparo; el comandante Leroy galopaba por detrás de la delgada línea y su voz hirió a Sharpe.

—¡Quietos, cabrones! ¡Quietos!

El comandante se acercaba a la compañía ligera, que era la que retrocedía con mayor rapidez, y les soltó palabrotas, los maldijo, pero mientras él detenía a la compañía ligera las otras retrocedían doblándose y a Leroy le invadía la rabia. Vio a Sharpe pero no había tiempo para manifestar alegría o sorpresa. El comandante americano señaló a las compañías.

—¡Deténgalos, Sharpe!

Se fue galopando a la derecha hacia las otras compañías y Sharpe desenvainó la espada. Obsequio de Harper. Era la primera vez que la empuñaba en una batalla y la hoja resplandecía en la oscuridad del valle. Ahora sabría si traía suerte.

Pasó por el flanco de la compañía y vio que los hombres tenían los ojos enrojecidos, los rostros manchados de negro a causa de la pólvora, pero nadie pareció percatarse de su presencia. Sabían que Leroy se había ido y ellos retrocedían con las baquetas firmes en la mano cuando, de repente, una voz que les era conocida, una voz que ya temían no volver a oír nunca más, les estaba gritando.

—¡Quietos!

Los hombres se detuvieron sorprendidos, empezaron a sonreír y entonces reconocieron la ira en el rostro de Sharpe.

—¡Primera fila! ¡De rodillas!

Esto detendría a los cabrones.

—¡Sargento Harper!

—¿Señor?

—Dispárele al próximo cabrón que retroceda.

—Sí, señor.

Se quedaron mirándolo como si fuera un fantasma. Se quedaron inmóviles, con las balas a medio atacar en los cañones, y él les ordenó que cargaran a toda prisa. Era la primera vez que gritaba en un mes y el esfuerzo excesivo le repercutía en la herida, aún tierna, que tenía en el vientre; Harper vio un gesto de dolor en la cara de su capitán. Ahora la primera fila se ponía de rodillas, más temerosos de la ira de Sharpe que de los franceses, y los fusileros iban cargando las armas sin usar el trocito de piel engrasado que se agarraba a las ranuras del cañón. Sharpe sabía que eso desperdiciaba una buena arma.

—¡Rifles! —Señaló hacia el extremo abierto de la línea, el más cercano a los franceses—. ¡Muévanse! ¡Carguen bien!

El sonido de los franceses estaba cerca, era aplastante, y él quería encogerse ante él, girarse y observarlo, pero no se atrevía. Sus hombres estaban cargando de nuevo, su instrucción podía con el miedo, y él observó cómo las baquetas surgían de los cañones y luego quedaban apoyadas junto a los cuerpos de los hombres. Los mosquetes apuntaban contra los franceses. Echó una mirada a la izquierda y vio que la compañía número cinco ya había disparado y tenía que confiar en que no le resultara demasiado desagradable a ningún hombre de la compañía como para que dispara contra él.

—¡Fuego!

Las balas pasaron junto a él.

—¡Cargar!

Los observaba desafiándolos si se movían. Los fusileros formaban ahora un grupito en el extremo de la línea y él los miró.

—Maten a los oficiales. Fuego a discreción.

Volvió a mirar a los hombres.

—Nos quedamos aquí. Apunten a la esquina de la columna.

De repente les sonrió con burla.

—Me encanta estar de vuelta.

Se dio la vuelta y quedó de espaldas a la compañía. Ahora, lo único que podía hacer era quedarse quieto, negarles ese trocito de hierba a los franceses. Se quedó con las piernas separadas, oyendo los gritos y los tambores de la gran columna que avanzaba hacia ellos.

Las pequeñas descargas del South Essex abatieron la esquina más cercana de la columna, cayeron hombres al suelo de manera que las filas que venían detrás se torcieron a la derecha para salvar los cuerpos. Las descargas de la compañía surgían del South Essex y los franceses, que habían sido barridos con *shrapnel* y metralla y rajados con las balas de cañón, viraron un poco para pasar por el único batallón. El rompeolas aguantaba. Los franceses le iban disparando mientras avanzaban, pero

cuesta mucho cargar el mosquete mientras se va caminando, y aún resulta más difícil apuntar al ritmo de la marcha. La columna no ganaba por potencia de fuego, estaba diseñada para ganar por puro peso, por miedo, por gloria. Los tambores hipnotizaban el valle y hacían avanzar a los franceses, que pasaron justo a cincuenta yardas frente a Sharpe. Él observó las filas bien prietas, vio sus bocas abiertas rítmicamente cuando los tambores paraban y el gran grito se elevaba, *Vive l'Empereur!* Otra descarga vació la esquina, cayeron más hombres y entonces un oficial intentó sacar a un grupo de hombres de la columna para que dispararan a la compañía ligera, pero Daniel Hagman le atravesó la garganta con una bala. Sharpe observó cómo la infantería enemiga desnudaba al oficial muerto mientras iban pasando. Las filas sucesivas se iban agachando para rebuscar en los bolsillos y bolsas del oficial, y los cañones y los gritos llenaban el valle. Sharpe se preguntaba dónde estaría la Sexta División y qué estaría sucediendo en el resto del campo. Veía a los soldados enemigos muy de cerca, y salvo que les debían gustar los bigotes, no resultaban muy diferentes de sus propios hombres. A veces Sharpe se encontraba con la mirada de un francés y por un momento parecía que se reconocieran, como si el rostro del enemigo fuera el de un compañero que se recordaba a medias. Vio que se volvían a abrir las bocas. *Vive l'Empereur!* Un hombre llamó la atención a Sharpe mientras entonaba las palabras, se encogió de hombros y Sharpe no pudo evitar ponerse a reír. Resultaba ridículo.

—¡Fuego! —gritó el teniente Price.

Los hombres de la compañía apretaron el gatillo y la columna se sacudió espasmódicamente con las balas. Sharpe se alegró de comprobar que el hombre que se había encogido de hombros todavía estaba vivo. Se giró.

—¡Dejen de disparar!

No tenía sentido disparar ahora. Podrían matar a algunos hombres en los flancos de la columna, pero su trabajo consistía en desviar la tremenda columna unas pocas yardas a la derecha, y lo habían conseguido. Podían reservarse los mosquetes cargados para cuando la columna se retirara, si lo hacía, y Sharpe le hizo una señal a Price con la cabeza.

—La compañía se puede retirar, teniente, hasta la colina.

Ahora pasaba la retaguardia de la columna y Sharpe vio que los cojos iban detrás, intentando atrapar a sus compañeros, y algunos de ellos caían y se sumaban a los caídos en el gran ataque. Miró hacia el sur entre el humo y todavía no veía caballería, ni cañones, pero vendrían. Se giró y fue caminando hacia su compañía; los hombres le sonrieron, lo llamaron y se avergonzó de haber temido que uno de ellos le disparara.

—¿Cómo están?

Los hombres le dieron palmadas en la espalda, le aclamaron y parecía que todos ellos tuvieran sonrisas innatas en la cara como si acabaran de conseguir una gran

victoria. El se abrió paso entre los hombres y se dio cuenta de lo mal que les olía la boca después de este mes alejado de las tropas, pero se alegraba de haber regresado. El teniente Price lo saludó.

—Bienvenido, señor.

—Me alegro de estar de vuelta. ¿Cómo ha ido?

Price echó una mirada a los hombres que tenía más cerca, luego le sonrió a Sharpe.

—Sigue siendo la mejor compañía del batallón, señor.

—¿Sin mí?

—Me tenían a mí, señor.

Los dos se echaron a reír para encubrir el mutuo placer. Price echó una mirada al estómago de Sharpe.

—¿Y usted, señor?

—Los médicos dicen que otro mes.

—Harps dice que fue un milagro.

Sharpe sonrió.

—Pues entonces fue suyo.

Se giró y observó cómo avanzaba la columna. Era como una máquina estúpida que se abría camino hacia el norte apuntando a la ciudad, y se dio cuenta de que pronto el valle se llenaría de cañones franceses y de caballería, a menos que la columna se detuviera. Uno de sus hombres gritó y su grito se elevó por encima de la ola de tambores y de los vítores de los franceses.

—¡Dijo Harps que vivía en un palacio con duquesa!

—¡Harps es un mentiroso de mierda! —contestó Sharpe mientras se abría paso entre el montón de hombres y le sonreía al enorme sargento.

—¿Cómo está?

—Bien. ¿Y usted?

—También bien. —Sharpe miró hacia el norte, donde el valle estaba sembrado de cadáveres—. ¿Bajas?

Harper sacudió la cabeza. Parecía que estaba indignado.

—Dos heridos. Retrocedimos demasiado deprisa. —Le señaló el rifle colgado al hombro de Sharpe—. ¿Le han devuelto el rifle?

—Sí. Pero necesito munición.

—Yo me ocupo de eso, señor.

Harper se dio la vuelta cuando un nuevo sonido se extendió por el valle. Era como el sonido de cien niños golpeando con palos las verjas de un parque; el sonido de las descargas que la Sexta División lanzaba sobre la cabeza de la columna. Los hombres de la Sexta División se habían jurado que aquel día recuperarían su reputación, mancillada por el tiempo que les había costado capturar las tres

fortalezas. Se habían ido acercando a la gran columna en columnas más pequeñas y entonces, ya enfrente del enemigo, se habían abierto en línea y esperaban a que los franceses se pusieran a tiro de sus mosquetes.

La línea formada con dos filas envolvió la cabeza de la columna. Los hombres luchaban como autómatas, mordían el cartucho, cargaban, atacaban, disparaban al recibir la orden, de forma que las llamas de las descargas recorrían el frente de la línea una y otra vez y las balas atravesaban la neblina del humo de la pólvora y machacaban a los franceses. Las descargas británicas convirtieron la cabeza de la columna en un montón de muertos y de heridos. Los franceses de la cuarta y quinta fila que creían estar a salvo vieron, de repente, que tenían que preparar los mosquetes y disparar con desesperación hacia la nube de humo. La columna se detuvo. Los cañones seguían sonando, pero ya no hacían la pausa para que se elevara aquel grito. Los muchachos de los tambores manejaban los palillos como si quisieran obligar a los hombres a traspasar la barricada de muertos y lanzarse hacia la Sexta División, pero los hombres que había en el frente de la columna retrocedían ante aquel fuego mortífero. Los hombres de detrás empujaban hacia adelante, la columna se apretujaba y se abultaba, y los tambores se quebraban. Algunos oficiales, más valientes de lo que requería el deber, intentaban hacer que los hombres avanzaran, pero era inútil. Los más valientes murieron, los otros se replegaron frente al fuego británico; la columna jadeaba y se sacudía como un animal gigante que ha caído en una trampa.

Los británicos pararon un momento. El silencio se llenó con un sonido nuevo, el restregar y el chasquear de centenares de largas bayonetas que se extraían de las vainas y se encajaban en los mosquetes. Entonces se oyeron vítores, vítores británicos, y la larga línea fue avanzando blandiendo las hojas, y la gran columna, que estuvo a punto de hacerse con la batalla, se convirtió en una masa aterrorizada. Empezaron a correr.

Los franceses habían intentado lanzar cañones al galope por el vallecito para machacar a la Sexta División, pero la artillería británica había destrozado los cañones. Los artilleros franceses que quedaban les habían ahorrado la agonía a sus caballos heridos con las carabinas. El terreno del valle estaba bien cubierto con los restos de la batalla. Cuerpos, cañones, cantimploras, bolsas, mochilas, balas de cañón perdidas, caballos muertos, los heridos. Por todas partes, heridos. La columna francesa era una masa de fugitivos que huían de la rígida línea que formaba la Sexta División, que avanzaba por el vallecito cubierto por un fino toldo de humo. El sol pintaba de rojo aquella fina capa. La Cuarta División se rehízo, desenvainaron las bayonetas y avanzaron con la Sexta. Los británicos avanzaban, los franceses retrocedían y el centro de Clausel había desaparecido. La derrota le había salido cara, muy cara, pero ya había terminado. Las Águilas retrocedieron, abandonaron Arapiles Mayor, los franceses huían de allí. El flanco izquierdo francés había sido destrozado,

totalmente, en tan sólo cuarenta minutos. El centro lo había intentado pero había fracasado, y lo único que podían hacer ahora era que el flanco derecho formara una barrera en el extremo de la llanura para detener la persecución que iniciarían los británicos.

El sol se ponía sobre un cojín de color oro y escarlata, le daba al campo de batalla un tono carmesí y parecía que todavía alumbraría todavía durante un rato. El tiempo suficiente para que se derramara más sangre sobre la tierra que ya apestaba con su olor.

Capítulo 23

Para los espectadores que había sobre la gran cordillera, la batalla había sido como una encrespada marea de primavera, que penetraba a borbotones en un lugar que estaba normalmente por encima de la señal de marea alta. La marea había surgido del oeste, avanzó rápidamente por la llanura y luego chocó con los obstáculos de los Arapiles. El combate se había revuelto. Por un momento pareció que el centro francés fluiría sin resistencia hacia la ciudad, atravesando el vallecito, pero había sido contenido; habían destrozado a las dos divisiones que iban en columna y la lucha había reulado pasados los Arapiles. El combate se desplazaba hacia el sur y hacia el este; lejos de la ciudad.

La lucha no había acabado, pero los basureros ya estaban sobre el terreno. Las mujeres y los niños de los británicos desnudaban a los cadáveres enemigos. Cuando oscureciera empezarían con los hombres de su propio lado, les rajarían el cuello a los heridos que se resistieran. Pero de momento saqueaban a los franceses mientras los músicos se ocupaban de los heridos británicos. El South Essex fue siguiendo a la Sexta División durante un rato, pero les llegó la orden de que descansaran y los hombres se dejaron caer allí donde estaban.

El chico del tambor, con la gran preocupación del niño al que le encomiendan una gran responsabilidad, se había aferrado al caballo de Sharpe y el fusilero se lo agradeció. La herida le daba punzadas, estaba cansado, y se esforzó por responder a las felicitaciones de Leroy, de Forrest y de los otros oficiales, que se mofaron de él por tener un caballo. Estaba cansado, pero seguía intranquilo.

Se oían mosquetes provenientes del sur. El combate continuaba. Sharpe se sentó en el caballo, el caballo de ella, y miró, sin ver, que una niña tiraba del anillo que había en el dedo de un cadáver desnudo. La madre de la chiquilla estaba cerca desnudando a otro francés, abría bien las costuras y le gritó a la niña que se apresurara porque había muchos cadáveres y demasiados saqueadores. La niña, vestida tan sólo con una falda de su madre recogida, cogió una bayoneta francesa abandonada y empezó a cortarle el dedo anular. A los prisioneros los reunieron, los desarmaron y los condujeron a la retaguardia.

Los franceses habían sido vencidos. No sólo vencidos, sino totalmente derrotados. Habían destrozado la mitad de su ejército y los supervivientes iban corriendo por el camino que les llevaría hacia el este a través de los bosques. Tan sólo una retaguardia había impedido que las caballerías británica y alemana destrozaran a los fugitivos, pero la persecución de la caballería podía esperar. Los franceses retrocedían dando tumbos, sin disciplina alguna, a través de los bosques de alcornoques y robles hacia Alba de Tormes. La batalla se había librado en una enorme curva del río y Alba era la única ciudad con un puente que pudiera conducir a los franceses hacia el este, a un

lugar seguro. Muchos hombres usarían los vados, pero la mayoría, con todo el equipo, las armas, los fondos y los heridos irían hacia el puente medieval de Alba de Tormes. Y allí, parada. Los españoles tenían una guarnición en la ciudad, una guarnición que dominaba el puente, y los franceses quedarían atrapados en el gran meandro del río. La caballería podía salir por la mañana y acorralar a los fugitivos. Era una gran victoria.

Sharpe se quedó mirando el humo que cubría el campo de batalla y formaba largas cintas rosáceas. Debería sentir el júbilo de ese día. Habían estado esperando una batalla durante todo el verano, la habían deseado, y nadie se hubiera atrevido a imaginar que fuese tan decisiva. Durante este año habían tomado Ciudad Rodrigo, Badajoz y ahora habían derrotado al llamado Ejército de Portugal. Sin embargo, a Sharpe le obsesionaba el fracaso. Había protegido a la marquesa, que era su enemiga, y había fracasado al intentar capturar a Leroux. Los franceses lo habían derrotado. Leroux había metido a Sharpe en la sala de los desahuciados, le había roto la espada y Sharpe quería vengarse. Había un hombre vivo que se podía jactar de haber vencido a Sharpe y eso le dolía; le daba las mismas punzadas que la herida, y Sharpe quería quitarse ese dolor. Estaba inquieto. Quería tener otra oportunidad para enfrentarse a la Kligenthal, quería apoderarse de ella, y tocó la empuñadura de su nueva espada como si fuera un talismán. Todavía tenía que mancharla de sangre.

Los hombres del South Essex estaban amontonando sus armas, se iban hacia el pueblo a robar puertas y muebles que pudieran arder y Sharpe no quería descansar. Había un asunto sin concluir y eso le producía frustración, pues no veía cómo acabarlo; se preguntaba si incluso se estaría registrando el palacio Casares para encontrar a Leroux. Ahora podría volver a Salamanca pero no podría presentarse ante la marquesa.

El comandante Forrest se acercó caminando hasta el caballo de Sharpe y levantó la vista.

—Parece usted una estatua, Sharpe. —Levantó una botella de brandy—. ¿Un trago?

Sharpe miró hacia el extremo sur del campo de batalla donde todavía se elevaba algo del humo de la batalla.

—¿Le importa si me quedo a ver el final, señor?

—Usted mismo —le contestó Forrest sonriendo burlón—. Tenga cuidado, no quiero volver a perderlo.

—Tendré cuidado, señor.

Dejó que el caballo se fuera abriendo camino entre los fuegos que había en la hierba y entre los heridos. El sol ya casi se había puesto, una luna pálida lucía en el cielo y él podía ver el lugar donde la retaguardia francesa hacía centellear el crepúsculo con sus mosquetes. Un perro gimoteaba junto al cuerpo muerto de su amo,

le ladró al caballo de Sharpe cuando éste se acercó demasiado y luego volvió corriendo junto a su amo.

Sharpe se sentía deprimido. Siempre supo que no podía poseer a la marquesa; sin embargo, la echaba de menos y le entristecía pensar que ambos se habían engañado. Era tanto lo que quedaba por decir. Eso también era un asunto pendiente. Fue trotando lentamente hacia los disparos.

La última división francesa había formado en una loma baja y escarpada que bloqueaba los caminos de entrada al bosque. La loma permitía que seis y a veces siete filas de hombres dispararan a los británicos, cada fila disparaba por encima de las cabezas de las filas delanteras y el crepúsculo quedaba mancillado por las llamas francesas.

La Sexta División, que ya había acabado con las valientes esperanzas de Clausel, avanzaba contra el obstáculo. Ya habían conseguido una gran victoria y ahora pensaban que esta retaguardia, esta línea insolente, se fundiría antes de que sus mosquetes dispararan bajo el crepúsculo. El duelo de mosquetes empezó. Línea contra línea, los cartuchos se abrían de un mordisco, se volcaba la pólvora y los pedernales chasqueaban; la línea francesa aguantaba. Luchaban gloriosos, sin esperanza, sabiendo que si se derrumbaban y corrían hacia el este a través de los bosques, la caballería iría tras ellos. Tenían las esperanzas puestas en la oscuridad, ésa era su salvación, y la última división francesa se quedó en la lomita escarpada mortificando a la Sexta División, la desolló y los batallones fueron perdiendo un hombre tras otro.

La artillería británica fue avanzando con estrépito por la llanura, viró y cubrió los flancos de la Sexta División. Retiraron los caballos, desengancharon las gualderas, la munición en bolsas rojas estaba amontonada junto a las armas. Metralla. Los apuntadores miraron la línea francesa de forma desapasionada; a esta distancia no podían fallar.

Casi la totalidad de las balas de las atroces latas caería sobre la loma francesa. Los cañones retrocedieron de un salto vomitando humo y Sharpe vio que los franceses caían de lado como el trigo que golpea una montura. Pero seguían luchando. Se habían prendido fuegos en la hierba y se sumaban al humo, sus llamas adquirían un color rojizo por debajo del humo de la batalla que sobrevolaba en bandadas los mosquetes que escupían fuego. Los franceses mantenían su posición, los muertos caían en la ladera, los heridos luchaban por seguir disparando. «Deben haber estado aterrados» —pensó Sharpe mientras los observaba—, porque saben que la batalla está perdida, que en lugar de marchar hacia las puertas de Portugal tendrán una retirada acosada hacia el centro de España, y sin embargo siguen luchando. Su disciplina bajo el violento ataque de los mosquetes y de la metralla era imponente. Estaban comprando tiempo con sus vidas, tiempo para que sus compañeros

destrozados se abrieran paso en dirección este hasta el puente de Alba de Tormes. Y allí, tal como sabían los británicos, una guarnición española esperaba para concluir la destrucción.

La contienda no podía durar por mucha que fuera la valentía de los franceses, y el final lo marcó la Quinta División, que aquel mismo día horas antes, había atacado el flanco izquierdo de los franceses junto a la caballería cuando marchó contra su retaguardia. Dos divisiones británicas luchaban contra una única división francesa. Más cañones entraron en un revoltijo de polvo y cadenas y su metralla reventó en el centro de las grandes llamas de los cañones. Más fuegos se prendieron en la hierba y sus llamas lanzaban sombras negras y ondulantes mientras el crepúsculo se convertía en noche. El final se acercaba. Hubo una pausa en el fuego de mosquete de la Sexta, una orden se fue repitiendo de una compañía a otra y se oyó el gran ruido de las bayonetas que chirriaban al salir de las vainas. La línea vaciló con los reflejos de las hojas de diecisiete pulgadas.

«¡Adelante!» La luz se escurría hacia el oeste, hacia Portugal; se oyeron vítores provenientes de los británicos, la línea se abalanzó contra los franceses destrozados a cañonazos, pero el combate aún reservaba una sorpresa.

Sharpe oyó unos cascos detrás de él y no prestó atención, pero luego, aquel sonido de un único caballo hizo que se girara. Un oficial de caballería solitario, resplandeciente con su uniforme azul y plata y con el sable desenvainado galopaba hacia la línea francesa. Gritaba como un loco.

—¡Esperen! ¡Esperen!

Los de la compañía más cercana a Sharpe oyeron el sonido, se detuvieron y un sargento hizo un hueco en las filas. Los oficiales le gritaban al jinete, pero él no prestaba atención, tan sólo hacía correr al caballo que avanzaba con dificultad a causa del esfuerzo, atizado por las espuelas, y la hierba se iba levantando a trozos bajo los cascos.

—¡Esperen! ¡Esperen!

El oficial fue a buscar el hueco y los franceses, sobre la cordillera, eran tan sólo unas sombras cuando se giraron y corrieron para ponerse a salvo en los oscuros bosques.

El caballero atravesó el hueco que había en la infantería británica y seguía gritando amenazas a los franceses mientras éstos desaparecían. Colocó su caballo en la pendiente de la loma y trepó. Azotaba el sable como si fuera un látigo mientras obligaba al caballo a ir tras el enemigo. Sharpe espoleó su propio caballo. El jinete era lord Spears.

Spears había desaparecido dentro de los árboles oscuros y Sharpe desenvainó la espada, dio la vuelta por el flanco de la línea británica, frente a los cañones silenciosos y humeantes, y se encaminó a la pendiente de la loma que estaba llena de

franceses muertos. Unos oficiales de la Sexta División le gritaron, lo maldijeron pues estaba en su línea de tiro, pero entonces su caballo alcanzó la cima y se encontró cabalgando en dirección a las sombras profundas. Delante de él oía gritos, luego fuego de mosquete, y Sharpe agachó la cabeza cuando el caballo de la marquesa penetró en los árboles.

Spears estaba en un pequeño claro entre los árboles y mantenía una lucha solitaria con los fugitivos franceses. Sharpe llegaba demasiado tarde. El caballero había cabalgado a lo largo del claro pegando sablazos y cuando Sharpe llegó estaba haciendo girar el caballo, dando tajos, pero al otro lado había un sargento francés con el mosquete levantado. Sharpe vio el resplandor y Spears se quedó rígido, y luego el francés huyó hacia los árboles. Spears abrió la boca, en silencio, parecía que temblaba y se desplomó sobre la silla. El sable le colgaba a un costado, tenía el brazo débil y jadeaba.

Sharpe cabalgó hasta su lado. Spears tenía la mano derecha agarrada al uniforme azul y plata y entre los dedos corría la sangre roja que le manchaba el uniforme. Miró a Sharpe.

—Casi llego demasiado tarde.

—Es usted tonto.

—Lo sé; —Spears miraba más allá de Sharpe a los tres cuerpos que había dejado en el claro—. Ha sido un buen trabajo, Richard. Ya lo sabe usted, ¿verdad?

—Sí, mi señor.

—Llámeme Jack.

Spears luchaba por controlar su respiración. Miró incrédulo la sangre que le manchaba la mano y la chaqueta. Sacudió la cabeza.

—Oh, Dios.

Sharpe oía a la infantería de la Sexta División penetrando en el bosque.

—Venga, mi señor. Un doctor.

—No —dijo Spears con ojos brillantes. Pestañeó rápidamente y parecía avergonzado—. Debe de ser el humo del mosquete, Richard.

—Sí.

—Sáqueme de aquí.

Sharpe envainó la espada por segunda vez aquel día sin haberla manchado de sangre, cogió las riendas del caballo de Spears y lo guió fuera de los árboles. Rodeó a la infantería que avanzaba para evitar que algún soldado nervioso le disparara, y salieron a una pequeña loma a unas cien yardas de donde había tenido lugar el último combate del día.

—Deténgase aquí, Richard.

Estaban en la cima de la elevación. Los fuegos y la oscuridad del campo de batalla se extendían frente a ellos.

Sharpe seguía aguantando las riendas del caballo de Spears.

—Necesita un médico, mi señor.

—No —dijo Spears sacudiendo la cabeza—. No, no, no. Ayúdeme a bajar.

Sharpe ató los dos caballos a un árbol deforme y enano. Luego levantó a Spears de la silla y lo tumbó en el suelo. Le hizo un cojín con su gabán. Oía a los de la Sexta División cortando las ramas con podaderas y bayonetas, encendiendo fuegos; la batalla, al fin, había terminado. Sharpe le abrió la casaca y la camisa a Spears y tuvo que quitarle el lino de la herida. La bala le había metido algunos hilos de la camisa en el pecho y asomaban, enmarañados e indecentes, como si fueran gruesos pelos. Parecía que el agujero era pequeño. La sangre le brotaba brillante y negra bajo la luz de la luna, luego se derramaba oscura sobre la pálida piel de Spears. Spears hizo una mueca de dolor.

—Duele.

—¿Por qué diablos lo ha hecho?

—No quería perderme la batalla.

Spears se tocó la sangre con los dedos, los levantó y se miró las yemas horrorizado.

—Ha sido una locura. La batalla había terminado.

Sharpe le cortó la camisa a Spears con una navaja y le arrancó el trozo limpio para hacer un enguatado para la herida.

Spears esbozó una sonrisa.

—Todos los héroes están locos. —Intentó reír y la risa se convirtió en tos—. Me estoy muriendo —dijo muy tranquilo.

Sharpe puso el enguatado en la herida, presionó suavemente y Spears se echó hacia atrás pues la bala le había roto una costilla. Sharpe separó la mano.

—No se morirá.

Spears torció la cabeza y miró a Sharpe a los ojos. Su voz tenía algo de su viejo encanto pícaro.

—En realidad, Sharpe, con riesgo de parecer terriblemente heroico y dramático, preferiría morir. —Las lágrimas que tenía en los ojos desmentían sus palabras. Sorbió por la nariz, echó la cabeza hacia atrás y se quedó mirando arriba—. Esto resulta horriblemente embarazoso, lo sé. Disculpe.

Sharpe no dijo nada. Miraba fijamente los fuegos que se entretejían en el campo de batalla, fuegos de hierba, y los misteriosos bultos que eran los cuerpos desplazados. Un viento se desprendió del campo y trajo el olor de la victoria; humo, pólvora, sangre y carne quemada. Sharpe había conocido otros hombres que querían morir, pero nunca nadie que fuera lord, que fuera bien parecido, encantador, y que ahora se volvía a disculpar.

—Le he molestado. Olvídese de lo que dije.

Sharpe se sentó junto a él.

—No estoy molesto. No le creo.

Durante un momento ninguno de los hombres habló. Se oían disparos de mosquete provenientes del campo de batalla; o bien saqueadores que se veían disuadidos u hombres que libraban a otros del sufrimiento. Spears volvió a girar la cara.

—No me acosté nunca con la marquesa.

Sharpe se quedó sorprendido por aquella confesión tan repentina y extraña. Se encogió de hombros.

—¿Tiene importancia?

Spears asintió con la cabeza lentamente.

—Déme las gracias.

Sharpe sin entender de qué iba el asunto le siguió la corriente.

—Gracias.

Spears volvió a mirar hacia arriba.

—Lo intenté, Richard. Dios, si lo intenté. No fue muy decente por mi parte. — Hablaba en voz baja y se dirigía a las estrellas.

Resultaba una culpabilidad extraña y Sharpe seguía sin entender por qué Spears había sacado ese tema.

—No creo que se ofendiera.

—No, no lo hizo. —Spears hizo una pausa—. Loco Jack.

Sharpe recogió los pies como si fuera a ponerse de pie.

—Deje que vaya a por un médico.

—No. Un médico no. —Spears puso la mano en el brazo de Sharpe—. Un médico, no, Richard. ¿Me puede guardar un secreto?

—Sí —contestó Sharpe asintiendo con la cabeza.

Spears retiró la mano. Respiraba con dificultad. Parecía que estuviera decidiendo si debía hablar o no, pero finalmente lo dijo, con voz muy amarga.

—Me ha picado la tarántula. ¡Santo Dios! La tarántula.

Capítulo 24

—Oh, Dios.

Sharpe no sabía qué decir. Los dos hombres estaban en el extremo del campo de batalla, en el borde de una enorme extensión de sufrimiento. Algunas sombras cruzaban frente a las llamas intermitentes, unos perros ladraban a la media luna que plateaba los bultos que formaban los heridos y los muertos. Los cañones que habían destrozado la retaguardia francesa estaban allí desde donde habían disparado y sus cañones se enfriaban con el aire de la noche. Desde la lejanía del campo oscuro llegaba el sonido de canciones. Un grupo de hombres alrededor de un fuego celebraban que estaban vivos.

Sharpe miró a Spears.

—¿Cuánto hace que lo sabe?

—Dos años —respondió Spears encogiéndose de hombros.

—Oh, Dios.

Sharpe entendía lo desesperado de aquella situación. Todo hombre lo temía, por supuesto, rondaba entre las sombras como la oscura bestia con que el ejército lo apodaba. La tarántula, el peor tipo de sífilis, la sífilis que mataba a un hombre volviéndolo senil, ciego y loco. Sharpe había pagado una vez para pasar por Bedlam, el manicomio que había en Londres, y había visto a los pacientes sifilíticos en sus jaulitas repugnantes. Los pacientes podían ganarse una miseria, les echaban cuartos de peniques, haciendo cabriolas y exhibiéndose. Los locos de Bedlam era una de las cosas dignas de verse de Londres, más populares incluso que las ejecuciones públicas. A Spears le esperaba una agonía larga y asquerosa. Sharpe lo miró.

—¿Por eso ha hecho esto?

El rostro elegante asintió.

—Sí. ¿No lo dirá?

—No.

El portapliegos de Spears estaba en la pendiente e intentó alcanzarlo, no pudo y le dio un manotazo.

—Hay cigarros ahí dentro. ¿Le importa?

Sharpe abrió la solapa. Había una pistola en la parte superior, y él la puso a un lado, debajo había unos cuantos cigarros liados y una lata con yesca. Prendió el lino chamuscado, encendió dos cigarros y le tendió uno a Spears. Sharpe no fumaba casi nunca, pero esta noche, con tanta tristeza, le apetecía un cigarro. El olor le recordó a la marquesa. Con la brisa, el humo se elevó entre los muertos.

Spears emitió un ruidito semejante a una risa.

—Ni siquiera debiera estar aquí.

—¿En la batalla?

—No. —Le dio una chupada al cigarro y el extremo se puso brillante—. En el ejército. —Dejó ir un suspiro y se movió—. Mi hermano mayor recibió la herencia. Era un hombre tan aburrido, Richard, tan terriblemente aburrido... Sentíamos un odio mutuo y fraternal. Entonces, dos semanas antes de que se casara, Dios escuchó mis plegarias. Se cayó de su maldito rocín y se partió el gordo cuello. Y yo me quedé con todo. Dinero, propiedades, casas, todo el lote. —Hablabla en voz baja, casi era un ronquido. Parecía tener ganas de hablar—. Yo ya estaba aquí y no quería regresar. —Se giró hacia Sharpe y sonrió—. Hay tanto placer en esta guerra... ¿Tiene sentido lo que digo?

—Sí.

Sharpe conocía el placer de la guerra. No había ninguna otra cosa que le produjera tal excitación, o que exigiera tal precio. Se quedó mirando los fuegos, que iban chamuscando a los heridos y a los muertos. La guerra le había proporcionado a Sharpe ascensos, una mujer, la marquesa y todavía podía matarlo como estaba matando a Spears. La Suerte caprichosa.

Spears tosió y esta vez se limpió sangre de los labios.

—Me he jugado todo el lote y lo he perdido. ¡Santo Dios! ¡Cada maldito penique!

—¿Todo?

—Dos veces. ¿Usted no juega, verdad?

—No.

Spears sonrió burlón.

—Es usted muy aburrido para ser un héroe.

Tosió y giró la cabeza para escupir sangre sobre la hierba. La mayoría fue a parar al gabán de Sharpe.

—Es como estar en la cima de la colina y saber que se puede volar. No hay nada como eso, nada. Salvo la guerra y las mujeres.

El viento era más fresco ahora y le enfriaba la cara a Sharpe. Echó la casaca de Spears por encima de la herida. Le hubiera gustado conocer mejor a este hombre; Spears le había ofrecido su amistad y Sharpe había sido cauteloso. Ahora que la sangre le rezumaba de los pulmones se sentía muy cerca de Spears.

Spears volvió a dar una chupada al cigarro, volvió a toser y la sangre le salpicó las mejillas. Giró la cara hacia Sharpe.

—¿Me hará un favor?

—Por supuesto.

—Escríbale a mi hermana. Hogan tiene su dirección. Dígale que he muerto bien. Dígale que he muerto como un héroe. —Sonrió con amargura—. ¿Me lo promete?

—Se lo prometo.

Sharpe levantó la mirada. Las estrellas eran los fuegos de campamento de un ejército celestial sin límites. Por debajo de ellas, los fuegos de los británicos

victoriosos parecían débiles. Los mosquetes se oían en la lejanía, eran los hombres que mataban a los heridos.

Spears soltó una nube de humo.

—Se llama Dorothy. Nombre horroroso. Ella me gusta. Quiero que sepa que he muerto bien. Ahora es lo menos que puedo hacer.

—Se lo diré.

Parecía que Spears no escuchara las palabras de Sharpe.

—Le he destrozado la vida, Richard. Sin dinero, sin herencia, sin dote. Se tendrá que casar con cualquier comerciante de mierda por su dinero y, en recompensa, él conseguirá su cuerpo y algo de sangre noble. —Su voz era amarga—. Pobre Dorothy. —Respiró hondo y la garganta le raspó—. Estoy arruinado, sifilítico y he deshonrado a mi familia. Pero si muero como un héroe, por lo menos tendrá eso. Mucha gente no irá a cobrar mis deudas. No es elegante cuando uno acaba de morir por el rey y por la patria. —Spears se echó a reír y la sangre se veía oscura sobre su piel—. Se puede vivir tan mal como uno quiere, Richard, el tiempo que se pueda, pero si se muere por la patria se le perdona a uno todo. Todo. —Spears apartó la vista de Sharpe para poder observar la inmensa tristeza que ofrecía el campo de batalla—. Solían arrastrarme a la maldita iglesia cada domingo. Íbamos al banco privado y todos los campesinos pasaban las clavijas. Entonces el maldito predicador se elevaba sobre las patas traseras y nos advertía del juego, de la bebida y de la fornicación. Me proporcionó todo lo que ambicioné en la vida. —Volvió a toser, esta vez peor, e hizo una pausa al querer llenarse los pulmones de aire—. Tan sólo quiero que Dorothy sepa que fui un héroe. Podrán poner una placa de mármol en la iglesia. El último de los Spears, muerto en Salamanca.

—Le escribiré. —Sharpe se quitó el chacó y se pasó la mano por el pelo—. Estoy seguro de que el general le escribirá.

Spears giró la cara para volver a mirar a Sharpe.

—Y dígle a Helena que me rompió el corazón.

Sharpe sonrió. Él no sabía si volvería a ver a la marquesa, pero asintió.

—Se lo diré.

Spears suspiró, sonrió con picardía y se quedó mirando el campo de batalla.

—Podía haberle hecho un favor a Inglaterra. Contagiándole la sífilis.

Sharpe sonrió con deferencia. Supuso que debían de ser cerca de las once. Mucha gente en Inglaterra estaría a punto de irse a dormir e ignorarían que a la hora del té la Tercera División había destrozado el flanco izquierdo francés, y que a la hora en que la porcelana ya estuviera recogida los franceses ya habían perdido una cuarta parte de su ejército. Sin embargo, dentro de pocos días, las campanas repicarían en todos los pueblos y los sacerdotes darían gracias a Dios como si su deidad fuera una especie de supremo general de división. Los terratenientes pagarían pipas de cerveza y harían

discursos respecto al tirano caído en manos de los honestos ingleses. Habría una nueva cosecha de placas en las iglesias para los que pudieran costearlo pero, en general, Inglaterra no mostraría mucha gratitud hacia los hombres que habían puesto de su parte para conseguirlo. Entonces recordó lo que había dicho Spears. «Contagiarle la sífilis», «un favor a Inglaterra» y Sharpe sintió un escalofrío repentino en su interior. Spears sabía que ella era francesa y se había descubierto al no poder resistirse a la broma. Sharpe mantuvo la voz tranquila.

—¿Cuánto hace que sabe lo de ella?

Spears se giró para mirarlo.

—¿Usted lo sabe?

—Sí.

—Cielos. Lo que llega a decir la gente en la cama —dijo enjugándose sangre de la mejilla.

Sharpe se quedó mirando fijamente en la oscuridad.

—¿Cuánto hace que lo sabía?

Spears lanzó el cigarro colina abajo.

—Un mes.

—¿Se lo dijo a Hogan?

Se hizo una pausa. Sharpe miró a Spears. El caballero estaba observándolo, se había dado cuenta de repente de que había hablado demasiado. Spears asintió lentamente.

—Por supuesto que se lo dije. —Sonrió repentinamente—. ¿Cuántos cree que habrán muerto hoy?

Sharpe no contestó. Sabía que Spears estaba mintiendo. No hacía ni veinticuatro horas que Hogan había descubierto que la marquesa era Hélène Leroux. Curtis había recibido la carta por la mañana, había visto a Hogan por la tarde y luego se había ido a ver a Sharpe. Spears no se lo había dicho a Hogan, y Spears tampoco sabía que Curtis había ido a ver a Sharpe.

—¿Cómo lo descubrió?

—Eso no importa, Richard.

—Sí importa.

Spears se enojó.

—Yo soy un oficial explorador, ¿lo recuerda? Mi trabajo es descubrir cosas.

—Y decírselas a Hogan. No lo hizo.

Spears respiraba con dificultad. Miró a Sharpe y luego sacudió la cabeza en señal de negación. Tenía la voz cansada.

—¡Dios! Eso no importa ahora.

Sharpe se levantó, se le veía muy alto bajo el cielo nocturno, y odiaba lo que tenía que hacer, pero ahora tenía su importancia, aunque Spears no lo creyera. La espada

silbó al salir de la vaina y su acero era de un color pálido bajo la media luna.

Spears frunció el ceño.

—¿Qué diablos está haciendo?

Sharpe puso la espada debajo de Spears, empujó contra el brazo que se resentía y luego hizo palanca con la hoja de manera que el caballero rodó alejándose de Sharpe; entonces el fusilero puso un pie sobre la cintura de Spears y la hoja de la espada contra la espalda de Spears. La voz de Sharpe denotaba rabia, una rabia espantosa.

—Los héroes no tienen cicatrices en la espalda. Cuénteme, mi señor, o le voy a hacer cintas con la espalda. Le diré a su hermana que murió como un cobarde sifilítico, con las heridas en la espalda.

—¡No sé nada!

Sharpe se inclinó sobre la espada, lo suficiente para que atravesara la tela. Hablaba en voz alta.

—Sí sabe, cabrón. Sabía que era francesa, nadie más lo sabía. Sabía que era la hermana de Leroux, ¿no?

No hubo respuesta. Empujó la espada.

—Sí. —Spears se ahogaba, escupió sangre—. Pare, por el amor de Dios, pare.

—Pues hable.

Otra vez silencio, sólo el viento que hacía susurrar las hojas de los árboles que tenían detrás, el crepitar de las llamas de los fuegos de la Sexta División y los disparos de mosquete lejanos e inconexos. Sharpe bajó la voz.

—Su hermana se sentirá deshonrada. No tendrá nada. Ni dinero, ni futuro, ni siquiera un héroe muerto como hermano. Se tendrá que casar con algún quincallero de sucias manos y gran panza y se prostituirá por su dinero. ¿Quiere que salve su maldito honor, mi señor? Hable.

Spears habló. Iba interrumpiendo sus palabras con la tos y con los esputos sanguinolentos. A veces gimoteaba, intentaba moverse, pero tenía siempre cerca la espada y un golpe tras otro le fue sacando toda la historia. A Sharpe lo deprimió, lo entristeció. Spears suplicaba comprensión, incluso perdón, pero era la historia de un honor vendido. Spears le había explicado a Sharpe, unas semanas antes, que casi había sido capturado por Leroux. Le dijo que se había escapado por una ventana y se había destrozado el brazo, pero la historia no era cierta. Lord Spears no había escapado nunca de Leroux. Lo habían capturado y había dado su palabra. Leroux, le dijo, le había estado hablando durante toda una noche, había bebido con él y le había encontrado el punto débil. Habían hecho un trato. Información a cambio de dinero, Spears vendió a Colquhoun Grant, el mejor oficial explorador del ejército, Leroux le había dado quinientos napoleones y él se los había jugado.

—Pensé que podía recuperar la casa solariega, al menos.

—Siga.

Vendió la lista que había robado de entre los papeles de Hogan; la lista de los hombres a los que Gran Bretaña pagaba para que le informaran. Consiguió diez monedas de oro por cabeza, luego lo perdió todo en las mesas, y entonces, le dijo, Sharpe lo estropeó todo. Hizo huir a Leroux a las fortalezas y Spears pensó que su pagador se había ido, atrapado; entonces Helena le preguntó por él, habló con él y el dinero le volvió a fluir. Y, a todo esto, Leroux tenía la palabra de Spears, un trozo de papel que demostraba que Spears era un mentiroso, que había sido capturado y le hacían chantaje con el papel. Si los traicionaba, dijo, Leroux le amenazaba con enviarle el papel a Wellington. Leroux había convertido a Spears en su esclavo, un esclavo bien pagado, y ¿quién sospecharía de un lord inglés? Los secretarios, los caballerizos, los criados, los cocineros, toda la gente de poca monta del cuartel general habían resultado sospechosos, pero no lord Spears, el Loco Jack, el hombre que animaba las fiestas y hacía uso de su ingenio y su encanto para extasiar al mundo, y todo ese tiempo era un espía.

Había más. Sharpe sabía que habría más. Había separado la espada, estaba sentado junto a Spears y el caballero lo confesó todo, casi contento de poder vomitarlo todo. Sin embargo, mostraba cierta reserva al final de su historia. Los fuegos se iban apagando. Los gemidos y los disparos de mosquete provenientes del campo de batalla eran más leves y menos frecuentes, el viento ya era fresco. Sharpe miró la espada gris que tenía estirada frente a él.

—¿El Mirador?

—Está a salvo.

—¿Dónde?

Spears se encogió de hombros.

—Hoy está en un monasterio. Haciendo zalemas.

—¿A él no lo vendió?

Spears se echó a reír con un sonido áspero y borboteante a causa de la sangre que tenía en la garganta. La tragó e hizo una mueca.

—No había necesidad. Leroux ya lo había descubierto. Tal como sospechaba Hogan.

—¡Santo Dios!

Sharpe se quedó mirando el campo después de la batalla. Antes había temido por el cuerpo de la marquesa torturado por Leroux, ahora se encogió al pensar en aquel sacerdote ya mayor atormentado sobre una mesa bañada en sangre.

—¿Ha dicho que está a salvo?

Curtis estaba a salvo pero era un hombre mayor. A los hombres viejos, dijo Spears, les preocupa morir antes de haber acabado con su trabajo, así que Curtis había escrito los nombres y las direcciones de todos sus corresponsales en una libretita de cuero. Estaba camuflada como si fuera una de sus libretas de

observaciones astronómicas, llena de mapas de estrellas y nombres en latín, pero los códigos se podían descifrar.

Leroux había esperado el momento oportuno. Había planeado coger a Curtis cuando los británicos se hubieran ido, pero entonces llegaron noticias de una gran victoria británica y le exigió a Spears que fuera a por el sacerdote. Spears hablaba en voz baja.

—Eso no podía hacerlo. Así que le llevé la libreta.

Leroux ya no necesitaba a El Mirador. Con el libro en su poder podía encontrar a todos los correspondientes que le escribían lealmente de toda Europa y podía ir a por ellos uno tras otro y matarlos, y Gran Bretaña se quedaría ciega. Sharpe sacudió la cabeza incrédulo.

—¿Y por qué, simplemente, no mintió? ¿Por qué tuvo que darles la libreta? ¡No sabían que existiera!

—Pensé que me recompensarían.

Lord Spears resultaba patético.

—¡Recompensarlo! ¿Más dinero manchado de sangre?

—No. —Tenía la mejilla manchada de sangre oscura—. Quería el cuerpo de ella tan sólo una vez. Sólo una vez. —Hizo un ruido que podía ser una risa o un sollozo—. No lo conseguí. Leroux me devolvió el papel con mi juramento. Me devolvió mi honor. —La amargura se percibía en su voz.

El bulto enorme que era Arapiles Mayor se veía coronado por dos fuegos. Eso le impedía a Sharpe ver las luces de Salamanca.

—¿Dónde está Leroux ahora?

—Cabalgando hacia París.

—¿Por qué ruta?

—Se dirige a Alba de Tormes.

Sharpe miró a Spears, moribundo sobre el suelo.

—¿No le dijo que allí había españoles?

—Pareció no darle importancia.

Sharpe renegó en voz baja. Tenía que irse. Volvió a renegar, en alto, porque le gustaba Spears y odiaba esta repentina debilidad, este hombre que se derrumbaba, la venta de su honor.

—¿Vendió a todos sus agentes por un juramento?

No. También hubo dinero, dijo Spears, pero el dinero había de pagarse cuando Leroux llegara a París, e iría a Inglaterra para Dorothy. Una dote, el último regalo traicionero de Spears, y le imploró a Sharpe, le dijo que él no podía entenderlo; la familia lo era todo, y Sharpe se levantó.

—Me voy.

Spears estaba tumbado en el suelo, derrotado, arruinado.

—¿Una última promesa?

—¿Cuál?

—Si lo encuentra, ella no recibirá el dinero.

—No.

—Pues conserve mi honor para ella. —Su voz era ronca, casi rota—. Dígale que fui un héroe.

Sharpe levantó la espada, puso la punta en la vaina y la metió a fondo.

—Le diré que ha muerto como un héroe. A causa de las heridas en el frente.

Spears dio una vuelta hacia un lado porque le era más fácil vaciar la sangre.

—Una cosa más.

—Tengo prisa.

Sharpe tenía que encontrar a Hogan. Primero despertaría a Harper, porque al sargento le gustaría unirse a esta cacería final, esta última oportunidad ante su enemigo. Leroux había matado a Windham, había matado a McDonald, estuvo a punto de matar a Sharpe, había torturado a sacerdotes españoles y le había robado el honor a lord Spears. Sharpe tenía otra oportunidad más entre los restos después de la batalla.

—Yo también tengo prisa —dijo Spears señalando con su débil mano hacia el campo de batalla—. No quiero que esos saqueadores de mierda me maten, Richard. Hágalo por mí. —Parpadeó—. Me duele, Richard, me duele.

Sharpe se acordó de Connelley. A morir bien, chico, a morir bien.

—¿Quiere que le mate?

—¿El último favor de un amigo? —Era una súplica.

Sharpe recogió la pistola de Spears, la levantó y se agachó junto al caballero.

—¿Está seguro?

—Me duele. Dígale que he muerto bien.

A Sharpe le había gustado este hombre. Se acordó del pollo lanzado como una bala de *howitzer* en el baile, recordó aquel grito sonoro en la plaza Mayor la mañana después de su primera noche en el mirador. Este hombre le había hecho reír, había compartido vino con él, y ahora era un desgraciado, un hombre destrozado que había entregado su honor primero a Leroux y ahora a Sharpe.

—Le diré a su hermana que murió bien. Le diré que ha sido usted un héroe. Le convertiré en sir Lancelot.

Spears sonrió. Tenía la mirada fija en Sharpe. El fusilero le acercó la pistola al cuello.

—Le diré que haga construir una iglesia lo bastante grande para que haya sitio para la maldita placa.

Spears sonrió más abiertamente y la bala pasó bajo su barbilla y hacia arriba, atravesándole el cráneo, y salió por la parte superior de su cabeza. Era el tipo de

herida que podía recibir un héroe a caballo. Murió al instante, sonriendo, y el gabán de Sharpe quedó salpicado con la herida. Tiró de él, lo tiró al suelo, odiándolo. Se volvió y lanzó la pistola entre los árboles, oyó que chocaba con unas ramas y luego se hizo el silencio. Miró a Spears en el suelo y se maldijo por haberse visto mezclado en todo esto. Spears había hablado del placer de la guerra, la irresponsabilidad de la juventud desenfrenada, pero poco placer había en esta guerra secreta.

Se agachó y recogió el gabán, lo sacudió y caminó hacia los caballos. Montó en el suyo y fue llevando el de Spears por las riendas ladera abajo. Se detuvo al pie, miró hacia atrás; el cuerpo de Spears era como una sombra oscura sobre la hierba. Se dijo a sí mismo que las lágrimas que tenía en los ojos tan sólo se debían a la irritación que le producía el humo de la batalla; algo que le puede suceder a cualquier hombre.

La venganza estaba en Alba de Tormes, con sus talones espoleó el caballo y el reloj de la catedral, por encima del palacio Casares, dio las doce.

Capítulo 25

Alba de Tormes era una ciudad elevada sobre una colina al este del río Tormes. La colina estaba coronada por un antiguo castillo y cubierta por un revoltijo de tejados que descendían hacia el magnífico convento donde los peregrinos veneraban el cuerpo de Santa Teresa de Ávila. Junto al convento se hallaba el puente.

Los franceses necesitaban el puente para conducir a su ejército destrozado hacia la seguridad relativa que les ofrecía la orilla este, y para alejarse de la persecución de sables que sabían que padecerían al amanecer. Pero Wellington les había cerrado el puente. Semanas antes, cuando su ejército llegó a Salamanca, pusieron una guarnición española en el castillo y en las construcciones defensivas que había en el extremo este del puente. Los cañones españoles podían barrer el puente a lo largo, repiquetear contra sus piedras con la metralla y así los franceses se encontrarían atrapados en la gran curva del río.

Desde Alba de Tormes el río fluía nueve millas hacia el norte y luego, formando un gran meandro, giraba hacia el oeste y avanzaba unas diez millas antes de que sus aguas pasaran bajo los arcos del puente romano de Salamanca. En aquel gran meandro los franceses huyeron hacia el este durante toda la noche. Fueron cientos los que atravesaron por el vado, pero la mayoría se dirigió hacia la ciudad que tenía el único puente utilizable. Los cañones franceses, los pertrechos, los arcones con las pagas, los heridos, todos fueron a Alba de Tormes y hacia el puente que protegían los cañones de los españoles.

Salvo que los españoles no estaban allí. Habían huido tres días antes; habían huido sin haber visto al enemigo. Sabían que los franceses se dirigían hacia el sur y temían una derrota británica, así que la guarnición española preparó el equipaje y se marchó hacia el sur. Desertaron de su puesto. El puente quedó libre para los franceses y durante toda la noche los hombres de Marmont avanzaron en dirección este. Una gran victoria quedaba devaluada. A los rezagados del ejército vencido los concentraron en la orilla este, les hicieron formar en filas e irse. Una retaguardia que no había luchado el día anterior bloqueaba la ruta hacia el este, poco después del pueblo, y su puente vació.

Tales noticias llegaron al cuartel general de Wellington al mismo tiempo que Sharpe persuadía a Hogan de que el espionaje británico había sido traicionado. Una libreta, tan sólo eso, y un centenar de puertas serían derribadas de Madrid a Stettin, los corresponsales de El Mirador se verían arrastrados y los pelotones de fusilamientos franceses tendrían mucho trabajo extra. Hogan sacudió la cabeza.

—¿Pero cómo lo sabe?

—Lord Spears la echó de menos, señor.

Sharpe ya había descrito la heroica muerte de lord Spears.

Hogan se lo quedó mirando con suspicacia.

—¿Eso es todo? ¿Nada más?

—¿No es suficiente, señor? Desgraciadamente murió antes de poder decir nada más.

Hogan asintió con la cabeza.

—Tenemos que decírselo al general.

Entonces se oyó un estallido de ira, de maldiciones, porque Wellington, en la habitación de al lado, escuchaba de boca de una patrulla de caballería que los franceses estaban cruzando el puente en Alba de Tormes. El ejército vencido escapaba, no estaba atrapado tal como él pensaba porque los españoles habían huido. La puerta que separaba ambas habitaciones se abrió de golpe.

Sharpe ya conocía la ira de Wellington. Era una ira fría, oculta tras la calma, que se expresaba con una cortesía mordaz. Esta noche no. El general golpeó la mesa con el puño.

—¡Malditos sean! ¡Que Dios los maldiga a todos ellos! —Miró a Hogan—. Han abandonado Alba de Tormes. ¿Por qué no lo hemos sabido?

Hogan se encogió de hombros.

—Porque no juzgaron conveniente decírnoslo, señor.

—¡Álava!

Wellington gritó el nombre del general español que hacía de oficial de enlace con los británicos. Los oficiales del estado mayor permanecían quietos ante la ira del general. Volvió a dar un puñetazo en la mesa.

—¿Pero se creen que luchamos por su maldito país porque lo amamos? ¡Se merecen perderlo!

Salió de la habitación airado, dio un portazo y Hogan soltó lentamente el aire que había retenido hasta entonces.

—Yo creo que el General no está de humor para recibir su noticia, Richard.

—¿Y qué hacemos entonces, señor?

Hogan se giró hacia un oficial del estado mayor.

—¿Cuál es la caballería que está más cerca?

—La caballería ligera de la Legión Alemana del Rey, señor.

Hogan se volvió para coger su sombrero.

—Vaya a por ellos. —Miró a Sharpe—. Usted no, Richard. No está bien.

Sharpe fue a caballo, a pesar de lo que había dicho Hogan, y Harper iba junto a él con el caballo de Spears. El capitán Lossow y su tropa eran su escolta y el oficial alemán saludó a Sharpe sin ocultar su placer. El placer pronto se disipó a causa del trayecto largo y duro. Hogan se sentía a sus anchas a lomos de un caballo, cabalgaba con la espalda recta sobre los estribos, mientras que Harper, que había crecido en el valle de Donegal y había montado ponis a pelo desde niño, iba sentado con facilidad

sobre el caballo de Spears. Para Sharpe aquello era una pesadilla. Le dolían todos los huesos, sentía punzadas en la herida y en tres ocasiones estuvo a punto de caer al sentirse invadido por el sueño. Al amanecer, estaba sentado dolorido sobre el Tormes y observaba el paisaje grisáceo por el que serpenteaba el río, vigoroso y plateado, al pasar por la ciudad silenciosa, con su castillo y su convento, y el puente vacío. Los franceses se habían ido.

¿Y Leroux? Sharpe no lo sabía. Tal vez el coronel francés le había mentado a lord Spears. Quizá Leroux planeaba quedarse en Salamanca hasta que los británicos se volvieran a desplazar, esta vez en dirección al este, pero Sharpe lo dudaba. Leroux quería regresar con su tesoro a París, descifrarlo y luego soltar a los hombres crueles contra los nombres que contenía. Leroux se había ido, Sharpe estaba seguro, ¿pero dónde? ¿Alba de Tormes? ¿O se había ido directamente al este desde Salamanca hacia Madrid? Hogan lo dudaba. Hogan estaba seguro de que Leroux intentaría llegar a la seguridad que le ofrecía el ejército francés, se rodearía de mosquetes y sables, y la gran duda de Hogan era tan sólo si Leroux había conseguido mucha ventaja. Espolearon colina abajo hacia el río que discurría frío bajo el puente vacío que se burlaba de ellos.

Sharpe tenía su última oportunidad. Había cabalgado hacia ella durante toda la noche y con el amanecer sus esperanzas eran mínimas. Quería levantar su espada, esa espada todavía sin manchar de sangre, contra la Kligenthal. Quería a Leroux porque Leroux lo había vencido, y si un hombre pensaba que eso no era un buen motivo, es que ese hombre no tenía orgullo. Pero ¿cómo podían descubrir a un jinete solitario en aquella inmensidad, envuelta en la neblina matinal? Sharpe quería venganza por las muertes de Windham y McDonald, por la pistola que le había disparado en el claustro superior, y por Spears, a quien Sharpe apreciaba, a quien Sharpe había matado y cuyo honor protegía.

Hogan se retorció sobre la silla. Parecía estar muy cansado e irritable.

—¿Cree que lo hemos adelantado?

—No lo sé, señor.

Al amanecer no existía la certeza.

Pasaron resonando sobre el puente, los alemanes de Lossow iban con las espadas desenvainadas por si los franceses habían dejado una retaguardia en la ciudad, y entonces el hierro de los cascos de los caballos llenó las calles estrechas con un estruendo ensordecedor. Al pasar por el repecho de la colina, en la parte alta del pueblo, vieron que el horizonte, que hasta entonces era de color gris con toques rosados, de repente brillaba con el extremo superior del sol naciente. Era de un dorado escarlata, deslumbrante, y el muro oeste del castillo tomaba un tono anaranjado. El nuevo día.

—¡Señor! —Harper señalaba exultante—. ¡Señor!

Bajo el amanecer, bajo la gloria del nuevo día, las dudas se disiparon. Un jinete, solo, se dirigía al este y, en el catalejo, a través del fulgor de la luz, Sharpe vio unos pantalones negros y verdes, una casaca roja y un inconfundible sombrero de piel negra. Un *chasseur* de la Guardia Imperial de Napoleón solitario, que trotaba en dirección este. ¡Tenía que ser Leroux! La figura solitaria se oscureció y se nubló bajo el amanecer, luego se perdió en una pendiente del camino. No había mirado atrás.

Ellos lo siguieron, hicieron correr a los caballos a un trote rápido pues tenían que mantener las fuerzas a pesar de que todos los jinetes querían ponerse a perseguirlo al galope y avanzar con sus sables hacia el fugitivo. Dos veces más vieron al oficial, cada vez más cerca, y después de la segunda vez Leroux se giró, vio a sus perseguidores y empezó la caza. Los trompetas de Lossow desafiaron, las espuelas se echaron atrás y Sharpe intentó estirar la enorme espada de la vaina mal acabada.

Los alemanes lo dejaron bien atrás, todos ellos eran buenos jinetes y él renegaba al sentir que la vaina se batía y le golpeaba el muslo. Se tambaleó al perder el equilibrio con el galope repentino, entonces la espada se liberó y ahí estaba, brillando bajo la luz del amanecer. Vio a Leroux una vez más. El francés estaba a menos de una milla por delante de ellos, el caballo estaba rendido, y Sharpe se olvidó de los muslos que le dolían, del trasero escocido y fue dando golpes con los talones para que el caballo corriera más.

Los alemanes seguían delante de Sharpe. Atravesaron un pueblecito donde Leroux, misteriosamente, giró a la izquierda. Ellos tomaron la misma dirección hacia el norte, los caballos se metieron en la orilla poco profunda de un arroyo y salpicaron el amanecer con agua de un plateado brillante, luego fueron hacia los campos en la orilla opuesta. Delante tenían unas colinas bajas y Sharpe se preguntó si Leroux iba en busca de un lugar donde ocultarse. Parecía una empresa desesperada.

Entonces Lossow empezó a gritar, levantó la mano e hizo que se detuvieran, la tropa tiró de las riendas, aminoraron el paso, Sharpe los alcanzó y la protesta que iba a hacer por abandonar la persecución se le quedó en la boca. Los caballos se detuvieron. Leroux estaba a salvo.

Leroux llegaría hasta París, descifrarían la libreta y el francés ganaría. Si hubieran tenido dos millas más lo hubieran cogido, pero ahora no.

Leroux iba trotando con su caballo por la cara de una colina baja que se erguía desde el amplio valle. Alineada en la ladera estaba la retaguardia francesa, unos mil jinetes, y Lossow escupió asqueado.

—No podemos hacer nada. —Parecía que se disculpara como si realmente creyera que Sharpe esperaba que cargara contra un millar de enemigos con tan sólo ciento cincuenta hombres. Se encogió de hombros y miró a Sharpe—. Lo siento, amigo.

Sharpe estaba observando a Leroux.

—¿Qué está haciendo?

El francés no iba a reunirse con la caballería. Recorría al trote el frente de la tropa y Sharpe vio que levantaba la espada para saludar a los comandantes del escuadrón francés. Leroux seguía avanzando hacia el norte, pasada la caballería, y Sharpe puso el caballo al trote para poder seguir al francés. Sharpe condujo a la tropa de Lossow al norte, a media milla al oeste de la línea de los franceses, y observó que Leroux seguía cabalgando, pasaba la caballería y penetraba en un valle al pie de la colina. Leroux se hallaba ahora en un terreno que ellos no podían ver y Sharpe hizo que su caballo cansado fuera a medio galope.

Delante de ellos tenían una colina desde donde podrían dominar aquel terreno. Cabalgaron ladera arriba, el rocío de la hierba brillaba con los golpes de los cascos, y fue Sharpe el que se giró y levantó la mano, aminoró y renegó. Tenía la esperanza de que Leroux quisiera seguir cabalgando y dirigiéndose hacia el este otra vez con su propia caballería detrás de él, pero Leroux se hallaba realmente a salvo. En aquel vallecito esperaba la infantería francesa. Tres batallones en formación de cuadro y, algo más atrás, otros dos batallones que protegían la parte posterior de la colina donde la caballería francesa bloqueaba la ruta hacia el este.

Leroux se dirigía con el caballo hacia los batallones formados en cuadro. Sharpe soltó un reniego, metió la espada en la vaina y se hundió en la silla de montar.

Hogan se apoyó en la perilla.

—Se acabó.

Uno de los cuadros franceses se abrió, Leroux penetró con su caballo y para Sharpe era como si Leroux ya estuviera en París.

Patrick Harper dobló el sable que le habían prestado y sacudió la cabeza.

—Yo que esperaba una carga de caballería.

—Hoy no —dijo Hogan estirando los brazos y bostezando.

Más hacia el este, a unas tres millas de distancia, el camino estaba lleno de tropas que se batían en retirada. Iban hacia el este. Leroux había alcanzado la retaguardia, estaba a salvo y pronto se reuniría, escoltado por esta infantería, con el resto del ejército francés. Lossow tan sólo tenía ciento cincuenta hombres. La retaguardia francesa la formaban al menos dos mil quinientos hombres, infantería y caballería, y la última esperanza de Sharpe se desvanecía como la niebla que se elevaba en el paisaje.

Prometía ser un día hermoso. Los prados de las suaves colinas estaban verdes, llenos de flores salvajes, y el primer calor del sol que se iba elevando le daba a Sharpe en la cara. Odiaba tener que abandonar la persecución, ¿pero qué otra cosa se podía hacer? Podían regresar a Alba de Tormes, sentarse a la orilla del río y beber vino tinto áspero hasta que la decepción se ahogara en la buena cosecha del cometa. Habría otros días para luchar, otros enemigos, y los hombres de Curtis no eran los

únicos valientes que enviaban mensajes a Inglaterra. Quedaba la esperanza, y si la esperanza no era suficiente siempre quedaba el vino en Alba de Tormes.

No tenía ningún sentido, por supuesto, considerar lo que hubiera podido ser, sin embargo Sharpe renegó por no haberse ido del campo de batalla una hora antes. Se imaginó lo que podría hacer con una única batería de cañones de nueve. Podría abrir los cuadros un disparo tras otro, y con tan sólo dos buenos batallones británicos ¡los arrasaría! Hogan debía estar pensando lo mismo, pues miraba con pesimismo los tres cuadros franceses.

—No tendremos cañones o infantería hasta esta tarde. ¡Como pronto!

—Ya se habrán ido para entonces, señor.

—¡Ajá!

Esta retaguardia se quedaría el tiempo suficiente para impedir la persecución de la caballería, mientras el resto del ejército de Marmont le iba sacando ventaja a los británicos. Sin cañones ni infantería no se podían romper los cuadros. Leroux estaba a salvo.

Los hombres de Lossow dejaron descansar a sus caballos. Se hallaban sobre una ladera de la colina que les ofrecía una amplia vista del terreno. La caballería enemiga estaba en otra colina a una media milla hacia el sur, la infantería más cerca, y el vallecito oculto, mientras que a la derecha de Sharpe se extendía el ancho valle donde se encontraban dos amplios caminos. El que estaba más lejos era por el que les había guiado Leroux, desde Alba de Tormes, y allí donde atravesaba el pueblecito se encontraba con el que estaba más cerca, que venía de los vados que cruzaban el río. El enemigo dominaba ambas rutas, bloqueaba la persecución. Leroux estaba a salvo.

En el camino de Alba de Tormes se veía movimiento. Dragones Ligeros británicos, trescientos sables, avanzaban al trote hacia los franceses, los vieron y se detuvieron. Los caballos bajaron los pescuezos y se pusieron a pastar. Formaban una única línea frente a la caballería francesa y Sharpe se imaginó que los oficiales estarían entrecerrando los ojos contra el sol mirando al enemigo que los superaba en número.

Entonces, del nordeste, de los vados, llegó más caballería. Cuatrocientos cincuenta hombres penetraban en el valle con sus caballos detrás de los británicos y los recién llegados tenían un aspecto extraño. Llevaban casacas rojas, como las de la infantería, y en la cabeza llevaban bicornios negros con tiras metálicas pasados de moda. Era como un regimiento de coroneles de infantería. Cada hombre iba armado con una larga espada recta como la que Sharpe llevaba al costado. Era la Caballería Pesada, los Dragones Pesados de la Legión Alemana del Rey. Se detuvieron detrás de los Dragones Ligeros británicos, un poco a la izquierda. Hogan los miró, luego observó al enemigo y sacudió la cabeza.

—No pueden hacer nada.

Tenía razón. La caballería no puede romper un cuadro de infantería bien formado. Era una de las reglas de la guerra, que se demostraba una y otra vez, que si la infantería estaba formada en sólidas filas y sus mosquetes cargados con las bayonetas, los caballos no podrían atacar a fondo. Sharpe había estado en cuadros y había observado cargas de caballería, había visto cómo se elevaban los sables y se abrían las bocas, y entonces los mosquetes disparaban, los caballos caían, y la caballería superviviente se desviaba y se alejaba hacia los lados del cuadro, desde donde les disparaban los mosquetes. Los cuadros no se podían romper. Sharpe había visto algunos que se rompían, pero nunca si estaban bien formados. Había visto un batallón al que atacaron mientras formaban el cuadro, vio que el enemigo penetraba en el hueco que no estaba cerrado y destrozaba la tropa desde el interior. Pero eso no sucedía nunca si el hueco estaba cerrado. Había visto un cuadro que se rompió sólo porque a los hombres les entró el pánico y se pusieron a correr, pero eso era culpa de la misma infantería. El South Essex se había roto una vez, hacía tres años en Valdelacasa, y eso sucedió porque los supervivientes de otro cuadro corrieron hacia ellos, se agarraron a las filas bien juntas y la caballería francesa atacó a los fugitivos. Sin embargo, esos cuadros franceses que estaban allá abajo no se romperían. Cada uno estaba formado por cuatro filas, en la fila frontal los hombres estaban arrodillados y cada una era sólida, estaban tranquilos y cercados de bayonetas. Leroux estaba a salvo.

Leroux estaba a salvo porque se había refugiado en la infantería. La caballería enemiga, de cara al oeste sobre la ladera de la colina, era vulnerable a la persecución de los británicos. Su seguridad provenía de su superioridad en número; sin embargo, los hombres de Wellington tenían más moral. Sharpe oyó el lejano sonido de una trompeta, miró hacia la derecha y vio que los Dragones Ligeros británicos iniciaban la carga. Trescientos hombres contra mil, y una carga colina arriba. El capitán Lossow les gritó con alegría.

La caballería iba a cargar.

Capítulo 26

Una carga de caballería empieza lentamente. Los caballos van al paso. A los soldados de caballería les da tiempo de ver el aviso que llevan grabado en los sables, «garantizado que no falla nunca», y de sentir el miedo de que esa misma garantía no concierne a los hombres.

Se veía el polvo que levantaban los caballos al paso. Se elevaba por el valle exuberante. La sombra de los Dragones Ligeros quedaba bien detrás de ellos, llevaban los sables levantados, curvos, cortando la luz del sol. El valle estaba silencioso, el enemigo quieto.

Una segunda trompeta. Los caballos se pusieron al trote y los hombres seguían juntos, rodilla contra rodilla. Los estandartes triangulares, los guiones, sobresalían de la línea de uniformes azul y plata. El leve tamborileo de los cascos alcanzó la cima de la colina desde donde observaba Sharpe. La caballería francesa no se movía.

Lossow quería hacer penetrar a sus hombres en el valle para unirse a la carga, pero el comandante Hogan sacudió la cabeza con desaprobación.

—Hemos de vigilar a Leroux. Podría escaparse.

Sabía que no era probable. Leroux estaba en el lugar más seguro; en el centro de un cuadro.

Se oían levemente unas voces ásperas; eran órdenes. Sharpe miró a la derecha y vio cuatrocientas cincuenta espadas pesadas y toscas desenvainadas y contra la luz. Los dragones pesados alemanes estaban en seis escuadrones, tres delante, tres detrás, y cada escuadrón en dos filas. Las filas estaban separadas por unas cuarenta yardas, de forma que si cargaban la segunda línea tuviera el espacio suficiente para apartarse de los muertos de la primera o saltarlos. Los alemanes estaban detrás y a la izquierda de los Dragones Ligeros británicos que iban al trote hacia la caballería enemiga, que estaba sobre la colina.

Sonó una trompeta mucho más cerca y los caballos de Lossow se movieron impacientes. Los escuadrones alemanes iban avanzando al paso y Sharpe frunció el ceño. Miró a su izquierda.

—¡No pueden verlos!

—¿Qué?

—¡La infantería! —exclamó Sharpe señalando—. ¡No pueden verlos!

Así era. Los cuadros franceses estaban a la sombra en el pequeño valle, ocultos por una estribación de la ladera, y la caballería pesada alemana no se había percatado de su presencia. Los alemanes cabalgaban hacia una emboscada. Su línea de carga contra la caballería francesa les haría pasar el vallecito, al alcance de los mosquetes, y la primera señal que tendrían de la presencia de la infantería francesa sería la llama de los mosquetes.

Hogan renegó. Estaban demasiado lejos de los escuadrones de la Legión Alemana del Rey para poder avisarlos, lo único que podían hacer era observar cómo los jinetes avanzaban hacia el desastre.

Los Dragones Ligeros británicos iban a la cabeza, al trote hacia la colina, y su avance quedaba lejos del alcance de la infantería. Sharpe desenvainó la espada.

—¡Lo único que podemos hacer es sentarnos aquí!

Hogan sabía que no podían advertir a la caballería pesada, pero no hacer nada era peor que hacer una intentona inútil. Se encogió de hombros.

—Vaya.

El trompeta de Lossow tocó a toda marcha, no había tiempo ahora para un paso decoroso que se fuera acelerando gradualmente hasta llegar al galope, y los hombres de Lossow se lanzaron al galope colina abajo de forma temeraria. Si sus compañeros de los dragones pesados los vieran, si tan siquiera se preguntaran por qué avanzaban tan deprisa y se agitaban tan frenéticamente, entonces podrían alejarlos del desastre. Pero los seis escuadrones de la Caballería Pesada alemana avanzaban imperturbables, la trompeta sonó y se pusieron al trote y Sharpe se dio cuenta de que llegaban tarde.

Otra trompeta sonó, lejos por delante, y los Dragones Ligeros británicos se pusieron a medio galope. Irían cabalgando a medio galope durante las últimas yardas y luego se soltarían a galope tendido. Una carga de caballería tiene más efecto cuando todos los caballos llegan a la vez; una muralla sólida de hombres, caballos y acero. Los británicos llegaron al pie de la colina, empezaron a subirla y los franceses seguían sin moverse.

La caballería pesada alemana seguía al trote, todavía ignoraban la emboscada que les esperaba a cincuenta millas delante de ellos. Algunos de los rostros bajo los extraños sombreros bicornio negros miraron con curiosidad a los hombres de Lossow. Sharpe se removía en su silla rezando por no caer, tenía la espada en la mano derecha y deseó que no hubiera cuadros, que pudiera enfrentarse a Leroux abiertamente, pero Leroux estaba a salvo.

La trompeta británica lanzó a los dragones ligeros. Avanzaron gritando, en el galope final que lanzaba el peso de un caballo tras el sable. Eran inferiores en número, cargaban colina arriba, sin embargo espoleaban a los caballos para que avanzaran. Los franceses, finalmente, se movieron.

Se pusieron a correr. Corrieron sin luchar. Quizá ningún hombre quería morir después de la carnicería del día anterior. No les esperaba la gloria por vencer esta persecución de la caballería, ningún hombre ganaría la medalla de la Legión de Honor hoy, así que los franceses se giraron, espolearon en dirección al este mientras los dragones británicos los perseguían, los incitaban a luchar, pero la caballería francesa no quería luchar. Corrían para aplazar la lucha.

Los Dragones Pesados alemanes vieron correr a los franceses, vieron que su

oportunidad de luchar se desvanecía y la trompeta les señaló el medio galope. Las notas de la llamada alcanzaron a Sharpe y luego se vieron ahogadas por el sonido que él había estado temiendo, el sonido de una descarga de la infantería. Los rostros de los cuadros más cercanos desaparecieron entre el humo, los escuadrones alemanes que iban a la cabeza se desplomaron entre el polvo, cayeron los caballos y las espadas dieron volteretas. Los hombres murieron bajo los caballos, aplastados, gritando. La emboscada había salido bien.

Ya no había necesidad de avisarlos. Los cuadros franceses habían convertido un escuadrón en una carnicería, habían herido a otros dos y el resto de los alemanes debían saber que estaban vencidos. De repente se habían encontrado con infantería, infantería bien formada, y la caballería no puede con cuadros bien formados.

Los sombreros bicornios negros giraron hacia la izquierda, la caballería vio los cuadros con horror y las trompetas sonaron por encima de la carga derrotada. Sharpe se dio cuenta de que estaban llamando a los escuadrones para que se alejaran de los cuadros. Miró a Harper y sonrió con tristeza.

—No hay carga de caballería hoy, Patrick.

El irlandés no contestó. Dio un golpe con los talones, gritó loco de alegría y Sharpe volvió la cabeza hacia los alemanes. Estaban tirando de las riendas pero no para alejarse. Se estaban volviendo hacia los cuadros, cargaban contra ellos y las trompetas los empujaban al ataque. Aquello era una locura.

Sharpe tiró de sus riendas, golpeó al caballo y dejó que cabalgara con los otros. La espada se sentía a gusto en su mano. Vio que la infantería francesa volvía a cargar, con calma y profesionalidad, y se dio cuenta de que esa carga estaba sentenciada.

Los escuadrones alemanes todavía iban a medio galope. Dieron una vuelta a la izquierda, alinearon las filas y enloquecieron. Las trompetas les hacían avanzar.

Lossow, sus hombres, Sharpe y Harper llegaron a colocarse junto a los escuadrones pesados cuando empezaban la carga final. Sharpe sabía que eso era una locura, sabía que estaba sentenciado, pero resultaba irresistible. Llevaba la larga espada en la mano, la sangre le hervía con el desafío de la trompeta, y avanzaron galopando en una carga suicida.

Capítulo 27

Los dragones pesados alemanes estaban celosos. El día anterior la caballería pesada británica había cargado hacia la gloria, habían ensangrentado sus espadas hasta la empuñadura contra la infantería francesa, a quien no le había dado tiempo a formar cuadro. A los alemanes no les gustaba que los británicos se llevaran toda la gloria.

Los alemanes también eran disciplinados, los más disciplinados de toda la caballería de Wellington. Ellos no tenían la costumbre de los británicos de cargar una vez y luego volverse locos yendo a la caza de forma que los caballos quedaban sin aliento y los jinetes vulnerables a las reservas del enemigo. Los alemanes eran fríos y eficientes en la guerra. Ahora se encontraban de repente enfurecidos, lo suficiente para intentar lo imposible. Cuatrocientos cincuenta hombres, menos los que ya habían muerto, cargaban contra mil quinientos soldados de infantería bien formados. La trompeta les señaló la orden de ir al galope.

Sharpe sabía que no tenían nada que hacer, pero la locura podía con la cordura. La artillería podía romper una formación en cuadro, la infantería también podía hacerlo, pero no la caballería. La lógica matemática lo demostraba. Un hombre montado a caballo necesitaba al menos cuatro pies de ancho en los cuales cargar. Frente a él, en dos filas, había ocho hombres. Un soldado de infantería tan sólo necesitaba dos pies, algo menos incluso, y así el jinete se encontraba cargando por un estrecho pasillo en cuyo extremo le esperaban ocho balas y ocho bayonetas. E incluso si los soldados de infantería no tenían las armas cargadas, si únicamente tenían las bayonetas, la carga también fracasaría. Un caballo no cargaría a fondo contra un sólido muro de hombres y acero. Se acercaría, luego se apartaría; Sharpe ya había estado muchas otras veces en cuadros y sabía cuan seguros eran. Esta carga era imposible.

El terror y la locura se palpaban en el ambiente. Los alemanes se habían lanzado a esta carga envueltos en una explosión repentina de rabia. Llevaban las espadas, pesadas y largas, levantadas para el primer golpe, los cascos levantaban grandes terrones de hierba, y los soldados que había en el cuadro más cercano a la carga volvieron a disparar. Faltaban ochenta yardas.

Se oían gritos que provenían de delante de Sharpe. Vio un caballo que resbalaba y caía sobre el vientre, con la cabeza levantada y mostrando los dientes amarillos hacia el cielo. Un hombre iba rodando y rodando, le manaba sangre del cuello, la espada se le había quedado clavado recta en el suelo y se balanceaba. La trompeta volvió a tocar desafíos incoherentes y por todas partes se oía el martilleo de los cascos que cubrían todo el valle.

Un caballo golpeaba la tierra con sus patas mientras moría tumbado de costado, la

sangre le salía como espumarajos mientras sacudía el pescuezo y gritaba de dolor. La segunda fila se juntó, saltaron, y los franceses habían reservado una fila de mosquetes para la ocasión. Surgió humo del cuadro, unas balas azotaron la carga, y a un hombre le dieron en pleno salto. Cayó del caballo hacia atrás con un halo de sangre en torno a su cara y el caballo continuó solo. Un abanderado estaba en el suelo, su caballo estaba muerto y corrió sosteniendo su estandarte en alto; otro alemán se inclinó a la izquierda sobre la silla, se lo cogió a galope tendido y el estandarte se encontró de nuevo en lo alto guiándolos hacia la carga imposible.

La tierra temblaba con los pesados caballos, con el martilleo de sus cascos. Las filas se habían abierto con la locura, de forma, que parecía que el valle estuviera lleno de grandes hombres cabalgando sobre grandes caballos, el sol se reflejaba en sus espadas, en las tiras metálicas de los bicornios y en los brillantes cascos que los conducían. Los cascos iban levantando tierra que salpicaba la cara de Sharpe. Parecía que los caballos se esforzaran por alcanzar al enemigo, con los ojos enloquecidos, mostrando los dientes, y Sharpe dejó que aquella locura se apoderara de él para vencer el terror. Pasó cabalgando junto a un caballo muerto tras cuyo cuerpo se agachaba su jinete para ponerse a salvo, y Sharpe nunca había hecho eso. Nunca había cabalgado con la caballería en una carga y eso tenía una magnificencia que él nunca hubiera soñado. Este era el momento en que un hombre se convertía en un dios, en que el aire era ruido, en que la velocidad le cedía su fuerza a la espada, el sentimiento glorioso de esos minutos previos a que una bala convirtiera el dios en carne muerta.

Un jinete herido era arrastrado por los estribos. Aullaba.

A cincuenta yardas otra fila del cuadro levantó los mosquetes, recorrieron con la vista aquella tormenta de ira y dispararon. Un caballo y su jinete se derrumbaron, y la sangre manchó la hierba; entonces pasó la siguiente fila, con las crines al viento, y los franceses todavía tenían una fila cargada.

El cuadro desprendía humo. A Sharpe le pasó una bala cerca. Pero no la oyó. Tan sólo oía los cascos. Le dieron a un oficial que iba delante de Sharpe. Vio que el hombre se estremecía de dolor, se imaginó el grito que no conseguía oír en aquel valle de ruido y vio que la larga espada le pendía inútil por la correa de la muñeca. El caballo del hombre también estaba herido y sacudía la cabeza de dolor, pero seguía cargando. Un hombre moribundo sobre un caballo moribundo eran los que encabezaban la carga.

La trompeta los lanzaba hacia el enemigo. Uno de los trompetas estaba en el suelo con las piernas rotas, pero seguía tocando, tocaba a carga una y otra vez, las notas que podían conducir a un hombre a la gloria salvaje. Se oían chillidos en el valle, de hombres y caballos, gritos de dolor que ahogaban las trompetas. Los banderines eran arriados como lanzas, era el momento final. El fuego cruzado les cogió desde otro

cuadro y un banderín descendió, señaló primero hacia la tierra y parecía que el hombre que lo llevaba caía muy lentamente, pero de repente se encontró rodando y gritando y tiñendo la hierba con su sangre. La carga aún la encabezaba un hombre moribundo sobre un caballo moribundo. El hombre murió primero. Cayó hacia adelante sobre el pescuezo del caballo, pero el caballo seguía obedeciendo su última orden. Cargaba. Yeso le agotó la sangre, el gran corazón que bombeaba a los miembros moribundos, y el caballo cayó de rodillas. Todavía intentaba ir a la carga e iba resbalando en la hierba, resbalaba a causa de la sangre que le salía del pecho, y fue resbalando con su carga inerte y murió. Muerto y sin poder darse la vuelta, se fue deslizando como un gran misil de carne hacia el frente del cuadro. Hombre y caballo muertos, quebraron las filas y abrieron un hueco que la siguiente fila de alemanes vislumbró.

Vieron la luz. Tiraron bruscamente de las riendas, gritaron y los franceses intentaron con desesperación volver a formar la línea. Demasiado tarde. Ya había un caballo allí, la primera espada descendió silbando, y entonces el caballo recibió la bala de un mosquete, cayó e hizo un hueco mayor; ya había dos caballos en la brecha. Las espadas silbaban y los caballos saltaron por encima del montón de muertos y entraron dentro del cuadro. Los franceses eran hombres muertos.

Algunos se pusieron a correr, otros se rindieron, algunos lucharon. Los alemanes los alcanzaron con las largas espadas y los caballos luchaban como estaban adiestrados a hacer. Los caballos mataban con sus cascos, martilleando contra los cráneos, mordían de tal manera que un hombre podía quedarse sin cara en un horrible segundo de miedo estremecedor. Y el polvo se elevó junto con los gritos cuando los últimos escuadrones alemanes tiraron hacia la derecha y se dirigieron a otro cuadro.

Algunos supervivientes del primero se agarraban al segundo cuadro, entraban en las filas rompiéndolas y los jinetes también penetraban. Harper estaba allí manejando con rapidez el sable, y el caballo de Spears estaba adiestrado para esto. Se movía constantemente de forma que ningún soldado de infantería pudiera desjarretarlo, iba poniendo en fila los blancos del sable, y el irlandés iba entonando sus gritos de guerra en gaélico, llevado por la locura de aquella carnicería. El valle estaba lleno de jinetes, de espadas y de infantería desesperada. El segundo cuadro se derrumbó, se partió, y los alemanes gruñían al tiempo que hacían descender sus pesadas espadas para asestar golpes mortales. El trompeta con las piernas rotas los seguía poniendo furiosos, pues ahora las notas eran de auténtico triunfo. El caballo de Sharpe, que no estaba adiestrado para la guerra, se apartaba del caos y él lo maldijo, tiró de las riendas y entonces un oficial de infantería francés que iba a caballo fue a por él; llevaba la espada como si fuera una lanza y Sharpe lo azotó con su gran espada, falló, y maldijo a aquel caballo que no iba a conducirlo hasta el objetivo. ¿Leroux?

¿Dónde diablos estaba Leroux?

Vio a Harper. El irlandés estaba entre los que huían del segundo cuadro. Un hombre atacó al sargento con una bayoneta y Harper le golpeó con el pie, cogió la bayoneta y luego segó con el sable. El hombre cayó y su chacó se quedó ridículamente clavado en el sable de Harper. Se aguantó allí aún dos golpes más, luego se desprendió cuando el enorme sargento mató a un oficial francés.

Sharpe veía a Hogan. El comandante, sin siquiera haber desenvainado la espada, daba vueltas entre la infantería gritándoles que se rindieran. Lanzaban los mosquetes, ponían las manos en alto, pero Sharpe seguía sin ver a Leroux.

El tercer cuadro se batía en retirada colina arriba. En algún lugar por allí atrás Sharpe sabía que había dos batallones franceses más. Una nueva trompeta tocó para que se rehicieran dos escuadrones y entonces Sharpe vio a Leroux. Estaba en el tercer cuadro. Iba a pie, pero ahora se lanzaba sobre su silla de montar, Sharpe golpeó el caballo con los talones y cabalgó hacia el cuadro que aún estaba intacto. Los hombres de ese cuadro estaban nerviosos, tenían pánico a causa del olor a sangre y miedo, y mientras Sharpe cabalgaba la trompeta lanzaba a los escuadrones rehechos contra el cuadro.

Los dos primeros cuadros estaban acabados. La mayoría se había rendido, muchos habían muerto, y los alemanes, que habían conseguido algo importante, querían más. Algunos jinetes sueltos espoleaban hacia el tercer cuadro.

El cuadro disparó, no a la caballería, sino a los supervivientes de los otros cuadros que querían penetrar en sus filas. Los soldados de infantería estaban desesperados por el miedo, tropezaban al ir retrocediendo poco a poco. Llegaron los primeros alemanes, que iban lanzados. Un hombre fue cabalgando a lo largo del frente del cuadro con la cara cubierta en sangre y con la espada larga golpeaba inútilmente las bayonetas, golpeteaba contra los mosquetes, y un disparo lo lanzó al suelo.

Otros alemanes atacaron a fondo, las espadas cayeron y no había razón para que el cuadro se rompiera, pero sus hombres estaban aterrorizados por la suerte que habían corrido sus compañeros. Algunos tiraban los mosquetes y levantaban las manos, y Sharpe vio que los oficiales que iban a caballo en el interior del cuadro quitaban precipitadamente el estandarte. Este batallón no llevaba el Águila del regimiento, llevaba una bandera que rasgaban en tiras para guardárselas en los uniformes. El cuadro moría y Sharpe vio a los que se rendían; siguió cargando, quería atravesar las líneas para alcanzar a su enemigo, Leroux.

Leroux todavía no se había rendido. No podía imaginar que la cosa iría así (¿quién se lo hubiera imaginado?). El había cabalgado toda la noche, se había desviado bien hacia el sur para esquivar a las patrullas de la caballería británica y en Alba de Tormes, de madrugada, se había quitado la pesada sotana con la que se había disfrazado. Creía estar seguro en el cuadro. Nunca había visto un cuadro que se rompiera; nunca, ni siquiera cuando había atacado con el mismísimo Emperador. ¡Y

ahora esto!

Leroux veía a los jinetes alemanes que rodeaban el cuadro que se había rendido, sin embargo no eran tantos. La mayoría habían seguido cabalgando hacia los dos batallones franceses en la retaguardia. El francés todavía tenía posibilidades de escapar, de cabalgar hacia el norte durante una milla y luego virar al este, y se dirigió a la cara norte del cuadro, le gritó a la tropa que se separara y entonces vio a Sharpe que avanzaba directamente hacia él. ¡Aquel maldito fusilero! Le creía muerto, deseó que así fuera, había guardado en su memoria los gritos que dio en el claustro superior, y luego la tonta de su hermana se había encaprichado de aquel hombre, lo había protegido, y ahí estaba el cabrón. Esta vez lo mataría. Blandió la pistola, la pistola mortífera que llevaba en el pecho, y apuntó por encima de las filas del cuadro. No podía fallar. Apretó el gatillo.

Sharpe tiró de la rienda, se echó hacia atrás y el caballo de la marquesa se encabritó, los cascos se agitaron y la bala le dio al caballo en la garganta. Sharpe soltó los estribos, se apartó como pudo de la silla y entonces se encontró rodando por la hierba mientras el caballo caía sobre las filas francesas. Los hombres se echaron hacia atrás empujando y Sharpe les gruñó algo, cogió su espada y se zambulló entre las filas.

Podían haberlo matado, cualquiera de ellos, pero lo único que querían era rendirse. Dejaron pasar a Sharpe con los rostros tristes, y él le arrebató un mosquete a un hombre de la última fila. Los soldados franceses observaban al alto fusilero, le temían, y ninguno de ellos levantó un dedo contra él.

Leroux estaba gritando en el otro lado del cuadro, daba golpes con el plano de su espada Kligenthal y Sharpe se apoyó la espada en la pierna, comprobó la cazoleta de aquel mosquete que le era desconocido y apuntó. Llevaba su propio rifle a la espalda pero aún no tenía munición y este mosquete pesado y extraño debía bastarle. Apretó el gatillo.

La pólvora le picó en la cara, notó un golpetazo en el hombro, el humo lo cegó. Tiró el mosquete, recogió la espada, ¡le había dado a Leroux! Se agarraba la pierna izquierda donde se veía sangre y la bala debía haberle atravesado la carne del muslo, la silla y había dado al caballo. Este se encabritó de repente a causa del dolor y Leroux tuvo que agarrarse a la crin; intentó controlarlo, pero volvió a encabritarse y él se cayó.

El cuadro se había rendido. Algunos alemanes ya se iban abriendo paso hacia el centro y uno de ellos cogió una tira del trapo dorado y con borlas que había pertenecido al estandarte francés y lo hizo ondear bien alto gritándoles a sus compañeros. Los soldados franceses se sentaron dejando los mosquetes junto a ellos conformados con su suerte.

Leroux chocó contra el suelo, estaba sin aliento, hacía muecas a causa del dolor

que sentía en la pierna. Había soltado la Klighenthal y no veía nada porque el gran sombrero de piel redondo le tapaba los ojos. Se arrodilló, se echó hacia atrás el sombrero y vio la Klighenthal en el suelo. Había una bota sobre la hoja. Leroux levantó la vista lentamente, por los pantalones negros, por la casaca verde andrajosa y vio su propia muerte en los ojos del fusilero.

Sharpe percibió el miedo en los ojos pálidos. Dio un paso atrás, liberó la Klighenthal y le sonrió a Leroux.

—Levántate, cabrón.

Capítulo 28

Los dos batallones franceses de la retaguardia no se conmocionaron con la rotura de los cuadros. Disparaban fríamente, con disciplina, y las descargas segaban a los jinetes alemanes.

En el vallecito los cuadros se habían roto. Se reunía a los prisioneros, muchos de ellos con terribles tajos en las cabezas y en los hombros, allí donde les habían caído las espadas. Los caballos jadeaban para tomar aliento. Los soldados de caballería estaban inmóviles, sin dar crédito a lo que habían hecho y manteniendo las espadas bajas de cuyas puntas chorreaba sangre. Habían hecho lo imposible. Algunos hombres reían aliviados, y los prisioneros franceses, ya sin pasión, les ofrecían vino de sus cantimploras a los vencedores.

Patrick Harper se deslizó por entre el tercer cuadro y miró a Sharpe y a Leroux. El francés todavía estaba de rodillas, la Kligenthal aún estaba en el suelo. Harper miró a Sharpe.

—¿Qué problema tiene?

—No va a luchar.

La espada de Sharpe todavía estaba limpia. Leroux se levantó e hizo una mueca de dolor, pues le dolía la herida que tenía en la pierna izquierda.

—Me rindo.

Sharpe echó pestes, luego señaló hacia la espada.

—Cójala.

—Me rindo —repitió Leroux pidiendo ayuda con sus ojos pálidos, pero Harper impedía que se le viera.

Sharpe intentó ver algún parecido entre este hombre y la marquesa, pero no pudo encontrarlo. Lo que en ella era belleza, en el hermano era dureza.

—Coja la espada.

Leroux se sacudió briznas de hierba que había en los adornos de piel de su casaca roja.

—Me he rendido.

Sharpe blandió la espada y le golpeó el sombrero de piel, que cayó.

—Lucha, cabrón.

Leroux sacudió la cabeza en señal de negación. Sharpe no iba a aceptar la rendición.

—Ya se rindió antes, se acuerda, ¿verdad? Esta vez no, capitán Delmas.

Leroux sonrió, señaló la Kligenthal.

—Usted tiene mi espada.

Sharpe se agachó manteniendo la vista en Leroux y cogió la Kligenthal con su mano izquierda. Era hermosa, perfectamente equilibrada, una espada fabricada por un

maestro. Se la lanzó a Leroux.

—Luche.

Leroux dejó que cayera.

—Yo soy su prisionero.

—Mate a este cabrón, señor —gruñó Harper.

—Lo voy a hacer.

Sharpe apuntó con su espada, se la puso a Leroux en el pecho y empujó. El francés retrocedió. Sharpe se inclinó y recogió la Kligenthal una vez más, se la tendió al francés, volvió a avanzar y Leroux volvió a retroceder. Los soldados franceses observaban.

Entonces Leroux ya no pudo retroceder más. Se encontró acorralado en una esquina del cuadro, y Sharpe levantó su espada y tocó con la punta el cuello de Leroux. El fusilero sonrió.

—Le voy a matar. Me importa un bledo si lucha o no.

Hizo presión con la espada, Leroux echó la cabeza hacia atrás y de repente los ojos pálidos revelaron cierta alarma. Realmente iba a morir; levantó el brazo, trató de agarrar la Kligenthal y Sharpe dio un paso atrás.

—Ahora lucha, cabrón.

Leroux luchó. Luchó porque pensó que si ganaba esta batalla podría rendirse. Sabía que Sharpe deseaba matarlo, eso lo había percibido, de manera que tenía que matar a Sharpe. Y, si conseguía matar al fusilero, siempre quedaría alguna esperanza. Tal vez pudiera escapar otra vez, volver a Francia, y siempre podría tomar las medidas para que se capturara a Curtis. Luchó.

La Kligenthal se sentía bien. Dio un par de golpes cortos y con fuerza para desentumecer la muñeca y sintió el choque de las hojas al encontrarse, luego cogió impulso para tantear la debilidad del fusilero; dejaba que la Kligenthal burlara la vieja espada hacia un lado preparándose para la estocada.

Sharpe retrocedió, dejó que Leroux saliera del rincón y Harper iba avanzando junto a ellos como si fuera el árbitro de una lucha con premio. Algunos de los franceses gritaban animando a Leroux, pero no muchos, y algunos de los alemanes se acercaron a mirar.

Sharpe observaba los ojos pálidos de Leroux. Era un hombre fuerte y más rápido de lo que recordaba Sharpe. Las espadas sonaban como yunques. Sharpe se conformaba con dejar que su espada, larga y recta, hiciera el trabajo por él, dejó que su peso amortiguara los ataques y planeó la muerte de este hombre. La marquesa, hermana de Leroux, le había preguntado una vez si a él le gustaba matar, incluso le había acusado de que le gustaba, pero eso no era cierto. Hay algunas muertes que le gustan a un hombre, la muerte de un enemigo, y a Sharpe le pagaban para que tuviera enemigos. Sin embargo, no les deseaba la muerte a los franceses. Resultaba más

satisfactorio ver al enemigo que se rendía, un enemigo derrotado, antes que ver al enemigo masacrado. Un campo después de una batalla era el lugar más desagradable que la gente de Inglaterra pudiera imaginar, y pronto podrían celebrar Salamanca. La muerte impedía que la guerra fuera un juego, le proporcionaba gloria y horror, y los soldados no podían ser remilgados con la muerte. Podían lamentar el momento en que la ira gana al miedo, cuando destierra toda humanidad y convierte a un hombre en un asesino. Pero esa ira podía salvar a un hombre de la muerte, y de esta manera el remordimiento se mezclaba con el alivio y el conocimiento de que, para ser un buen soldado, la ira debía volver.

Sharpe paró una estocada, torció la espada pasándola por encima de la Kligenthal y las dos hojas chirriaron, se tiró a fondo, paró y volvió a tirarse a fondo; percibió el dolor en los ojos pálidos cuando Leroux tuvo que forzar el pie que tenía más atrasado. Sharpe iba a matar a este hombre y disfrutaría haciéndolo. Se alegraría del castigo merecido como un hombre se alegra de la muerte de un asesino de niños en Tyburn, o de los disparos contra un desertor después de una batalla. La muerte era a veces pública porque la gente la necesitaba, necesitaban el castigo justo, y el cadalso de Tyburn ofrecía más placer que dolor. Eso tal vez no era bueno, pero así es la gente, y Sharpe tocó con la punta de su espada el guardamano de la Kligenthal, la obligó a abrirse, se soltó cuando el brazo de Leroux estaba desequilibrado y Sharpe retiró la hoja segando, de forma que le pasó a Leroux por el pecho; luego retrocedió otra vez y la espada le cortó a Leroux en el antebrazo y Sharpe se dio cuenta de que ese hombre iba a morir.

Moriría por McDonald, por Windham, por los españoles anónimos, por Spears, por El Mirador, por el mismo Sharpe, y Leroux se dio cuenta porque estaba desesperado. Tenía el brazo derecho herido, se aguantaba la muñeca con la mano izquierda y segó con la Kligenthal con un golpe brillante que sonó en el aire; Sharpe retrocedió, dejó que la espada pasara y luego gritó exultante mientras atacaba a fondo, escogió el sitio y no oyó a Hogan que le estaba gritando, ni a Harper que lo aclamaba, pues la hoja se metió en el cuerpo de Leroux en el mismo lugar exacto donde Leroux había herido a Sharpe. Leroux soltó la Kligenthal con la boca abierta y con sus manos se agarró a la espada que lo atravesaba, como un garfio que lo torturaba, que le atravesaba la piel y el músculo y le arrancó un grito.

Cayó. Todavía no estaba muerto. Tenía los ojos pálidos bien abiertos. Enderezó las piernas igual que Sharpe había enderezado las suyas, hizo esfuerzos por llenar los pulmones de aire para que el grito pudiera luchar con el dolor que le había producido a Sharpe durante dos semanas, y entonces Sharpe torció la espada para liberarla, colocó la punta sobre el cuello de Leroux y lo remató.

Dejó la espada balanceándose sobre el francés sin vida y retrocedió. Leroux estaba muerto.

Hogan había observado la ira de Sharpe. Muy pocas veces veía luchar al fusilero. Se había quedado asombrado por la destreza de Sharpe, preocupado por la turbulencia de su amigo y vio la aversión que se mostraba en la cara de Sharpe cuando todo había terminado. Leroux ya no era el enemigo, no era el hombre de Napoleón, era un cadáver patético y encogido. Hogan habló con voz suave.

—¿No se quería rendir?

—No, señor —contestó Sharpe sacudiendo la cabeza—. Era un tozudo cabrón.

Sharpe recogió la Kligenthal, la espada que tanto había deseado y que hubiera podido estar hecha para él. Se ajustaba a su mano derecha como si fuera parte de sí mismo. Era un arma bella y mortífera.

Le desabrochó el cinturón con la hebilla en forma de serpiente que llevaba Leroux, aflojó las correas del cuerpo y se ató la vaina sobre la suya. Metió la Kligenthal. Su Kligenthal.

El portapliegos de cuero negro de Leroux estaba salpicado de sangre. Sharpe levantó la solapa y allí encima había una libretita de cuero. La abrió, vio un plano en forma de estrella con unas palabras raras alrededor y se lo lanzó a Hogan.

—Esto es lo que queríamos, señor.

Hogan miró a los muertos que había en el valle, a los prisioneros y a los supervivientes de los dragones pesados de la Legión Alemana del Rey que retiraban a sus caballos del infructuoso ataque que habían realizado contra los restos de los dos batallones franceses. Los alemanes habían conseguido una gran victoria, a un precio alto, y el valle apestaba a sangre. Hogan miró la libreta y luego a Sharpe.

—Gracias, Richard.

—Ha sido un placer, señor.

Sharpe le estaba quitando los pantalones a Leroux. El llevaba unos pantalones exactamente iguales a estos hasta la lucha en el Colegio Irlandés. Ahora había matado a otro coronel Chasseur. Los pantalones de Leroux aún llevaban los botones de plata por las perneras y Sharpe sonrió. Se limpió la espada con esos pantalones.

La hermana de Leroux le había preguntado una vez a Sharpe si le gustaba matar y él no le había contestado. Le podía haber contestado que a veces resultaba terrible, que a menudo era triste, que normalmente sucedía sin emoción alguna, pero que a veces, muy pocas veces, como en ese día, no había remordimientos. Recogió su espada, la burda espada que había ganado la lucha, y le sonrió a Harper.

—¿Desayunamos?

Epílogo

Salamanca era, bajo la luz del sol, dorada como la miel. Una ciudad construida como Roma sobre colinas que se elevaban junto a un río.

El sol de la mañana inclinaba las sombras alargándolas en la plaza Mayor. Los heridos, dos días después de la gran batalla en los Arapiles, seguían muriendo en el hospital.

Sharpe estaba en el puente romano y miraba fijamente la maleza verde y sinuosa. Sabía que era una tontería estar allí, tal vez una pérdida de tiempo, pero él esperaba.

Una compañía de soldados españoles marchaba atravesando el puente. El oficial le sonrió y agitó un cigarro. Los hombres miraron con curiosidad las dos espadas que colgaban del costado de aquel fusilero ceñudo.

Un granjero pasó con su ganado junto a él. Dos sacerdotes iban por el otro lado discutiendo violentamente y Sharpe se puso a caminar lentamente detrás de ellos, se detuvo en la pequeña fortificación con arcos que se levantaba al borde del camino y regresó lentamente.

El reloj sobre la colina dio las diez.

Un sargento de caballería conducía a una docena de remontas hasta el río. Se pusieron a beber mientras él las iba almohazando. El borde del río era muy poco profundo. Había unos niños jugando allí, corrían con facilidad hasta una islita y sus voces llegaban hasta el puente.

Ella a lo mejor ni siquiera pasaba por aquí, pensó Sharpe, pero sí lo hizo.

Primero llegaron dos criados con librea, montados a caballo, luego el carruaje azul oscuro con los cuatro caballos blancos, y detrás otro carruaje que él supuso era para el equipaje o los criados. Se apoyó contra la piedra del pretil, observó a los criados que pasaban, luego a los cuatro caballos blancos y finalmente el carruaje descubierto pasó frente a él.

La marquesa lo vio.

Sharpe tuvo que dar algunos pasos hasta donde se había detenido el carruaje. Levantó la vista.

—Intenté encontrarte.

—Lo sé —dijo ella abanicándose la cara.

Él se sentía molesto. El sol le daba con fuerza en el cogote. Notaba que el sudor le descendía por la axila.

—¿Está bien, señora?

Ella sonrió.

—Sí. Parece que soy temporalmente impopular en Salamanca. —Se encogió de hombros—. Madrid puede resultar más acogedor.

—Puedes encontrarte con nuestro ejército en Madrid.

—Entonces me iré al norte.

—¿Lejos?

—Lejos —contestó ella sonriendo. Sus ojos se posaron entonces en las dos espadas que llevaba Sharpe y luego lo miró—. ¿Lo mataste?

—En una lucha limpia.

Sharpe se sintió de nuevo incómodo, igual que la primera vez que se habían visto. Ella no parecía diferente. Ella seguía siendo bella, insoportablemente bella, y parecía imposible que fuera enemiga. Se encogió de hombros.

—Tu caballo murió.

—¿Lo mataste tú?

—Lo hizo tu hermano.

Ella esbozó una sonrisa.

—Mataba con mucha facilidad. —Ella volvió a posar los ojos en la espada y luego en Sharpe—. No nos queríamos mucho.

El fusilero supuso que se refería a ella y a su hermano, pero no estaba del todo seguro de que no estuviera hablando de él mismo.

—¿Me estabas esperando?

—Sí —respondió él.

—¿Por qué?

Sharpe se encogió de hombros. ¿Para decirle que la echaba de menos? ¿Para decirle que no importaba que fuera francesa, una espía que habían soltado simplemente porque era una aristócrata española y Wellington no se podía permitir ese escándalo? ¿Para decirle que entre todas las mentiras había algo verdadero?

—Para desearte lo mejor.

—Yo también te deseo lo mejor —le dijo ella burlándose amablemente. A Sharpe le pareció intocable, inalcanzable—. Adiós, capitán Sharpe.

—Adiós, señora.

Ella le dijo algo al cochero y volvió a mirar a Sharpe.

—Quién sabe, Richard, tal vez otro día.

El carruaje avanzó dando bandazos, lo último que él vio fue el cabello dorado de la dama que se volvía a meter en las sombras. Pensó que no tenía nada de ella para recordarla, tan sólo la memoria y eso era lo peor.

Metió la mano en la bolsa de municiones y palpó el mensaje de Wellington que le habían entregado esa mañana. Le daba las gracias. Supuso que Napoleón hubiera escrito unos mensajes similares a Leroux y a la marquesa si Sharpe no hubiera cogido la libreta de entre los cuadros destruidos en García Hernández. Después de la batalla se habían enterado de que ése era el nombre del pueblo que había cerca de la colina y del valle.

El comandante Hogan estuvo muy comunicativo a la hora de comer. Sharpe se iba

a quedar en los antiguos alojamientos de Hogan para que la patrona lo alimentara bien y Hogan bebió en abundancia antes de partir.

—¡Debe quedarse y recuperarse, Richard! ¡Ordenes del general! Le queremos de nuevo con toda su fuerza.

—Sí, señor.

—Forrest le esperará, no se preocupe. Su compañía se encuentra a salvo.

—¿Alguna noticia del nuevo coronel?

Hogan sacudió la cabeza en señal de negación, eructó y se dio unas palmaditas en el estómago.

—Todavía no. Yo creo que a Lawford le gustaría serlo otra vez, pero no lo sé. — Se encogió de hombros—. Se lo podría quedar Forrest. No lo sé, Richard. —Le hundió el dedo índice en el costado—. Debería pensárselo.

—¿Yo? Soy capitán —exclamó Sharpe sonriendo y luego dio un mordisco al buey frío.

Hogan le puso más vino.

—¡Piénseselo! Lo siguiente, comandante. Luego teniente coronel. Podría ser, Richard. Va a ser una guerra larga. Hemos sabido que los americanos están en el poder, por lo que sabemos, podrían estar en Quebec. —Bebió un sorbo de vino—. ¿Se puede permitir ascender a comandante?

—¿Yo? —exclamó Sharpe riendo—. Son dos mil seiscientas libras. ¿De dónde cree que puedo sacar esa cantidad de dinero?

Hogan sonrió.

—¿Pero no acaba usted consiguiendo lo que quiere, Richard?

Sharpe se encogió de hombros.

—Yo consigo sueños, señor. Nunca marmitas de oro.

Hogan le dio unas vueltas al vaso que tenía entre las manos.

—Hay otra cosa, Richard, una cosilla. He hablado con el padre Curtis y me dijo algo extraño. Dice que esa libreta estaba bien escondida, realmente bien escondida, y no puede imaginarse cómo pudo encontrarla Leroux.

—Leroux era un hombre inteligente, señor.

—Sí, quizá. Pero Curtis estaba seguro de que estaba muy bien escondida. Dice que sólo Spears sabía dónde estaba. —Miraba con sus ojos astutos a Sharpe.

—¿De verdad, señor? —Sharpe se sirvió más vino.

—¿Eso le parece extraño?

—Spears está muerto, señor. Murió bien.

Hogan asintió con la cabeza.

—Yo he oído que su cuerpo estaba algo alejado de los demás. Alejado de la lucha, de hecho. ¿Extraño?

Sharpe sacudió la cabeza en señal de negación.

—Pudo haberse alejado arrastrándose.

—Sí. Con un agujero en la cabeza. Estoy seguro de que tiene usted razón, Richard. —Hogan hizo dar vueltas al vino que tenía en el vaso. Su voz seguía sin dejar entrever sus pensamientos—. El único motivo que tengo para hacer preguntas es que yo soy el responsable de encontrar a quienquiera que fuera el espía del cuartel general. Supongo que puedo llegar a ser desagradable removiendo según qué cosas, pero estoy seguro de que usted me entiende.

—No creo que sea necesario que sea desagradable, señor.

—Bien, bien. —Hogan sonrió a Sharpe y levantó su copa—. Bien hecho, Richard.

—¿El qué, señor?

—Nada, nada.

Hogan brindó igualmente.

Hogan partió aquella tarde, se fue en dirección al este, hacia el ejército que ahora se dirigía a Madrid. Harper se fue con él, montaba uno de los caballos de repuesto de Hogan y por segunda vez aquel día Sharpe se encontró en el puente romano. Miró a Harper.

—Buena suerte.

—¿Le veremos pronto, señor?

—Muy pronto —contestó Sharpe tocándose el estómago—. Ya casi no me duele.

—Ha de tener cuidado, señor. Quiero decir, que a aquel francés lo mató.

Sharpe se echó a reír.

—Él no tuvo cuidado.

Hogan se inclinó y le dio la mano a Sharpe.

—¡Tómeselo con calma, Richard! No va a haber otra batalla.

—No, señor.

Hogan le sonrió.

—¿Y durante cuánto tiempo va a llevar usted dos espadas, eh? ¡Está ridículo!

Sharpe sonrió y soltó la Kligenthal. Se la ofreció a Hogan.

—¿La quiere?

—¡Santo Dios, no! Es suya, Richard. La ganó usted.

Pero un hombre sólo necesita una espada. Harper observó a Sharpe, sabía cuánto había anhelado Sharpe la Kligenthal, había visto cómo la blandía la noche anterior. La Kligenthal la había forjado un genio, le había dado forma un maestro, era un arma de contenida belleza. Mirarla era temerla, vérsela en las manos a un hombre que supiera usarla, como Sharpe, era entender la mente que había fabricado esa espada. En la mano de Sharpe parecía que no pesaba nada, de tan perfectamente equilibrado que estaba el acero, y el fusilero la sacó lentamente y el acero brilló como la seda bajo el sol.

La espada que tenía al costado, la espada que Harper le había dado, estaba mal acabada y mal equilibrada. Era demasiado larga para un soldado de infantería, era torpe y había sido forjada con un centenar más en una fábrica mal iluminada de Birmingham. Comparada con la Kligenthal era tosca, de poca calidad y mal acabada.

Sin embargo, Harper había trabajado aquella espada sin valor como si fuera un talismán contra la muerte de Sharpe. Algo más que amistad había puesto en la hoja. No importaba que fuera barata. Esa espada había derrotado a la Kligenthal, la espada cara, y su hoja le traía suerte. Espadas similares a esa habían sido abandonadas a docenas en García Hernández después de la carga, no valía la pena recogerlas, y los campesinos harían con ellas cuchillos largos. Sin embargo, la espada de Sharpe era afortunada. Había una diosa de los soldados cuyo nombre era Suerte y a ella le había gustado la espada que Harper le había hecho a Sharpe. La Kligenthal estaba manchada con la sangre de amigos, con la tortura de sacerdotes desollados, y la bella espada no contenía suerte sino maldad.

Harper observó que Sharpe echó el brazo hacia atrás, se detuvo un segundo y luego lo lanzó. La Kligenthal se elevó dando vueltas bajo la luz del sol, girando, deslumbrando con rápidos destellos cuando la luz daba en el acero. Pareció que se quedaba un segundo suspendida en el extremo del arco que describía, les lanzó luz a los tres hombres y luego cayó. Cayó hacia la parte más profunda del Tormes mientras seguía girando, y luego dejó de darle el sol y el acero se vio gris, golpeó contra la superficie del agua, la rompió y desapareció. Harper carraspeó.

—Va a asustar a los peces.

—Eso es más de lo que ha hecho usted.

Harper se echó a reír.

—Yo cogí algunos.

Volvieron a despedirse, los cascos resonaron sobre las piedras del puente y Sharpe volvió caminando lentamente hacia la ciudad. No quería que esa separación fuera larga. Quería volver con el South Essex, a la línea de tiradores a la que pertenecía, pero esperaría una semana, comería y descansaría tal como le habían ordenado.

Empujó la puerta del pequeño patio de la casa donde se iba a alojar y se detuvo. Ella levantó la vista.

—Pensaba que estabas muerto.

—Yo pensaba que te habías perdido.

Sharpe estaba en lo cierto. El recuerdo era lo peor que podía quedar de algo. El recuerdo le decía que ella tenía el cabello largo y negro, el rostro de un halcón, un cuerpo delgado y musculoso forjado por los días pasados cabalgando por las altas colinas de la frontera. El recuerdo se olvidaba de los movimientos de una cara, de la vida de una persona.

Teresa dejó el gato en el suelo, le sonrió a su marido y se acercó hacia él.

—Lo siento. Estaba muy al norte. ¿Qué ha pasado?

—Te lo explicaré después.

Sharpe la besó, la abrazó y volvió a besarla. Se sentía culpable.

Ella lo miró, confundida.

—¿Estás bien?

—Sí —contestó él sonriendo—. ¿Dónde está Antonia?

—Dentro —dijo señalando con la cabeza hacia la cocina donde «el alma maternal» de Hogan estaba cantando. Teresa se encogió de hombros—. Ha encontrado a otra persona que quiere cuidar de ella. Supongo que no debería haberla traído, pero pensé que debía estar cerca de la tumba de su padre.

—Todavía no.

Los dos se pusieron a reír, pues se sentían incómodos. La espada rascó en el suelo, se la quitó y la dejó encima de la mesa. Volvió a estrecharla entre sus brazos.

—Perdona.

—¿Por qué?

—Por preocuparte.

—¿Crees que este matrimonio será tranquilo? —preguntó ella sonriendo.

—No.

El volvió a besarla y esta vez dejó que el alivio se manifestara; ella lo abrazó con tanta fuerza que la herida le dolió, pero no importaba. Importaba el amor, pero eso era tan difícil de aprender, y él volvió a besarla una y otra vez hasta que ella se separó.

Teresa le sonrió y sus ojos mostraban alegría.

—Hola, Richard.

—Hola, esposa.

—Me alegro de que no hayas muerto.

—Yo también.

Ella se echó a reír y luego miró la espada.

—¿Nueva?

—Sí.

—¿Qué le pasó a la vieja?

—Se gastó.

No tenía importancia. De ahora en adelante esta vieja espada, con la vaina mate, sería su espada y el arma de la Suerte; la espada de Sharpe.

Nota histórica

Por muy intencionado, incluso perverso, que parezca por mi parte el hecho de presentar más personajes irlandeses en las aventuras de Sharpe, lo cierto es que Patrick Curtis y Michael Connelley existieron y en *Sharpe y la compañía de Salamanca* hacen el mismo papel que hicieron en 1812. El reverendo doctor Patrick Curtis, conocido por los españoles como don Patricio Cortes, era rector del Colegio Irlandés y catedrático de Historia Natural y Astronomía de la Universidad de Salamanca. También era, a los setenta y dos años, el jefe de su propia red de espías, que se extendía por toda la España ocupada por los franceses y aún más al norte del otro lado de los Pirineos. Los franceses sospechaban de su existencia y querían destruirlo, pero tan sólo conocieron su identidad después de la batalla de Salamanca. Tal como se diría en una novela de espionaje moderna la «tapadera» de Curtis se descubrió, y cuando los franceses volvieron a hacer una breve aparición en la ciudad se vio obligado a huir en busca de protección británica. En 1819, cuando las guerras habían terminado, el gobierno británico le otorgó una pensión. Finalmente abandonó España para ser el arzobispo de Armagh y primado de toda Irlanda, y murió en Drogheda a la avanzada edad de noventa y dos años.

El arzobispo Curtis murió de cólera, el sargento Michael Connelley, del hospital de soldados de Salamanca, murió de intoxicación etílica poco después de la batalla. No tengo pruebas de que Connelley estuviera en el hospital, que estaba situado en el Colegio Irlandés, antes de la batalla, incluso lo dudaría, pero seguro que estaba allí después de los acontecimientos del 22 de julio de 1812. He traicionado su recuerdo al ponerlo a cargo de la sala de los moribundos cuando en realidad lo habían designado sargento de todo el hospital. El fusilero Costello, herido en Salamanca, escribió respecto a Connelley en sus memorias, y he de confesar que le robé la descripción de su libro. Era ciertamente muy atento con los enfermos. Bebía, tal como dice Costello, como un cosaco, pero su principal característica era la preocupación por que los británicos murieran bien ante los heridos franceses. Costello lo cita: «¡Dios misericordioso! ¿Qué más quieres? Te van a enterrar con mortaja y ataúd, ¿no? Por el amor de Dios, muere como un hombre ante estos franchutes».^[5] El sargento Connelley era tremendamente popular. El funeral del mismísimo general no hubiera congregado a más personas que el de Connelley. Uno de los portadores del féretro, que era un ventrílocuo de los barrios bajos de Londres, golpeó el ataúd e imitó la voz de Connelley. «¿No me vas a dejar salir, oh Dios misericordioso? Me estoy asfixiando.» El cortejo se detuvo, se presentaron las bayonetas y la tapa se abrió mostrando al sargento muerto. El incidente se consideró como algo muy divertido, un broma de buen gusto, que no parecía desentonar con los hombres de Wellington.

Colquhoun Grant, el oficial de exploradores, también es un personaje real que fue

capturado poco antes de la batalla de Salamanca. Consiguió escapar de sus capturadores en Francia y, sorprendentemente, pasó algunas semanas en libertad por las calles y salones de París. Seguía llevando el uniforme de gala británico y si le daban el alto afirmaba que era el uniforme del ejército americano. Su historia, más increíble que la ficción, se puede encontrar en la obra de Jock Haswell *The First Respectable Spy* (Hamish Hamilton, 1969).

Sin duda, los franceses utilizaban códigos en clave y el capitán Scovell, que se menciona en el capítulo 4, era el hombre que descifraba los códigos del enemigo. El lector que quiera saber cómo funcionaban los códigos puede encontrar todos los detalles en el apéndice XV del volumen V de la obra de Ornan *A History of the Peninsular War*. Para los detalles referentes al trasfondo de espionaje de *Sharpe y la campaña de Salamanca* estoy en deuda con el libro de Haswell y, para eso y mucho más, a la extensa e inteligente historia de Ornan.

Salamanca sigue siendo una de las ciudades más bellas del mundo. La plaza está prácticamente intacta desde que la Sexta División desfiló el 17 de junio de 1812, aunque las corridas de toros se han trasladado a una plaza moderna. La plaza es sencillamente magnífica. La zona donde los franceses crearon un terreno baldío alrededor de las tres fortificaciones ha sido reconstruida; desgraciadamente carece de belleza, pero se sigue conservando mucho de la antigua ciudad y bien vale una visita. El puente romano está reservado ahora a los peatones. Las almenas y la fortaleza pequeña desaparecieron a mediados del siglo XIX y le devolvieron al puente su aspecto original, y el toro de piedra sigue allí, sobre el undécimo arco. Señala el lugar donde se rompió el río en las inundaciones del 1626. Tan sólo son romanos los quince arcos más cercanos a la ciudad, los otros once son reconstrucciones que datan del siglo XVII. El Colegio Irlandés está igual que cuando era el hospital del ejército en 1812.

El campo de batalla es un lugar especialmente agradable, ya que el terreno apenas ha cambiado desde el 22 de julio de 1812. Algunos árboles han desaparecido con los años, y una vía férrea transcurre entre Arapiles Mayor y Arapiles Menor y se adentra en el vallecito donde la Sexta División detuvo el contraataque de Clausel. Hay un puñado de casas modernas al sur de los Arapiles, pero no llegan a afear el terreno. Para encontrar el campo de batalla se ha de tomar la carretera que sale del sur de la ciudad, la N-630, que va a Cáceres, y el pueblo de Arapiles queda señalizado a la izquierda. La carretera secundaria que lleva hasta el pueblo marca aproximadamente el límite izquierdo del avance de la Tercera División, y la Caballería Pesada debió de cargar justo cerca de donde queda señalizado el pueblo en la carretera principal. Vale la pena coger una buena explicación de la batalla, con buenos mapas. Yo he simplificado el relato de la batalla un poco y cualquiera que esté lo bastante interesado como para visitar el lugar se verá bien recompensado leyendo uno de los

muchos y espléndidos relatos que se encuentran disponibles en obras de no ficción. Una vez se llega a los Arapiles, el terreno sorprende por las colinas, y hay un obelisco conmemorativo, por desgracia ahora deteriorado, en la cima de Arapiles Mayor. Si se sube hasta donde está el obelisco uno se admira de que las tropas portuguesas hicieran el mismo ascenso, con el equipo completo, contra un horizonte defendido. Realmente, acometieron una misión imposible.

Yo me pasé más de una semana caminando por el campo de batalla y, como de costumbre, recibí una gran ayuda de la gente del lugar.

Salamanca fue una gran victoria. Wellington sufrió cerca de cinco mil bajas (de las cuales unas mil murieron en el acto en el campo y nadie sabe cuántos murieron después a consecuencia de las heridas). Marmont, temeroso de la ira de Napoleón, intentó ocultar el número de sus bajas. Le dijo al emperador que había perdido a unos seis mil hombres. De hecho perdió catorce mil, un estandarte de águila, otros seis estandartes y veinte cañones. Fue una derrota aplastante que le anunció al mundo que un ejército francés podía ser totalmente vencido. El oeste de España quedó libre de franceses y la derrota hubiera sido incluso más humillante si la guarnición de Alba de Tormes hubiera obedecido órdenes y se hubieran mantenido en sus posiciones. Su desertión permitió que los 34.000 soldados que le quedaban a Marmont escaparan y condujo, también, a la extraña e imposible victoria en García Hernández. Los alemanes perdieron a 127 hombres en aquella carga. Los franceses, contando la totalidad del batallón que fue tomado prisionero, perdieron unos 1.100 del total de 2.400. El primer cuadro se rompió de forma muy similar a la que se describe en la novela.

Para dar con García Hernández se ha de seguir la carretera que sale de Salamanca en dirección a Alba de Tormes. Está bien señalizado porque Alba de Tormes (gracias a santa Teresa de Ávila) sigue siendo un lugar de peregrinación. Se ha de atravesar la ciudad y seguir las señalizaciones a Peñaranda, y el pueblo se halla a unos siete kilómetros pasado Alba de Tormes. En la actualidad se llama «Garcihernández» y la carretera pasa por allí, pero si se tuerce a la izquierda dentro del pueblo y se atraviesa el único puente que cruza un riachuelo y la pista adecuada para coches que lleva al abrigo de la colina, se llega a allí donde la Legión Alemana del Rey hizo su magnífica y extraordinaria carga.

Estoy muy en deuda con Thomas Logio, médico y amigo, quien me proporcionó una herida «adecuada» para Richard Sharpe. Me salvó de mi ignorancia médica, aunque me temo que puedo haber adornado la información para vergüenza suya. Por ello, le pido perdón. Todo lo que es exacto respecto a la herida, tratamiento y recuperación de Sharpe se debe al doctor Logio.

Lo demás es todo ficción. Ni Leroux, ni lord Spears, ni el nombre en clave de El Mirador, ni siquiera, desgraciadamente, una marquesa de Casares el Grande y Melida

Sadaba. Sharpe y Harper son tan sólo sombras de los verdaderos hombres que marcharon y marcharon, y finalmente lucharon en aquel abrasador día de julio en el valle junto a los Arapiles. Fue una gran victoria y los supervivientes debieron sentirse aliviados, y quizá un poco inquietos, pues seguro que sabían que la guerra que en 1812 se extendía por todo el mundo necesitaría de «grandes» victorias como aquella si había de acabar alguna vez.

Sharpe y Harper volverán a marchar.

Notas

[1] *Sharpe y el águila del imperio* (Edhasa, 1997). <<

[2] *Sharpe y el oro de los españoles* (Edhasa, 1997). <<

[3] *Sharpe y sus fusileros* (Edhasa, 1998). <<

[4] Armada de papeleo. (*N. de la T.*) <<

[5] Edward Costello, *The Peninsula and Waterloo campaigns*, edición de Antony Brett-James, Londres, Archon Books, 1967, p. 109. (N. del A.) <<